

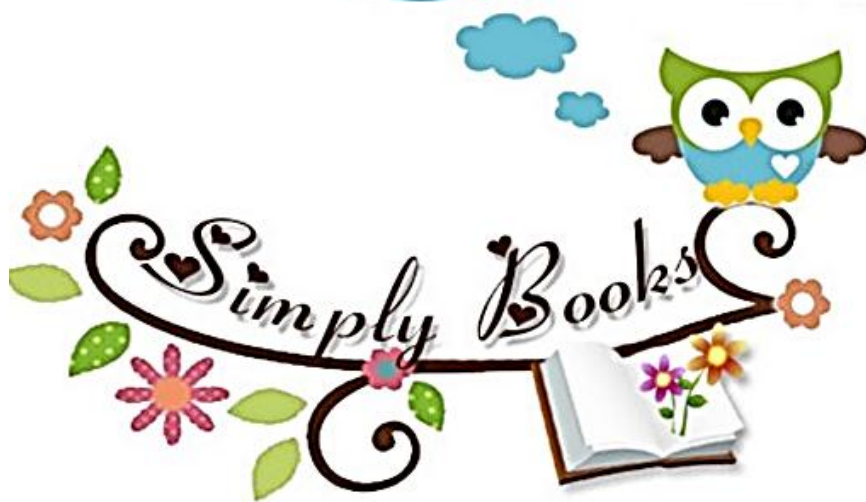


shut up and KISS ME

Madeline Sheehan & Claire C. Riley

shut up
and KISS ME

Este libro llega a ti
gracias a



2

¡Descubre tu próxima aventura!

Madeline Sheehan & Claire C. Riley

Staff

Moderadoras

Móninik, JesMN & Cecilia

Traducción

Axcia
Nelly Vanessa
eliana.cipriano
Maria_clio88
nElshIA
Kath
Olivera
Kyda

bluedelacour
Coral Black
LeylaCullen
Molly Bloom
Mona
Crys
kuami



3

Corrección

Mimi
Cecilia
YaniM
ivettelaflaca
lau_sp_90
sabrinuchi
Khira

Recopilación

Cecilia

Diseño

Móninik & Cecilia

Índice

Sinopsis	
Prólogo	
Capítulo 1	
Capítulo 2	
Capítulo 3	
Capítulo 4	
Capítulo 5	
Capítulo 6	
Capítulo 7	
Capítulo 8	
Capítulo 9	
Capítulo 10	
Capítulo 11	
Capítulo 12	
Capítulo 13	
Capítulo 14	
Capítulo 15	
Capítulo 16	
Capítulo 17	
Capítulo 18	
Capítulo 19	
Capítulo 20	
Capítulo 21	
Capítulo 22	
Epílogo	
Biografía del autor	



Singposts

*E*lla huyó de su pasado.

Después de mudarse de un pequeño pueblo de Tennessee, Mila ha estado viviendo en la ciudad de Nueva York por un año y medio, más que feliz de perderse en la multitud. Viviendo indirectamente a través de su mejor amiga y compañera de piso, Nikki, Mila pasa sus días trabajando como mesera y descansa sus tardes en casa. Entonces, una noche, después de conseguir boletos exclusivos para un centro nocturno, Nikki es capaz de convencer a Mila de que se relaje por una vez.

Él está huyendo de su futuro.

Después de haber disfrutado de una vida privilegiada, William está acostumbrado a conseguir lo que quiere, y a quien quiere. Ahora, sin embargo, en sus treinta años, esta aburrido, y buscando más en su vida que solo sexo sin sentido, e incluso peor, mujeres sin sentido. Divisando a Mila desde el extremo del club, se da cuenta de inmediato que ella es diferente a lo que está acostumbrado, una observación que demuestra ser cierta. Una noche juntos cambiará todo para los dos. Pasados y futuros colisionarán, secretos serán revelados, y los resultados van a transformar la vida de ambos para siempre.



Drólogo

Encendiendo el intermitente, salí con mi camioneta de la interestatal y hacia el estacionamiento de la zona de descanso. Era medianoche, la luna colgaba llena y pesada en el cielo, y el solar estaba casi vacío, sólo había unos pocos vehículos dispersos.

Apagando el motor, incliné mi cabeza sobre el volante y traté de recordar cómo respirar. Pero ¿cómo se puede respirar cuando tu vida entera, todo lo que has conocido, ha caído en pedazos en un instante?

Mis pulmones se sentían apretados, la piel de mis manos demasiado seca, y mis ojos no parecían estar funcionando correctamente. Todo en mí se sentía mal. *Que le jodan a eso...* todo en todas partes se sentía mal. Todo *estaba* mal.

La traición, el dolor, y, oh, Dios, el temor a que me encontrarían, y la culpa... se disparaban a través de mí a mil por hora, volviéndome casi inútil, incapaz de hacer algo más que llorar y conducir... e intentar recordar cómo respirar.

Pero, ¿cómo respirar cuando te has quedado sin nada?

No tenía nada, ningún lugar ni nadie a quien acudir. Nadie me podía ayudar. Nadie podía salvarme de esto.

El sonido de un gran motor retumbando me sacó de mis pensamientos rápidamente. Un autobús entró en el área de descanso y estacionó en las instalaciones. Observé, mi corazón latiendo en mi pecho, mientras doce o más personas se bajaban y se dirigían al interior del edificio.

—Tengo que abandonar la camioneta —susurré, sabiendo que, en efecto, tenía que deshacerme de ella. La matrícula, o incluso sólo la marca y modelo, se podrían utilizar para encontrarme.

Agarrando mi bolso y maleta, salí de la camioneta y comencé a caminar rápidamente a través del solar. Estar completamente expuesta provocó que cada vello de mi cuerpo se erizase con miedo. Era vulnerable, sin un arma, sin ninguna forma física para protegerme. Sintiendo fuertemente esa indefensión, con mi respiración entrecortada, me apresuré. Deteniéndome cerca de la puerta del autobús, golpeé ligeramente, llamando la atención del conductor, un hombre calvo comiendo en ese momento en su asiento.

Me miró con curiosidad mientras la puerta chirriaba al abrirse.

—¿Puedo ayudarla?

—¿A dónde se dirigen? —pregunté.

—Estamos haciendo dos paradas, señora —dijo—. En primer lugar, Charleston, en último lugar, la ciudad de Nueva York.

—¿Puedo comprar un billete? —inquirí sin aliento.

El conductor hizo un gesto con la barbilla hacia el edificio detrás de mí.

—Allí —dijo.

Me tomó un minuto llegar al interior del edificio, otros tres minutos de espera detrás de un hombre con ganas de cambiar su destino, cinco minutos más para pagar y obtener el



boleto, y tres minutos más increíblemente lentos hasta que estaba entregando al conductor mi billete y me dirigí hacia la parte trasera del autobús.

Luego, pasaron otros diez minutos completos antes de que el autobús comenzara a moverse. Y estar bien lejos de la zona de descanso, dejando lo último de mi pasado atrás, hizo que finalmente lograra recordar cómo respirar.

—Ciudad de Nueva York —susurré, mirando el paisaje nocturno pasar en un borrón de negro vacío.

Vacío. Tal como yo.



Uno

Los nervios se estremecieron en la boca de mi estómago mientras el taxi se acercaba a la discoteca. Sería la primera vez que saldría desde que me mudé a Nueva York, y no era algo que realmente deseara.

—¡Anímate, amargada, ¡se supone que es divertido! —Mientras Nikki empezaba a reír, le ofrecí a mi amiga una débil sonrisa y gimió alto por mi triste intento.

—Confía en mí, Mila, esto es justo lo que necesitas.

—No —murmuré—, lo que necesito es mi pijama.

Nunca fui buena con la bebida. Nunca fui una chica de fiestas. Nunca tuve la oportunidad, si era totalmente honesta. Mis pensamientos retrocedieron hacia mi pasado, a mi vida de antes, y a la preocupación, pesada y sofocante, arrastrándose sobre mí. Paralizada por mis dolorosos recuerdos, me quedé en silencio, simplemente observando a la ciudad pasar junto a mí a toda velocidad en un torbellino de ruido y color.

—Deja de hacer eso. Detente ahora mismo —me reprendió Nikki con dulzura, abrazando mis hombros con su delgado brazo.

Recostada sobre ella, descansé mi cabeza en su hombro y cerré fuerte los ojos. Era la única que sabía mis secretos, la única a la que le había confiado todo lo que ocultaba. Sabía de la tristeza con la que vivía, del miedo con el que me despertaba en medio de la noche, jadeante y sin aliento. Confiaba en Nikki con todo, porque tuve que confiar en alguien. Afortunadamente, ella fue la persona a la que había elegido.

—No tienes que preocuparte de nada. Solo tienes que divertirte. Estoy aquí contigo y todo estará bien.

—Lo siento —le dije—. Me divertiré, lo prometo. —Me senté más erguida, forzando una sonrisa—. Mira. —Señalé la sonrisa exagerada en mi rostro.

Nikki puso los ojos en blanco aun cuando sus labios pintados de rosa esbozaron una sonrisa diabólica.

—Bueno, ya llegamos.

A través de la ventanilla, miré hacia el alto edificio, a la brillante iluminación, sutil e invitadora al mismo tiempo, los asistentes a la fiesta ya estaban allí. Pero este no era cualquier club; este club era exclusivo y, según Nikki, el haber conseguido tener nuestros nombres en la lista significaba que habíamos sido bendecidas por el mismo Dios.

Pagándole al taxista, bajamos y el aire frío de Nueva York golpeó nuestras piernas desnudas, provocándome un escalofrío. Entrelazando nuestros brazos, nos apresuramos hacia la fila frente al club INFINITY, gemimos cuando vimos que la fila era más larga de lo que esperábamos, rodeaba la totalidad del edificio. Encontramos lugar al final de la misma, casi a una cuadra de la entrada, nos acurrucamos para darnos calor.

Ha estado muy frío para ser mediados de septiembre, el verano desapareció rápidamente en otoño. Pero no me importaba; Me encantaban todas las estaciones del año, y especialmente esta. Las hojas oscureciendo y cambiando sus colores, la humedad en el aire. Todo me recordaba a casa. Y Dios, extrañaba mi casa.



Era de un pequeño pueblo en el sur, de apenas diez mil almas, y la mayoría eran familiares de los demás. Conocía todos los atajos, todas las tiendas y todas las calles por su nombre. Sin embargo, aquí en la Gran Manzana, incluso después de un año y medio, conocía muy poco. La ciudad parecía estar siempre cambiando, siempre viéndose diferente. Las calles por las que había caminado docenas de veces aún no me resultaban familiares. Sin embargo, esa fue la razón por la que había elegido la ciudad de Nueva York: para mezclarme, para perderme. Pero incluso así, estaba lejos de acostumbrarme al ruido, a las luces, y al zumbido constante de voces, de las actividades a todas horas que parecían salir de todos los rincones. Rara vez dejaba el apartamento para algo más que lo necesario. Y por “necesario” entendía solo compras esenciales, y trabajar en un pequeño restaurante familiar.

La fila avanzaba lentamente, se escuchaba el fuerte clic de mis pequeños tacones contra la acera mientras Nikki y yo avanzábamos tambaleantes. La pareja de adelante ya estaba borracha, y la rubia alta se reía sin parar mientras se cubría con su compañera de una manera descaradamente sexual que me hizo ruborizar y sonreír.

—Casi estamos —dijo Nikki, poniéndose de puntillas, tratando de ver el comienzo de la fila. Bajando, volvió a sonreír y meneó las cejas hacia mí.

—El portero es lindo.

—Aún no hemos entrado —le dije, riendo. En puntas de pie para ver qué aspecto tenía, gemí en voz alta, con los ojos muy abiertos. Era una bestia de hombre, con la cabeza rapada cubierta de tatuajes, que combinaban con los intimidantes tatuajes de su cuello y sus monstruosos brazos. Se veía... absolutamente aterrador.

—No, Nikki, simplemente no.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Por qué no?

Poniendo mis ojos en blanco, simplemente negué con un gesto. Teníamos gustos muy diferentes en hombres. Entre más grande, mejor, siempre decía ella, mientras yo... bueno, prefería que no parecieran comer niños pequeños para el desayuno. No es que tuviera un gran historial de hombres, y sabía de primera mano que las apariencias eran increíblemente engañosas. Por lo que sabía, ese portero podría ser la próxima Madre Teresa. Tenía muy poca experiencia en el departamento de los hombres tal y como estaba, y últimamente incluso tenía menos interacción con ellos. Durante el año y medio viviendo aquí había salido en un total de cero citas.

Nikki, en un principio, había puesto fin a mi estilo de vida ermitaño, pero últimamente había estado insistiendo en que tenía que conocer a alguien, que a los veintisiete años era demasiado joven y bonita para esconderme del mundo.

—Simplemente no —repetí, y volvió a reír.

Me miró.

—Bien, tal vez es un poco demasiado...

—Lleno de esteroides —le sugerí amablemente.

—No es un... —dijo Nikki, levantando su delgado brazo e intentando hacer un músculo.

Todavía reíamos cuando llegamos al comienzo de la fila y entregamos nuestros documentos de identidad al aspirante a Arnold. Elevándose sobre nosotras, sonrió, dejando al descubierto una dentadura sorprendentemente blanca que solo agravó el aura peligrosa que lo rodeaba. Estoy segura que pretendió ser agradable con ese gesto, pero después de



comprobar su lista y estampar en rojo el símbolo del infinito en mi mano, con la forma de un ocho, me alejé rápidamente, llevando a Nikki conmigo.

Al entrar en el club poco iluminado, nos envolvió una oleada de aire caliente mientras el bajo ensordecía mis oídos y vibraba a través de mis huesos, erizándome la piel. Inmediatamente me quité la fina chaqueta negra que Nikki me había prestado. De hecho, me prestó toda mi vestimenta, ya que mi ropa tendía a ser más de vaqueros y variadas camisetas, en lugar de faldas cortas y tacones. O como el vestido de esta noche: negro de encaje con tirantes delgados y un par de sexys zapatos de tacón a juego. Todavía era simple y sencillo, la falda me llegaba justo por encima de las rodillas, pero no era tan sencillo como mis trajes habituales.

Dejando nuestras chaquetas en el guardarropa, cruzamos el club, esquivando a las personas, y poco a poco nos abrimos paso hacia la barra. Una vez allí, Nikki hizo un gran espectáculo haciéndole señas a uno de los muchos camareros y pidió dos tragos de algo que olía vagamente como suponía que olería el ácido de las baterías. Rechazando el mío, pedí un cóctel Manhattan.

Mirando a mi alrededor, no podía negar que el club era increíble. Era lujoso y relajante, con tonos sombríos en su mayor parte, y pequeñas decoraciones de colores vibrantes estratégicamente colocadas alrededor del gran espacio, creando un ambiente lujoso y exclusivo. Y la mayoría de la gente vestía el traje típico de un club: las mujeres usaban vestidos o faldas cortas y ajustadas y tops reveladores, mientras que los hombres vestían pantalones vaqueros y camisetas, por suerte tenía la sensación de que no estaba totalmente fuera de lugar.

Nikki no perdió tiempo en tomarse su trago. Bebiendo de nuevo, hizo una mueca, entonces sonrió y sujetó mi muñeca.

—Es hora de bailar —gritó, sus rasgos formaron una expresión entre adorable y suplicante.

Negué, nerviosa y no lo suficientemente borracha como para hacer algo tan loco como bailar.

—Ve —le grité—, quiero terminar mi bebida. —Sosteniendo mi cóctel, tomé un pequeño sorbo.

—Lo prometiste —se quejó—. Dijiste que bailarías esta noche. —Agitó sus pestañas falsas hacia mí.

Para una mujer de casi treinta años realmente sabía interpretar a una adolescente malcriada. Con solo un metro sesenta, con el cabello largo y negro, ojos marrones oscuros, y piel clara con pecas, era simplemente adorable. Sin embargo, había estado sola durante casi un año, e insistía en que este año encontraría al hombre perfecto. O que una de nosotras lo haría. Personalmente, confiaba en ella.

—Lo haré —le dije, riendo nerviosamente—. Pero primero necesito un poco más de coraje alcohólico.

—¿Vuelvo después? —preguntó, mirándome y viendo con nostalgia la pista de baile. La alejé.

—Ve, ve —dije, sonriendo—. Diviértete.

Dejándola marchar, se alejó desfilando, moviendo sus caderas, con sus brazos al aire. Todos los hombres del club voltearon a ver su baile. Los ignoré, caminando derecho, pasando a sus admiradores y llegando al centro de la pista de baile, donde realmente comenzó a moverse. Nikki era hermosa y divertida, sin tomarse a sí misma ni a nadie



demasiado en serio. No podía entender por qué todavía estaba soltera. Pero entonces, no comprendía por qué algo sucedía de la manera en que lo hacía. Había renunciado a cuestionar el porqué de las cosas hace mucho tiempo. No se podían cambiar las cosas, o por qué la gente era de la forma en que era, solo se podía aprender a aceptar y adaptarse en consecuencia.

O en mi caso... huir.

Aun así, observándola, sentí una punzada de envidia por su franqueza y su espontaneidad, dos cosas de las que sabía muy poco. Dejando de sonreír, me giré hacia la barra.

—¿Otra bebida?

Levanté la vista para encontrar a uno de los camareros sonriéndome. Era muy guapo y estaba a comienzos de sus veinte años, supuse, con unos hermosos rasgos oscuros.

—Por favor —dije en voz alta, haciendo un gesto hacia el chupito de Nikki y a mi cóctel medio vacío.

Tomó el dinero que le entregué, su mano era cálida y suave mientras recogía el dinero en efectivo, sus dedos persistieron en mi palma una fracción de tiempo demasiado larga. Ruborizándome profusamente, desvié la mirada con rapidez. No sabía cómo actuar con los hombres. Su atención, cuando alguno me notaba en realidad, me sumía en una vertiginosa crisis emocional, y nueve de cada diez veces, tendía a actuar como una idiota incompetente.

Negándome a mirar hacia al barman, incluso después de haber traído mi pedido, mantuve la mirada baja, jugando con la cereza en mi bebida fría, sumergiéndola repetidas veces en el líquido ámbar y haciéndola girar.

Había llegado a esta ciudad como una mujer lastimada, destrozada y al borde de un ataque, pero de alguna manera Nikki me había ayudado a recuperar mi compostura. Después de haber respondido a su anuncio de “se busca compañera de piso”, había sido Nikki quien me ayudó a encontrar un trabajo, y aún más increíble, de alguna manera también había encontrado la forma de clasificar todo mi bagaje emocional, y recuperar a la mujer que había debajo. Había olvidado a esa mujer en algún punto a lo largo del camino, y Dios, la echaba de menos. Echaba de menos su sonrisa fácil, la forma en que le gustaba cantar en la ducha y bailar en la cocina. Echaba de menos la forma en que se reía a carcajadas y sin preocupaciones.

¿Quién era ahora?

Estaba perdida, pero quería volver a encontrarme desesperadamente.

—Esa es una extraña elección.

Di un respingo y me giré hacia la voz, sorprendida al encontrar la gran forma de un hombre de pie desconcertantemente cerca. Mirando hacia los tragos, al que parecía ácido de batería y al cóctel, negó esbozando una pequeña sonrisa con sus labios carnosos.

—Lo siento —dijo, alzando sus ojos hacia los míos. Levantó las manos defensivamente—. No era mi intención asustarte.

Me sonrojé, el calor trepando por mi cuello y explotando en mis mejillas. Era un hombre guapo. No, *era un hombre muy guapo*. Con el cabello oscuro, corto y ligeramente ondeado, que le daba una apariencia despeinada, adorable y rebelde, me miró con sus ojos azules claros como el cristal, mirada que encendió mis nervios. Como la mayoría de los asistentes al club, estaba vestido en forma casual y elegante, llevaba pantalones vaqueros que se ajustaban a sus caderas y piernas con dificultad, los había combinado con una simple camiseta negra. Un reloj plateado era la única joya que adornaba su piel ligeramente



bronceada. Pero lo más entrañable que llevaba era el par de Converse en sus pies. Gastados, usados, no se adaptaban bien al resto de su cuerpo, pero al mismo tiempo le daban una vibra accesible que no pensé que tendría sin ellos.

—Soy William —dijo, y mis ojos volvieron a encontrar los suyos—. O Will. —Otra sonrisa en su agraciada boca, mucho más intensa que la primera, tirando fuerte de su piel sin defectos sobre sus rasgos marcadamente cortados y muy aristocráticos. Sintiéndome avergonzada y nerviosa, rompí el contacto visual y llevé la cereza a mi boca.

Apretando los labios, levantó la frente y me sonrió.

—Creo que ahora es cuando me dices tu nombre o que tienes novio. —Se rió entonces, una risa baja, gruesa que me tomó por sorpresa y me hizo morder la cereza. El sabor explotó en mi boca, sin advertencia y haciéndome casi ahogar. Estirándose, tomó el tallo de entre mis labios y rápidamente lo dejó caer otra vez en mi vaso con una confianza tan arrogante que mis rodillas empezaron a temblar.

No estaba nerviosa, ni siquiera un poco, y solo ese hecho me hizo sentir aún más insegura. No era buena con las personas sobre todo cuando se trataba de hombres.

Me aclaré la garganta para hablar y traté de sonreír, intentando parecer tanto recatada como sexy. Ser confiada y todavía coqueta.

—Mila —logré balbucear. Sí. Eso en cuanto a tener confianza. O ser coqueta.

No respondió de inmediato y los latidos de mi corazón comenzaron a martillar en mi pecho a un ritmo inestable. Mis palmas comenzaron a sudar, mi cabello se aferraba detrás de mi cuello. Nikki me había convencido de llevar el cabello lacio y rizado solo en las puntas. Sin duda, mi espeso maquillaje para ojos, también cortesía de Nikki, comenzaría a correrse.

Bajé la mirada, hacia mis pies, necesitando un momento para recuperar el aliento. Mi momento duró poco cuando su mano acarició mi barbilla, levantando suavemente mi rostro hacia el suyo. Me las arreglé para mirar hacia su pecho y brazos, donde su camisa delineaba un cuerpo bien tonificado debajo de la ligera tela.

—¿Mila?

Miré hacia arriba, su mano se apartó, y encontré su mirada con una sonrisa tentativa.

—Sí, es mi nombre —tartamudeé, sintiéndome ridícula—. Mila.

Su sonrisa se amplió, convirtiéndose en una verdadera sonrisa, su profundidad me desconcertó totalmente. Incapaz de mirarlo un segundo más, alcancé mi bebida, tomando otro sorbo y descubriendo demasiado tarde que mi vaso estaba vacío, ni siquiera quedaba una gota. Sintiéndome como una tonta, rápidamente coloqué el vaso vacío sobre la barra con una risa nerviosa y sostuve el trago restante de Nikki, bebiéndolo antes de que pudiera pensar en lo que hacía. La bebida quemó mi garganta de forma inesperada, haciéndome toser y escupir mientras mis ojos se llenaban de lágrimas.

—Guau allí —dijo Will, riendo suavemente. Golpeó los nudillos en la barra, llamando la atención del camarero más cercano—. Otro Manhattan para la señorita —dijo, asintiendo hacia mí—. Y un whisky en las rocas. —Miró hacia mí y frunció el ceño—. Y agua —añadió con una risita.

Como si ya no estuviera lo suficientemente avergonzada. Cerré los ojos por un momento, me hubiera gustado que el suelo se abriera debajo de mí y me tragara entera. No era buena en esto, y no debería siquiera haberlo intentado. La próxima vez que un hombre se acercara a mí, le diría cortésmente que era lesbiana y nos ahorraría a ambos la vergüenza de mi incapacidad social.



—¿Mila?

Me volví para encontrar a Nikki, con las manos en las caderas, con una mueca feroz en sus labios, dirigida a Will.

—¿Qué pasó? —dijo, entrecerrando los ojos—. ¿Y qué diablos te hizo este maldito?



¿Maldito?

Divertido, William Bellamy Townsend III miró a la pequeña mujer que lo observaba y sonrió.

—¿Algo para beber? —ofreció, haciendo un gesto hacia la barra.

—No, no —dijo Mila rápidamente, con la voz ronca por la tos—. No hizo nada, Nikki. Todo está bien.

En vez de calmar a la diminuta mujer, a Nikki, la explicación de Mila pareció provocar el efecto contrario, y continuó mirándolo.

—¿Estás segura? —preguntó Nikki, entrecerrando aún más los ojos hacia Will.

Le sostuvo la mirada y se encogió de hombros.

—Solo le compraba una copa a Mila.

Y hablando de Mila...

Qué hermoso y adecuado nombre para la mujer a la que pertenecía: alta, delgada y tonificada, con un abundante cabello en un tono castaño que combinaba perfectamente con su piel color ámbar. Unos labios carnosos y un rostro en forma de corazón acompañado por un par de ojos verdosos grisáceos que no combinaban con su tez de ninguna manera, forma o apariencia, pero de algún modo le quedaban. Y le quedaban bien.

Le había llamado la atención en el guardarropa, se veía como si prefiriera estar en cualquier parte, excepto aquí, en la discoteca de moda de la ciudad, nada menos, un lugar por el que la mayoría de las mujeres jóvenes de Nueva York darían un brazo y una pierna solo por un lugar en la lista de invitados.

Las siguió, a ella y a su amiga, hasta la barra, percibiendo a la distancia como persistía el malestar de Mila, preguntándose por qué se negó a acompañar a su amiga a la pista de baile y creciendo su interés en ella con cada segundo.

No era la típica habitué de Infinity, ni se parecía a cualquier mujer que hubiera tenido el placer de conocer, y eso era lo que más lo intrigaba. Esos sentimientos se hicieron más profundos al hablar con ella, y aunque había dicho muy poco antes de su ataque de tos, fácilmente había notado un ligero acento que suponía era del sur. Su timidez, su evidente y absoluta incomodidad alrededor de los hombres, tanto con el camarero que había visto coquetear con ella, como ahora, con él, la hacían más atractiva.

Quería conocerla. En realidad, era una verdad a medias. Quería conocer a cualquiera que no formara parte de su círculo habitual de personas, compuesto por hombres y mujeres egoístas, pomposos y aburridos. Quería algo diferente, anhelaba algo diferente, y diferente acababa de entrar a su club.

Aún mejor, diferente no sabía nada de él. Podría haberle dicho que se llamaba Rick o Joe o Bob, y ella habría tenido la misma reacción. Era un don nadie para ella, y eso lo emocionaba incluso más que sus ojos extrañamente estupefactos o la forma en que su



vestido casi transparente parecía ajustarse totalmente a las planicies y curvas de su cuerpo esbelto, tonificado y sexy-como-el infierno.

Estaba harto de la alta sociedad, y enfermo a muerte de las mujeres insípidas, insulsas que llevaban ese estilo de vida. Peor eran los aspirantes, los parásitos, los mirones, las mujeres y los hombres que estaban constantemente arrojándose sobre él con la esperanza de que les invitara a una fiesta o una cita, o peor... se casara con ellas.

Tenía treinta y un años, casi treinta y dos. Había estado en casi todos lados, había visto de todo, y por ese motivo ya no le interesaba. Quería algo diferente. Necesitaba algo diferente. Pero últimamente, había empezado a percibir que diferente no era exactamente alcanzable. Su dinero siempre se interponía en el camino. O bien emocionaba o molestaba a la gente, pero de cualquier manera obstaculizaba su capacidad de simplemente conocer a alguien, y viceversa.

Esa misma mañana, había decidido que no permitiría que siguiera sucediendo; no había sabido cómo, exactamente... hasta este momento.

Pero en lugar de obtener la reacción que había esperado, Mila parecía querer huir de él, y ahora, con la ayuda de su pequeña amiga enojada, parecía que acababa de cumplir su deseo.

Así, había llegado a lo segundo en su lista de cosas por hacer... realizar una buena jugada con la pequeña mujer.

—¿Puedo ofrecerte una copa, Nikki? —preguntó, ofreciéndole otra sonrisa.

—No, gracias —respondió cortésmente, demasiado educada. Sus ojos oscuros volvieron hacia Mila y su mirada al instante se suavizó. Aunque no dijo nada, la forma en que la miró lo decía todo. Preguntaba en silencio a su amiga qué quería hacer.

Y simplemente así, Will la respetó, a pesar de su evidente disgusto hacia él. Ella, al igual que Mila, era diferente a lo que estaba acostumbrado.

Los ojos de Mila se fijaron en él, sus mejillas se sonrojaron en el momento en que sus miradas se encontraron, y Will siguió sonriendo, disfrutando de la forma en que la hacía reaccionar, disfrutando de cada maldita cosa de ella, en realidad. O por lo menos, de todo lo que había descubierto en los últimos quince minutos desde que la detectó.

—Estoy bien —dijo ella, su acento meridional transmitiéndole calidez—. Lo juro, Nikki, todo está bien. Estoy bien. —Se sonrojó de nuevo, como si su sobre protectora amiga la estuviera avergonzando.

—Entonces... —las comisuras de la boca de Nikki se movieron, finalmente insinuando una sonrisa—, ¿debo quedarme y tomar una copa?

Mila pareció dudar, y por un momento Will estuvo seguro de que había elegido a Nikki sobre él. Tanto así que cuando tímidamente negó, dándole a él y a su amiga una sonrisa avergonzada, inconscientemente Will irguió sus hombros en señal de victoria.

Alejándose de su amiga, Mila se apoderó de su bebida fría, mirando hacia él. Vio la forma en que sus labios moldeaban el vaso, mientras cerraba sus ojos e inclinaba la cabeza. Al abrir los ojos, dejó la bebida y le ofreció otra sonrisa adorablemente tímida.

Sí. Diferente era exactamente lo que quería.

—¡Estaré allí! —gritó Nikki.

—Entonces Mila —comenzó, ignorando de la mirada de *te mataré si la lastimas* que Nikki le daba sobre su hombro mientras regresaba a la pista de baile—, ¿todas tus amigas son tan feroces?



Dos hoyuelos se formaron en el rostro de Mila cuando comenzó a reír, un pequeño borboteo de diversión sureña teñido de nerviosismo, no pudo evitar sonreír.

—No tengo muchas amigas —admitió, sin dejar de sonreír—. Todavía soy nueva en la ciudad.

Lo había supuesto, dado su acento y la incapacidad de hablar sin sonrojarse. La mayoría de las personas nacidas y criadas en Nueva York estaban tan acostumbradas al estilo de vida ocupado y a las hordas de gente que apenas lo notaban. Mila, supuso, seguía lidiando con la sobrecarga sensorial de todo.

—Tengo una cabina —sugirió él, haciendo un gesto hacia el balcón del segundo piso, una sección del club que daba directamente a la pista de baile—. Está más tranquilo arriba.

Tragando fuerte y moviéndose incómodamente sobre sus pies, la mirada de Mila siguió su mano.

—Está bien —respondió bajo, en voz tan baja que en realidad no había oído sus palabras sobre la música, solo lo supo por el movimiento de sus labios.

—Si estás más cómoda aquí...

—No, no —dijo ella rápidamente—. Una cabina estaría bien.

Recogiendo sus pertenencias y su bebida, ella se alejó de la barra y él le ofreció el brazo. Se quedaron allí por un largo momento, él manteniendo su brazo en ofrecimiento y ella fijando su mirada en la extremidad como si acabara de encontrar un pelo en la comida.

Riendo suavemente, dejó caer su brazo y le indicó que fuera por delante.

—Por aquí —dijo, poniendo su mano en la parte baja de su espalda, el contacto la hizo saltar ligeramente. Tímida y nerviosa era un eufemismo, y Will tuvo un breve momento para preguntarse si se habría embarcado en una batalla perdida.

Una cosa era segura: diferente, sin duda sería interesante



Das

Las escaleras eran peligrosas, por lo menos para una mujer como yo. Sosteniendo firmemente la barandilla con una mano ligeramente sudorosa, mi bebida con la otra, y en simultáneo, intentando mantener sujetos mi monedero y el de Nikki, todo ello siendo demasiado consciente de la proximidad de Will detrás de mí, con su mano en mi espalda baja como un recordatorio constante que estaba allí. Y peor aún, una vez alcanzada la cima de la escalera, varios pares de ojos se volvieron hacia mí, cada evaluación y descarte, sucediendo en cuestión de segundos. Cualquiera persona normal se habría sentido ofendida por el desaire, pero yo sólo podía estar agradecida, que no estuviesen mirando. Si ese hubiera sido el caso, podría haberme dado la vuelta y correr.

—Por acá. —Las palabras de Will me acariciaron el cuello al pasar a mi lado, mirándome sobre su hombro con una sonrisa, mientras hacía un gesto para que lo acompañara.

Asintiendo, lo seguí, sintiéndome más y más como un cordero dirigiéndose al matadero. Esta no era yo, esto no era lo que yo era. Yo no me ponía vestidos ceñidos e iba a discotecas, y ciertamente no caminaba hacia privados con hombres que acababa de conocer. Me conocía mucho. Pero tal vez ese era el punto de esta noche, y por eso como colofón, consentí en dejar el santuario de mi apartamento, finalmente haciendo algo no acorde con mi carácter. Y si esta incursión conllevaba la constatación que podía tomar riesgos, al menos pequeños de vez en cuando, entonces no todo era malo. ¿Verdad? Dios, realmente no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, ¿O sí?

Cuando pasamos por el balcón panorámico, me asomé por la barandilla y miré hacia la pista de baile completamente llena de cuerpos, sintiéndome agradecida que el aire aquí arriba era más fresco, no sofocante y espeso por el calor, por lo que resultaba más fácil respirar. Es decir, hasta que la mano de Will tomó suavemente mi muñeca. De repente, me encontré sofocada, una vez más.

Llegando a un gran privado, acepté su gesto de permitirme entrar en primer lugar, sus dedos aún tocándome, mientras me deslicé por el asiento.

—Gracias —susurré al alejarme, sonrió con confianza, y me hizo preguntarme si realmente era tan seguro de sí mismo en todo lo que hacía. Introduciendo su largo cuerpo en el privado, reptó detrás de mí, tomando el lugar disponible en frente y acercándose, por lo que nuestras piernas casi se tocaban. El picante olor de su colonia me envolvió, causando que la energía nerviosa que bailaba en mi vientre tomase velocidad. Posando la bebida sobre la mesa del privado, fijé la mirada en el suntuoso mantel rojo. No era buena conversadora, y ¿de qué podría hablar que fuese de interés para un hombre como él? Uno con gran aspecto, seguro de sí mismo. Cerré mis ojos con fuerza. El rubor que se abría camino hacia mis mejillas, ahora estaba alcanzando niveles vertiginosos. El club y todas las personas en él, el alcohol combinado con la energía nerviosa corriendo a través de mí, este privado, el olor de su colonia, Will en sí mismo, todo esto de repente era demasiado y me sentí abrumada de la peor manera.

—¿Estás bien? —preguntó, sonando preocupado. ¡Oh Dios, estaba preocupado! Tomé un breve segundo para regañarme mentalmente por comportarme de forma tan ridícula, y luegoforcé mis ojos a abrirse.



—Mmm-hmm —respondí, y traté de tomar mi bebida. El movimiento fue rápido y torpe, y al llegar a la copa fallé, golpeándola y derramando su contenido sobre la mesa. Horrorizada, traté de ponerme de pie y asirla, pero mis rodillas chocaron con la mesa, haciendo que se inclinase y casi volteara también su bebida.

—Oh Dios —susurré, desplomándome, con los ojos en mi regazo—. Lo siento mucho. —Mirándolo fugazmente, esperando verle observarme con lástima o repugnancia, me encontré con sus facciones iluminadas con diversión. Y cuando nuestras miradas chocaron, se rió en voz alta, llamando la atención de las personas sentadas cerca.

Uno a uno se volvió para ver lo que le había hecho reír, y comenzaron a reír a su vez. La vergüenza se cuajó en mi estómago, y por primera vez en mucho tiempo sentí rabia creciendo en mi interior. No de la clase de rabia que lanza un puño rompe-cristales, sino más de la clase de estar pisoteando. ¿Era esto una especie de broma? ¿Charlar con la chica tímida y dejarla hacer el ridículo para su propio entretenimiento personal?

—Deja de reírte de mí —increpé. Apartándome el cabello del rostro, deseando haberlo recogido, dejé escapar un suspiro. Cuanto más aumentaba la temperatura, más el cabello se pegaba a mí, y cuanto más se pegaba, más incómoda estaba, empeorando mi estado de ánimo.

Resoplando, me volví hacia Will.

—Esto fue un error —afirmé, deslizándome de lado, en dirección opuesta a través del privado—. Necesito irme. —Antes que pudiera llegar al otro extremo, me sujetó por la muñeca, suavemente pero con mano firme. Sorprendida, me detuve.

—No me estaba riendo de ti —respondió, apretando ligeramente mi muñeca—. Lo prometo. Quédate —añadió, deslumbrándome con una sonrisa que haría que la mayoría de las mujeres cayesen a sus pies. Yo no era diferente. La respiración se atoró en mi garganta y mi ritmo cardíaco se amplificó algunos niveles—, Es sólo una copa —continuó, liberando mi muñeca—, y hay mucho más de donde vino esa. —Me relajé minuto a minuto, sintiéndome infantil por permitir que mis emociones hiperactivas sacasen lo peor de mí. Después de todo, había sido sólo una bebida, y suponía que si estuviera en sus zapatos, viendo a una chica torpe que parecía no poder beber sin atragantarse o recoger una bebida sin derramarla, me habría reído también. Aún mejor, las personas sentadas en las inmediaciones parecían haber perdido el interés y habían vuelto a sus propias conversaciones. Exhalando lentamente, traté de relajarme.

—¿Otra bebida? —Subí la mirada, encontrando a una camarera con poca ropa de pie a nuestro lado, observando del desorden en la mesa a mí, con una expresión lastimera.

—Otro manhattan —contestó Will.

—Dos —añadí, sabiendo que iba a necesitar un continuo suministro de licor para ayudarme a pasar a través de la siguiente media hora. Ya estaba sintiéndome achispada, pero no tan relajada como quería.

El rostro de Will se iluminó con una pequeña sonrisa, y asintió hacia la camarera. Esta asintió de vuelta y se fue, para reaparecer algunos momentos después con las dos bebidas. Elegí una, tomé la cereza y bebí casi la mitad de un solo trago. Tragué con fuerza, dejando caer la cereza de nuevo en el vaso y miré hacia Will. Estaba apoyado contra el asiento, su brazo colgando de la parte superior, con los ojos azules totalmente enfocados en mí.

—Salud —murmuré en voz baja, a falta de algo más que decir.



—Salud —respondió, buscando su propia bebida y llevándola a sus labios. Se hizo silencio entre nosotros, y el malestar de toda la situación me envolvió una vez más. Con cada segundo que pasaba podía sentir empeorar mi nerviosismo, las mariposas en el estómago acelerando sus aleteos. Alguien tenía que decir algo pronto, sin embargo, yo no tenía ni idea qué hablar y Will no parecía tener prisa para entablar una conversación.

—¿Podemos empezar de nuevo? —pregunté de repente—. No estoy muy acostumbrada a esto. —Hice un gesto al espacio vacío entre nosotros, riendo nerviosamente.

Levantó las cejas, sus ojos brillando con humor. Enderezando la espalda, me ofreció su mano.

—Soy Will, ¿y tú eres? —sonreí, la primera sonrisa genuina que había tenido en toda la noche, y cuando tomé su mano, cálida y suave, su agarre fuerte y enérgico, suspiré aliviada.

—Soy Mila —contesté, sin dejar de sonreír—. No me gusta la cerveza, amo las viejas películas, y no soy buena con las interacciones sociales —reí con ligereza—. Como si eso no fuera ya obvio. —Se unió a mí en la risa.

—No soy un fan de la cerveza tampoco —argumentó—. Me gusta el whisky, preferiblemente de pura malta. Cinematográficamente tiendo más hacia las comedias, y... Me gusta verte sonreír. —En algún punto su dedo pulgar había comenzado a moverse lentamente a través de la palma de mi mano. Al darme cuenta, me liberé con suavidad.

—Gracias —murmuré.

—No es la reacción que esperaba. ¿Los elogios te hacen sentir incomoda? —No podía apartar los ojos de él. Eran tan azules, sin embargo, contenían tanto calor y profundidad que solo mirarlos me hizo sentir nerviosa de nuevo.

—Sí —respondí, encogiéndome de hombros—. Es incómodo, ¿sabes? Cuando las personas que apenas conoces te hacen cumplidos.

—Y ¿qué pasa con alguien que conoces? —preguntó, riendo suavemente—. ¿Les permites hacerte cumplidos?

Era mi turno de reír.

—Supongo que sí.

—¿Así que lo que me estás diciendo, es que alguien tendría que conocerte bien, para decirte que piensa que eres hermosa? ¿Qué tienes los ojos más inusuales que ha visto nunca, que la forma de tu boca hace que quiera besarte largo y duro, y que tu acento y la forma de hablar tan abiertamente sobre cómo te sientes es increíblemente seductora? —En medio de tomar otro largo trago de mi bebida, empecé a ahogarme de nuevo. Dejando rápidamente mi copa, me aparté, sintiéndome agitada mientras me seguía mirando, sus rasgos todavía tan frustrantemente llenos de confianza en sí mismo.

—Sí —le contesté, una vez que encontré de nuevo mi voz—, ellos tendrían que conocerme muy bien antes que pudieran decirme algo como eso. —Se recostó en su asiento, posando la mirada en su bebida. La acción fue curiosa, y me dejó preguntándome si lo había ofendido de alguna manera.

—Entonces supongo que tendré que llegar a conocerte mucho mejor, ¿no Mila? —Me miró por encima del borde de su copa, sus ojos brillando con una especie diabólica de humor. No era una pregunta, sino una afirmación, y oírlo causó que de improvisto mi pulso galopase a toda marcha.



Buscando a tientas una respuesta y no encontrando una, volví a mi copa, bebiendo de un solo trago el resto e inmediatamente alcanzando la siguiente. Cuando casi había terminado la segunda, posé mi vaso pesadamente sobre la mesa y me obligué a no tener hipo.

—¿Otra copa? —preguntó—. ¿Tal vez otro chupito de lo que fuera que tenías abajo?

Mis ojos se abrieron en consternación.

—¡No! —exclamé—. ¡Eso fue horrible! ¡Nunca más!

Los dos nos reímos, él lo más probable a mi costa y yo, porque el alcohol estaba finalmente haciendo su trabajo. Me sentía más ligera, con más confianza, con cada sorbo cada vez menos como yo.

—De todos modos, es mi turno para pagar. —Sentándome, mire a mí alrededor, buscando a la camarera.

—¿Quieres comprarme un trago? —preguntó, sonando sorprendido. Asentí con fervor.

—Es mi turno.

Todo esto...de las citas era nuevo para mí, pero yo sabía que no quería ser una de esas mujeres que esperaban que el hombre pagase por todo. Nunca más voy a depender de un hombre, ni siquiera por algo tan insignificante como bebidas.

Finalmente divisé a la camarera a varios metros de distancia, contemplé su espalda, sin saber qué hacer y cuál era la etiqueta correcta en este tipo de entorno. ¿Alzo la mano? ¿Llamo en voz alta? ¿O voy hacia ella?

Echando un vistazo a Will, lo descubrí una vez más viéndose divertido y sonriente. Con los ojos fijos en mí, levantó la mano e hizo una pequeña ondulación. Y de nuevo, solo un momento más tarde, una camarera diferente apareció, esta llevaba menos ropa que la primera, sosteniendo una nueva ronda de bebidas.

Rápidamente busqué en mi bolso, sacando un arrugado billete de veinte dólares. Los ojos fuertemente delineados de la camarera se ensancharon en confusión, mirando de mi mano a Will. Confundida, mire a Will, preguntándome por qué no estaba tomando mi dinero.

—No quiero la cuenta —dije, tratando de explicarme. Ninguno de los dos necesitaba saber que no podía permitirme la cuenta.

Una vez más la camarera miró a Will, tras un ligero movimiento de cabeza de este y a regañadientes me cogió los veinte, manejando el billete como una chatarra sucia que acababa de encontrar en la calle.

—Gracias —expresó Will, inclinándose sobre la mesa, todo rastro de diversión desaparecido y con una genuina sonrisa en su rostro—. Eso fue extraordinariamente generoso de tu parte.

Levanté mi frente. ¿Lo fue?

Se inclinó, y su mano cubrió la mía. Mientras veía su cambio de expresión, de sinceridad a flagrante hambre, mi estómago se desplomó hacia mis pies de la manera más deliciosa.

—Eres muy diferente de cualquier persona que he conocido antes —susurró.

—Lo siento —tartamudeé, sin saber si me estaba felicitando o no.



—No te disculpes, Mila. —Sus ojos recorrieron mi rostro, su mirada cada vez más y más intensa.

—Me gusta diferente.



Will se inclinó hacia delante, para sujetar con una mano la mejilla de Mila, y deslizar los dedos por su espeso cabello. No había planeado besarla, no aún de todos modos, pero observarla excavar en su bolso y sacar un billete de veinte, que ni siquiera cubriría el costo de su bebida y mucho menos dos, junto con el hecho que no era como nadie de la que hubiera tenido el placer de su compañía antes, mezclado con el whisky que había ingerido, no podía pararse.

Sus labios al principio rozaron ligeramente los de ella, sintiéndola temblar cuando lo hicieron, lo que lo hizo sonreír.

—Mila es un nombre interesante —dijo en voz baja—, Eslavo, ¿verdad?

Mila tembló, pero no hizo ademán de apartarse de él.

—Sí —susurró, sus grandes ojos fijos en los suyos—. Era de mi bisabuela... —Se interrumpió, silenciándose mientras él se movía de nuevo para otro casto beso, solo otra ligera presión en sus labios.

—Es hermoso —murmuró, cerrando rápidamente la distancia entre ellos. Cuando su pierna hizo contacto, se puso tensa, algo que resolvió besándola de nuevo, sonriendo para sus adentros cuando su cuerpo instantáneamente se relajó y un pequeño suspiro escapó de su boca.



Dejando su cabello, envolvió el brazo alrededor de su espalda halándola más cerca, y una vez más se apoderó de su mejilla.

Esta vez, cuando la besó, no se retiró rápidamente, sino que comenzó a jugar con sus labios, mordiendo suavemente, utilizando sus dientes para separarlos y deslizar la lengua en su boca. Ella jadeó como respuesta, no fue realmente un jadeo, sino una pequeña inhalación de aire que aprovechó para ahondar aún más en su boca. Su femenina mano encontró sus bíceps, sus dedos se aferraban en el material de su camiseta, y por un momento pensó que iba a utilizar su sujeción para alejarlo.

Pero no lo hizo. Lo acercó más, su boca ahora moviéndose en sincronía con la suya. Y otra vez estaba sorprendido por ella. Esta mujer podía besar, y besar bien. Su boca, su lengua, su mano sujetándole, junto con la gran cantidad de whisky que había ingerido, hizo que todo pensamiento racional se le escapara de las manos, dejándolo a merced de lo que su cuerpo deseaba.

Aunque hubiera querido llegar a conocerla, para apreciarla antes de realmente tener una aventura, de repente no anhelaba nada más que tenerla desnuda y en su regazo.

Ansiaba follarla.

Alejando la mano de su mejilla, rozó el suave plano de su pecho, y luego sin tanta sutileza la parte superior de la curva de sus pequeños senos, antes de aterrizar suavemente en su regazo y apoderarse de un muslo bien tonificado.

Aferrándose a su beso, Will hundió sus dedos suavemente en su pierna mientras presionaba su cuerpo más cerca. Ella gimió en su boca, retorciéndose en su asiento, pareciendo tan ansiosa como él de encontrar alguna manera de acercar más su cuerpo.

La mesa definitivamente no estaba funcionando.

Nunca había sido alguien que dejara que algo tan trivial como una mesa lo frustrara, así que, en un movimiento audaz, deslizó su mano bajo el dobladillo de su vestido y en el interior de su muslo, un suave gruñido escapó de su garganta, cuando sus dedos acariciaron a lo largo de su delicada piel.

Su respiración se agitó cuando abrió sus piernas, y de repente su otra mano estaba sobre él, sosteniéndolo por el cuello, enterrando las uñas con fuerza en su piel. No podía evitarlo, no quería evitarlo, y su mano se deslizó más arriba entre sus muslos, sintiendo su calor.

—Mila —murmuró, alejándose lentamente de su beso—. Nosotros...

—¿Mila? —Ambos miraron sorprendidos, ella lo liberó con un chillido conmocionado y él inmediatamente retiró la mano, dejándola caer en su regazo y sintiéndose extrañamente como un colegial. Nikki se encontraba de pie frente a ellos, con los ojos muy abiertos y la boca ligeramente abierta mientras miraba a Mila. Y Mila, veía de vuelta a Nikki, con su delgado cuerpo todavía ligeramente tembloroso.

—¿Mila? —repitió Nikki, sus fosas nasales dilatadas mientras luchaba por contener la amenaza de una sonrisa—. Mila.

Mila volteó hacia Will, su mirada ya no estaba nublada y llena de deseo, con los ojos muy abiertos, sus mejillas se colorearon de rosa oscuro. Miró de nuevo a Nikki, encogiéndose de hombros, una sonrisa descuidada moldeaba sus labios. Y luego al unísono ambas mujeres se echaron a reír.

—No tenía idea de dónde estabas —dijo Nikki, lanzando a Will una mirada asesina—. Y estaba preocupada por ti. —Se volvió a Mila—. Yo había pensado que quizás te gustaría marchar...

Will observó como la risa de Mila murió en sus labios, como su expresión feliz y juguetona se convirtió en algo muy parecido a un ceño fruncido, y sabía que si no intervenía y decía algo, esta adorable mujer iba a salir por la puerta principal de su club y lo más probable es que nunca la viese de nuevo.

—Creo que deberíamos salir —aseveró, tomando la mano de Mila, frotando su pulgar en un círculo lento a través de su palma—. ¿Tal vez una cena tardía? Conozco un gran lugar no lejos de aquí.

—No lo sé —contestó, moviéndose intranquila en su asiento.

—No digas que no por mi culpa —replicó Nikki, sonriendo con picardía—. Sé que algunas de las chicas del trabajo están yendo a un club en la ciudad, voy a ir reunirme con ellas. —Inclinándose sobre la mesa, bajó la cabeza al oído de su amiga y le susurró algo que Will no pudo entender. Los rasgos ya sonrojados de Mila se volvieron de un adorable color rojo, cerrando los ojos con fuerza, en un intento de evitar sonreír. Eventualmente, dejó escapar un suspiro de exasperación y asintió con la cabeza.

Sí, Will decidió en ese mismo momento que realmente le gustaba la pequeña mujer.

Enderezándose, Nikki les sonrió.

—Así que nos vemos más tarde —indicó. Alcanzando su bolso, se volteó y se dirigió hacia las escaleras, sus caderas balanceándose con una arrogancia exagerada—. No hagas nada que yo no haría —dijo sobre su hombro en voz alta y riendo.

La mirada de Will chocó con la de Mila y le guiñó un ojo.

—¿Hambrienta?

—Muy —contestó, sin aliento...



Tres

Will deslizó su mano en la mía y me llevó gentilmente por las escaleras. Me mordí el labio inferior, medio intentando contener mi sonrisa y medio tratando de frenar el rubor que estaba apoderándose de todo mi cuerpo. Varias miradas se dirigieron hacia nosotros mientras llegábamos a la parte inferior de la escalera, y algo parecido a la vergüenza me golpeó cuando varias personas me miraron, algunas parecían demasiado interesadas y otras escépticas. Era como si supieran lo que había pasado entre nosotros, que la mano de Will acababa de estar tan cerca de una parte de mi cuerpo que no había sido tocada en más de un año.

Y, sin embargo, me encantó, me encantaba lo liberador que se había sentido besar a un desconocido, lo erótico que había parecido, sentados en esa cabina, sus manos sobre mí, las mías sobre él, sin sobre-analizar nada por primera vez en demasiado tiempo, simplemente viviendo mi vida en el momento. Por una vez.

Una noche de libertad.

Eso era lo que Nikki me había susurrado. Y había sabido de inmediato lo que quería decir. Una noche libre de la preocupación, el miedo y la culpa que constantemente me atormentaban. Una noche para ser alguien que no era, para hacer algo divertido y totalmente fuera de lugar, por una vez sin la preocupación y el pánico por cada acción y reacción.

Sí, quería esto. Quería ser alguien diferente esta noche. Will era increíblemente guapo, y un besador increíblemente hábil, cuyas manos... Dios mío, sus manos...

Pero iba mucho más allá de Will. Podría haber iniciado este fuego en mi interior, pero quería mantenerlo ardiendo. Quería aceptar este reto de Nikki, aunque fuera únicamente para demostrarme a mí misma que podía dejarme ir, aunque fuera por un momento.

Una vez en el guardarropa, rápidamente rebusqué mi bolso, buscando mi boleto, y cuando me puse nuevamente mi chaqueta prestada, salimos por las puertas delanteras, atravesamos la fila de gente esperando y nos adentramos en el fresco aire de la noche. Mientras estábamos esperando por un taxi al lado de la acera, un hombre bastante grande vestido con un sencillo traje negro apareció a la derecha de Will, sus miradas se encontraron por una fracción de segundo. Will la apartó primero y a su vez el hombre se marchó.

—¿Lo conoces? —le pregunté, curiosa.

—Algo así —respondió.

Otra pregunta en la punta de mi lengua fue acallada por la llegada de un taxi. Al abrir la puerta, Will me dirigió una sonrisa. Ruborizándome, me deslicé rápidamente en el interior, mi vestido se enganchó en el cuero rasgado del asiento y causó que la tela subiera unos centímetros sobre mis muslos.

Will me siguió, dirigiendo su apreciativa mirada hacia mis muslos, ascendiendo hasta mi abdomen, haciendo descaradamente una pausa en mis pechos, en mi boca, hasta finalmente llegar a mis ojos. Mi estómago se agitó, la combinación embriagadora de lujuria



y licor calentándome casi hasta la ebullición. No estaba hambrienta en absoluto, al menos no de comida.

—¿A dónde? —La profunda voz del taxista atravesó mis pensamientos, su acento me regresó al presente.

—La Bella Luna —respondió Will, sin apartar su mirada de la mía.

Cuando el taxi se alejó de la acera, alejé la mirada de Will y observé hacia la bulliciosa noche. Los nervios todavía revoloteaban en mi interior, pero con cada respiración que tomaba mi confianza crecía a pasos agigantados. Todo esto se sentía tan sencillo y tan maravillosamente atípico para mí.

—¿Mila?

Igual que la mantequilla caliente deslizándose por franjas de seda, su voz profunda cayó en cascada sobre mí y un escalofrío recorrió mi espina dorsal. Volviéndome, lo encontré sonriendo nuevamente, su mirada, como me imaginaba siempre era, audaz e inquebrantable. Sintiéndome audaz yo misma, lo miré, sus rasgos perfectamente esculpidos, los rizos de su desordenado cabello captando mi atención. De repente tuve la tentación de inclinarme y recorrer con mis dedos las suaves ondas.

—¿Sí? —le dije, mi voz sorprendentemente ronca.

Su sonrisa creció.

—Me gustaría besarte otra vez.

Sin saber cómo responder, apreté los labios, la excitación me inundó. Un millón de pensamientos diferentes recorrieron mi mente, el más predominante era *besarlo*. *Besarlo primero, maldita sea.*

Ahucó mi mejilla con su mano, obligando a nuestras miradas a encontrarse, mientras deslizaba sus dedos por mi cabello. Tomando la parte de atrás de mi cuello, me acercó suavemente hacia él, deslizándose a lo largo del cuero gastado hasta que la brecha entre nosotros dejó de existir. Respirando con dificultad, lo miré, sintiéndome necesitada y deseada, el chofer del taxi, la totalidad de la ciudad de Nueva York... ahora casi olvidados.

Entonces me besó.

Este no fue un beso suave. No comenzó lento como lo había hecho en el club, sino que en su lugar estrellando su boca contra la mía, sus labios urgentes mientras su lengua se adentraba al instante. Posó una mano sobre mi caja torácica, rozando la parte inferior de mi pecho, mientras con la otra recorría desde mi cuello hasta mi muslo, inmediatamente buscando la piel debajo de mi vestido. Levanté mis manos, agarrando la parte delantera de su camisa, presionando mi cuerpo contra el suyo tanto como era posible, devolviéndole el beso más rápido y con más fuerza, mi interior y mis emociones dando volteretas y saltando hasta que sentí como daba vueltas en círculos.

Rozó con la punta de sus dedos la cima de mis muslos y gemí en su boca. Gimió en respuesta, un suave gruñido gutural que hizo que juntara apretadamente mis piernas, forzando a su mano a dirigirse aún más arriba. Entonces el taxi frenó bruscamente, todo al mismo tiempo, interrumpiendo nuestro beso y sacándome sorpresivamente del momento. Miré hacia adelante, viendo al chofer del taxi que nos observaba por el espejo retrovisor, su expresión era una mezcla entre irritada y expectante.

—No tengo hambre —susurré.

Movió nerviosamente la mano que tenía entre mis muslos mientras sus ojos azules brillaban como fuego líquido.



—¿Dónde vives, Mila?

Mis pensamientos vacilaron momentáneamente. ¿Dónde vivía? Algo confundida, simplemente me quedé mirándolo hasta que, finalmente, la realización me golpeó. Quería venir a casa conmigo. Por supuesto que sí, estaba encima de él, jadeando por más. Y una vez que lo hiciera, culminaría, lo que habíamos estado haciendo en el club, en el interior del taxi, concluiría una vez que estuviéramos a puertas cerradas. ¿Era eso lo que quería? ¿Tener sexo con este hombre? ¿Con este extraño del que no sabía nada aparte de lo mucho que mi cuerpo ardía por él?

Respiré, mi aliento estremecido. Sí. Esto era exactamente lo que quería.

Susurrándole mi dirección, se dio la vuelta y le repitió mis palabras al chofer. Cuando se volvió hacia mí, levanté mi barbilla, separando mis labios, deseando continuar donde lo habíamos dejado.

Retirando su mano de entre mis piernas, Will negó.

—Todavía no —murmuró, deslizando su brazo sobre mis hombros. Me atrajo hacia él y me acomodé contra su costado, mi corazón se aceleró, mi estómago brincaba. Cruzando una pierna sobre la otra, apreté mis muslos en un pobre intento de detener el dolor palpitante entre ellos. De repente el taxi no iba lo suficientemente rápido, los treinta minutos en auto hacia mi apartamento parecían terriblemente largos.

El sentimiento nunca disminuyó. Cuando finalmente el taxi se detuvo frente a mi edificio de departamentos, a pesar de que había pasado la última media hora encerrada en el cálido abrazo de Will y mis nervios habían disminuido considerablemente, todavía estaba conmocionada por el deseo.



De pie en la acera, esperé mientras Will le pagaba al chofer. Los siguientes minutos se precipitaron en un borrón. Hurgando por mis llaves, me apresuré por los cuatro tramos de escaleras, llegando hasta mi puerta...

La cerradura se abrió, y en el momento que entramos en el oscuro apartamento las manos de Will estaban sobre mí, deslizando mi chaqueta por mis brazos y arrojándola lejos. Me quedé allí parada, mis ojos fuertemente cerrados, mis labios separados, mi pecho agitado mientras tomaba varias respiraciones para calmarme. Encontró mi espalda con sus manos, recorriendo desde mis hombros hacia mi trasero de ida y vuelta. El sonido de mi cremallera siendo abierta resonó en mis oídos, y la sensación de su aliento golpeando mi espalda desnuda envió deliciosos escalofríos corriendo por mi espina dorsal.

Mi vestido cayó lejos de mi cuerpo, Will ayudó a bajarlo más allá de mis caderas, dejándome de pie en solo mis tacones y un par de bragas de algodón negro. Soltando otro aliento estremecedor, dejé caer mi bolso al piso y me volteé, enfrentándolo.

Se quedó allí, rodeado de oscuridad, sus ojos azules absorbiendo la luz de la luna que entraba por las ventanas, brillando mientras me miraba. Debería haber sido desconcertante, estar casi desnuda cerca de un extraño. Pero no era así. Había superado los últimos vestigios de duda que había tenido mientras estaba acurrucada contra él en el taxi.

Se movió primero, cerrando la corta distancia entre nosotros, envolviendo sus manos alrededor de mi cintura, hundiendo su cabeza en mi cuello, sacando su lengua y lamiendo a lo largo de mi garganta. Sujeté sus brazos, clavando mis uñas en su musculosos bíceps, con mi cabeza echada hacia atrás, dejé escapar un suave gemido mientras continuaba explorando mi cuello.

Entonces sostuvo mis pechos en sus manos y los amasó, suavemente al principio, sus movimientos volviéndose más entusiastas cuando su boca se juntó con la mía. Enredamos

nuestras lenguas, fundiendo nuestros cuerpos uno contra otro, entonces lo sentí a través de la rígida tela de sus jeans, duro y listo, presionando contra mi estómago. Inadvertidamente grité, sintiéndome totalmente consumida por el momento, por este hombre, por la forma en que mi cuerpo estaba respondiendo al suyo y queriendo, no, necesitando, más.

—¿Dormitorio? —preguntó, rompiendo el beso, su voz un poco ronca.

—Final del pasillo. —Suspiré.

Tomando mi mano con la suya, me jaló hacia adelante, caminando rápidamente por el pasillo conmigo corriendo tras él, mis tacones haciendo clic apresuradamente contra el piso de madera.

—¿Este? —preguntó, abriendo la puerta de Nikki.

—Éste —dije, jalándolo hacia delante.

Dentro de mi dormitorio, apenas tuve tiempo de quitarme los zapatos antes de que me tirara de espaldas sobre la cama. El toque familiar de mi grueso edredón de algodón y el olor de mi detergente para ropa me envolvieron en sentimientos de comodidad y seguridad.

Will me siguió, su cuerpo más grande de rodillas entre mis piernas mientras comenzaba a quitarse su camisa hacia arriba y sobre su cabeza, revelando abdominales perfectamente esculpidos y un pecho tonificado. Sonriéndome, se inclinó hacia adelante, y finalmente hice lo que había estado queriendo. Estirándome hacia él, pasé mis dedos a través de su grueso cabello, mirándolo mientras cerraba los ojos, dejando escapar un gemido.

Arqueando el cuello, presioné mis labios contra los suyos, solamente queriendo darle un solo, suave beso mientras continuaba explorándolo. Abrió sus ojos, nuestras miradas colisionaron y otro ruido gutural se liberó su garganta.

Sosteniendo mi mirada, trabajó en los botones de sus jeans para abrirlos entre nosotros, liberándose expertamente. Entonces estaba cubriendo mi cuerpo con el suyo, su boca una vez más fusionada con la mía, sus besos más frenéticos, con urgencia. Recorrí libremente mi cuerpo con sus manos, rozando, sujetando, amasando, mientras luchaba por recuperar el aliento, tratando de respirar a través de las numerosas sensaciones haciendo erupción desde cada centímetro de mi cuerpo, chisporroteando a través de mi piel.

De pronto se detuvo, incorporándose y poniéndose de rodillas. Alcanzando sus jeans desechados, sacó algo de su bolsillo. Lo observé, tragando, mientras se despojaba de sus bóxers, abrió el condón, y se lo colocó poco a poco. Terminando, dirigió su atención una vez más hacia mí, encontrando mis caderas con sus manos y enganchando los dedos en la cintura de mi ropa interior, deslizándola hacia abajo por mis piernas.

Me miró una vez más, e incluso en la oscuridad pude distinguir la apreciación en su mirada.

—Eres hermoso —le dije, abrí mis ojos en el momento en que dejé salir las palabras. Era lo que había estado pensando mientras lo miraba desnudarse, mientras se había colocado el condón, su prominente longitud, larga y gruesa. Solo que no había querido decirlo en voz alta.

Se rió en voz baja, un estruendo profundo que causó piel de gallina sobre cada centímetro de mi cuerpo. Inconscientemente me retorcí bajo su mirada, incapaz de detener el siguiente rubor que se extendió por mis mejillas, y agradecida de que estuviera demasiado oscuro para que se diera cuenta.

—*Tú eres hermosa* —dijo, presionando su mano contra el espacio entre los huesos de mi cadera. Deslizándola a través de mi estómago, la movió hacia mi pecho y tomó un



pezón entre los dedos. Inclínandose, tomó mi otro pezón en su boca y empezó a chupar, jugando con sus dientes y haciéndome gemir de placer. Entre nosotros, movió su mano desde mi pecho hasta mi estómago y luego aún más abajo, entre mis muslos, al lugar que estaba más desesperado por su atención. Arquee mi espalda, mi cuerpo dejando la cama mientras jugaba con su dedo, abriéndose camino en mi interior.

Mis párpados se cerraron justo cuando su boca encontró la mía, nuestros movimientos frenéticos y nuestros cuerpos simples ráfagas enredadas de energía, desesperados por encontrar un agarre entre sí. Me resistí y gemí, lo que lo obligó a sujetar mi cadera para mantenerme quieta mientras continuaba con su hábil manipulación dentro de mí. Dos dedos reemplazaron uno y luego grité, temblando bajo él.

Aún estaba conmocionada cuando se inclinó hacia mí, haciendo que mi pecho quedara al ras del suyo, empujando en mi entrada. Tomando respiraciones cortas, entrecortadas, envolví mis brazos alrededor de su cuello y mis piernas alrededor de su cintura y luego, sin respirar en absoluto, esperé que entrara en mí.

Se empujó lentamente, la punta entrando en mí fácilmente. Di un grito ahogado, necesitando al mismo tiempo aire y necesitando más de él, y empujó con más fuerza, finalmente encontrando el agarre, estirándome mientras se deslizaba dentro. Mis manos se entrelazaron en sus hombros, clavándole mis uñas cuando comenzó a balancearse hacia adelante y hacia atrás, lentamente al principio y luego con mayor urgencia cada vez.

—Cristo, Mila —gimió, deslizando sus manos debajo de mi trasero, sujetándose cada nalga. Tirando hacia atrás sus caderas, se empujó hacia adelante, causando que un torbellino de sensaciones viniera en cascada a través de mí. Penetrándome una y otra vez, cada vez más duro y con más determinación que antes.



Había pasado tanto tiempo, y aún más desde que el sexo había sido bueno, que pude hacer poco más que aferrarme a él, un lío caliente y retorcido debajo de su cuerpo, gritando y casi olvidando respirar, incapaz de moverme, solo superada y sobreexcitada por todo, por todas y cada una de las maravillosas, alucinantes, fusiones-de-cuerpo, y la cosa maravillosamente loca que estaba sintiendo.

Mi orgasmo comenzó lentamente, una hormigueo caliente en mi interior y luego poco a poco creció y creció más rápido mientras se movía, mientras más duro empujaba, con más fervor, el cuerpo de Will chocaba contra el mío, golpeando el punto más sensible de mi cuerpo una y otra vez.

Grité, recorriendo su espalda con mis uñas. Se quejó en voz alta, sus empujes se volvieron desiguales y descoordinados mientras su cuerpo se tensaba antes de aquietarse en su totalidad. Sus brazos temblaban y sus ojos se cerraron antes de que finalmente los abriera y me mirara con una sonrisa de dulce satisfacción. Se inclinó y me dio un beso, a la vez suave y duro, en mi boca antes de rodar hacia un lado y salir de mi interior.

Mi corazón, latiendo fuertemente en mi pecho, comenzó a calmarse y mi cuerpo sobrecalentado comenzó a enfriarse. Mirando hacia el techo, los efectos de los Manhattan estaban comenzando a desaparecer, sentí el cuerpo junto a mí moviéndose y un brazo me sujetó por la cintura.

¿Ahora qué?

¿Se suponía que íbamos a tener una conversación?

¿Debía ofrecerle agua?

Oh Dios, ¿qué había hecho?

—¿Mila? —La voz de Will se abrió paso por los miles de pensamientos que recorrían mi mente mientras trataba de recuperar el aliento.

Miré hacia mi derecha, encontrando su mirada oscura, me dirigió una sonrisa perezosa.

—¿Lista para la segunda ronda? —preguntó, su tono de broma pero sus ojos llenos de hambre.

Mientras me reía, acarició mi espalda con su mano, luego bajó y...

Oh. ¡Oh!



Will parpadeó, su visión borrosa recorriendo los desconocidos alrededores. Un bajo techo blanco asomaba por encima de él, un ventilador colgaba del centro. Parpadeó dos veces, dirigiendo su mirada hacia su derecha, donde fue recibido por el exceso de sol que entraba por un conjunto de persianas. Cerca de allí, había un tocador presuntuoso, con varios cajones abiertos, con una sudadera de la Universidad de Tennessee colgada al azar en la parte superior.

Estirando las piernas, que ya estaban colgando fuera de la cama, bostezó bastante alto.

¿Dónde diablos estaba?

Algo rozó su pierna, y el sonido de ronquidos suaves y claramente femeninos sacudió sus recuerdos de vuelta a lugares apropiados. Ah, sí. El club. Mila. El viaje en taxi. *El otro paseo...*

Frunció el ceño. Bueno, eso ciertamente no había ido como había pensado originalmente. Demasiado para llegar a conocer a una mujer. Había pasado directamente a follar y ahora...

¿Ahora qué?

¿Acaso no acababa de decirse a sí mismo ayer que esto ya no era lo que quería de la vida, un flujo interminable de personas dentro y fuera de ella, sin servir a ningún propósito real que no fuera necesario o a alguna forma de gratificación?

Suspiró en silencio, sintiéndose desinflado y enojado consigo mismo. Lo había hecho de nuevo. Tan acostumbrado a conseguir exactamente lo que quería en el momento exacto que lo quería, inconscientemente había hecho lo mismo con Mila. Profundizó su ceño. No había satisfacción en vivir de esa manera; había sabido eso desde hace algún tiempo. Quería sustancia, no... no...

Arriesgó una mirada hacia su izquierda, a la mujer dormida a su lado. Maldita sea, pero era hermosa, sus sábanas de color crema un seductor telón de fondo para su piel ligeramente bronceada, su cabello castaño esparcido por la almohada, los reflejos castaños brillando en el rostro a la luz del sol. Su mirada se dirigió hacia abajo, por su delgado cuello, pecho, donde uno de sus senos se asomaba debajo del edredón.

Se había despertado duro, pero ahora, observándola, con su boca ligeramente abierta, su rostro tranquilo en el sueño, su hermoso cuerpo expuesto, palpitaba parcialmente, más que listo para la tercera ronda. Levantó la mano, alcanzándola, pero se detuvo a varios centímetros de su tímida mejilla.

¿Qué estaba haciendo? Tocarla, despertarla, tomarla de nuevo sería un error. Porque esto, la noche de ayer, todo había sido un error. No formabas significativas relaciones



duraderas con alguien que apenas conocías llevándolas de inmediato a la cama. Sabía muy bien lo que pasaba cuando intentaba salir con alguien con quien ya estaba íntimamente involucrado. Le quitaba la emoción. Peor aún, en lugar de llegar a conocer a la otra persona, estabas demasiado ocupado centrándote en el lado sexual de la relación, y el sexo era muy parecido a una droga, causando que sintieras cosas que no estaban realmente allí, por lo que creías que tú y esa persona tenían más en común que solo sexo, cuando en realidad eso era todo lo que tenían. Y esa comprensión no terminaba bien para ninguna de las partes involucradas.

Sintiéndose molesto consigo mismo, jaló las sábanas en silencio y sacó las piernas fuera de la cama. De pie, hizo un reconocimiento rápido de la pequeña habitación, encontrando su ropa esparcida. Recogió sus cosas una por una, vistiéndose lo más silenciosamente que pudo en un esfuerzo para no despertarla.

Cuando estuvo completamente vestido, recorrió con la mirada la habitación, otra vez, preguntándose qué debía hacer, en todo caso. Su mirada se detuvo en una pequeña mesa en la esquina, en una taza de café llena de plumas y lápices. Una nota, pensó. Al menos debería dejar una nota.

Cruzando la habitación, garabateó un mensaje corto, agregando su número de teléfono en la parte inferior, seguro de que ella no lo iba a llamar. De hecho, teniendo en cuenta la facilidad con la que se avergonzaba, si tenía que apostar sobre cómo reaccionaría cuando se despertara y encontrara que se había ido, suponía que se sentiría aliviada.

Pensando en su rubor, sonrió ligeramente. Era muy, muy adorable, y era una pena que no se hubieran conocido en otras circunstancias, sin el afrodisíaco agregado del licor. Dejando caer la nota sobre su mesita de noche, salió al pasillo, encogiéndose cuando encontró la puerta principal entreabierta.

¿Su compañera de habitación estaría en casa? No parecía como si alguien hubiera estado aquí desde que llegaron, el vestido de Mila todavía estaba en medio del pasillo justo dentro de la puerta. Sacudiendo la cabeza, sonrió hacia el vestido al pasar junto a él, salió al pasillo y cerró la puerta detrás de él, girando la perilla una vez para asegurarse de que estaba bloqueada.

Una vez en el pasillo, sacó el celular de sus jeans, buscando en su libreta de contactos, dio un golpecito en el nombre de la persona que tenía que llamar.

—Buenos días, señor. —La profunda voz de Richard resonó a través del teléfono—. ¿Necesita un paseo?

—Así es —contestó Will. Descendiendo el último tramo de escaleras, abrió la puerta exterior del edificio de Mila, entrecerrando los ojos mientras el fuerte sol golpeaba sus ojos. Usando su mano como escudo, dio un vistazo alrededor del barrio desconocido.

—Pero no tengo ni maldita idea dónde estoy.

—En Queens —respondió Richard—. Lo seguí allí anoche. Mire a la izquierda, estoy en la esquina.

Will miró por la tranquila calle, solo un puñado de gente pululando alrededor, viendo a Richard apoyado en su auto, la gran y corpulenta figura del hombre fácilmente discernible incluso desde esa distancia.

Sacudiendo la cabeza y sonriendo, colgó, guardó su teléfono y se dirigió por la acera.

—Pensé que no haría más esto —dijo Richard, sonriendo.



Haciendo una mueca, Will miró a su chofer, que también era su amigo, probablemente el mejor amigo que jamás tendría y la persona con los pies más en la tierra que conocía.

—No lo haré —insistió—. A partir de este momento. ¡Y por favor puedes, por el amor de Dios, dejar de llamarme “señor”!

Richard inclinó un sombrero imaginario.

—Lo que diga, señor...



Cuatro

—¿Mila?

Mi nombre cortó a través de mi dormido cerebro como un afilado cuchillo a través de un trozo de queso en ruinas, desordenado y doloroso.

Gimiendo, me di vuelta, estudiadamente ignorando el insistente golpeteo en la puerta de mi habitación.

—¿Mila?

—¡Vete! —grité, presionando mi rostro en mi almohada, bloqueando el deslumbrante sol—. ¡Sólo vete!

La puerta se abrió y escuché malhumoradamente mientras los suaves pasos de Nikki se acercaban. El borde de mi cama se hundió cuando ella tomó asiento y colocó suavemente su mano en mi hombro. Encogiéndome fuera de su toque, gruñí en la almohada. Realmente quería estar sola ahora.

Me había despertado una hora atrás o algo así antes de sentirme horrible. Mi cabeza palpitando, mi garganta seca y mi estómago ruidosamente pidiendo ser alimentado. Me estiré y bostecé, llevándome a una posición sentada, antes de darme cuenta de que me encontraba desnuda. Y no sólo había estado desnuda, también había estado sola. Él se había ido en algún punto mientras yo había estado durmiendo.

—¿Cómo te fue anoche? —La cama se movió.

Sabiendo que ella no se iría pronto, a menos no hasta que le diera todos los detalles sucios, me di vuelta y la enfrenté. Su rostro estaba limpio de maquillaje, su cabello recogido en una cola de caballo baja. Ella no se veía para nada como la zorra que había sido anoche.

—Fue increíble —balbucee, empujando mis desordenados mechones fuera de mis ojos.

—¿Oh, sí? —Sus ojos escanearon la habitación.

—Sí, se fue —Arrastré una mano por mi rostro y gemí—. Y estoy tan avergonzada.

Nikki bufó.

—¡Se supone que debe irse! No querías que se mudara, ¿o sí? Sólo estoy sorprendida de que lo trajeras aquí.

Yo también lo estaba. Ambas habíamos acordado nunca traer a nadie a casa con nosotras —amigos o más que amigos— por mi paz mental más que nada.

Suspirando, Nikki se recostó en la cama a mi lado, y juntas observamos el ventilador de techo.

—Lo siento mucho —murmuré—. No estaba pensando.

—Obviamente —dijo, riendo—. Pero eso era parte del punto, ¿no es así? —Rió otra vez.

Apreté mis ojos cerrados, sintiéndome mortificada. Nunca había hecho este tipo de cosas antes. Ahora entendía lo que la caminata de la vergüenza era, y cómo se sentía. Sólo



que esto no era la caminata de la vergüenza. Era otra clase de vergüenza —la clase en que te despertabas para encontrar que el hombre con el que habías compartido una de las mejores noches de sexo de tu vida se había ido mientras estabas durmiendo.

Gemí otra vez y Nikki frotó mi hombro simpáticamente.

—Vayamos por café. Comeremos donas y engordaremos. Luego comeremos más donas porque estaremos gordas y le echaremos toda la culpa al hecho de que los hombres apestan —Me sonrió—. Será un ciclo sin fin de donas y odio a los hombres. ¿Suena bien? Bien. —Rodando fuera de la cama, sus manos en sus caderas, me frunció el ceño—. Levántate, culo perezoso.

Gruñendo, me arrastré fuera de la cama, poniéndome ropa interior, jeans y una sudadera antes de dirigirme al baño para rápidamente lavar mis dientes. Uniéndome a Nikki en nuestra pequeña sala de estar, me senté en uno de nuestros no coincidentes sillones y me deslicé en mis zapatillas.

—Te odio —murmuré.

—Me amas —canturreó ella felizmente.

Tomando nuestras carteras, nos dirigimos hacia la luz del sol, nuestro destino era el pequeño café al final de nuestra manzana. Aún era temprano, pero las calles ya bullían con el tráfico de Nueva York, las aceras ocupadas por personas yendo y viniendo. Cuando me mudé aquí lo había odiado —el constante ajetreo y bullicio, el ruido interminable. Aquí, siempre estaba sucediendo algo; era brillante incluso en la oscuridad, y lleno de vida cuando yo había estado casi muerta por dentro. Sobre todo, lo había odiado porque me recordaba constantemente sobre cuán sola me sentía.

Dentro del café, tomé asiento junto a la ventana mientras Nikki realizaba nuestra orden, perdiendo mis pensamientos entre la corriente de gente que pasaba afuera.

—Entonces, escúpelo —dijo Nikki, colocando un café y una dona frente a mí.

Vací varios paquetes de azúcar en mi café y me encogí de hombros. ¿Qué había para decir? Había sido increíble, de hecho, aún estaba adolorida de lo increíble que había sido. Pero Will claramente no compartía mis sentimientos de asombro.

—Fue una aventura de una noche, Nik, cosa de una sola vez. No hay nada que decir.

—Sé eso, pero tiene que haber más allí. —Mordiéndolo su dona, Nikki gimió con placer—. Dios, esto es bueno. ¿Por qué todas las cosas buenas son malas para nosotras?

Me encogí otra vez, mis pensamientos todavía en Will. Quizás eso es lo que era: una señal de que él era malo para mí. Tal vez esto era algo bueno después de todo, porque cuando dejé de pensar en ello, supe que no necesitaba añadir complicaciones a mi vida. Y ciertamente nadie necesitaba las muchas complicaciones que yo causaría en sus vidas.

Tomé mi rosquilla, agarrando un trozo y colocándolo en mi boca. ¿Qué era lo que solía decirme mi madre? Un momento en los labios, toda una vida en las caderas. Sonreí para mí misma, recordando los dedos de Will cavando en mis caderas.

—Fue muy bueno —dije, suspirando nostálgicamente—. Y odio que él realmente me gustara. Sólo me hace sentir patética.

Dejando su café, Nikki disparó hacia mí una mirada de incredulidad.

—¡Oh, no, Mila! No puedes caer por una aventura de una noche. No es así como funciona. Las aventuras son como áreas de descanso en las carreteras: sólo te detienes para enviar un rápido mensaje y refrescarte antes de continuar tus viajes. ¡Es el hotel cinco estrellas lo que deberías estar buscando! ¡Lleno de comodidades y mierdas como esa!



Terminando mi dona, cavé en mi cartera hasta encontrar la nota que Will había dejado, insegura acerca de querer mostrársela a Nikki, pero sabiendo que al final lo haría. Compartía todo con Nikki. Ella conocía mi pasado y mi presente. Mi futuro estaba todavía por ser determinado.

Había llegado a Nueva York con los ojos abiertos y desilusionada con la vida. Mis padres estaban muertos, no tenía hermanos con quién hablar, y un pasado del que no tenía más remedio que huir. Sólo Nikki me había detenido. Ella era pequeña y luchadora, ingeniosa y leal, y supe tan pronto como la conocí que nos haríamos amigas rápidamente.

Sus ojos se ampliaron ante la vista de la nota, una sonrisa dividiendo sus labios.

Rodando mis ojos, la empujé a través de la superficie de la mesa.

—No es nada bueno. Sólo su nombre y número.

Mientras Nikki escaneaba el pequeño trozo de papel, miré fijamente por la ventana, sintiéndome de alguna manera usada, aunque sabía que yo lo había usado a él como él me había usado a mí.

¿Estaba mal de mí sentirme despreciada por él? ¿Estar molesta porque él se había escapado mientras yo dormía? No estaba segura. Sólo sabía cómo me sentía.



—¿Hoy?

Will se detuvo a mitad de camino y dio la vuelta para ver a Richard. Había estado bajo la impresión de que se encontraba solo en aquí, en la finca de sus padres en Westchester, para su almuerzo semanal con su madre. Sólo su madre. No toda su... familia.

—Te lo recordé —dijo Richard secamente, sacudiendo su cabeza—. Dos días atrás.

—¿Está hablando en serio? —preguntó Will, volteándose para ver a Angus, el mayordomo de la familia—. ¿Todos ellos están aquí? ¿Ahora?

Ellos refiriéndose a sus dos hermanos, su hermana, sus cónyuges y sus hijos.

El anciano asintió solemnemente. Había estado trabajando para la familia de Will desde antes de que él naciera, y nunca había tenido una expresión que se pareciera a otra cosa que no fuera... solemne. Will estaba casi seguro de que Angus tenía esposa, hijos, nietos e incluso bisnietos, pero cuando estaba aquí, trabajando, podrías pensar que era un robot.

—¿Cómo se encuentra tu familia? —preguntó Will, entregándole su abrigo.

—Muy bien, señor —contestó el mayordomo, su tono tan robótico como su expresión—. Gracias por preguntar. —Y luego, con sólo un asentimiento, dio la vuelta y se marchó de la opulenta sala principal.

Will lo vio irse, tomando nota de la forma en que sus hombros estaban más encorvados de lo habitual y que la cojera en su pierna izquierda parecía un poco más pronunciada. Aunque, para un hombre en sus viejos ochentas, que había pasado toda una vida de servidumbre para los gustos de la miserable familia de Will, parecía estarlo haciendo bien.

Volviéndose hacia Richard, encontrando al hombre sonriéndole, Will suspiró pesadamente.

—Debería hacer que te unas a mí —dijo.



Los ojos de Richard se ampliaron considerablemente, una expresión muy graciosa en el rostro de un hombre tan grande e intimidante.

—Preferiría comerme mis propios ojos estando descalzo sobre brasas calientes. — Luego, sus hombros temblando con una risa silenciosa, rápidamente agregó—. Señor.

—Vete —demandó Will, sus labios crispándose mientras intentaba no reír—. Sal de aquí, bastardo con suerte.

Richard no perdió tiempo en apresurarse hacia la puerta. Mirando sobre su hombro, una sonrisa completa en su rostro, dijo:

—Tendré el auto en marcha... tú sabes, en caso de que necesites un escape rápido.

Las puertas de doble entrada se cerraron detrás de él, el sonido haciendo un fuerte eco a través del vasto espacio y el techo abovedado. Will levantó la vista, viendo el preciado candelabro de su madre con desdén.

Él odiaba la extravagancia y su familia no era más que extravagante. Era por eso que había viajado tanto, para olvidar el confort y los excesos entre los que había sido criado, esperando encontrar algo más —algo que llenara el vacío que todas las *cosas* que lo rodeaban no podían.

Y por un tiempo había funcionado. Se había mantenido ocupado visitando otros países y formando parte en distintas culturas. Y aunque los paisajes habían sido fenomenales, la gente intrigante, todo lo que obtuvo tras años de viaje fue, por desgracia, comprender que su problema no era con su entorno en absoluto. Era con él mismo.



Para hacer las cosas peores, sus padres habían estado menos que satisfecho con su decisión de renunciar a la escuela de posgrado en favor de viajes mundiales, y aún más decepcionados cuando, en lugar de seguir los pasos de su familia y unirse al imperio Townsend de acciones y bonos, siguió la ruta del empresario y procedió a utilizar su herencia para abrir una serie de clubes nocturnos en todo el país. Entonces fue oficial: no sólo era el más joven, también era la oveja negra de su familia. Y mientras su madre toleró sus decisiones, el resto de ellos nunca fallaron en utilizar cualquier oportunidad que podían para refregárselo en la cara. Incluso sus sobrinas y sobrinos, tan jóvenes como eran, nunca tuvieron dificultades en encontrar excusas para menospreciarlo.

Suspirando ruidosamente y enderezando su espalda, subconscientemente armándose de valor para lo que vendría, caminó por el pasillo por el que Angus había desaparecido y se dirigió a la parte trasera de la casa hacia la sala de estar informal donde sabía que todos estarían esperando.

El estruendo de conversación se hizo más fuerte cuanto más caminaba hacia las profundidades de la casa. Pronto pudo diferenciar la risa tintineante de su madre entre la voz resonante de su padre, como también las voces de cada uno de sus hermanos.

Alcanzando las puertas francesas, ya parcialmente abiertas, Will tomó las manijas, inhaló otra respiración profunda, y luego tiró de ellas. Todos los rostros a la vez de su familia se volvieron en su dirección y la charla dentro de la habitación cesó. Encontrando los ojos de cada individuo, Will contó diez cuerpos en total: sus padres, sus dos hermanos, su cuñada, su hermana y su esposo, sus dos sobrinas y su sobrino. Todos estaban aquí.

—William —dijo su madre, rompiendo el silencio. Poniéndose de pie de su asiento en el diván beige, se acercó a él, sus tacones negros marcando un ritmo a través del piso de madera. Alta y esbelta, usando un vestido de seda estilo kimono, su oscuro cabello vetado con mucho gris y sus ojos azules centelleantes, Elise Townsend envolvió sus abrazos alrededor de su hijo menor y le dio un breve pero bienvenido abrazo.

—Ven, ven —dijo, sonriendo mientras se alejaba—. Siéntame conmigo, William.

Sintiéndose como un condenado a muerte siendo llevado a su ejecución, Will dejó que su madre lo guiara a través de las miradas de sus hermanos y su desdeñoso padre. Tomando asiento en el diván, inmediatamente se estiró hacia una bandeja de aperitivos, tomando un panecillo con tomate y metiéndoselo en la boca. Masticó audiblemente, extremadamente consciente acerca de los muchos pares de ojos sobre él.

—William —lo saludó su hermano mayor, Bryan, asintiendo en su dirección.

—Bryan —respondió, su boca aún llena de comida. Sentada junto a su esposo, la esposa de Bryan, Isabel, frunció su nariz en disgusto y se volteó.

—Michael —continuó. Todavía masticando, dio a su otro hermano un asentimiento. Michael se había divorciado recientemente, y la ausencia de su dominante y usualmente-con-cara-fruncida ex esposa fue bienvenida.

—William —respondió secamente, rodando sus ojos.

—Aquí, cariño —susurró Elise, apoyando una servilleta sobre su pierna—. Usa esto.

—¿Qué tal un babero? —intervino de hermana estridentemente. A través de la habitación, Grace Townsend, a pesar de las sutiles protestas de su esposo, se inclinó hacia adelante y observó a Will. Grace siempre se había restringido mucho, siempre demasiado preocupada con las apariencias. Siendo un niño, la diversión más grande de Will había sido entrar a hurtadillas en su habitación y reorganizar su armario organizado por colores.

—De todos modos —dijo su padre. Tomando un sorbo de lo que Will supuso era café, su padre, quien también se llamaba Will, volvió su atención hacia Michael. Descruzando sus piernas, las cruzó nuevamente en la dirección contraria, volteando su rostro de Will. Haciéndolo a un lado—. Como estaba diciendo...

Will se volteó, totalmente desinteresado de la palabrería empresarial de su padre. Dando a su madre una pequeña sonrisa, introdujo otro panecillo de tomate en su boca e inspeccionó la habitación. Las hijas de Michael, mellizas llamadas Bridget y Katherine, estaban sentadas lado a lado en el asiento de la ventada, susurrando entre ellas, mientras su primo Matthew, la viva imagen de su madre Grace, se encontraba sentado en un sofá cercano observando malhumoradamente el techo.

Will podría haber sentido pena por los adolescentes si no los conociera. Ellos eran tan horribles como sus padres cuando se trataba de derechos y codicia. *Dinero, dinero, dinero* era su lema, cuánto más tenías, mejor eras.

A su alrededor, las conversaciones volvieron; pequeñas discusiones sobrevinieron, risa y episodios de silencio para comer aperitivos. Prestó poca atención a todo eso, asintiendo cuando parecía que le hablaban o haciendo ruidos de acuerdo mientras deseaba estar en cualquier otro lugar, con cualquier otra persona.

Su cuerpo vino a su mente primero, sus pequeños firmes pechos, su pronunciada cintura y suavemente redondeadas caderas, la forma en que se había aferrado a él mientras se conducía dentro de ella una y otra vez. Luego su rostro, sus ojos extrañamente encantadores, cubiertos de lujuria, sus carnosos labios entreabiertos mientras trataba desesperadamente de recuperar el aliento.

—¿William?

Y su voz. Suave, con un ligero acento...

—¿William?

—Jesús, William.



Sus ojos se voltearon a la izquierda, encontrando los de Bryan.

—¿Qué? —preguntó, removiéndose incómodo. Ahora estaba duro, y rodeado de su familia. Estupendo.

Bryan sacudió su cabeza en obvia molestia.

—Te pregunté si irás a la gala de caridad de Grace el mes próximo.

Una vez más, todos los ojos estaban sobre él. Quería reír. Gala de caridad era solo un bonito título utilizado para disfrazar lo que esencialmente era solo una fiesta donde los ricos iban a presumir la última moda para las primeras planas, emborracharse y tirar su dinero, cada uno de ellos solo tratando de superar al otro.

—Por supuesto —dijo suavemente antes de meter otro aperitivo en su boca. Con la boca llena de comida, le dio a su hermana una amplia sonrisa—. Allí estaré. Lo que sea por ti, hermana mayor.

Elise le sonrió mientras el rostro de Grace se arrugaba con desdén. Su hermana sabía que él prefería estar en cualquier otro lugar en vez de su evento de caridad. Triste pero cierto, no había amor entre él y sus hermanos. Tanto como Will había intentado como un niño hacer amistad con ellos, sus diferencias de edad y sus preferencias personales con respecto al dinero y el estatus siempre los había mantenido a kilómetros de distancia. Ahora, ya era demasiado tarde para ellos. Todos se habían instalado en sus vidas por separado, sólo molestándose cuando eran llamados por sus padres.

Una hora más tarde, cuando finalmente logró hacer su escape, saltó fuera de la casa tan rápido como pudo, sin molestarse en recuperar su abrigo. Aunque se detuvo una vez, afuera de la puerta, donde los números de la casa 6-6-9 estaban montados.

Volteando el nueve, dio la vuelta y se dirigió a su auto.



Me encanta comprar en el supermercado. Siempre ha sido una de mis cosas favoritas para hacer. Era mi tiempo de escape, de alejarme de la confusión que era mi vida en casa. Ahora estaba en una ciudad diferente y comprar en el supermercado seguía teniendo la misma cualidad terapéutica que siempre tuvo. Aquí, en la tienda, podía perderme en medio de los pasillos. Fila tras fila de comida, artículos de cocina, detergentes y leche; en este lugar era solo otra mujer... posiblemente una esposa o una madre, la novia de alguien o soltera, no importaba. Aquí no era nadie y al mismo tiempo alguien, todo a la vez.

Empujé el carro y tomé varias latas de sopa de la repisa, poniéndolas dentro y siguiendo adelante. La canción que sonaba en el sistema de altavoces era animada para un supermercado, quizás demasiado animada, porque me estaba recordando el club y a Will. De repente, me di cuenta que sonreía.

Había sido algo totalmente extraño en mí. Nunca había sido del tipo de mujer de una sola noche. Era una Mila asustada y callada. Asustada de mi propia sombra y por una buena razón. Pero algo había pasado con Will, algo había cambiado dentro de mí y, por un motivo inexplicable, le traje a casa conmigo.

Sonreí de nuevo, alcanzando el detergente. Aún podía olerlo en mis sábanas, su colonia almizclada, su cabello, su cuerpo... Odiaba tener que lavarlas, era casi como si lo estuviese borrando de mi memoria. Pero no lo haría, lo mantendría conmigo para siempre. Esa única noche de libertad.

No me volví a sentir barata o usada. Una vez que mi cabeza se aclaró y se había acabado la resaca, fui capaz de verlo por lo que era realmente. Si un hombre podía tener algo de una noche y sentirse orgulloso, entonces las mujeres podían... entonces yo podía. Nuestra noche juntos había sido increíble y, aunque dolió que me dejase sin una palabra, sabía que había sido lo mejor.

Tomando un gran cartón de leche, lo puse en el carro. Luego me dirigí a la zona de verduras y empecé a cargar el carro con cebollas, tomates y zanahorias, sonriendo mientras embolsaba las zanahorias. Eran largas y gruesas y me recordaban...

Riendo las puse en el carro y seguí sonriendo todo el camino hacia la caja.



De regreso en mi apartamento, empecé a sacar los comestibles y después a cortar las verduras para preparar la cena. Encendí la televisión mientras cortaba, pasando los canales de noticias, como siempre hacía. Era más de lo mismo y, con una sonrisa, la apagué.

Cada semana en Nueva York me sentía más relajada, asentándome más en esta nueva vida que me había creado. Sí, aún estaba escondiéndome, siempre podría estar escondiéndome, solo que no estaba tan aterrorizada como solía estar. Me sentía todo lo segura que pudiera sentirme en mi posición.

Echándolo todo en una cazuela, puse la estufa a fuego lento y le puse la tapa antes de marcharme a mi habitación para quitar la ropa de cama. Quité las sábanas, sonriendo por los recuerdos de Will y de mí, nuestros cuerpos enrollados. Sentándome en el colchón,



alcancé mi mesita de noche y tomé su nota. Había estado mirándola desde ayer, aún preguntándome qué hacer.

Por un lado, me había dejado su número, dejándome asumir que quizás quería que llamase. Pero por otro lado, lo había dejado mientras aún estaba dormida, dándome la impresión que su nota simplemente había sido por cortesía y nada más. O no se habría marchado, al menos hasta que estuviese despierta.

Suspirando, negué, llegando a la misma conclusión que había llegado ya cientos de veces: había sido cosa de una noche y nada más. Metiendo el trozo de papel bajo un libro, empecé a sacar las fundas de las almohadas.

Levantando una funda, me la llevé hasta la nariz, respirando el aroma de Will, manteniéndolo, saboreando el recuerdo un poco más. Sonriendo, volví a meter la almohada dentro, decidiendo lavar mañana esta funda en particular. Había tenido los sueños más increíbles la pasada noche: sueños que no estuvieron llenos de preocupación o miedo. El aroma de Will alejó mis usuales pesadillas. ¿Era algo malo querer mantenerlo una noche más?

—¿Mila? —llamó Nikki y la puerta de entrada se cerró de golpe—. ¿Estás aquí?

Levantándome y recogiendo el resto de las ropas de cama, salí hacia el pasillo.

—Aquí —grité.

Notando el cubo en el pasillo, lancé la colada, junto con todos los pensamientos de Will, y fui a saludarla.



Will se llevó el vaso a los labios y tomó un largo trago. Normalmente no bebía mientras estaba trabajando, pero había sido un día excepcionalmente malo. Su madre había llamado antes y había dado como resultado una discusión. Después había venido al Infinity, refugiándose en su oficina, y estaba allí desde entonces.

Aparentemente su presencia en el almuerzo solo había logrado que su padre le recordara lo ausente que estaba en los negocios familiares. Su madre había parado recientemente de insistirle en que dejase atrás sus "estúpidos clubs nocturnos", solo para empezar una vez más.

Se estaba preparando un ultimátum, Will podía sentirlo, y no le preocupaban mucho los ultimátums de nadie. Ni tampoco podría sentirse obligado a dar marcha atrás si estaba dando uno. Por lo menos, la terquedad era una cosa en común que tenía con su padre.

Tomando otro trago de su bebida, escuchó como su teléfono móvil empezaba a vibrar. Alcanzando el otro lado del escritorio, lo tomó, comprobando la pantalla antes de responder:

—¿Qué pasa, Richard?

—¿Señor?

—¡Por última vez, corta con la mierda de señor!

—Pero señor...

Will empezó a reír. Al principio, Richard había sido contratado por su madre cuando Will apenas tenía veintidós años y acababa de salir de la universidad. Supo inmediatamente que no quería unirse a los negocios familiares, para la intensa desaprobación de su padre. Así que, tomó su patrimonio y lo invirtió todo en abrir su primer club nocturno. Había

estado soñando con la idea todo el tiempo que estuvo estudiando negocios y finanzas. Sus clubes serían elitistas, lujosos y complacientes. Conocía la riqueza más que nada y sabía cómo explotar los beneficios.

Tras conocer sus planes, su madre contrató a Richard como su seguridad personal con el único propósito de mantenerlo a salvo. En su momento había sido divertido y mantuvo a Richard para apaciguarla, usándolo como su conductor personal más que otra cosa. Entonces, los años pasaron y, con Richard siendo solo un par de años mayor que Will, fácilmente se convirtieron menos en conductor y pasajero, y más como amigos.

Richard se rió entre dientes.

—He estado sentado fuera ya hora y media. ¿Estás pensando pasar ahí la noche o necesitas que te lleve a casa en algún momento?

Frunciendo el ceño, Will se sirvió otra copa.

—Gracioso.

—¿Estás solo? —preguntó Richard.

—Solo yo y mi whiskey, amigo mío. Eres más que bienvenido a unirme.

—¿Estás en el club o en tu oficina?

—Mi oficina. —Colgando, Will se recostó en su silla y se apretó el puente de la nariz, en un intento de aliviar el dolor de cabeza que podía sentir construyéndose. Pero después de cerrar los ojos, el rostro de Mila se filtró en sus pensamientos: sus ojos verdes, sus hoyuelos, la forma en que se enrojecían sus mejillas cuando se sonrojaba.

—¿Me la perdí? —La voz de Richard hacía eco alrededor de los confines de la oficina.

—¿A quién? —Will abrió los ojos y se sentó derecho. Sacando otro vaso del mini bar detrás de él, le sirvió una bebida a Richard y la envió a través de la mesa.

Richard alzó una ceja.

—Solo dos razones pueden hacer que me tengas esperando. O estás con una mujer o te escondes de tu madre. Y desde que tu madre no está aquí... —Tomando su vaso, Richard se sentó en una de las dos sillas en frente del escritorio de Will. Ingiriendo un pequeño sorbo, hizo una mueca—. Bastardo tacaño —murmuró—. ¿Dónde está lo bueno?

Will resopló.

—Es una botella de noventa dólares, maldito presumido. Y no, no había ninguna mujer.

—¿Estabas solo? —Richard parecía confuso—. ¿Y bebiendo?

Will se tragó el resto de su whiskey y posó el vaso con dureza en su escritorio.

—Tienes razón, tiene un sabor barato. —Levantándose, se alisó la camisa con las manos y suspiró—. Y sí, estaba aquí solo y bebiendo solo. —Agarrando su chaqueta del respaldo de su silla, señaló la puerta con la barbilla—. Vámonos.

Richard levantó un dedo y bebió el resto de su vaso. Tosiendo, sacudió la cabeza con tristeza.

—Barato —aseguró—. Espantoso.

—¿Más espantoso que tener treinta y un años, ser el propietario de negocios exitosos y que tu familia te siga tratando como a un niño?



Mientras Richard se le unía en el pasillo, adoptó la expresión petulante de Will y sonrió.

—Ah, lo tengo, ¿la querida mamá llamó?

Will hizo un ruido de fastidio con el fondo de su garganta.

—No importa lo que haga, no consigo que vean que esto es lo mío, que es lo que disfruto. —Hizo un gesto con la mano hacia las paredes—. ¡Este soy yo!

Richard permaneció en silencio, como era normal en él, simplemente dejando que Will se desahogase. Salieron juntos a través de a puerta trasera del club; Will cerraba con llave y conectaba la alarma, mientras Richard ponía el auto en marcha.

Will entró, eligiendo el asiento de pasajeros sobre el trasero, se puso el cinturón de seguridad y cerró los ojos.

—No puedo dejar de pensar en ella, Richard —dijo con el tiempo.

—¿Quién?

—Mila.

—¿La mujer de Queens? —preguntó Richard, riéndose entre dientes.

—Sí y deja de reírte de mí.

Saliendo a la carretera, Richard le dio una rápida mirada.

—Supongo que aún no ha llamado, ¿no?

—No —refunfuñó Will—. Definitivamente no ha llamado. No es que la culpe. Me marché antes que se despertase.

—¿Te marchaste antes que se despertara y le dejaste tu número? —Richard sonaba divertido—. Ahora, eso es nuevo.

—Estaba confundido —protestó Will—. ¡En conflicto!

—Eso parece —se burló Richard—. ¿Pero quién podría culparte? Queens es un lugar confuso. Gracias a Dios que no era de Jersey. Hablando de Jersey, recuerdo esa mu...

—No me la recuerdes —interrumpió Will—. Qué pesadilla.

—Un buen ejemplo —continuó Richard—. Tienes un gusto horrible en mujeres. Quizás es mejor que no haya llamada... *señor*.

Will alzó una ceja.

—Ese es el problema, *amigo*. No es como las otras mujeres. Para nada.



Sets

Eran poco después de las once cuando Nikki llegó al restaurante. Habiendo apenas terminado su propio turno en el hotel en el que trabajaba, se dejó caer en un taburete en el otro extremo de la barra y me hizo señas. Dándole una sonrisa, continué imprimiendo la cuenta de mi última mesa, ansiosa por terminar la noche.

Saliendo de detrás de la barra, me dirigí hacia el último de mis clientes: una familia de cinco, la matriarca de los cuales era una mujer detestable que se había quejado de la lentitud del servicio, la comida fría, no suficiente hielo, demasiado hielo... básicamente de cualquier cosa y todo en lo que podía pensar.

Metiendo un rizo detrás de la oreja, serené mi expresión, con la esperanza de que mi sonrisa pareciera genuina y no del todo como que quisiera llevar los restos de su postre de crujiente de manzana y tirarlos en su regazo.

—Aquí tiene, señora —le dije, entregándole la cuenta.

Extendiendo su mano, arrebató el papel de mis dedos y lo examinó rápidamente.

—Tengo que hablar con el gerente —escupió—. No voy a pagar por este servicio... no cuando ha sido tan pobre. La comida, la calidad, el servicio... —Enumeró cada elemento con sus dedos y luego miró a su marido para su confirmación. Al igual que sus tres hijos, sus ojos estaban pegados a un teléfono celular; ni siquiera la había oído hablar.

—Iré a buscarlo —le dije, y le dediqué otra sonrisa.

Alejándome, le hice a Nikki una mueca, poniendo mis ojos en blanco mientras me dirigía a la parte trasera, a la pequeña oficina donde Carlos, el propietario, estaba encorvado sobre la contabilidad. Levantó la mirada con una sonrisa de alivio cuando entré, siempre contento por una interrupción cuando se trataba de trabajar con números. Carlos era un gran jefe, tolerante y no excesivamente intrusivo con mi pasado. Mientras todo el mundo se presentara a tiempo e hiciera su trabajo sin quejarse, estaba dispuesto a ayudarnos en todo lo que pudiera. El pequeño restaurante era propiedad familiar y estaba dirigido por la misma, había sido transmitido de sus abuelos a su madre y a su padre, y ahora a él y a su esposa. Y mientras que le encantaba cocinar y aún más comer, no se encontraba muy seguro de sí mismo con el funcionamiento real del restaurante.

—¿Qué pasa, Mila?

—Mesa cinco, de nuevo —dije, encogiéndome de hombros como disculpándome. Había ido a verlo ya tres veces durante la noche.

Carlos suspiró pesadamente.

—¿Qué quiere ella ahora? —Quitándose las gafas, se pellizcó el puente de la nariz. Por mucho que Carlos odiaba la contabilidad, detestaba los enfrentamientos con los clientes incluso más.

—Dice que no va a pagar por su comida. —Negué—. No había nada malo con la comida, Carlos, o el servicio. Sólo está siendo un dolor en el culo.

—Estoy seguro de que lo es —replicó—. Pero este restaurante se basa en la reputación por sí sola, y nuestro negocio depende del boca a boca. No puedo tener el



nombre de la familia derribado por un cliente. Uno nunca sabe qué gente está en Nueva York. Un senador, un modelo, un...

—¿Una perra? —sugerí, sonriendo.

—O una perra, sí —dijo, con una sonrisa—. Ve y dale un cincuenta por ciento de descuento. —Suspiró otra vez antes de ponerse sus gafas de nuevo.

Era mi turno de suspirar. Forzando otra sonrisa, me dirigí de nuevo a la sala del comedor, y otra vez a la... perra. Quince minutos y ninguna propina después, estaba cerrando mi sección, apresurándome al barrer y, luego, al volver a llenar los saleros y pimenteros.

Seguía suspirando, sintiéndome agotada, cuando fui a entregar mi efectivo y ejecutar mis recibos.

—¿Manhattan? —gritó Josephine desde detrás de la barra.

Desatando mi delantal y arrojándolo a un lado, me deslicé en el taburete junto a Nikki, e hice un gesto como si estrangulara el aire delante de mí.

—Sí, por favor —murmuré.

—Ella parecía divertida —bromeó Nikki—. ¿No te encanta simplemente la mierda de “el cliente siempre tiene la razón”?

—Tiene que ser mejor donde trabajas —gemí—. ¿Cuántas quejas consigues en un día? No puede ser ni de cerca tantas como yo.

La boca de Nikki se abrió.

—¿Estás loca? Trabajo en un hotel, Mila. Un hotel. Se quejan de todo. Cada maldita cosa que te puedas imaginar.

—Bebe para olvidar, cariño —dijo Josephine, colocando un manhattan en la barra.

Se alejó y volvió a limpiar la barra y tararear en voz baja. Josephine era hermosa y demasiado buena para este lugar. Sus rasgos eran perfectos: pómulos altos, labios de capullo de rosa e impecable piel de color caramelo. Por las noches, trabajaba aquí detrás de la barra, mientras que durante el día hacía algunos trabajos como modelo. Con el tiempo, esperaba conseguir algo en Broadway. Pero esto era Nueva York... todo el mundo intentaba obtener una beneficiosa oportunidad en algún lugar o conocer su propio Sr. Correcto. Era parte del encanto de la ciudad, supuse, pero la gente como Josephine y yo no éramos del tipo “matar o morir”. Éramos demasiado agradables para nuestro propio bien, el tipo de mujeres que se mastican y se escupen al salir. La única diferencia entre nosotras radicaba en que a mí no me importaba ser dejada de lado por la generalizada fiebre que constantemente mantenía vivas las calles de la ciudad. A Josephine, sin embargo, le importaría.

Mientras miraba a mi bebida, mis pensamientos empezaron a desplazarse de nuevo al fin de semana y, como lo habían hecho en los últimos días, también a Will. Sus labios sobre los míos, y sus manos dotadas y diestras trabajando mi cuerpo en un frenesí sensual.

—¿En serio?

Con el ceño fruncido, miré a Nikki.

—¿Qué?

—¿Cuándo exactamente dejaste de escucharme? —Sonriendo, negó—. Oh, Dios mío, no has oído nada de lo que he dicho, ¿verdad?

Riendo, negué.



—No, perdón.

—Mila, Mila, Mila. —Nikki chasqueó la lengua—. Tienes que dejar de pensar en él.

—¿Hay un *él*? —Josephine hizo una pausa en su limpieza para menear las cejas hacia mí.

—Corrección —le dije riendo—: *Hubo* un él, y ahora no es más que un recuerdo. Fue sólo una noche, no es la gran cosa.

Recogiendo mi bebida, cambié de tema, tratando de aparentar que era lo que había dicho: ninguna gran cosa. Pero la verdad era... que no podía dejar de pensar en ello. Había sido capaz de concentrarme en muy poco salvo en Will y nuestra noche juntos. Invadía mis pensamientos continuamente, a pesar de todos los esfuerzos que había hecho para tratar de olvidarlo. Sus manos, su boca y sus ojos... No era amor a primera vista, eso sería una locura, pero él había encendido un interruptor en mi interior que nunca me di cuenta que estaba allí, y ahora... quería más.

No lo llamaría... no podía hacerlo. El hecho de que se escabullera sin despertarme hizo bastante obvio la manera en que se sentía. Había dejado la nota por cortesía, y yo no iba a ser *esa* chica.

—No, no, no —dijo Josephine, riendo—. No me vas a dejar colgando, chica. Dime toda la maldita historia.

—Mila se enganchó con alguien —anunció Nikki alegremente.

—¡Cállate! —grité, dándole una palmada.

—¡Mila! —chilló Josephine, saltando y aplaudiendo—. ¡La dulce, tímida y pequeña Mila!

—No te atrevas —susurré cuando Nikki abrió la boca para hablar. Silenciándola, me di la vuelta hacia Josephine—. Conocí a un hombre —expliqué—. No es la gran cosa. Tuvimos una gran noche. Compartimos algo. Está terminado. No es nada.

—Tuvieron un revolcón —añadió Nikki sin ánimo de ayudar.

—Te odio —gemí—. Eres tan vulgar.

—¡Mila! —chilló Josephine de nuevo—. ¡Entiendo, chica!

—Lo siento —replicó Nikki—Voy a tratar de ser menos vulgar la próxima vez. ¿Qué tal “Mila golpeó duro”? ¿O “Mila jugó a esconder la salchicha”? ¡Oh, espera, lo tengo! “¡Mila estaba puliendo el mástil del hombre, allá *abaaaaaajol*!”

—Mila fue y se consiguió un chico con quien tener sexo —dijo Josephine arrastrando las palabras—. Fue a cabalgar el asta, a regar la florcita...

—¡Haciendo el bailoteo bíblico horizontal! —gritó Nikki, sus hombros temblando de risa.

—¡Oh, Dios mío! —chillé, casi ahogándome con mi risa—. ¡Deténgase! ¡Por favor, por favor, deténgase! Compartimos una noche increíble, y ahora nos hemos ido por caminos separados.

—¡Oh, por el amor de...! —resopló Nikki con fastidio—. Deja de hacerlo sonar como la película de *Mujer Bonita*. Fue una aventura de una noche, Mila, y eso está bien. No es necesario arreglarlo para ser ni más ni menos. Nadie va a pensar menos de ti.

—Todavía no puedo creer que hayas tenido una aventura de una noche —continuó Josephine, riendo—. No creo que jamás te haya oído hablar de un hombre. Y, sin embargo, aquí estás, toda ojos soñadores sobre un tipo que te ligaste en un bar.



—No me lo ligué —dijo con indignación.

—Se está convirtiendo en una verdadera desvergonzada, ¿o no? —Nikki sacudió su pulgar en mi dirección y negó con tristeza mientras Josephine caía en un ataque de histeria.

—¿De qué nos estamos riendo? —preguntó Carlos. Rodeando la barra, se dirigió al pequeño refrigerador de cerveza. Sacando una botella de su favorita importada, nos dio una mirada inquisitiva.

—Mila tuvo sexo —dijo Josephine, sonriendo con suficiencia.

La boca de Carlos se abrió y sus ojos se ampliaron un poco.

—¿Conociste a alguien?

—¿Por qué es una gran noticia? —pregunté, exasperada—. ¡No soy la Madre Teresa!

—Porque eres tú —dijo Carlos—. Y tú no conoces hombres.

—Ha sido un largo tiempo, Carlos —comentó Nikki—. Pero, ya sabes, es una mujer, y tiene necesidades. Cosas que urgen ser rascadas y eso.

—Por favor, para, Nikki —gemí—. Por favor, me estás matando aquí.

—Está bien, todos hemos estado ahí. —Josephine dio unas palmaditas en mi mano suavemente—. Es simplemente sorprendente. Quiero decir, eres tan tímida, no sabía que podías ser tan...

—¿Zorra? —terminó Nikki por ella, y luego se echó a reír cuando me miró—. Oh, deja eso. Es bueno. Es agradable ver que te relajas para variar.

—No mereces una amiga como yo —resoplé.

—Realmente te gustó, ¿eh?

Me encogí de hombros.

—Supongo.

Eso fue un eufemismo si alguna vez hubo uno. Realmente, *realmente* me gustó. Me gustó la forma en que me había mirado, cómo me había besado y hecho que el mundo se desvaneciera. Me gustó la sensación de sus manos en mi cuerpo, pero, sobre todo, me encantó la forma en que me había hecho sentir sobre mí.

—Lamento que se fuese sin decir adiós —dijo Nikki en voz baja, para que sólo lo pudiera oír yo—. Ese fue un movimiento idiota.

Miré fijamente mi bebida.

—Fue un movimiento idiota, pero es un hombre, y los hombres son idiotas, ¿verdad? —Volviendo la cabeza, le sonreí a Nikki. No quería que ella supiera cómo me sentía, lo mucho que en realidad estaba pensando en él.

—¿Has pensado en llamarlo? Te dejó su número, ¿no?

—No quiere que lo llame.

—Sólo digo...

—No lo voy a llamar. Al irse, dejó muy claro que era cosa de una sola noche. Preferiría no avergonzarme a mí misma. —Suavicé mi voz, dándome cuenta que estaba siendo dura. Nikki tenía buenas intenciones, pero eso era parte del problema: las había tenido cuando me había dicho que fuera a por ello y me liberara por una noche. Sin embargo, después de dormir con Will, después de pasar una noche sintiéndome relajada y cómoda con él, y después de pasar por una variedad de emociones extrañas desde



entonces, ahora me sentía más atrapada que nunca. Me sentía ridícula, como una adolescente con un enamoramiento. Y sentir esto no podría ser saludable para mí.

Acercando su taburete al mío, Nikki pasó su brazo alrededor de mis hombros.

—Siento que los hombres apesten tanto.

Me encogí de hombros.

—Está bien. No es tu culpa.

—Bueno, alguien tiene que pedir disculpas por su existencia.

Sonreí.

—¿Tal vez sus madres deberían?

—Suerte con eso. Pero con toda seriedad, Mila, has pasado por mucho, te mereces un poco de felicidad. Digo que vayas por ella.

Mi sonrisa desapareció y aparté la mirada.

—No sé —murmuré.

Ella tenía razón, yo había pasado por mucho, más de lo que la mayoría de mujeres de mi edad y me merecía algún tipo de felicidad. Pero, luego, mientras me volvía de nuevo hacia Nikki y pensaba en nuestro pequeño apartamento, barato y soso, con sus muebles sin combinar y estanterías desvencijadas, no pude contener mi sonrisa. Realmente era feliz y serlo ahora, a pesar de todo, me hizo apreciar lo que tenía aún más. Y mientras mi pasado todavía estaba por ahí, mi futuro se encontraba sin trabas y listo para que me aferrara a él y convertirlo en lo que quisiera. Sólo tenía que ser un poco más valiente, como lo había sido con Will. Después de todo, había sido un año y medio. Tal vez era hora de empezar... a vivir de nuevo.

—Deja de preocuparte por mí —le susurré.

—Nunca —musitó en respuesta.

Más tarde esa noche, cuando me deslicé en la cama y apagué mi lámpara, me acosté bocarriba, mirando hacia el techo, permitiéndome realmente pensar en mi pasado por una vez. Para hacer retroceder los sentimientos de miedo y aprensión que siempre venían con los recuerdos y simplemente pensar en el contraste de mi vida ahora en comparación con entonces.

Tal vez ni siquiera se trataba de Will sobre lo que sentía tan fuertemente, sino de la persona segura que había sido cuando estaba con él, al menos, una vez que dejé romper el molde que había construido a mi alrededor. Esa mujer era una extraña para mí y, sin embargo, había algo en ella que se sentía familiar. Tal vez ella era la persona en la que podría haberme convertido si no hubiera pasado todo de la forma en que lo había hecho.

Mi mano cayó entre mis piernas mientras pensaba en las manos de Will, tocándome, haciéndome llorar de placer. Nikki tenía razón: yo tenía necesidades, necesidades que había olvidado hasta que conocí a Will. Necesidades que, tal vez, nunca había explorado antes realmente, en realidad no, pero ahora que habían sido encendidas, estaban floreciendo dentro de mí.

Cerré los ojos y deslicé mi mano dentro de mi ropa interior, pensando sin vergüenza en Will mientras me tocaba. Cada golpe de mi dedo era suyo, cada estremecimiento de placer que me recorría lo había provocado él. Aspiré su aroma, todavía aferrado a mi almohada, deseando que estuviera allí, deseando sus labios sobre los míos, que su cuerpo se apretara contra mí, que mis uñas estuvieran arrastrándose por su musculosa espalda... Y



mientras mi orgasmo se apoderaba de mí, me imaginé que se encontraba aquí y, en vez de la oscuridad, yo estaba mirando hacia sus hermosos ojos azules.



—Townsend —dijo Will al maître—. Elise —añadió, escudriñando el interior del restaurante.

Favors era un pequeño café al lado de uno de los principales hoteles de la ciudad, así como un lugar que a su madre le gustaba frecuentar. Había pasado exactamente una semana desde que la había visto por última vez, y no estaba dispuesto a correr el riesgo de encontrarse con el resto de su familia en su finca y arruinar otro perfectamente buen domingo. Resultaba que a él le gustaban sus fines de semana, y sus semanas, libres de escrutinio.

El hombre bajo y delgado detrás del podio le dirigió una mirada antes de volver sus ojos a su lista. Escaneando el papel, el hombre chasqueó el dedo y una camarera apareció de prisa a su lado.

—Por aquí, señor —dijo cordialmente.

Metiendo los brazos debajo de su chaqueta, Will introdujo sus manos en los bolsillos de los pantalones de su traje y siguió a la camarera hasta que llegaron a una mesa en la parte de atrás, justo enfrente de una pared de vidrio que permitía a los clientes ver directamente el vestíbulo del hotel.

—Aquí estamos —anunció, sacando su silla.

A punto de tomar asiento, Will miró a la mujer sentada frente a él, sorprendido al darse cuenta de que la joven mujer rubia sentada no era su madre.

—Disculpe —dijo, sonriendo—. Debo tener la mesa equivocada. —Se volvió hacia la camarera, que parecía tan confundida como él se sentía.

—Elise Townsend —le dijo, y examinó la habitación de nuevo. Desde donde se encontraba en la parte posterior, debería haber sido capaz de detectar a su madre sin importar dónde estuviera sentada.

—¿William?

Se volvió hacia la mujer, ahora de pie junto a su silla, una amplia sonrisa en su rostro. Extendiendo su mano, ella dio un paso adelante.

—Michelle Collier —dijo ella.

¿Collier? Collier...

Mientras los pensamientos de Will cayeron en su lugar y la realización lo iluminó, sus ojos se entrecerraron y apretó su boca en una línea delgada.

—Los Colliers de Boston —respondió secamente—. Tu padre es Jacob y tu madre es...

—Denise —terminó por él, asintiendo—. Buenos amigos de tu madre. Estamos en la ciudad durante la semana... algo que ver con la gran fusión corporativa de papá.

Los hombros de Will se desplomaron. Su madre no había intentado tenderle una trampa en bastante tiempo, no desde sus días universitarios, y había asumido que ella simplemente había renunciado a tratar de encontrarle una esposa. Por lo menos, él había esperado que hubiera renunciado.



Agradeciendo a la camarera, Will hizo un gesto hacia la silla de Michelle mientras tomaba su propio asiento.

—Voy a tomar un café —dijo, descartando el menú que ella le ofrecía—. Negro, por favor. Y un bagel sencillo, crema de queso y salmón ahumado.

—Café bombón para mí —añadió Michelle.

—¿Algo de comer? —preguntó la camarera.

—No, no —respondió ella, agitando una mano muy cuidada en el aire—. Estoy tratando de perder dos kilos y medio.

Will luchó contra el impulso de poner los ojos en blanco. Ella no podía pesar más de cincuenta y cinco kilos empapada, y si no comía algo pronto, podría desaparecer por completo, aunque no era una mujer de mal aspecto, con el cabello largo y rubio estilo recto, un rostro ovalado acompañado de ojos marrones suaves y piel clara, más bien radiante. De hecho, era una mujer de excelente aspecto, aunque era más delgada de lo que a él le gustaba. Sólo que no estaba interesado, y nunca lo estaría. Para empezar, su madre había puesto esto en marcha, y si a su madre le gustaba, quería decir a su padre le gustaba... o más bien, le gustaba y aprobaba a su familia. Y si su padre la aprobó, a continuación, Will iba a desaprobala.

—¿Esa es una Brioni? —preguntó Michelle, mirando su chaqueta con aprobación, una expresión codiciosa que dejó un mal sabor de boca a Will—. Adoro sus nuevas mezclas de lana.

No importaba que fuera, de hecho, un traje Brioni, él siempre se vestía para impresionar para el beneficio de su madre, sin querer oír su discurso sobre la importancia de la apariencia en las ocasiones en que se reunía con ella en algún lugar con ropas sencillas, era el simple hecho de que las mujeres como Michelle le daban verdadero valor a cuánto costaba el traje de un hombre. Si no era de más de cinco mil dólares o más, era inútil para ellas.

—Va bien con mis zapatos —dijo, estirando la pierna derecha y mostrando sus converse bien usadas.

Michelle miró a su pie, con los ojos ampliándose sólo una fracción. De repente, ella estaba sonriendo y sacudiendo la cabeza hacia él, con una expresión divertida.

—Elise dijo que eras un rebelde.

Él la miró fijamente, sintiéndose algo incrédulo. No importaba cuántas veces interactuaba con gente como Michelle, todavía no podía entender el hecho de que encontraran un par de zapatillas cómodas... rebeldes. Pero antes de que pudiera responder con un sutil insulto que seguramente ella nunca iba a descifrar, la camarera apareció junto a ellos.

Soplando en su café, Michelle le sonrió por encima del borde de su taza de vidrio.

—Así que, hálame de ti —dijo ella, ladeando la cabeza en lo que estaba seguro de que iba a ser un gesto seductor y femenino, pero que, en cambio, parecía bastante ridículo en una mujer adulta.

Will forzó una sonrisa.

—Primero tú —dijo, sabiendo muy bien que ella iba a saltar a la oportunidad de hablar de sí misma, permitiéndole desconectarse.



—Tu madre dijo que no eras muy hablador —replicó. Colocando abajo su café, frunció los brillantes labios juntos—. Pero mencionó que amabas viajar. Estaba en Londres el mes pasado para la semana de la moda y no podía creer...

Y esa fue la señal de Will para dejar de escuchar. Levantando su café, tomó un largo trago y miró por encima de la parte superior de la cabeza de Michelle, inspeccionando a la gente pululando alrededor del vestíbulo del hotel. Vio a una pareja de ancianos, la mujer envuelta en pieles y joyas, y observó cómo se dirigían a la recepción. Pareciendo irritado, el hombre comenzó a gesticular violentamente, agitando sus manos con disgusto evidente sobre algo. Echándose hacia atrás en su silla, Will buscó el destinatario de su ira: una mujer pequeña que llevaba una chaqueta negra lisa, con el cabello negro recogido en un moño espeso, estaba mirando a la pareja de ancianos con desprecio apenas disimulado.

Espera un segundo... La conocía. Esa era... ¿Cuál era su nombre? N-algo... ¿Nancy? No. No Nancy. ¿Cuál demonios era su nombre? ¿Cuál era su...?

¡Nikki! Esa era Nikki, la amiga de Mila.

Mila.

Y, de repente, deseaba que fuera Mila quien estuviera sentada frente a él. Varias veces desde su noche juntos, se había visto atrapado preguntándose si ella lo llamaría, pero finalmente desistió al pasar una semana. Si una mujer no llamaba dentro del primer par de días, mucho menos en toda una semana. Era evidente que no estaba interesada. Y él había pensado que su interés se había desvanecido, también... Es decir, hasta que divisó a su amiga, a la vez renovando su atención.

—Disculpa —dijo bruscamente, interrumpiendo lo que fuera que Michelle estaba diciendo—. Me tengo que ir.

Empujando la silla hacia atrás, se levantó de su asiento, sacó su billetera y lanzó unos billetes sobre la mesa.

—Fue genial conocerte, Michelle, y espero que disfrutes de tu visita.

Echó un vistazo en su dirección, encontrando su boca abierta y una expresión de asombro. Él le dedicó una sonrisa, una sonrisa de verdad esta vez, antes de alejarse.

Al entrar en el hotel a través de la cafetería, se dirigió hacia el mostrador de recepción, donde Nikki permanecía, con la cabeza inclinada mientras escribía, sus ojos escaneando una pantalla de ordenador. La pareja se había ido, y Will caminó directamente hacia la mesa y puso sus manos sobre el mostrador.

La cabeza de Nikki subió de golpe, una falsa sonrisa estampada en su rostro demasiado maquillado.

—Buenas tardes —dijo alegremente—, y bienvenido a... —se interrumpió, con los ojos desorbitados mientras lo miraba, obviamente reconociéndolo.

—Uh... —balbuceó—. Um, ¿cómo puedo ayudarle?

Él le sonrió.

—Esa es una terrible manera de saludar a los clientes potenciales.

Una ceja negra perfilada se levantó en interrogación.

—¿Necesita una habitación? —preguntó.

—No, en absoluto —respondió. Apoyado en el mostrador, le hizo un gesto para que se acercara.

Pareciendo confundida pero intrigada, se inclinó.



shut up
and KISS ME

—Necesito un número de teléfono.



S alí de la ducha y envolví una toalla alrededor de mi cuerpo. A toda prisa, me sequé el cabello con otra toalla y al terminar de secarme, vestí una sudadera y una camiseta que había dejado preparada. Había sido un largo día en el trabajo, y estaba más que lista para cenar temprano y mirar algo de reality shows¹ de mala calidad por el resto de la noche.

—¿Mila? —Nikki tocó la puerta del baño—. Tu teléfono está sonando.

—¿Quién es? —pregunté, abriendo la puerta.

Nikki iba a salir esta noche, ya estaba vestida y lista para una noche en la ciudad. De pie en el pasillo, me alcanzó el teléfono. Bajé la mirada, sin reconocer el número, y lo miré por un largo minuto, sin saber qué hacer. Nunca contestaba mi teléfono si no reconocía el número, y las únicas personas que tenían mi número eran Nikki y Carlos.

—Deberías contestar —dijo Nikki, sonando urgente—. En serio deberías.

—No conozco el número —dije, frunciendo el ceño.

—No, pero yo sí, así que responde.

Curiosa, tomé el teléfono de su mano, y mientras estudiaba a Nikki lo llevé a mi oído y dije un suave:

—Hola.

—¿Mila?

Su voz sonó clara y segura, mi piel se erizó ante su sonido.

—¿Sí?

—Creo que aún te debo una cena.

Abriendo grande mis ojos, miré hacia Nikki, quien sonrió ampliamente de regreso.

—¿Will? —pregunté tentativamente.

—En La Bella Luna, Mila, hoy a las ocho. Di que estarás allí.

Sonrojada, me alejé de Nikki. Quería decirle que sí, pero a la vez no buscaba otra aventura de una noche. ¿Y si eso era lo que él estaba buscando...?

—¿Mila? —Su deliciosa voz hizo cosquillas en mi oído, provocando escalofríos que bajaron por mi espalda—. Di que estarás ahí.

Suspirando con fuerza, apreté mis párpados cerrados. Por supuesto que quería volver a verlo. Habíamos compartido una noche fantástica, pero la mujer que había conocido no era mi verdadera yo. Ella no tenía un pasado complicado y un futuro cuestionable.

... Sin embargo, desde esa noche, difícilmente había pensado en algo más aparte de él.

—Estaré ahí —dije, sintiendo aleteos de emoción en mi vientre.



¹ Género televisivo que se encarga de documentar situaciones sin guión en las que interactúa un elenco hasta el momento desconocido.

—Te veo esta noche, Mila.

Mi teléfono quedó en silencio y me giré para enfrentar a Nikki, con el teléfono aún en mi oreja.

—¿Qué hiciste? —exigí—. ¿Qué demonios hiciste?

Alzó sus manos a la defensiva.

—¡No hice nada! *Él* me encontró a mí. Y *me* pidió tu número para así llevarte a una cita de verdad. —Batiendo sus pestañas hacia mí, sonrió recatadamente.

—¿Por qué no te creo? —pregunté, entrecerrando mis ojos.

—Hablo en serio. Aunque pude haberlo insultado por lo que te hizo.

—¿Y? —incité.

—Y pude haberlo llamado de algunas maneras... nada muy malo, y de verdad, soy capaz de decir cosas peores que las que le dije. —Sonriendo, Nikki se rió alegremente—. Oh Mila, quita esa expresión de tu rostro. ¡Eso no importa, él quiere verte! ¡Deberías estar feliz, has estado deprimida por una semana ya!

—Estoy feliz —protesté—. Es solo que... Oh Dios, Nikki, ¿iré a una cita? —Sintiéndome de repente enferma, me senté sobre el retrete y me cubrí el rostro con las manos.

—Sí, así es.

—Una cita de verdad —murmuré.

—Correcto.

—Me siento enferma —gemí—. ¿Qué le voy a decir?

—¡Estarás bien! ¡Él vino a ti! ¡Podrías ir a esta cita usando un vestido de cinta adhesiva y coletas y aun así tendrías la última palabra!

Mirándola entre mis dedos, hice una mueca.

—¿Vestido de cinta adhesiva? ¿Eso aún está de moda?

—¿El vestido de cinta adhesiva? —gritó Nikki, moviendo sus manos en el aire—. ¿Eso fue lo único que captaste? ¿El vestido de cinta?

Dándose la vuelta, desapareció por el pasillo.

—El vestido de cinta adhesiva —murmuró.

Riéndome, miré a mi teléfono, notando de inmediato la hora.

—Oh mi Dios —exclamé, saltando.

Frenéticamente, busqué en mi armario por algo para ponerme, eligiendo una camisa de seda verde que combinaba perfectamente con mis ojos y un par de jeans ajustados negros y unas zapatillas de bailarina negras. Después de recoger mi cabello, dejé caer un par de ondas sueltas, dándole una apariencia natural y despeinada, mi aspecto era mucho más recatado que sexi. De todos modos, esta noche no quería darle la impresión equivocada, de ninguna manera. Esta noche quería llegar a conocerlo más.

—¡Tu taxi está aquí, Mila! —gritó Nikki.

—¡Oh Dios mío! ¡Olvidé el taxi! —Colocándome rápidamente un toque de perfume, tomé mi bolso y corrí por el pasillo.

—De nada —dijo Nikki. Parada en la puerta, con los brazos cruzados bajo su pecho, me sonrió—. ¡Ahora ve y diviértete!



Abrió la puerta principal con una gran floritura y me despidió con la mano.



Los veinte minutos de viaje en taxi hasta el restaurante fueron tiempo suficiente para pensar y un momento muy necesario para tranquilizarme. Para el instante en que estacionamos frente al pequeño pero pintoresco restaurante, me estaba sintiendo mucho más confiada. Eso fue, hasta que entré. Mientras que La Bella Luna podría haber parecido pintoresco y encantador por fuera, el interior era completamente lo contrario. Mi estómago se desplomó a mis pies; no estaba para nada vestida apropiadamente. Esto era grande y opulento, y aquí estaba yo, en pantalones ajustados.

La maîtresse de la recepción me miró con una sonrisa agradable, sus labios pintados de rojo extendiéndose ampliamente mientras me apreciaba de pies a cabeza.

—¿Reservación? —preguntó.

—Sí, eso creo —tartamudeé—. Will... Mmmm... —Dándome cuenta que no sabía su apellido, cerré mi boca de golpe y me sonrojé furiosamente.

—¿Apellido? —preguntó, levantando una ceja.

—Yo... mmmm —me callé, mordiendo mi labio inferior, sintiéndome como una idiota torpe. ¿Podría tan solo salir corriendo?

Una cálida mano se apoyó en mi hombro y me estremecí, comencé a apartarme solo para detenerme a mitad del paso al toparme con los brillantes ojos azules de Will y su sonrisa.



—Llegas temprano —dijo, ampliando aún más su sonrisa.

No pude evitar sonreír de vuelta. Su sonrisa era embriagadora, adictiva, incluso.

—Lo siento —dije con suavidad.

—No lo sientas —dijo—. No eres como las otras mujeres, y eso es algo bueno.

Sus ojos azules me recorrieron, absorbiendo cada uno de mis rasgos. Normalmente, esta clase de escrutinio me hubiera hecho sentir incómoda, pero Will me dejaba sin aliento, y queriendo más.

—Algo muy bueno...

—Por aquí, señor Townsend.

Nuestro hechizo se rompió, ambos miramos hacia la maîtresse. Sonriéndonos, inclinó su cabeza hacia el comedor.

—Si me siguen, por favor.

—Townsend —murmuré—. Tengo que recordar eso.

—Tu turno —susurró, y por un momento lo miré en blanco, hasta que me di cuenta que preguntaba por mi apellido.

Me sonrojé acaloradamente, avergonzada por los dos.

—Webber —dije—. Mila Webber.

Sonriendo, Will tomó mi mano en la suya, y juntos entramos en el área del comedor. La necesidad de bajar mi barbilla y evitar la mirada de los otros clientes, todos vestidos mucho más apropiados que yo, era fuerte. En cambio, deliberadamente enfrenté sus miradas apreciativas, negándome a sentirme intimidada por algo esta noche. Y para el

momento en que llegamos a nuestra mesa, una tranquila de dos asientos en la parte de atrás, estaba sonriendo de oreja a oreja.

—Un Escocés, por favor —le dijo al mesero que apareció de repente—. ¿Y un... Manhattan? —Will miró hacia mí, con su ceja levantada, esperando mi confirmación.

Asentí tímidamente, sorprendida de que recordara algo tan intrascendente como lo que me gustaba beber.

—Muy bien, señor —dijo el mesero, asintiendo una vez antes de irse.

Will giró de vuelta hacia mí, recibiendo la sonrisa a la que parecía no poder dejar de responder con otra propia.

—Estás hermosa —dijo, y por la mirada en su rostro y el tono de su voz, sabía que era honesto.

—Luces muy bien, también —susurré. Y lo hacía. Su camisa de vestir blanca era ajustada, acentuando el cuerpo firme debajo. Pantalones negros de traje y un reloj de aspecto caro completaban su atuendo. Se veía elegante pero formal, y muy, muy sexi.

—¿Sí? —preguntó, mirando hacia el piso. Seguí su mirada, mis ojos abriéndose ampliamente cuando vi su calzado. Las mismas zapatillas deportivas gastadas que había usado la noche del club, las usaba esta noche también.

—Oh Dios mío. —Me reí, llevándome la mano a la boca para amortiguar el sonido—. Eso es adorable.

Los ojos de Will brillaron con diversión.

—¿Adorable? —Se rió—. Eso sí que es una primera vez.

—¿Siempre usas esas, o lo haces por mí?

—Sí —respondió Will, guiñándome.

Me reí suavemente, bajé la mirada hacia la mesa, los dos quedándonos en silencio mientras leíamos nuestros menús. Después de mirar por las opciones, frunciendo mi nariz a la mayoría de los platos antes de decidirme por el salmón, alcé la vista para encontrar a Will mirándome.

—Hola —susurré, sonando tan tímida como me sentí de repente.

—Hola —susurró de regreso, sus ojos azules ardiendo, sus rasgos fuertemente dibujados e irradiando calor.

Reaccioné de la misma forma, apretando mis muslos justos mientras recordaba la última vez que nos habíamos sentado en una mesa, y los suaves besos que habían llevado a más. A mucho más.

—¿Vamos a dividir la factura? —preguntó de repente, rompiendo el silencio.

Mi corazón dio un vuelco. Había aceptado reunirme con él, pero no había considerado lo lujoso que sería.

—Sí, por supuesto —murmuré, esperando tener el suficiente efectivo para cubrir mi parte.

—Era una broma, Mila. No hay manera en el infierno de que te deje pagar por la cena. —Estaba sonriendo de nuevo, aunque su mirada era más seria y determinada, sin dejar espacio para discusiones.



—Aunque el postre va por tu cuenta —continuó, sus ojos una vez más ardiendo. Estirando la mano sobre la mesa, la colocó sobre la mía—. En realidad, el lugar donde elijamos comerlo.

Luché por tomar aire mientras su pulgar comenzaba a acariciar casualmente mis nudillos, encendiendo un fuego que había avivado hacía una semana y que aún no se había apagado.

Sonriéndole a Will, seguida por un sonrojo, me incliné hacia adelante.

—Tengo helado en mi apartamento.

Ella de verdad le gustaba.

No, no solo le gustaba de verdad, a Will de verdad, de verdad le gustaba Mila. Le gustaba la forma en que parecía no poder mirarlo a los ojos cuando sonreía, la forma en que mordía su labio inferior cuando estaba nerviosa o emocionada o simplemente sin palabras. Incluso le gustaba lo torpe que era, un rasgo que solo podía atribuir a su timidez.

Todo era tan... malditamente adorable. Y refrescante. Absolutamente refrescante.

Por supuesto ayudaba que fuera tan sorprendentemente hermosa también, y no de una forma excesivamente cuidada, cubierta de maquillaje y de ropas finas. Era naturalmente hermosa, y para nada exagerada. Y no podía expresar con palabras lo mucho que apreciaba eso de ella.

La cena había sido un desastre torpe: Mila había derramado su bebida, dejado caer su tenedor, y se sonrojó con él y con el mesero más veces de las que pudo contar, y luego una vez más, insistió en pagar la mitad de la cuenta. Por supuesto, no se lo había permitido, pero por un momento había pensado que ella haría una escena sobre eso. E incluso si lo hubiera hecho, él lo habría disfrutado muchísimo.

Ahora, parados afuera de su edificio de apartamentos, se deleitaba mirándola ver hacia cualquier lado menos a él, obviamente sin saber qué hacer a continuación.

Él sabía lo que quería hacer. Por supuesto quería besarla, besarla largo y duro y luego arrastrarla por los ridículamente agotadores cuatro tramos de escaleras y hasta su apartamento, donde la desnudaría rápidamente y se enterraría en su interior.

Excepto... que ya había hecho eso. Habían obviado los tortuosos preámbulos y saltado directamente a la cama y ahora... ¿ahora qué, exactamente? La quería. Quería llegar a conocerla. Quería algo más sustancial por una vez en la vida, y a pesar de que casi no conocía a esta mujer, se sentía cómodo con ella, no se sentía como si flotara en una corriente de aire débil que fuera a caer en cualquier momento, sino en tierra. Verdadero. Malditamente sustancial.

Y por esas razones, no se acostaría con ella de nuevo. Al menos, no todavía de todos modos.

—Me la pasé muy bien —dijo ella suavemente, finalmente mirándolo—. Muy, muy bien.

Él dio un paso adelante, tomando su mejilla, sorprendiéndose otra vez por lo cómodo que de verdad se sentía con ella. Acunando su rostro, rozó la yema de su pulgar a lo largo de su pómulos perfectamente esculpido.

—Me gusta tu cabello rizado —dijo distraídamente.



Su labio inferior tembló, pero su mirada no vaciló. En silencio, se miraron, Will por primera vez en su vida realmente perdió las palabras, pero a la vez no sentía que fueran necesarias. También otra primera vez para él.

—¿No quieres entrar? Tengo helado —preguntó finalmente, dándole un gentil recordatorio de la promesa temprana sobre el postre.

Podía escuchar la inquietud en su voz, y sabía que si le decía que no, ella podría no entender su razonamiento. Retirando su mano de su rostro, le sonrió.

—Sí —dijo—, me gustaría.

Metiéndose las manos en los bolsillos de sus pantalones, la observó mientras ella perdía el control de las llaves, y sonrió cuando, luchando por abrir la puerta, prácticamente cayó directamente a través de esta. Y luego la siguió mirando mientras subía las escaleras, admirando la forma en que su trasero se balanceaba ligeramente de un lado a otro con sus movimientos.

En poco tiempo estuvo sintiendo la agitación de una erección, encontrándose con ganas de estirar la mano y tocarla, y rápidamente desvió su mirada hacia sus hombros. Su piel desnuda y bronceada brillando bajo la pobre iluminación en el pasillo, se dio cuenta que no mejoraba mucho e hizo poco para disuadir a su cuerpo de lo que estaba deseando.

Para el momento en que llegaron a la puerta de su apartamento, esperaba que Nikki estuviera en casa para funcionar como una muy necesaria... bueno, bloqueadora de pollas. Cuando se trataba de Mila, su polla necesitaba un bloqueo, en serio, no había otra forma de decirlo. Quería que esto, lo que sea que fuera, fuese diferente. Por primera vez en su vida, quería ir lentamente, para convertir lo que había entre ellos en algo más que lujuria. Que significara algo.

Mila entreabrió la puerta y metió la cabeza dentro de la pequeña abertura.

—¿Nikki? —susurró con fuerza—. ¿Nikki?

Después de esperar un momento y no obtener respuesta, Mila miró por sobre su hombro.

—Creo que está durmiendo —dijo, y sonrió ampliamente.

Él le devolvió la sonrisa, ¿cómo no hacerlo ante su adorable acento y esos hoyuelos que se le formaban y apuntaban en su dirección? Aunque internamente gimió. Sin Nikki significaba sin chaperón.

—¿Café? —sugirió Mila, haciéndole un gesto para que entrara al oscuro pasillo.

—Por favor —dijo él, decidiendo beberse todo un bote. El aliento a café tendría que funcionar como el elemento disuasorio para el sexo que tanto necesitaba.

Dejando su bolso y las llaves sobre una pequeña mesa cerca de la entrada a la cocina, Milla se quitó los zapatos y caminó descalza sobre el linóleo. Aunque había estado aquí antes, no había prestado mucha atención a su entorno la primera vez, y aprovechó ese momento, mientras Mila se movía por la cocina, para realmente mirar su casa. La cocina era más una cocineta, con todos los electrodomésticos a una escala más pequeña de lo normal, todo más pequeño en apariencia, pero también increíblemente acogedor.

Alguien, Mila o Nikki, tenía una inclinación por el rosa, y parecía que había comprado cada cosa relacionada con la cocina de ese mismo color. Había una licuadora rosa, una tostadora rosa, imanes de refrigerador rosados, y toallas de cocina rosas. Incluso la máquina de café esta acentuada con... rosado. Poniendo todo ese rosa a un lado, lo que encontró más entrañable fue el pequeño tablero de anuncios colgado a un lado de la fila de



armarios, con pequeñas Post-it de colores pegadas en cada espacio disponible, todas eran notas entre las dos mujeres.

Llegaré en la mañana. No me esperes levantada.

Trabajo hasta tarde, prepárate la cena

¡Tomaste mi camiseta violeta!

No puedo encontrar mi teléfono. ¡Si lo encuentras tráemelo LMPP²!

¡Encontré mi teléfono, estaba debajo de la cama! ¡Pasó el susto!

—Entonces —dijo Mila, sacándolo de sus reflexiones—. No me has contado casi nada sobre ti, y siento como si te hubiera contado de todo.

Ella le daba la espalda mientras se estiraba sobre las puntas de sus pies, alcanzando un par de tazas colocadas en el estante más alto. Mirándola, se preguntó exactamente cuánto contarle sobre sí mismo, como se había preguntado durante la mayor parte de la noche. Sabía que tenía una educación universitaria, pero que solo había podido encontrar un trabajo como mesera, y Nikki como empleada de hotel, sabía que sus ingresos eran mínimos comparados con los suyos, y también sabía que Mila era una mujer relativamente orgullosa cuando se trataba de salir adelante. Orgullosa en el sentido de que se sentía muy satisfecha por hacerlo por su cuenta. Lo último que quería hacer, especialmente tan pronto, era asustarla revelando su educación y sus actuales circunstancias financieras.

Aunque si iba a ser totalmente honesto consigo mismo, su renuencia también se debía a que no quería que ella supiera su patrimonio neto todavía. Quería que a ella le gustara y lo apreciara por... él. Y nada más. Cada mujer que había conocido alguna vez, que lo había conocido y lo que valía; el hecho de que no fuera mal parecido era uno bueno para ellas, pero siempre habían sido su riqueza y su importancia los que después habían pesado más. Con Mila era como tener una pizarra en blanco.

—Infinity —dijo antes de que el silencio colgara demasiado entre ellos—. La administro.

No era exactamente una mentira, pero tampoco era la verdad completa. Él sí administraba la mayoría de sus propiedades, aunque con la ayuda de muchos otros. El hecho de que fuera el dueño del club era un detalle menor. Al menos, eso era lo que se decía a sí mismo.

Pausando su labor, Mila se giró, arrugando su frente.

—¿El club nocturno? —preguntó—. ¿Dónde nos conocimos?

Él asintió.

—Vaya —se quedó sin aliento—. Es un lugar muy popular, debe irte muy bien.

Él sonrió ante su expresión asombrada; era tan magníficamente inocente.

—Me va bien —dijo, encogiéndose de hombros—. Me gusta conocer gente, es lo que me gusta de eso.

Otra pequeña mentira. Al principio le había gustado. Ahora, le disgustaba la mayoría de la gente que conoció. Todos eran tan superficiales y egoístas.

—Me especialicé en negocios —continuó, queriendo desviar el tema sobre lo que hacía para vivir—. Vivo en Upper East Side, tengo seis pares de las mismas zapatillas deportivas, y me gusta jugar basquetbol... a pesar de que soy muy malo en eso.

²Lo más pronto posible, en inglés sería ASAP: As soon as possible.

—¿Seis pares de las mismas zapatillas? —preguntó, riéndose.

Will soltó un imperceptible suspiro de alivio cuando ella desestimó por completo el lugar donde vivía, el cual era sin duda alguna uno de los barrios más ricos de la ciudad, para hablar sobre su comentario de los zapatos, un hecho que solo comprobó, una vez más, que era perfecta en todos los sentidos.

—Seis —dijo, dando un pequeño paso en su dirección—. Cuando encuentro algo que funciona para mí, tiendo a ser un poco excesivo.

Su sonrisa se transformó en una más amplia.

—¿También las mujeres? —preguntó, sonriendo divertida.

La pregunta lo tomó por sorpresa y resopló con suavidad. Ella estaba entrando en confianza, de eso estaba seguro, y podía percibir a la mujer detrás de los sonrojos y mordidas de labio. Y le gustaba lo que veía. Le gustaba la Mila tímida, pero la Mila confiada era algo para tener en cuenta, y tenía el presentimiento de que ella se sorprendía a sí misma algunas veces.

—Mila —dijo, dando otro paso hacia ella—. Tengo que decirte algo. —A propósito examinó su expresión, adoptando una postura muy seria.

La ceja de Mila se levantó indagando.

—¿No quieres café? —bromeó con suavidad, con un sonrojo extendiéndose rápidamente en sus mejillas.

Él negó con un gesto mientras cerraba la distancia entre ellos.

—No quiero café.

Mila dio un paso hacia atrás, su espalda ahora presionada contra la encimera, su respiración difícil.

—Me prometí a mí mismo que no te besaría esta noche —admitió, colocando sus manos sobre sus caderas—. Quería ir despacio, quería llegar a conocerte más antes...

Mila frunció sus labios.

—¿Antes de qué? —susurró—. ¿Antes del helado?

La miró, absorbiendo sus rasgos, enfocándose en sus labios, mirándolos separarse cuando su respiración se incrementó.

—Antes del helado... —Se detuvo antes de seguir... y antes de que terminemos en la cama de nuevo —respondió con honestidad.

Su garganta convulsionó cuando tragó, lamió su labio inferior, y deseó ser ese labio ahora, para sentir su lengua deslizándose sobre él. Su cuerpo se tensó, sus fosas nasales se abrieron; quería besarla. Iba a besarla. No había duda de eso.

—Me siento de la misma forma —susurró ella, apartando la mirada—. Esto es increíblemente rápido para mí. Nunca lo he hecho antes. Nunca he tenido algo de una sola noche o he dormido con un hombre que apenas conozco. Y ha pasado mucho tiempo desde... desde que he estado con alguien, ni siquiera estoy segura de cómo hacer lo de las citas.

—Mila —comenzó.

—Y honestamente —continuó—, ahora que estás aquí, en realidad no me importa. Quiero que me beses. Digo, solo si quieres besarme... —Su voz se apagó, aun negándose a mirarlo.



Sostuvo sus caderas con más firmeza, en un intento de hacer que lo mirara.

Levantó los ojos, encontrándose con los suyos, y él se acercó.

—Pero de verdad quiero que me beses, Will.

Su respiración se atoró; escuchar su nombre en esa boca deliciosa era cautivador. Colocó una mano a cada lado de la encimera, atrapándola en los confines de sus brazos.

—Tal vez deberíamos solo tomar el café —dijo de repente, su respiración acelerándose—. Quiero decir, si eso es lo que quieres. Podemos ver una película, o hablar más, o...

—Mila.

Parpadeó, succionando su labio inferior nuevamente.

—¿Mmmm?

—Cállate —susurró, bajando su boca a la de ella—, y bésame.



Echo

Este beso quitaba la respiración. Tan perfecto, tan perfectamente me hizo la boca agua, que los dedos de mis pies se encogieron y mi corazón martilleó salvajemente en el pecho. Will apretó su cuerpo contra el mío, presionando mi espalda en el mostrador, sentía su dura y prominente erección. Pero no me importaba, me daba igual; me quitó el aliento con ese beso y con el muy apreciable deseo que sentían por mí. Lo abracé, besándolo de regreso, saboreando la sensación de sus labios en los míos, la esencia embriagadora de su colonia envolviéndome.

Sus dedos se movieron seductores bajo el material de mi camiseta y recorrieron arriba y abajo la piel de mi espalda, marcando sensuales líneas y haciéndome temblar por más. Intensificó su beso, sujetándome de la cintura mientras me subía sobre la encimera, golpeando al hacerlo las tazas de café.

Mientras las tazas caían, rebotando en el suelo, abrió todavía más mis piernas y se colocó entre mis muslos, su impresionante erección empujando contra mí. Jadeé en su boca y mi lujuria se agitó como las olas del mar. Arqueando mi espalda, apreté mi pecho contra su mano libre, buscando sentir más, gemí mientras me acarició a través del sujetador, mis gemidos se convirtieron rápidamente en un quejido cuando de repente se apartó.

—Mila —susurró.

—¿Hmm? —respondí.

—Tengo un cuchillo —gritó Nikki mientras venía como un tornado por el pasillo y entraba en la cocina—. No creas que no lo usaré.

Will se alejó de repente y abrí mis ojos totalmente. Nikki estaba parada, sonriendo satisfechamente mientras miraba la escena frente a ella. Yo, sentada encima de la encimera con los brazos y las piernas alrededor de Will, tazas tiradas por el suelo y azúcar derramada a mi alrededor. Sonrojándome, apreté mi rostro contra el pecho de Will.

—¿No estarías tratando de robar nada, no Will? —preguntó Nikki, riendo más fuerte.

—Eso depende de lo que entiendas por robar. —Alejándose, Will sonrió guiñándome un ojo.

—Tomar algo que no es tuyo —soltó Nikki.

—Entonces no, no clasificaría esto como un robo, ¿tú lo harías, Mila? —preguntó, centrándose únicamente en mí.

Negué, sin poder mirar aún a Nikki, sabiendo que si no nos hubiera interrumpido, estaríamos follando en este momento, y aquí, en la cocina, donde preparo el café, ni más ni menos.

—Definitivamente nada robado —contesté con voz ronca.

—Sospechoso, pero qué más da —exclamó Nikki, moviendo la cabeza y sonriendo.

Deslizándome, bajé de la encimera, me giré hacia el desastre que habíamos hecho y suspiré.

—¿Quieres un café, Nikki? —ofrecí.



Una parte de mí rogó para que dijera que sí, porque quería la interrupción, necesitaba su distracción. Quería tomar las cosas con Will más lentamente; no quería que lo que tuviera que suceder estuviera basado solo en sexo barato, sexo sin sentido, sin importar lo bueno que hubiese sido. Aun así, otra parte de mí rogaba para que respondiera que no y se volviera a su habitación, porque lo quería todo para mí. Quería continuar con lo que habíamos estado haciendo y hacia donde estábamos yendo hacía solo un momento.

Pero cuando no me contestó enseguida, miré sobre mi hombro y la encontré enganchándolo del brazo y llevándoselo hacia el pasillo.

—Sí por favor —contestó sobre su hombro.

Ceñuda, me giré hacia la cafetera, escuchando como Nikki lo interrogaba sin concierto, haciendo preguntas sin sentido, que a pesar de mi frustración, estaban haciéndome sonreír tontamente.

—¿Tienes hermanos, Will? —preguntó.

—Desafortunadamente —replicó—. Dos hermanos y una hermana.

—Mmmm, —murmuró—. ¿Crees que tener un número mayor de hermanos que de hermanas te ha hecho desear más la feminidad?

Will comenzó a reír, y para el momento en que terminé de preparar el café, las preguntas se habían vuelto tan increíblemente ridículas que también estaba riendo. Nikki era tan... tan Nikki.

Pasando las tazas, tomé asiento al lado de Will en el sofá, apretándome ávidamente contra él, ansiosa por su calor y por sentir su cuerpo junto al mío.

—¿Alguien quiere ver televisión? —preguntó Nikki, moviendo el mando a distancia en el aire—. ¡Ohhh! ¡Un maratón de Amas de casa desesperadas³!

Acomodando mi cabeza en el brazo de Will, dejé salir un silencioso suspiro. Estaba agradecida por la ducha fría que Nikki nos acababa de dar, los dos queríamos ir despacio, pero eso no quería decir que estuviera feliz con eso.

Horas más tarde, cuando Nikki estaba roncando suavemente en su asiento, miré nerviosa a Will. El anhelo no había disminuido, incluso después del café y de unas cuantas horas de mala televisión nocturna, seguía queriendo cada pedacito de él. Y el hecho que compartiera mis sentimientos, y tuviera la misma mirada hambrienta en sus ojos, no ayudaba.

—¿Quieres otro café? —pregunté en voz baja.

Me miró fijamente por un momento antes de asentir. Suspirando, me levanté del sofá y me dirigí a la cocina, sabiendo perfectamente que estaba siguiéndome.

Agarrando la jarra de la cafetera, estaba quieta cuando sus manos se posaron en mi cintura y sus labios besaron mi cuello. Gimiendo bajito, cerré los ojos y giré la cabeza a un lado, para darle mejor acceso.

—Realmente quiero llevarte a la cama —murmuró.

—Sí —susurré, soltando la jarra. Alcé mis brazos y deslicé los dedos por su cabello.

Tirando suavemente el lóbulo de mi oreja con sus dientes, se apretó a mi trasero, provocándome un suspiro.

—No puedo, Mila. Me gustas.



³ Amas de casa desesperadas serie estadounidense *Desperate Housewives*, creada por Marc Cherry.

—Eso es una cosa buena —murmuré.

Lo sentí reírse contra mí.

—No quiero joder esto.

Abriendo mis ojos, solté su cabello y me giré para enfrentarlo. Mordiendo mi labio inferior, intenté poner en orden mis pensamientos, pero teniéndolo ahora de frente, mirándome a los ojos y viendo reflejado en ellos lo mismo que yo sentía como en un espejo...

Suspirando, retrocedió un paso. Frotando su nuca, bajó la vista hacia mí atravesándome con sus ojos velados.

—Me voy a ir —manifestó al rato, mirando fijamente sus pies. Era la primera vez que lo veía parecer inseguro, y lo encontré totalmente entrañable.

Respiré hondo para calmarme antes de hablar.

—Pero si aún no hemos tomado el postre —balbuceé nerviosa.

—No, no lo hicimos, ¿no? —rio suavemente, aunque su frente estaba fruncida.

—Quiero decir, la cena fue genial, pero todo el mundo sabe que la mejor parte es el postre, sonreí con timidez. No estaba acostumbrada a esto; nunca había hecho algo así antes. Tener citas y coquetear, todo era nuevo para mí.

—¿Tienes algo particular en mente? —preguntó, dándome una sonrisa de niño que prácticamente gritaba sexo.

Me di la vuelta alejándome, luchando contra mi sonrojo, y me moví para abrir el congelador.

—Tengo helado —exclamé, sacando un envase grande con sabor a chocolate con mantequilla de maní.



De pie, a la vuelta de la esquina del trabajo de Mila, recostado contra la pared de ladrillos del restaurante donde ella trabaja, los brazos alrededor de su cuello, las manos sujetándola por las caderas, Will inclinó su cabeza para darle otro beso.

—Voy a llegar tarde —murmuró contra su boca, justo antes de profundizar el beso.

Sonreía en su interior; estaba tanto por él como él lo estaba por ella, y ninguno de los dos parecía tener suficiente del otro. Era un sentimiento nuevo y bastante diferente, estar atraído por una mujer por mucho más que solo por sus atributos físicos. Después de la noche pasada, y una tarde entera besándose y hablando hasta la madrugada, para luego, simplemente tenerla entre sus brazos mientras los dos dormían, sabía que estaba en problemas. Pero no podía imaginar a ninguna otra mujer mejor para meterse en problemas.

Era lo que siempre había querido: con los pies en la tierra, sencilla, honesta y de belleza natural. Era perfecta en todos los aspectos, el tipo de mujer que nunca pensó que encontraría, y en su propia ciudad, ni más ni menos.

Sintiendo el celular vibrar en su bolsillo, intensificó el beso, sus manos viajando hacia arriba de su cintura y luego más arriba, los pulgares frotando la parte baja de sus pechos.

—Tus pantalones... están... vibrando —musitó, sin aliento por sus besos.

—Tan solo estoy muy contento de verte —murmuró, intentando besarla de nuevo.

Sonriendo, giró su cabeza y él rápidamente cambio de dirección, arrastrando la punta de la lengua en su cuello en vez de besarla. Su escalofrió en respuesta lo excitó, y la apretó en sus brazos mientras le succionaba la sedosa piel de la clavícula.

El teléfono vibró otra vez, sus risitas se convirtieron en carcajadas, y no pudo más que también sonreír. Separándose, colocó un rizo de su cabellera, que se había salido del recogido, por detrás de su oreja.

—Vete —exclamó, moviendo su cabeza—, antes que demos un buen espectáculo a todos estos ciudadanos trabajadores.

Mila miró a hurtadillas por encima de su hombro, hacia donde media docena de trabajadores con casco rondaban alrededor de un par de camiones, y sus mejillas se enrojecieron de vergüenza.

—Sigo sorprendida por lo diferente que es Nueva York de casa —susurró, agachando la cabeza—. Hay tanta gente aquí y aun así se siente más privacidad de lo que nunca se sentí allá.

—¿De qué parte de Tennessee dijiste que eras? —preguntó frunciendo el ceño mientras trataba de recordar.

Lo empujó contra la pared con una sonrisa.

—Un pequeño, e insignificante lugar que te haría llorar de aburrimiento —contestó suavemente. Parándose de puntillas, rozó sus labios con los de él—. Me tengo que ir.

Alcanzándola, cogió su mano y entrelazó sus dedos.

—Tengo que trabajar esta noche —comentó—, pero mañana estaré libre si tú lo estás.

Realmente no tenía que trabajar, tenía un montón de gente que manejaban el negocio por él, pero la última cosa que quería era empujar demasiado fuerte y asustarla.

—Estoy libre —contestó, tímida otra vez—. ¿Qué tenías en mente?

—Helado —respondió rotundamente—. Pero esta vez invito yo.

Respondió con una sonrisa tan genuina que casi se le paró la respiración.

De pie frente a él, en un callejón lateral de Queens, con su sencillo traje chaqueta negro de trabajo, el cabello recogido descuidadamente en lo alto de la cabeza y mínimo maquillaje, era el equivalente del sol que brillaba ahora sobre ambos, esforzándose por salir detrás de las nubes oscuras.

—Entonces mañana —señaló, inclinándose hacia delante y dándole un beso rápido en la mejilla. Seguía tomándola de la mano, le dio media vuelta y la empujó hacia delante.

Sin dejar de sonreír, ella dio un rápido vistazo por encima del hombro antes de dar lugar a la esquina y desaparecer.

Casi inmediatamente el teléfono empezó a vibrar de nuevo, con un suspiro lo sacó del bolsillo de sus pantalones e hizo una mueca al ver en la pantalla que su madre era quien lo estaba llamando. Suspirando otra vez, le dio a “ignorar” y envió un mensaje a Richard, dándole su dirección.

Su teléfono se iluminó con la respuesta que Richard llegaría en diez minutos.

Lo guardó en su bolsillo, y comenzó a caminar calle abajo justo cuando su teléfono empezó a vibrar otra vez.



Sabiendo que ignorarla sería inútil, cuando Elise Townsend quería comunicarse con cualquiera seguía intentándolo hasta que lo conseguía, sacó su teléfono de nuevo y contestó.

—Madre —saludó.

—No estás en casa —le acusó.

Su ceja subió con sorpresa.

—¿Estás en la ciudad?

—No —espetó—. Llevo toda la mañana intentando contactar contigo, y al final he tenido que llamar a Richard.

Traidor, pensó, rodando los ojos.

—No soy un adolescente —exclamó, sintiéndose muy cansado de repente—. ¿Qué es lo que necesitas?

—Una explicación —demandó—. Los Collier estuvieron cenando con nosotros anoche, y Michelle estaba más que feliz de contarnos a tu padre y a mí, que durante el almuerzo con ella te levantaste y te fuiste dejándola sola sin ninguna razón ni excusa.

Apretando la mandíbula, intentó comportarse con calma, aunque no quería.

—Pensaba que ya habías terminado de intentar prepararme citas —replicó—. Soy bastante capaz de encontrarlas por mi cuenta.

Oírla responder al otro lado de la línea con un “ppfff” no hizo otra cosa que enfadarlo más. Quería a su madre más que a nadie de su familia, pero a veces se comportaba tan mal como el resto.

—Nos has dejado en ridículo —vociferó—, y tu padre está furioso.

—¿Y cuándo no está furioso conmigo? —replicó.

Aun así, no pensaba que su padre estuviera en nada furioso. Para que algo te enfadara, primero tenía que importante y este no se había molestado en decirle más que unas pocas palabras desde que decidió no unirse a la empresa familiar.

—Nadie te va a tomar en serio —continuó—, si sigues viviendo como un vagabundo. Necesitas raíces, William. Necesitas...

—Estoy saliendo con alguien —reveló entre dientes, llegando a la esquina de la cuadra. Esperando a que el semáforo cambiara, dio una sonrisa forzada a una mujer embarazada a su lado que empujaba una carriola de bebé.

Su madre no contestó durante varios segundos, y sonrió para sí mismo por seguir teniendo la habilidad de dejarla sin palabras.

—¿Quién es? —preguntó eventualmente, sonando escéptica—. No será otra camarera de ese club tuyo, espero —continuó, con una nota de desagrado matizando su voz.

—No —gruñó—, y no, no te voy a decir quién es, y no, no la voy a llevar a cenar. Es demasiado pronto, Madre, no voy a asustarla.

—¿Asustarla? Dificilmente. Solo estoy tratando de asegurar un futuro feliz y próspero para todos mis amados hijos.

Mientras la luz cambiaba, bajó de la acera, respondiendo con un bufido a su madre.

—Seguro que sí, —espetó—. Entonces, ¿qué pasa con Michael? ¿No deberías priorizar el encontrarle una nueva esposa?



—Sabes muy bien que eso es diferente. Michael necesita tiempo para superar el dolor por la traición de esa horrible mujer, y las niñas ahora no están como para darle la bienvenida a una madrastra en su casa.

Quería reír. “Esa mujer horrible” fue escogida a dedo por su madre, solo ahora que la verdad había salido a la luz, la esposa de Michael se había estado acostando con un comerciante de arte italiano durante dos años, su madre no hacía más que negar que hubiera tenido nada que ver en juntarlos.

Un claxon sonó atrás de él, y cuando se giró para mirar, encontró que Richard estaba estacionado en doble fila a unos cuantos autos de distancia.

—Lo siento madre, me tengo que ir —notificó.

—Quiero conocerla, William —gritó.

—No —respondió gritando a su vez, rápidamente finalizó la llamada y deslizó el teléfono de vuelta en su bolsillo. Desandando sus últimos veinte pasos se detuvo frente a de su auto y miró furioso a través de la ventanilla.

—Me amenazó con dolor corporal, señor —se lamentó Richard levantando las manos en defensa.

Moviendo la cabeza, Will dio la vuelta frente al vehículo. No había bastante fuego en el infierno para obligarlo a presentar a Mila a su familia, aún no. Definitivamente no en una cena. Demonios, quizás nunca.



Nueve

Si teléfono vibró contra mi muslo, por segunda vez en los últimos cinco minutos y sonreí como una colegiala adolescente. Will me había estado enviando mensajes de texto toda la mañana, pidiendo verme esa noche. No sé qué se había apoderado de mí, pero en lugar de estar aceptar, le mentí respondiéndole que estaba ocupada, disfrutando la charla juguetona que se producía entre nosotros.

Principalmente, sin embargo, me gustaban mucho los nuevos y casi extraños sentimientos que me provocaba. Will me hizo sentir más fuerte y más segura. Con cada beso de sus perfectos labios y cada toque de sus ágiles manos, estaba floreciendo en la mujer que solía ser. Y estaba ávida de más, más de ella, y mucho más de él.

Dejando las comidas en frente de mis clientes, sonreí al dejar su mesa, volviendo a la cocina por el próximo pedido de comida. Mi celular vibró de nuevo, pero resistí el impulso de sacarlo y verlo. Tendría que esperar hasta mi hora de almuerzo.

Continuó vibrando por la siguiente media hora, manteniendo una sonrisa en mi cara hasta que le había cobrado a mi último cliente y entregado mis mesas. Muy rara vez almorzaba en el restaurante, no porque la comida no fuera buena, era deliciosa, sino porque trabajar aquí turnos de ocho, a veces diez, horas era suficiente. Solo había algunas veces que podía admirar esas comidas complicadas antes de necesitar la simplicidad de un perro caliente o una hamburguesa.

Luego de recuperar el bolso de la habitación trasera, me dirigí a un pequeño parque cercano. Una vez allí, saqué mi teléfono móvil, descubriendo cerca de quince mensajes de Will. Riendo, me desplacé a través de cada uno.

Will: *¿Puedo verte esta noche?*

Will: *Voy a tomar tu silencio como un sí.*

Will: *¿Puedo encontrarme para el almuerzo contigo?*

Will: *Sueno realmente necesitado, ¿no?*

Sin dejar de reír, escribí una respuesta, haciéndole saber que sí, me gustaría reunirme con él esta noche. Por supuesto que me gustaría, lo había estado anhelando, ansiando su toque, desde la noche que nos habíamos conocido. Desde hace una semana, habíamos hecho poco más que besarnos. Habíamos ido al cine, a tomar un café y muchas cenas, cualquier cosa que podríamos pensar que no nos llevaría a mi casa o mi cama. Pero la abstinencia estaba poniéndose más dura, más dura de lo que nunca había esperado que fuera. Me había despertado esta mañana, caliente y nerviosa, los sueños de él todavía crudos y vivos en mi mente, sabiendo que mi decisión de esperar estaba vacilando severamente.

Al detenerme en un puesto de perros calientes, pedí lo habitual: un rojo vivo y una Coca-Cola Light y mientras esperaba, me volteé y contemplé el parque. Los días se estaban volviendo considerablemente más fríos, los árboles casi desprovistos de sus hojas. Inhalé profundamente, sonriendo mientras mi móvil comenzaba a vibrar de nuevo.

Will: *¿Qué estás haciendo para el almuerzo?*

Mila: *Estoy ocupada.*



Will: Mentirosa.

Me reí, recibiendo una mirada extraña del vendedor al entregarme el perro caliente. Después de cubrirlo con demasiada salsa de tomate, me dirigí hacia un banco cercano.

—Puedo pensar en cosas más agradables para comer que un perro caliente, Mila.

Me volví bruscamente, encontrando a Will de pie detrás de mí, sonriéndome.

—Así que te vas a comer con un perro caliente, ¿pero no conmigo? —continuó—. ¿Qué tiene él que no tenga yo?

Reí.

—Salsa de tomate —respondí y le di un mordisco.

Rodeando el banco, se sentó a mi lado e hizo un ademán hacia mi perro caliente. Curiosa, se lo entregué y lo vi partirlo por la mitad. Devolviéndome una de las mitades, metió la suya en su boca.

—Salsa de tomate es una elección extraña, pero si realmente me quieres cubierto de salsa de tomate... —Tragó el perro caliente y me sonrió.

Me atraganté con mi perro caliente, sonrojándome ante la imagen que había conjurado de Will, desnudo y cubierto de salsa de tomate.

—Sexy —murmuré.

Negó.

—No tan sexy como verte comer ese perro caliente.

Me eché a reír.

—¿Qué? —farfullé—. ¿De verdad?

Will empezó a asentir, y luego negó.

—No, en realidad no. Los perros calientes no son sexy. Tú, sin embargo, eres muy sexy.

Sonreí, un rubor calentando mis mejillas mientras Will encontraba mi muslo con su mano.

—Así que, ¿esta noche? —le pregunté.

—Sí, esta noche. —Acercándose más, tratando de alcanzar mi mejilla, tomó el lado de mi rostro y presionó su boca contra la mía.

Cerré los ojos, disfrutando de la sensación de sus suaves labios y la forma en que su lengua acariciaba la mía con insistencia.

—Nikki estará en casa —le dije, apartándome—, tenemos que ir a la tuya.

Todavía no había visto donde vivía, y no me había molestado, al menos no hasta este mismo momento, cuando me di cuenta de algo que destelló en sus rasgos.

—¿Qué hay de cenar fuera entonces? —sugirió.

Fruncí el ceño, sabiendo muy bien que ambos queríamos algo más que cenar esta noche.

—¿Qué hay de malo con tu casa? —le pregunté.

—Además de mis dos compañeros de habitación, nada.

—Está bien —dije lentamente, sintiéndome confundida. Nunca había mencionado compañeros antes—. Cena entonces.



Haciendo una bola la envoltura del perro caliente, la arrojé en la papelera que se encontraba a mi lado y me levanté.

—Tengo que volver a trabajar —murmuré, el calor que antes había sentido por él escapando y siendo reemplazado con recelo. Reconocía una mentira cuando la oía. Estaba muy versada en la mentira.

—Te acompañaré —dijo. Poniéndose de pie, tomó mi mano entre las suyas.

Apreté su mano y comencé a caminar, aunque todavía me sentía incómoda, sabiendo que algo estaba mal. Sin embargo, a medida que la calidez de su tacto se extendió a través de mi palma y por mi brazo, llenándome con el cariño que había estado anhelando de él, me despedí de mis instintos. ¿Qué razón habría para mentirme? Mirando de reojo, examinando su perfil, me di cuenta que confiaba en él. Si dijo que tenía compañeros, entonces tenía compañeros.

Cuando casi habíamos llegamos al restaurante, Will se volvió hacia mí de repente, envolviéndome la cintura firmemente con los brazos, atrapándome en su contra.

—Tengo que ir a trabajar —le dije, sonriendo.

Ignorándome, se inclinó y me dio un suave beso en los labios, y rápidamente se alejó. Sujetándolo, lo jalé hacia abajo y lo besé de nuevo.

—La gente está mirando —murmuró contra mi boca.

No me importaba, y estaba a punto de decirle exactamente eso, cuando de repente rompió nuestro beso, me tomó la mano y empezó a arrastrarme por el callejón detrás del restaurante. Me empujó suavemente contra la pared y comenzó a presionar besos desordenados y rápidos por todo mi rostro. Luego, una vez que me reía incontrolablemente, me tomó la cara entre las manos, tapó mi boca con la suya y me besó profundamente. Calor tembló a través de mí, y el deseo palpitaba entre nosotros. Le devolví el beso con entusiasmo, y movía mis manos en su cabello, luego a su espalda y por debajo del dobladillo de su camisa, desesperada por estar debajo de su ropa y tocar su piel.

Necesitaba más. Esto no iba a ser suficiente.

—Ven conmigo. —Exhalé, rompiendo nuestro abrazo. Tomándole la mano, lo jalé hacia la puerta trasera del restaurante, dándole a los cocineros un pequeño saludo a medida pasamos a su alrededor, llevando a Will conmigo.

Asomándome en el pasillo, asegurándome que la puerta de la oficina de Carlos estaba cerrada, seguí avanzando, entrando con Will en el cuarto de atrás y cerrando la puerta detrás de nosotros.

Respirando con dificultad, tiré mi bolso a un lado y me volteé para mirarlo, viendo la misma hambre necesitada y desesperada en su rostro que sabía que tenía en la mía. Pero antes de que pudiera considerarlo, analizarlo y discutir mis acciones por ser tan imprudente y estúpida sus labios se estrellaron contra los míos y gemí en su boca.

Me sujetó con sus manos, con las mías tomé su dura longitud que se presionaba contra la cremallera de sus pantalones. No era mi forma de ser. Esto era apresurado y no planificado, dos cosas que simplemente no iban conmigo. Era cuidadosa, practica, no me arriesgaba, no podía permitirme el lujo de arriesgarme.

—Mila —gimió, trazando líneas de calor con su lengua por el costado de mi garganta, tomó con sus manos puñados de mi falda, levantándola.

Jadeé mientras me empujó hacia atrás, mi trasero chocando contra una pequeña mesa. Separando mis piernas, sumergió su mano entre mis muslos, los besos de Will se



volvieron más febriles, su lengua bailando sobre la mía, hundiéndose profundamente y chupando con avidez.

Haciendo a un lado mi ropa interior, Will rozó sus dedos sobre mí, palmeando antes de empujar lentamente un dedo dentro. Cerré los ojos mientras los dedos de mis pies se retorcían. El deseo me inundaba, gemí en voz alta, pidiendo más, aunque continuó acariciándome lentamente, volviéndome loca de deseo. El tiempo pasaba, su pesada respiración en mi cuello, su aroma envolviéndose a mí alrededor y mi cuerpo ardiendo y pidiendo más. Quería más, necesitaba más...

—¡Will! —grité en voz baja, moviendo las caderas.

Dejó escapar un rugido masculino de su garganta, y luego estaba insertando otro dedo en mi interior, trabajándome de forma rápida y sin reservas. Presionando su cuerpo firmemente contra el mío, cubriendo mi boca con la suya, me besó tan fuerte y tan rápido mientras me estaba penetrando. Mi orgasmo llegó rápidamente, golpeándome con la fuerza de un tsunami, dejándome sin aliento y nada más que un cuerpo de jalea temblorosa, aún en pie solo porque Will me sostenía.

—¿Qué tal una cena rápida esta noche? —susurró.

Abrí los ojos y le sonreí, sin ruborizarme como una loca por una vez.

—Yo...

—¿Quién está aquí? —La voz de Carlos retumbó desde el pasillo.

Presa del pánico, me aparté de Will y lo empujé hacia el pequeño baño de empleados.

—¡Escóndete! —le susurré.

Me dirigió una sonrisa socarrona antes de adentrarse en el baño, y tan pronto como la puerta se cerró detrás de él, respiré profundamente, enderecé mi falda y abrí la puerta.

—¿Bloqueaste la puerta? —preguntó Carlos, frunciendo el ceño.

Le fruncí el ceño, tratando de parecer confundida.

—Debo haberlo hecho —dije, negando. Pasando a su lado, caminé por el pasillo, dirigiéndome hacia el comedor.

—¿Estás bien, Mila? Te ves roja. ¿Estás enferma?

—Estoy bien —contesté por encima de mi hombro—, sólo hace calor allí dentro.



Era un imbécil. Primero le había mentido sobre su trabajo, y entonces había mentido acerca de su situación de vivienda. Y luego, con el fin de distraerla aún más, esperando que olvidara su ridícula excusa de por qué no podían ir a su casa, había usado el sexo para distraerla.

Sí, era un imbécil.

—Soy un imbécil —dijo Will. Cruzando los brazos sobre el pecho, se dejó caer en el asiento del copiloto de su auto.

Oyó a Richard resoplar a su lado.

—¿Recién ahora lo descubres?

Ignorando su sarcasmo, Will prosiguió:



—No me gusta mentirle. No debí haberle mentido en el primer lugar y ahora piensa que soy el gerente de un club nocturno y que comparto un apartamento con otros dos chicos.

—Tienes peces —sugirió Richard—, ¿tal vez son machos?

Dirigiendo la mirada hacia su amigo lo encontró sonriendo y frunció el ceño.

—No me estoy riendo. Me gusta mucho esta mujer. Debería haber sido honesto desde el principio. No debería haber presumido que era como...

—¿Todas las otras perras superficiales con las que has salido antes? —sugirió Richard amablemente.

—Sí —respondió de mala gana, hundiéndose más en el asiento.

—Aun estás a tiempo —dijo Richard—, dile la verdad ahora, explícale por qué mentiste, y tal vez te perdonará por ello.

Will no respondió; estaba demasiado ocupado imaginando cómo podría desarrollarse ese escenario particular. Una posibilidad era que Mila lo perdonara, entendiera por qué lo había hecho y aceptara quién y lo que él era con gracia y clase. Por otro lado, podría sentirse muy ofendida porque le hubieran mentido desde un principio en una relación. Se suponía que iban a llegar a conocerse el uno al otro, no directamente mentir sobre sus vidas. Ella no había sido nada más que honesta con él, de hecho, ella fue honesta hasta la exageración, y aquí estaba él actuando como un tonto. Un tonto en mal estado, velando solo por sus mejores intereses, sin tomarla en cuenta.

Había visto la expresión de sospecha en su rostro cuando había mentido acerca de tener compañeros de cuarto y no podía culparla. Era extraño que solo fueran a su casa, aún no había visto siquiera dónde vivía y no la culpaba por sus incertidumbres. Ahora estaba simplemente preocupado por cómo iba a enmendar sus errores.

—Esta noche después de la cena debería llevarla a mi casa —murmuró—, y decirle la verdad.

Junto a él, moviendo su gran cuerpo en el asiento del conductor, Richard hizo un ruido de acuerdo.

—Y si quiere irse después de eso, haré que la lleves a casa. —Miró a Richard, a la espera de su confirmación.

—¿Y puedo compadecerme de ella? —preguntó Richard, retorciendo sus labios, tratando de contener su sonrisa—. ¿Asentir mientras ella te esté maldiciendo? ¿O juego la carta de amigo? ¿Le digo acerca de todas tus buenas cualidades? ¿Le digo que no eres un idiota tan grande como pareces? ¿Solo una especie de estúpido los lunes y jueves?

—Cállate. Deja de disfrutarlo, tal vez podrías ser útil por una vez y darme algunos malditos consejos para arreglarlo.

Se echó a reír.

—Teniendo en cuenta que no he tenido una cita en más de un año, no estoy seguro de que sea la persona adecuada para que le pidas consejos.

—Siempre estás con una mujer diferente —protestó Will.

—Las aventuras de una noche no cuentan como citas —dijo Richard, riendo—, ni siquiera sé su nombre la mitad del tiempo. Cuando se trata de mujeres, estoy tan perdido como tú.



—No estoy perdido —murmuró Will—, simplemente no me importaba realmente... hasta ahora.

—Una vez más, porque eres un idiota.

—Cuidado, Jeeves. Podría despedirte, sabes.

Richard se rió en voz alta.

—Podrías, pero entonces, ¿quién sería directo contigo? ¿Tu familia?

Miró hacia su amigo y levantó una ceja.

—Entonces se directo: ¿qué debo hacer?

—Llévala a algún lugar bonito —dijo, encogiéndose de hombros—, muy bonito. Regálale algo lindo, y luego exponlo todo para que ella lo trague o lo escupa.

—¿Trague o escupa? —Will negó, divertido—. ¿Tienes doce años?

Richard se encogió de hombros otra vez.

—Oye, tú preguntaste.

Riendo, Will se volvió hacia la ventana, observando pasar el flujo interminable de gente en la acera.

—Algo bonito no será suficiente para ella. Ella no es así. Las cosas materiales, el dinero, no la impresionan.

—Y eso es parte de su encanto, ¿no?

—Lo fue al principio... pero ahora... me gusta todo de ella. —Sonrió para sí, aun sabiendo que sonaba ridículo. Pero no podía evitarlo. Definitivamente Mila se había metido bajo su piel y estaba enterrándose más profundo cada día.

—Hablando seriamente —continuó Richard—, estuve con una chica una vez. Habíamos estado juntos tres años cuando me uní al ejército. Solo era un adolescente en ese entonces, pero siempre que la jodía, hacía hasta lo imposible para arreglar las cosas.

Sorprendido, Will se volvió hacia él.

—¿Cómo es que nunca me hablaste de ella?

Sus ojos se centraron en el parabrisas delante de él, Richard se encogió de hombros.

—Después de mi primera gira en Irak, empezamos a tener problemas. En el momento en que había vuelto a casa para siempre, ya había conocido a otra persona y se había casado con él.

—Mierda —murmuró Will—, lo siento...

—No —dijo Richard, encogiéndose de hombros—, no estaba destinado a ser. Ambos lo sabíamos. Si no me hubiera dado cuenta de eso, nunca habría venido aquí, a la ciudad. Me habría quedado en casa y luchado por ella.

Will asintió lentamente.

—Así que lo que me estás diciendo es, si la mujer vale la pena, no importa lo que pase, hay que pelear por ella.

—Eso es lo que te estoy diciendo... señor.

Will había estado pensando lo mismo todo el tiempo, porque en el fondo sabía que el problema no era solo que Mila supiera la verdad sobre él, sino que su familia supiera sobre ella. Sin importar qué, su familia no iba a aceptarla, y posponer la revelación de quién era en



realidad era en realmente solo evitar de la tormenta de mierda que iba a suceder, no cuando Mila supiera la verdad, sino cuando su madre se enterara.



Drop

Will había dicho que me estaba recogiendo en algo mejor que un taxi aquella noche, y no se había equivocado. El auto negro elegante se detuvo en la acera afuera de mi departamento. Respiré profundamente viendo como Will bajó y corrió hacia mi edificio. De pie junto a la puerta, miró hacia arriba, encontrándome en la ventana, sonrió. Era el tipo de sonrisa que hacía que mi interior se derritiera y mis problemas desaparecieran. Se veía increíble esta noche, estaba vestido con una camisa color gris oscuro y pantalones a juego, pero había algo más en él, algo vibrante en su comportamiento que, incluso desde aquí arriba, pude ver.

Sonreí, di un paso atrás de la ventana. Yo había estado sonriendo todo el día, apenas capaz de pensar en otra cosa que no sea en Will.

Mirando hacia abajo, me eché una última mirada, tomé un respiro y agarré mi bolso y la chaqueta. Mis tacones esta noche eran más altos que lo que normalmente llevaba, y me había puesto una falda en lugar de vaqueros. Mi blusa era casi pura, dando un toque de lo que había debajo. No estaba exactamente tratando de ser sexy, pero no quería parecer recatada. Era más bien un look “por favor no me resistas”. Porque yo realmente necesitaba que él no se resistiera esta noche.

Nikki asomó la cabeza fuera del cuarto de baño, su maquillaje a medio hacer. Sonrió cuando me vio.

—No voy a esperar —dijo ella, sonriendo.

—Por favor, no lo hagas —le dije con voz cantarina, desapareciendo en el pasillo como una ola.

Me dirigí escaleras abajo, lo más rápidamente posible en esos tacones monstruosos, deseosa de ver a Will. Su sonrisa se convirtió en una más amplia cuando salí, sus ojos me evaluaron de pies a cabeza, sus fosas nasales se dilataron ligeramente mientras tomaba nota poco a poco de mi traje.

—¿Lista? —preguntó, extendiendo su brazo.

—Lista —le susurré, enlazando mi brazo con el suyo.

Will sostuvo abierta la puerta trasera del auto y me sonrió mientras subía en el interior, los asientos de cuero flexibles enfriándose contra mis muslos desnudos. Se deslizó a mi lado, más cerca de lo que tenía que estar, pero no lo suficientemente cerca.

Cuando el auto se alejó me apoyé en él, inhalando profundamente, oliendo su colonia y el olor de su champú. Mirando hacia arriba, me encontré con su cabello todavía un poco húmedo alrededor de las orejas, y me encantó, me encantó que él no sentía la necesidad de tratar de cambiar lo que él era por mí, que me mostró exactamente quién era, y no se avergonzaba de ello de ninguna manera.

Sin embargo... al mismo tiempo, también me hizo sentir culpable. Culpable porque yo era una mentira. Todo lo que era, lo que yo fingía ser, todo era una mentira. Me incorporé en mi asiento, mi sonrisa desapareciendo.

—¿Todo bien? —La profunda voz de Will, llena de preocupación, hizo que la culpa de repente se sintiera mucho peor.



—Sí. Sólo con hambre —mentí, sonriéndole.

Me devolvió la sonrisa, aunque podía sentir que no acababa de creermelo. Afortunadamente, no dijo nada más.

Nos detuvimos frente a un restaurante italiano muy conocido, un lugar del que sólo había leído antes. Era uno del que se hablaba ampliamente, siempre al servicio de la *crème de la crème* y siempre rodeado de paparazzi. Actores y actrices, los políticos y los obscenamente ricos, eran del tipo que cenaban aquí. No la gente como yo, camareras simples de Queens.

Will salió del auto primero, extendiendo su mano para que la tome. Tragando saliva, puse mi mano en la suya, agradecida por el apoyo para salir del auto. Casi de inmediato el conductor se alejó, dejándome allí de pie, haciéndome sentir un tanto desnuda mientras tomaba nota de la escena delante de mí. Las mujeres en vestidos y los hombres en trajes caros de moda estaban acurrucados juntos hablando, algunos se reían a carcajadas, algunos sonriendo para los fotógrafos mientras la línea de cámaras continuaba parpadeando. Miré hacia Will, preguntándome por qué me había traído aquí. ¿Este es un lugar al que frecuentaba?

Otro auto se detuvo detrás de nosotros, un pequeño y deportivo vehículo rojo. Un hombre bien vestido salió del asiento del conductor, arrojó las llaves a un valet de espera, y se dirigió con confianza más allá de nosotros, desapareciendo en el restaurante.

Me quedé detrás de él, con la boca ligeramente abierta.

—¿Era ese... era ese...?

—Sí, lo era —contestó Will, sonriendo hacia mí—. Bonito, ¿verdad?

Bonito no era exactamente la palabra que yo habría elegido por haber estado a unos metros de uno de los actores más famosos del mundo. Me sentía abrumada, simplemente asentí.

Apretando mi mano, Will me llevó hacia adelante, más allá de los grupos de personas que se reunían, al interior del restaurante. Un hombre alto con un traje negro nítido sosteniendo un sujetapapeles nos recibió en la entrada.

—Buenas noches, Sr. Townsend —dijo, inclinando su cabeza—. Por aquí, señor.

Comenzamos a seguirlo, sorprendiéndome en movimiento. Seguí rápidamente, sintiéndome un tanto desconcertada; el hombre había conocido el nombre de Will antes de que él incluso hubiese dado un vistazo a su lista.

—Will. —Apreté mi agarre en su mano, sintiéndome aún más incómoda mientras la inmensidad del vestíbulo de entrada parecía que nos tragaba enteros. Fue grandioso por decir lo menos, con ricas telas que colgaban de las ventanas y lámparas de araña que colgaban de los techos caros. Y por todas partes había gente pululando alrededor, la gente usando ropa y joyas que prácticamente gritaban dinero e importancia, haciéndome sentir tonta en mi traje barato. De repente deseaba estar en otro lugar que no sea ese.

Mirando hacia mí, Will me mostró una sonrisa premiada y siguió caminando, en absoluto dándose cuenta de lo incómoda que estaba.

El hombre del traje se detuvo a las afueras de un gran conjunto de puertas dobles, dando el relevo a una mujer que esperaba allí.

—¿Puedo tomar su chaqueta? —preguntó, dando un paso adelante.

Will miró hacia mí, mientras me encontraba dando un pequeño paso hacia atrás.



—Estoy bien, gracias —murmuré, de repente me aferraba a mi chaqueta y al bolso para salvar mi vida.

—Por aquí, entonces —continuó, dándonos una sonrisa por encima del hombro mientras abría las dobles puertas con broche de oro.

Nos llevó dentro, hacia el corazón del comedor, su porte calmo y seguro, ya que a grandes zancadas pasaba mesa tras mesa. Traté de respirar, traté de encontrar a la mujer segura que había sido justo ese mismo día.

El techo era muy alto, sin embargo, las numerosas luces elaboradas ensartadas anteriormente se atenuaban íntimamente, por lo que el ambiente parece cálido y privado. Me tambaleé después de Will, mis talones hacían clic en voz alta sobre el suelo de mármol, evitando la mirada de cualquier persona que pudiera haber estado mirándome y me preguntaba qué demonios una chica como yo estaba haciendo en un lugar como este.

Una risa fuerte llamó mi atención por la habitación, mis ojos aterrizaron en otra cara familiar. Apenas la semana pasada la había visto, una galardonada actriz de una de las muchas películas a las que Will me había llevado. Impresionada, miré a Will, que parecía no darse cuenta de lo cerca que estuvimos de ella. Aquietando el agarre en su mano, nos dirigió directamente por su mesa, sin ni siquiera una mirada en su dirección. Entonces me di cuenta de cómo muchas celebridades deben chocar con él, al gestionar un club nocturno. De repente me sentí tonta e infantil. Aquí yo estaba sorprendida y aquí él estaba inconsciente.

—Aquí estamos —dijo la mujer, deteniéndose junto a una mesa finamente decorada, cubierta de velas encendidas y vajilla adornada. Sacando una silla, ella hizo un gesto para que me sentara, y después de que lo había hecho, extendió la misma cortesía a Will.

—¿Vino? —Will preguntó, y yo confirmé cortésmente. Asintiendo con la cabeza a la mujer, dijo—: *Su mejor Barolo, por favor.*

—*Muy bien, señor* —dijo, y se alejó.

Se volvió hacia mí, y por un momento, simplemente nos quedamos mirando el uno al otro.

—¿Por qué esta noche se siente tan importante? —le pregunté. Debido a que lo hizo. La noche tenía una calidad especial porque todas las otras citas no habían sido así. No era el auto o el restaurante, no era nada de eso. Éramos nosotros, aquí en este momento juntos. Como si estuviéramos en el precipicio de algo importante, una realización que parecía empeorar mis crecientes nervios.

—No lo sé —dijo, mirando pensativo—, pero estoy de acuerdo, esta noche se siente especial. —Llegando a través de la mesa, tomó mi mano entre las suyas y se aclaró la garganta—. Yo necesito decirte algo importante. Y espero que no te molestes conmigo.

—¿Molestarme contigo? —murmuré, sintiendo repentinamente náuseas. Tirando de la mano de debajo de él, y colocándola en mi regazo.

—No he sido del todo sincero contigo —continuó.

El poco aliento que había dejado en mis pulmones al instante se evaporó.

Entonces, la mujer eligió ese momento para reaparecer, y con ella una botella de vino. Echando a nosotros dos una pequeña cantidad, dio a Will otro guiño y se fue.

Agarré mi vaso y bebí todo el contenido, sintiendo como si de repente, necesitara desesperadamente el coraje que una bebida me daría.



—¿Vas a decirme lo que está pasando o dejarme adivinar toda la noche, Will? —le pregunté.

En medio de verter mi otro vaso, él asintió con la cabeza.

—Sí lo siento. La cosa es, Mila, te he traído aquí esta noche para mostrar un lado diferente de mí.

Levanté una ceja.

—Bueno hasta ahora no me gusta esta nueva faceta. O dónde me has traído. —Mis nervios ahora estaban disparados, ya me había estado sintiendo expuesta e incómoda, ¿y ahora esto? No podía dejar de atacar, incluso después de intentar tan duro mantener la calma.

—Me lo merezco —dijo en voz baja, mirando hacia abajo en la mesa—, no sé por qué pensé que este lugar era una buena idea.

—Yo tampoco —le espeté—. Así que por favor, dime lo que está pasando.



Will miró la expresión expectante de Mila, las palabras estaban en la punta de su lengua, dispuesto a contarle todo, pero parecía tan incómoda nerviosa y sintiéndose obviamente fuera de lugar aquí. ¿Qué había estado pensando en traer a una mujer tan tímida y reservada como Mila a un lugar tan extravagante? Esto no había sido en absoluto la manera de ir sobre ella diciéndole quién era en realidad.

—Vamos a salir de aquí —dijo de pronto, para sorpresa de ambos, de Mila y el joven camarero que había aparecido al lado de su mesa.

—¿Qué? —preguntó, mirando nerviosamente al camarero con el ceño fruncido.

—Señor —el camarero comenzó, pero lo cortó.

—Por el problema —dijo, empujando hacia atrás su silla y poniéndose de pie. Tirando de su cartera, discretamente dobló varios billetes de cien dólares y se los dio al camarero con una sonrisa tensa, sabiendo que era más que suficiente tanto para el vino y una propina. Entonces le ofreció a Mila su mano.

—¿Will? —La expresión de Mila, para su decepción, pasó de confundida y molesta a francamente enojada—. ¿Que está pasando?

—Hay algo que necesito decirte, algo importante, pero prefiero no hacerlo aquí, mejor en algún lugar más personal. No sé por qué pensé que traerte aquí sería una buena idea, así que lo siento. Vamos por favor.

En el espacio de un latido del corazón, Mila pareció pensar mil pensamientos, y cuestionar cada uno de esos pensamientos antes de hacer retroceder su silla, y al igual que el camarero se apresuró a ayudarla, ella se puso de pie y alisó las arrugas en su falda.

Sonriendo, Will ofreció a Mila su mano. Se veía hermosa esta noche, y el pensamiento de ella dándose cuenta de que había mentido, por algo tan trivial, nada menos, y podría resultar en que él la pierda incluso antes de que hayan tenido la oportunidad de realmente comenzar, eso causó a su estómago dar vueltas.

Tomando su mano, él cerró sus dedos con fuerza alrededor de ella, sin estar dispuesto a dejarla ir sin luchar. Comenzó guiándola rápidamente de nuevo a través del restaurante. Una vez que habían salido por el zaguán, Will comenzó la exploración de la calle, la búsqueda de su auto inmediatamente. Como si fuera una señal, el motor en marcha y las luces brillaron.



Mientras caminaban bruscamente por la acera, ninguno de los dos habló, aunque la mano de Mila se aferró con fuerza a la suya, más ahora que nunca. Estaba nerviosa y desconfiaba de él, causando una sensación extraña por entrar en erupción en su interior. ¿Cómo reaccionaría? Mientras que en sus relaciones pasadas, el dinero había sido siempre un sellador del acuerdo, lo extraño ahora era que eso podría convertirse en la ruptura.

Sin embargo, no era su dinero el tema causante de su ruptura, él lo sabía. Era el hecho de que él lo había escondido de ella, que había pretendido ser alguien que no era, algo, que en este exacto momento, él estaba deseando en realidad ser.

En el momento en que habían llegado al auto, Richard estaba de pie fuera y Mila estaba mirando con curiosidad hacia él. Lo reconoció, sin duda, pensó Will, de la noche en que lo había conocido. Aunque parecía no haberlo ubicado todavía, sin embargo, ella continuó dando miradas de interrogación.

Dando a Will una mirada larga, pero manteniendo su máscara en su lugar, Richard abrió la puerta de atrás y les hizo un gesto en el interior. Mila soltó la mano al deslizarse dentro del auto, y cuando estaba fuera de la vista, Richard levantó una ceja en cuestión. Will sacudió la cabeza y, sin hacer caso de la mirada de desaprobación de Richard, siguió a Mila dentro.

—A casa —dijo a Richard.

—¿Señor?

—A casa —Will dijo con firmeza, capturando la mirada de Richard en el espejo. Con un pequeño movimiento de cabeza, Richard se apartó.

—Lo siento, Mila —él comenzó, mientras Mila dijo:

—Will, ¿qué está pasando?

Ambos sonrieron el uno al otro antes de que Will apretara sus labios y de nuevo tomara su mano. Ella lo permitió, incluso yendo tan lejos como enhebrar sus dedos a los suyos. Internamente él tomó una respiración calmada y profunda, y se preparó para lo que vendría después.

—No he sido completamente honesto contigo —dijo, yendo directamente al grano. Entre los suyos, los dedos de Mila se torcieron—. Pero antes de divulgar mis verdades, déjame primero explicarte algo de mí mismo.

Él apartó la mirada de ella, aunque no la había estado mirando directamente para empezar, no queriendo ver su expresión confusa.

—Es difícil para mí confiar en la gente —continuó, mirando fijamente su propio reflejo en el cristal tintado—. He aprendido una y otra vez que la mayoría de la gente se va a aprovechar.

—¿Aprovechar de qué? —susurró Mila. Su control sobre su mano se aflojó considerablemente, aunque todavía no se apartó.

—Del dinero —dijo, con un tono que sonaba tan plano como se sentía en ese momento—. La mayoría de la gente, cuando saben lo que valgo, casi siempre se aprovechan.

El silencio siguió a sus palabras, y él no se molestó en perturbar la tranquilidad, por la única razón de que él aún no sabía qué más decir. Otra primicia para él.

Fue sólo cuando Mila retiró su mano por completo que finalmente miró en su dirección, de forma aguda sintiendo la simple pérdida.

—Mila...



—¿Sobre qué has mentido? ¿Cuánto dinero tienes? —preguntó, sus grandes ojos fijamente mirándolo. Su expresión, ya no confundida o desconfiada, parecía casi... curiosa—. No me importa el dinero. —Ella lo miró ofendida, y él se apresuró a corregir su suposición de que desconfiaba de ella.

—Sé que no lo haces, Mila. Eres mejor que eso, mucho mejor. Pero no todo el mundo es así.

Respiró profundamente, éste no era tan secreto, y sintiéndose un poco asfixiado, inconscientemente comenzó a tirar del botón superior de su camisa.

—Yo no soy el gerente de Infinity —admitió—. Es mío. De hecho, soy dueño de un total de treinta y seis clubes nocturnos en todo el país. Yo no alquilo un servicio de auto para la noche tampoco. —Hizo una pausa y señaló Richard—. Él es mi chofer personal.

La expresión de Mila no se modificó, ni tampoco su mirada. Ella parecía estar simplemente asimilando todo, y para su sorpresa, escuchando con atención.

Se aclaró la garganta y decidió continuar.

—Vengo de una familia muy rica, destacada en el mercado de valores, conocidos por su capacidad de convertir la nada en un imperio muy lucrativo. Por eso, toda mi vida he estado rodeado de buitres que me miran como su “ingreso” al estilo de vida... —Se calló, aún jugando con su corbata, y comenzó a sacudir la cabeza—. Yo no quería eso. Quería algo real.

—Hablas del dinero como si fuera una maldición —dijo en voz baja.

Sonrió sin humor.

—No es que el dinero sea una maldición, sino lo que viene con él. ¿O debería decir, las personas que vienen con él?

—Entonces, ¿por qué me estás diciendo esto? —continuó, sus ojos cayendo a su regazo, su labio inferior desapareciendo debajo de su fila superior de dientes.

Las fosas nasales de Will se encendieron y se encontró alcanzando sus manos. Entrelazadas en su regazo, las cubrió a ambas y apretó.

—Porque, Mila, quiero algo real contigo.

Ella lo miró a través de sus pestañas, su mirada sorprendentemente amable mientras una pequeña sonrisa tiró de las comisuras de su boca. Se encontró devolviéndole la sonrisa, ambas sonrisas creciendo en intensidad hasta que estaban allí sentados uno frente al otro, sonriendo como tontos.

Justo en ese momento el auto se detuvo, y el motor se apagó. Los ojos de Mila se abrieron un poco, su expresión de cuestionamiento fue dirigida a él.

—Estamos aquí —dijo, tratando de alcanzar la puerta.

Un ligero toque en su brazo lo detuvo en seco y miró por encima del hombro.

—¿Dónde? —preguntó Mila.

—Mi casa —dijo simplemente y abrió la puerta.

Richard ya estaba abajo, a la espera para asistir a Mila a salir del auto, pero Will lo despidió y ofreció a Mila su mano.

—Hogar dulce hogar —dijo, señalando a la casa de piedra rojiza que asomaba por encima de ellos. Los ojos de Mila se levantaron y levantaron, su mirada cada vez mayor mientras tomaba todo lo que se extendía ante ella.



—¿Esto es todo tuyo...? —susurró.

—Sí.

—Mierda —dijo en voz baja, a través de una larga bocanada de aire, y ambos Richard y Will se rieron entre dientes.

Su expresión aturdida resultó sorprendentemente diabólica mientras sus ojos se encontraron con los suyos.

—¿Así que no tienes compañeros de habitación, tampoco?

—No, a menos que cuentes al pez. —Richard respondió, con tono seco, sus ojos se arrugaron con humor.



Once

—Buenas noches, Richard —dije, sonriendo al conductor.
—Buenas noches, Mila —contestó Richard, con una cálida sonrisa en su rostro mientras asentía en mi dirección.

Richard era un hombre de complexión fuerte y un poco demasiado voluminoso para mi gusto. Con su estatura, su cabeza rapada y rasgos de alguna manera inexpresivos, no creía que fuera particularmente atractivo al principio. Al menos, no hasta que sonrió. Una sonrisa y todo cambió. Ya no parecía tan difícil o inaccesible. De hecho, parecía amable y atractivo en una ruda y bien parecida manera.

Le di a Richard otra tímida sonrisa y entonces Will estaba guiándome suavemente a lo largo del enorme salón de su casa. Miré a mi alrededor, tratando de no sentirme abrumada por todo. La habitación era moderna, pero no estándar, y extremadamente masculina. Decorada en deprimidos grises y austeros blancos, cada pared estaba adornada con piezas solitarias de obras de arte y las altas ventanas estaban enmarcadas por rectas cortinas de un gris oscuro. Dos sofás largos pero simples a juego estaban situados uno enfrente de otro y en la esquina había un brillante piano negro. No vi ninguna foto familiar; de hecho, no vi nada que fuese personal para él y me pregunté si acaso lo había decorado en absoluto.

—¿Quieres un trago? —La voz de Will cortó mis pensamientos y volví mi atención hacia él.

—Sí, por favor.

—Te lo explicaré todo, lo prometo. En realidad, no es tan malo como parece —dijo las palabras con un pequeño encogimiento de hombros y una risa suave, pero su expresión culpable contaba una historia diferente.

Me condujo por el pasillo a una cocina grande. De nuevo, estaba decorada de forma sencilla, aunque llena de grandes aparatos que parecían como si rara vez fuesen usados. Las paredes blancas y las encimeras de granito negro estaban por todas partes. Una vitrina alta de cristal puesta a un lado de la cocina junto a un refrigerador grande. Sacando dos copas de vino del interior, se movió a través de la habitación y sacó una botella de vino de un estante cercano. Sosteniendo sus hallazgos, me miró con una expresión interrogante.

Una vez que asentí, Will me condujo dentro de un salón y me indicó que tomase asiento en uno de los varios sofás grandes. La habitación había parecido rígida e incómoda, casi poco atrayente, pero el material era suave debajo de mí, moldeando mi cuerpo. Tomando un sorbo de vino, lo miré expectante, esperando a que empezase, a que diga algo. Cualquier cosa. Porque ahora mismo, mi instinto me estaban diciendo que lo que tuviese que decir cambiaría todo para mí, para nosotros. Que mi sencilla reunión con un hombre tan amable se estaba convirtiendo en cualquier cosa menos sencilla.

Pero no corrí. Ya había corrido suficiente. Era el momento de parar y escuchar. No tenía que quedarme si no me gustaba lo que dijese; pero sabía, podía sentirlo en mis intestinos, que debería de darle el beneficio de la duda antes de tomar decisiones precipitadas.



—Me gustas. ¿Puedo hablar sin rodeos? —Will rió casi nerviosamente—. Me gustaría sacarlo fuera, sacarlo todo fuera, de verdad. Pero cómo me siento sobre ti, los sentimientos que has agitado en mí, bueno, eso parece como el mejor lugar por donde empezar.

La esquina de mi boca se curvó en mi rostro ante su torpe confesión.

Al darse cuenta de esto, me sonrió ampliamente.

—Me gustas, Mila. Mucho.

Dejó de hablar entonces y esperó, más como esperando a que le contestase. No lo hice, sobre todo porque honestamente no tenía ni idea qué debía decir. Me gustaba, mucho, obviamente; pero la nueva revelación me había dejado vacilante.

—Vale, merezco el silencio —continuó, riendo nerviosamente de nuevo—. La cosa es que, en mi mundo, a la gente no le gusto por mí; les gusto por mi familia, por el dinero o por lo que puedo hacer por ellos.

Se detuvo, tomó un largo trago de su vino y luego tomó el vaso con ambas manos y miró el piso a sus pies.

—Mi madre, la amo, pero Dios, es una entrometida. Está constantemente enviándome a citas con mujeres que son de entornos ricos o distinguidos... —Se detuvo, miró hacia arriba—. Es algo que ha hecho con todos mis hermanos y ellos eran felices dejándola hacerlo.

Me tragué una nueva ola de sentimientos, sentimientos para los que no estaba preparada o acostumbrada y no tenía ni idea de qué hacer con ellos.

—¿Pero no lo estás? —le pregunté con cautela.

—No. Dios, no. —Resoplando burlonamente, negó—. Soy el más joven en mi familia y probablemente la mayor decepción de mi madre y de mi padre. —Se rió de nuevo, ya no era una risa nerviosa, pero sonaba enfadada y amargada—. De mis hermanos también, no hay duda.

—¿Cómo puedes ser una decepción para alguien? —le pregunté en voz baja, realmente confusa. Levantando mi mano de mi regazo, hice un gesto alrededor de nosotros, a la espléndida casa y accesorios. Había conseguido tanto, era obviamente un hombre de negocios muy exitoso, por no mencionar guapo, inteligente, divertido. *¿Cómo podría alguien estar alguna vez decepcionado de él?*

—Acciones y participaciones —dijo—. Ese es el negocio de mi familia. Dinero viejo, dinero rico, nombres y a quién conoces. No clubs y cócteles. Considérame la siguiente mejor opción para la oveja negra de la familia.

Anonadada, miré hacia su dirección, sintiéndome llena de incredulidad que su familia pudiera ser tan cerrada. Pero entonces me acordé de mi propio pasado y cómo de cerrada puede llegar a ser una persona. Aclarando mi garganta, intenté sonreírle.

—¿Así que eres el rebelde de la familia? —pregunté.

—Creo que podrías decirlo así, sí. —Arrastrando una mano a través de su mandíbula, negó y me dio una sonrisa cansada—. Solo quiero ser honesto contigo, sobre todo antes que las cosas entre nosotros vayan a más.

—¿Por qué? —pregunté suavemente.

Frunció el ceño.

—Porque un para siempre no se puede construir con mentiras. Si quieres que esto dure, tiene que ser construido con la verdad.



Mis palmas de repente se sintieron sudorosas y todo lo que pude hacer era asentir en respuesta. ¿Para siempre? Mi Dios...

Tomé otro sorbo de mi vino, solo para darme unos segundos para pensar, y terminé casi ahogándome. Me sentí abrumada por todo, pero sobre todo porque mi propia culpa estaba comiéndome viva. Aquí estaba él contándome todo sobre sí mismo, sobre cómo se siente por mí y usando palabras como “para siempre”. Era el momento perfecto para sincerarme también, para decirle sobre mí y sobre mi secreto. Pero no era capaz de encontrar las palabras.

—He crecido acostumbrado a que las mujeres me usen —continuó—. A pesar de que puedo decir honestamente que no siempre me molestó. —Miró alrededor de la habitación, pareciendo avergonzado por su confesión—. Pero cuanto más mayor era, más pesado se hizo, saber que todas esas mujer solo me querían por el dinero, por el nombre de mi familia. Eran mezquinas, esas mujeres. Supongo que eso me hace un mezquino, también. Así que tiendo a... Normalmente me voy antes que se despierten.

Sus ojos volaron a los míos.

—Cuando te conocí, me prometía mí mismo que no iba a hacerlo más, que iba a tomarlo con calma. Pero cuando no resultó de esa manera...

Will fue dejando de hablar y me encontré frunciendo el ceño. ¿Eso era lo que estaba intentando decirme? ¿Que había pensado que había pasado la noche con él por razones egoístas? ¿Que pensaba que era tan mezquina como las otras?

—¿Así que te fuiste antes que me despertara porque pensaste que era mezquina? —pregunté, sonando mucho más agresiva de lo que quería.

Los ojos de Will se ampliaron y apresuradamente bajó su vaso, luego se giró hacia mí. Pero era más rápida. Poniéndome de pie antes que me pudiese tocar, me alejé rápidamente de él.

—Quise decir que lo que hicimos fue mezquino —continuó a toda prisa, intentando alcanzarme.

Mis ojos se ampliaron, mi confusión convertida en enfado ahora pasaba a ansiedad.

—Joder, no —murmuró, dejando caer su mano a su lado—. Eso no es lo que quería decir en absoluto, Mila. Todo está saliendo mal. Solo escucha, por favor.

—Estoy escuchando —dije entre dientes—. Cada palabra. Y estoy a punto de salir por la puerta.

Maldiciendo por debajo de su aliento, asintió y ansiosamente pasó sus manos por su cabello, mezclándolo efectivamente.

—Lo siento —dijo en voz baja, nuestras miradas conectándose—. No eres a lo que estoy acostumbrado y me pones nervioso. —Se rió entonces, riéndose de sí mismo mientras negaba—. Y estoy nervioso porque... —Se detuvo, su expresión transformándose en una de dolor, como si estuviera librando una guerra dentro de sí mismo, debatiendo sobre qué decir o hacer a continuación.

Finalmente, después de varios segundos, respiró profundamente.

—Mi familia no te va a aprobar —declaró y, esta vez, cuando nuestros ojos hicieron contacto visual, era yo la que, sin duda, lucía dolida—. Y voy a odiarlos por ello —continuó—. Pero solo vamos a tener que tratar con eso, porque no hay manera que te vaya a dejar ir. Pude haber mentido sobre quién era cuando nos conocimos, pero te prometo que, de ahora en adelante, nunca voy a mentirte de nuevo.



Hizo una pausa, luciendo una vez más seguro de sí mismo como siempre, su mirada firme en mí, mientras que fui yo quien se vio obligada a respirar para calmarme.

—Soy tuyo, Mila. Completamente.

La sinceridad en sus ojos, junto con su admisión de... todo. Mi Dios, mi corazón estaba tronando en mi pecho. Nunca antes había querido gritar mis secretos en voz alta, a él, decirle mis verdades, de quién era realmente. Fue en ese momento que me di cuenta que me había enamorado de él cien por ciento, de manera irrevocable. No solo por sus admisiones, la profundidad de sus sentimientos hacia mí, o por la mirada desesperada apoderándose de sus rasgos en ese momento, mientras esperaba mi respuesta. Sino por todo ello. Todo de él.

Había caído en una novela romántica cursi y sabía que nunca sería la misma otra vez. Este era, ese momento, esa sensación de la que lees que nadie podía realmente poner en palabras porque era tan... indescriptible... completamente... perfecta.

Colocando mi copa de vino abajo, con mis labios apretados y mis palmas húmedas mientras mi estómago se volcó y se dejó caer, comencé a caminar hacia él. Mi verdad estaba allí, en la punta de mi lengua, lista para salir de mis labios, para darle todo de mí como él había hecho. Lista para confiar en alguien nuevo.

Un para siempre, no se puede construir sobre mentiras. Si quieres que dure, tiene que ser construido sobre la verdad.

Sabía que tenía razón. Y sabía que tenía que darle el mismo respeto, decirle mis verdades. Pero cuando llegué a él, cuando estaba al alcance de mi mano, extendió la suya y agarró mis dos brazos, de inmediato halándome hacia él. Cuando estaba sosteniendo mi rostro entre sus manos y estaba ahuecando mis mejillas, sus pulgares dibujando líneas dolorosamente suaves y dulces debajo de mis ojos, mis palabras cayeron. Mirándolo, sus ojos azules brillantes, me fundí en su cuerpo, nuestras bocas finalmente chocando.

El hambre se apoderó de mí como la electricidad, las chispas de los cuales causaron que ambos comenzáramos a devorarnos con entusiasmo el uno al otro. El deseo latía en mí. Todo pensamiento coherente flotó hacia el vacío mientras lo agarraba, lo sostuve cerca y felizmente dejaba que el mundo no fuera más que ruido de fondo.

Demasiado pronto, Will se alejaba fuera de nuestro beso, sus manos vagando deteniéndose en su exploración. Viéndome fijamente a los ojos, empujó un mechón de cabello detrás de mi oreja, su mirada calentándose poco a poco, absorbiendo cada pulgada de mi rostro.

—Eres perfecta —dijo, sus fosas nasales dilatadas—. Como si hubieras sido hecha solo para mí.

Nuestros cuerpos todavía se presionaban uno contra el otro, lo podía sentir a través de nuestra ropa, duro y moviéndose, su cuerpo, todo de él, del mismo modo desesperado por mí como yo por él.

—Cállate, Will —declaré en voz baja—, y bésame.

Will nunca se había sentido así.

Sí, se sintió abrumado por la lujuria antes. Incluso se había acercado a pensar que podría haber amado a una mujer antes. Pero nunca se sintió así alguna vez, como si todo en



su vida se había alineado de repente y se enderezaba por sí misma; ya no estaba inclinándose hacia un lado, dejándolo preguntándose cuándo el precario equilibrio que había logrado encontrar iba a extenderse por completo y dejarlo en medio de un caos de su propia creación.

Era una sensación increíble: la suavidad de su boca moldeada a la suya, sus respiraciones tornándose desiguales, la suavidad de su piel desnuda debajo de su cuerpo, su entrada resbaladiza ajustada firmemente alrededor de él a medida que incrementaba el empuje de sus caderas.

—Espera. —Mila exhaló, agarrando sus hombros—. Espera...

Dejó de moverse, apartándose justo lo suficiente para mirarla a los ojos. Acostada debajo de él en su cama California King, su piel blanca tan brillante contra la oscuridad de sus sábanas, su cuerpo suavemente iluminado por la pequeña lámpara a un costado, Mila lo observó a través de ojos hambrientos y encapuchados.

Quería preguntarle qué le pasaba, si se encontraba bien, cuando de repente lo empujó fuera de sí por completo. De mala gana se deslizó de su cuerpo caliente, cayendo hacia un lado, la preocupación llenando sus pensamientos hasta que Mila repentinamente estaba a horcajadas sobre él, empujándolo completamente sobre su espalda y sujetándolo en su agarre suave mientras bajaba sus caderas, guiándolo dentro de ella.

Medio gimió, medio gruñó, sus ojos casi cerrándose, pero no del todo. Ella, sentada encima de él, sus pechos firmes y desnudos empujados hacia adelante, su largo cabello desordenado, con el rostro enrojecido, los labios entreabiertos...



Viendo cómo empezó a mecerse suavemente hacia atrás y adelante en un primer momento y luego aumentar el impulso, agarrando sus muslos y usando sus piernas tonificadas para rebotar su cuerpo hacia arriba y luego hacia abajo, hacia arriba y luego hacia abajo...

Observándose desaparecer dentro de ella.

No era una vista que quería perderse.

Cuanto más rápido lo montó, más los gemidos suaves que escapaban de los labios de Mila se convirtieron rápidamente en gritos ronc y desesperados. Sus pechos comenzaron a rebotar, sus pezones oscuros endureciéndose a medida que sus movimientos se volvieron desiguales, ya no lo montaba sino que se frotaba contra él.

Había estado alternando su agarre sobre ella entre sus pechos y sus muslos, nunca satisfecho con uno u otro y encontrándose a sí mismo deseando tener cuatro manos, seis incluso, y la posibilidad de tocarla por todas partes: sus pechos, sus muslos, su trasero... todo al mismo tiempo. Era una sensación que brotaba, crecía salvajemente mientras su liberación se acercaba, que hizo caso omiso de todas las otras líneas de pensamiento, él queriendo...

Todo de ella.

Algo primitivo se levantó desde sus profundidades y se encontró agarrando sus caderas, clavando sus dedos en la suave carne, aquietándola mientras se levantó debajo de ella y tomó el control exclusivo de sus embestidas.

Mila se desplomó hacia adelante sobre su torso, su cabello derramándose hacia fuera a través de su rostro y brazos, sus labios presionando besos húmedos calientes contra su piel. Continuó levantando sus caderas, golpeando su cuerpo en el de ella una y otra vez mientras simplemente se aferró a él, chillando y gimiendo contra su pecho agitado hasta que su cuerpo se tensó y sintió que sus dientes se hundieron en su piel mientras ella dejó

escapar un grito ahogado que solo lo estimuló más. Una y otra vez gritó cuando él arrastró su cuerpo sobre sensibilizado través de un orgasmo tras otro, negándose a ceder hasta que la agotara.

Cuando estaba cerca, en el precipicio de su propio orgasmo, la agarró más fuerte y utilizó su fuerza para dar la vuelta a los dos, revirtiendo su posición. Tomando una de sus piernas, la levantó y la puso alrededor de sus caderas y se hundió rápidamente de nuevo en su interior.

Por un momento, simplemente se miraron el uno al otro, ambos respirando con dificultad, las lágrimas brillando en los ojos de Mila, vista cual le dio una pausa.

Comenzó a moverse de nuevo, pero sostuvo la mirada en lugar de besarla, prefiriendo mirar atentamente cada matiz de su hermoso rostro, cada cambio sutil y no tan sutil en sus rasgos mientras empujaba dentro y fuera de su cuerpo.

—Will —murmuró ella, sus párpados revoloteando. Sus manos encontraron su espalda, sus uñas ligeramente marcando la piel sobre sus hombros, todo en ella pidiendo que continuara.

Aumentó la velocidad, bombeando más y más rápido, sintiendo un nudo en el pecho y los músculos de los muslos bloqueados en su lugar. Acabó en un gemido, sacudiéndose dentro de ella mientras su cuerpo se enrollaba firmemente alrededor de sí. Sus piernas aseguradas alrededor de su cintura, sus brazos alrededor de su cuello, sus ojos cerrados y su cabeza cayendo hacia adelante en la inclinación del cuello de ella.

Con su respiración entrecortada, su pecho pesado por el esfuerzo, se quedó como estaba, sin moverse dentro de ella, todavía con ella, ella todavía sosteniéndolo, sin estar aún listo para moverse. Si fuera un hombre estúpido, y en su opinión la respuesta a eso era muy discutible, le habría dicho en ese mismo momento que la amaba.

Porque Will, por primera vez en su vida, quería poseer a una mujer, cuerpo, mente y alma; y aunque ese sentimiento debería haberle aterrorizado, no lo hizo. En su lugar se sentía emocionado, vertiginoso, al igual que un adolescente de nuevo, listo para salir y encontrarse a sí mismo, todo el mundo esperando por él.



Doce

Observé a Will durmiendo profundamente, casi con miedo de moverme o respirar demasiado fuerte por si lo despertaba. Eran apenas pasadas las tres de la mañana, pero parecía no ser capaz de dormirme y, en lugar de intentarlo, había elegido observarlo. Disfrutaba mirarlo así; ver la suave elevación y descenso de su tonificado pecho me hacía sentir una paz interior y más calmada de lo que me había sentido en mucho tiempo. La necesidad de correr y esconderme parecía desvanecerse cuando estaba con Will.

Sus labios se abrieron ligeramente y el aire salió de su boca en un suave susurro mientras giraba sobre su costado. Sonreí felizmente y me acurruqué contra él, sintiendo el calor de su cuerpo inundándome, calentándome de la cabeza a los pies. Will me ofrecía una clase diferente de calor a la que estuve acostumbrada. Había una suavidad en este hombre donde sólo había conocido dureza, una alegría en sus rasgos donde sólo había conocido rabia y peligro. Él era diferente, y me hacía querer más de esa diferencia, porque, lentamente y con seguridad, estaba trayéndome de regreso a la vida.

Las suaves colchas de la cama enredadas alrededor de nuestros cuerpos desnudos, eran un signo revelador de las acrobacias nocturnas. Deslicé una de mis piernas entre las suyas, disfrutando de la sensación de mi suavidad contra la aspereza mientras nuestras pieles se frotaban entre ellas. En respuesta, ronroneó con alegría, con sus ojos aún cerrados.

—¿Cuánto tiempo has estado despierta? —preguntó, su voz aún era áspera y grave por el sueño.

Sonreí.

—No mucho.

Will entreabrió sus ojos.

—Te ves asombrosa. —Sonrió—. ¿Estás segura de que no te saliste de la cama para arreglarte?

Me reí.

—No, definitivamente no.

—Y yo que tenía la impresión de que todas las mujeres se veían horribles en las mañanas —bromeó.

—Eso es porque todas las mujeres a por las que normalmente vas son falsas y un engaño —respondí, sonriendo ampliamente.

—Estás muy alegre esta mañana —dijo, acercándose más y más. Girando sobre mí, me clavó en mi sitio, atrapando mi cuerpo bajo el suyo—. Me gusta. —Sonriendo, inclinó su cabeza y nuestros labios conectaron.

Sus acciones eran desesperadas, como si este fuera el primer beso que hubiéramos compartido, como si fuera el oxígeno que necesitaba para respirar, y cuando finalmente se apartó, yo fui la que se quedó sin aliento y jadeando. Estaba duro contra mi muslo interno, y me retorcí para presionarlo contra el sitio donde más lo quería. Su boca sonrió, sus ojos



azules brillando con intenciones diabólicas y, entonces, estuvo sobre mí de nuevo, con besos duros y calientes que me dejaron en nada más que una piscina de deseo.



La mano de Will palmeó mi trasero, apretando con suavidad. Moviéndome, murmuré algo incomprensible contra mi almohada mientras respondía a su toque. Mi cuerpo traidor no parecía entender que tenía que trabajar en un par de horas y necesitaba dormir en algún punto esta noche... hoy. No tenía ni idea de qué hora era, sólo que la última vez que Will había terminado conmigo, finalmente me había quedado dormida. Sin embargo, ahora, de nuevo despierta, parecía que sólo habían pasado minutos.

Su mano se deslizó hacia arriba, continuando por mi espalda. Y aun cuando mi cuerpo rogaba por dormir, me estremecía bajo su toque, queriendo más de él.

Su mano llegó a mi cuello y apartó un mechón de mi cabello hacia un lado. El movimiento envió una sensación corriendo por todo mí ser, calentándome, mojándome, preparándome. Gruñendo, me mordí mi labio inferior.

—¿Estás despierta? —susurró, colocando un beso detrás mi oreja.

—No —murmuré—. Aún estoy dormida.

Estaba cansada, exhausta, y otro montón de palabras para describir haber sido follada tan bien que tus piernas se volvían gelatina y tu cuerpo se sentía como si no hubiera dormido en cien años. Pero no me estaba quejando, para nada. Era finalmente feliz... delirantemente. Solía poner mis ojos en blanco ante las personas que eran tan felices como yo, así de feliz estaba. Pero, aun así, de verdad, de verdad, necesitaba dormir.



Las yemas de los dedos de Will se deslizaban por mi espalda de nuevo, tortuosamente lento, haciendo que mis muslos se separaran por su propia voluntad. Claramente, mi cuerpo era una zorra, y no me permitiría decir nada al respecto.

—Necesito dormir —me quejé—. De verdad, verdad, necesito dormir... —Mi voz se apagó mientras se deslizó entre mis muslos, sus dedos ansiosos y juguetones—. Dormir puede esperar —jadeé, mis ojos aleteando abiertos.

Riéndose, Will me dio la vuelta, su boca enganchándose en mi seno, su mano hundiéndose entre mis muslos. Jadeé, mis ojos se pusieron en blanco mientras continuaba con su asalto, tirando y tirando del placer de mi cuerpo sin fuerzas hasta que estuve retorciéndome y gimiendo y hubo estrellas bailando tras mis párpados.

Luego, cuando no podía soportar ni un segundo más sin tenerlo en mi interior, estuvo allí, posicionándose entre mis piernas y presionándose dentro de mí.

—Nunca había sentido nada como esto —murmuró, enterrando su rostro en mi cuello.

—Tampoco yo —jadeé.

Sus caderas continuaron empujando, exasperantemente lento, dentro y fuera, en hermosos patrones circulares que hacían que mis ojos se cerraran y mis dedos se curvaran.

—Quiero pedirte algo —susurró—. Y no puedes decir que no.

Abrí mis ojos, encontrándolo mirándome con una sonrisa en su rostro.

—¿Qué es? —pregunté, sintiéndome intranquila y nerviosa. En lugar de responderme, movió sus caderas, haciéndome jadear y maldecir. Envolviendo una de mis piernas alrededor de su espalda, intenté mantenerlo quieto.

—Inteligente —dijo, riendo—. Pero no lo suficiente. —Se retiró de mi interior, haciendo que mi agarre temporal en él fuera inútil y, luego, avanzó hacia adelante, empujándose de nuevo dentro de mí, llenándome.

Jadeé otra vez, mi cabeza inclinándose a un lado mientras gemía suavemente.

—Hay esta cosa —dijo, presionando un beso en mis labios separados—. Esa cosa de caridad. Quiero que vengas conmigo.

—Bien —murmuré, confundida en cuanto a por qué estábamos hablando esto ahora, cuando obviamente había cosas mucho más importantes a la mano. Cosas que él había comenzado y que necesitaba terminar.

—Mi familia estará allí —continuó—. Mi hermana está organizándolo.

Parpadeé hacia él, finalmente entendiendo.

—¿Quieres que conozca a tu familia? Pero pensé que habías dicho que ellos no...

—Y no —estuvo de acuerdo—, pero, aun así, quiero que se conozcan. No deseo esconderlos de ti, o a ti de ellos.

Se veía repentinamente nervioso, como si le preocupara que dijera que no. Y el pensamiento sí se me ocurrió. Él pintó a su familia de una manera que no sonaba ni un poco acogedora, pero...

Quería que conociera a su familia. ¿Cómo podía decirle que no? Tal vez podría ganármelos. Tal vez les caería bien y sus preocupaciones serían por nada.

—Iré. Por supuesto que iré. —Sonreí.

—Sí, sí iras. —Will se rió, sus ojos azules ardiendo de lujuria, y, una vez más, estuvo moviéndose dentro de mí, llevándome hasta ese precipicio, sosteniéndome ahí mientras me aferraba a él, esperando para me arrojara por el borde.



Era un hombre muy afortunado.

En medio de una reunión con un vendedor de licor al cual sólo le estaba prestando atención a medias, Will seguía pensando en Mila; lo hermosa que había lucido más temprano, incluso tan agotada como había estado, y lo afortunado que había sido de encontrarla. Incluso después de que había mentido y, peor aún, hecho un maldito lío de su discurso de revelación, lo había perdonado, y todavía quería estar con él.

Mejor aún, había accedido a reunirse con su familia, una hazaña que le había advertido que sería, al menos, desagradable.

Síp. Era un hombre muy afortunado.

—¿Will?

Levantó la vista de su teléfono, actualmente acunado en su mano, mientras miraba a la pantalla en blanco, sus pensamientos a la deriva. La gerente del club, quien de verdad llevaba las operaciones en INFINITY, Leila, lo miraba con una ceja perfectamente esculpida levantada en interrogación.

—¿Hmm? —murmuró, dejando su teléfono. Estirando sus doloridas piernas, levantó sus brazos detrás de su cabeza, entrelazando sus dedos alrededor de la parte posterior de su cuello.



—Veritas tiene una nueva línea —dijo ella, su tono lleno de fastidio—. Licor superior de edición limitada, vendiéndose como pan caliente en todos los clubes exclusivos.

—Es una tendencia debido al diseño minimalista —intervino otra voz. Una de los dos representantes de Licor Veritas le lanzó una sonrisa tímida, sus carnosos labios rosados torciéndose en una sonrisa segura de sí misma. Enderezando sus hombros, ella se echó hacia atrás en su silla, el movimiento causando que su largo cabello negro cayera y la chaqueta de seda que llevaba puesta se abriera más amplio, dando a Will una buena visión de su sujetador de encaje negro y los amplios pechos debajo—. Menos es aparentemente más en este momento.

Sus pensamientos estaban todavía confusos con imágenes de Mila, desnuda y retorciéndose debajo de él, sentada encima de él, frotándose, gimiendo...

Le tomó un momento para volver al presente y darse cuenta de que le ofrecían algo más que una participación en la exclusiva bebida.

—Simples botellas negras —interrumpió una voz masculina—. Un diseño suave y elegante, con una redacción nominal y de impresión básica.

Dándole a la mujer una sonrisa que no sentía, liberó su cuello y se enderezó en su silla, no tan sutilmente despidiendo a la mujer y volviéndose hacia el hombre sentado varios asientos a su izquierda.

—Mark —dijo, con un tono de puro negocios, dándole al rostro familiar un amistoso gesto aunque cortante—, me gusta el concepto del minimalismo, pero lo que no me gusta es desangrar a mis clientes, hacerlos pagar más por lo mismo, la única diferencia es el aspecto de la botella.

Echando un vistazo a Leila, estaba feliz de encontrar su molestia casi desaparecida, con los ojos llenos de burbujeante aprobación. Leila era todo negocio todo el tiempo, pero mientras que podría ser una persona dinámica, estaba llena de corazón también. Esos rasgos eran la razón por la que le había dado las riendas de la gestión de los dos clubes de su propiedad en Nueva York, una decisión que ni una sola vez le había dado motivos para lamentar.

—Si bien puede parecer agradable —dijo Leila, dándole su atención a Mark—, y dar la apariencia de minimalismo y frugalidad, no es una buena decisión de negocios. Estamos orgullosos aquí de las buenas relaciones con los clientes, y parte de ese orgullo viene de no hacer compras clandestinas por ninguna otra razón que para engordar nuestros bolsillos engañando a nuestros consumidores. Ahora, si usted desea bajar su precio, creo que podríamos arreglar algo, posiblemente incluso una noche de promoción aquí en Infinity... Exclusiva de Licores Veritas, por supuesto.

—Ahora espere —dijo Mark, levantando una mano en señal de protesta.

—Piense en ello —interrumpió Leila, deslizándose su silla hacia atrás, poniendo sus manos en la mesa de cristal, y poniéndose de pie. Con las dos manos en el aire, imitó el espacio de la sala entre sus palmas—. Despojamos el club de todos los muebles innecesarios y extravagancia, no sólo *diciéndole* a los clientes que menos es más, sino *mostrándoselo*. Alineamos los estantes con nada más que Veritas, vestimos nuestro personal en los mismos conjuntos negros elegantes como las botellas en los estantes... tocamos música con muy pocas voces, todo bajo... todo ritmo.

Mark, quien ahora miraba a Leila con mucho interés, tamborileó con los dedos a lo largo de la mesa mientras que la mujer continuó observando a Will, su interés en él mucho más de placer que de negocios.



—Me gusta —dijo Will, marcadamente ignorando a la mujer en favor de mirar entre Mark y Leila—. Es un plan de marketing malditamente brillante.

—Toma un tiempo para reflexionar al respecto —continuó Leila—, y luego, dame un precio cuando estés listo para discutirlo más a fondo.

Mark se puso de pie, haciendo un gesto a su pareja femenina a hacer lo mismo, y Will lo siguió, mirando cuando la mujer frente a él deliberadamente se levantó de tal manera que sus pechos ya expuestos casi se derramaran libres de su delgada camiseta.

—Vamos a estar en contacto —dijo Mark, ofreciendo a Will su mano. Se estrecharon enérgicamente y, a continuación, se separaron mientras Mark se dirigió hacia Leila.

—Lo siento —dijo Will, ofreciéndole a la mujer la mano—. No escuché su nombre.

—Robyn —respondió ella, dándole una sonrisa con dientes—. Un placer conocerlo, señor Townsend.

—Igualmente —contestó mientras ella deslizaba su mano en la de él. Pero en vez de agarrar la mano para estrecharla, pasó sus uñas ligeramente a lo largo de su palma y hasta la muñeca, un espectáculo flagrante de invitación sexual. Molesto, él echó su mano hacia atrás.

—Llámame en cualquier momento —dijo, con un tono deliberadamente suave y seductor. Una tarjeta apareció de la nada, con la que dio un paso hacia adelante y, luego, la deslizó en el bolsillo de la camisa de vestir. Dándole a su bolsillo una palmadita innecesaria, ella se apartó y se dirigió a la puerta.

Cuando los dos representantes de Veritas se habían ido y Leila estaba sonriendo hacia él desde el otro extremo de la habitación pequeña, Will dejó escapar una bocanada de aire y le sonrió.

—Plan brillante —dijo—. Si ellos no bajan su precio, entonces creo que hay que buscar en otra parte para una marca similar y trabajar algo con ellos.

—Pero si hacemos eso, entonces no tendrás el placer de trabajar con Robyn —dijo ella, pronunciando el nombre de Robyn en tono de burla.

Él hizo una mueca, algo parecido a un niño que acababa de sentarse frente a un plato de habas y le dijeron que debía comer hasta la última de ellas, acción que causó que Leila se echara a reír.

—Pareces feliz últimamente —comentó, sin dejar de reír mientras se inclinaba para recoger sus papeles que cubrían la mesa—. ¿Quién es ella, Will?

—Mila —respondió él, gustándole mucho el sonido de su nombre.

—¿Y ya ha conocido a tu familia? —Leila se acercó a él y de nuevo hizo la mueca de un niño malhumorado, y nuevamente Leila rió.

—Es una camarera —murmuró—, y de un pequeño pueblo del sur.

—Un trabajo bueno y honesto —replicó Leila, abriendo la puerta y entrando en la sala—, y las ciudades pequeñas por lo general significan los valores de ciudades pequeñas. Otra cosa buena. —Haciendo una pausa, miró por encima del hombro, su sonrisa desapareció, una mirada de lástima amasando sus rasgos delicados—. Y tu horrible familia se la va a comer viva. Pobre chica.

—No me lo recuerdes —continuó él, corriendo hasta cortar el paso y empujando la puerta de su oficina para abrirla antes de que pudiera llegar a la manija.



—Pero si ella puede manejar a tu familia —dijo Leila—, entonces puede manejar cualquier cosa. Recuerda eso.

Dejando a Leila con su trabajo, continuó por el pasillo hacia su propia oficina. Abriendo la puerta con el hombro, dejó que se cerrara de un portazo detrás de él mientras se dirigía a su escritorio. Hundiéndose en el cuero suave como mantequilla, levantó las piernas, colocando sus pies encima de la mesa al lado de su ordenador.

Su familia sin duda iba a intentar comerse viva a Mila, pero la gala benéfica estaría llena de personas que ellos se encontrarían tratando de impresionar y, lo más importante, un lugar inoportuno para menospreciar a una mujer cuyo único delito era no estar a la altura de sus estándares vanos. Era el escenario perfecto para presentar a Mila al mundo del que él había venido, después de lo cual, y una vez que Mila supiera exactamente con lo que tenía que lidiar, ellos podrían pasar a algo más íntimo, como una temida cena en familia.

—Hablando de eso —murmuró en voz alta. Balanceando las piernas de su escritorio, impulsó su silla hacia delante y golpeó la tecla Enter en su teclado y su pantalla se iluminó.

Colocando sus yemas de los dedos en el teclado, comenzó a escribir las palabras “Bergdorf” y “Goodman” en su motor de búsqueda.

Su familia podría no aprobar a la mujer de la que se había enamorado, pero estaría condenado si no aprobarían su vestido. Mila merecía nada más que lo mejor.



Trece

—¿Hablas en serio? —*Nikki* me miró boquiabierta, con las manos en sus caderas y sus ojos abiertos como copas de vino—. ¿En serio? ¿Es un *Townsend*? —balbuceó—. ¿Como un *Townsend* de la infame familia *Townsend*? Heredero de una fortuna del tamaño de... oh mi Dios, ¡su fortuna es tan grande que no puedo pensar en nada valioso para compararlo!

Asentí y traté de no reírme. Habíamos estado teniendo esta discusión por casi veinte minutos ahora, con ella repetidamente haciéndome las mismas preguntas una y otra vez, solo para asegurarse que no estuvo imaginando esta conversación.

—¿Y estás follando con él?

Asentí de nuevo y esta vez sí me reí, mis mejillas sonrojándose furiosamente.

Nikki sonrió cuando asentí.

—Eres una perra con suerte —dijo, negando con un gesto—. Una perra con mucha, mucha suerte. ¿Por qué nunca me encuentro con un multimillonario sexy?

Puse mis ojos en blanco.

—En realidad no es tan importante. Quiero decir, dice que su familia es rica y que tiene un par de clubes, pero —me encojo de hombros—, ¿y qué? Es solo *Will* para mí.

—¡Para ti, sí! —*Nikki* prácticamente gritó—. ¡Pero para el resto es uno de los hombres más ricos del mundo! Su familia es verdaderamente rica, y súper importante. Dios, no puedes dar ni cinco pasos en la ciudad sin ver su nombre adjunto a una cosa u otra. ¡No puedo creer que no supieras nada de esto!

Desestimé con un gesto de mi mano.

—Tú tampoco sabías.

—¡No soy la que folla con él!

El color subió a mis mejillas, incluso mientras me reía.

—¡Cállate!

Dejándose caer en el sofá a mi lado, *Nikki* me miró.

—¿Él es... ya sabes, grande?

Negué con un gesto.

—Nop, no hablaré de esto contigo.

—Lo es, ¿verdad? Y supongo que es maravilloso en la cama. Tiene que serlo. Alguien con esa cantidad de dinero, que siempre se ve tan bien, tiene que ser maravilloso en la cama.

—Sí, es maravilloso —le concedí, sin ser capaz de refrenar mi risa.

—¿El sexo? ¿El sexo es maravilloso? Oh mi Dios, *Mila*, eres como mi héroe. —Saltando de arriba abajo, juntó sus manos—. Así que, ¿solo estás saliendo con él? ¿Nada serio?



Me encogí de hombros y asentí, porque no había forma de que fuera a decirle a ella, o a nadie para el caso, lo mucho que de verdad comenzaba a preocuparme por él, o las cosas que me dijo, la mención de la palabra para siempre. No era una niña, era una mujer adulta; y las mujeres adultas no se enamoraban de sus aventuras de una noche. Eso era estúpido, ¿no? tenía que serlo, y sin duda Nikki sería la primera en decirme tal cosa. Y era algo que no estaba lista para escuchar.

Nikki continuó mirándome, largo y seria, entrecerrando sus ojos en hendidias.

—Deja de mirarme, Nikki.

—Lo siento, solo estoy... ¡Estoy malditamente impresionada ahora, y totalmente celosa! Quiero decir, en serio, ¿cuántas aventuras de una noche he tenido? ¡Me quedaría sin dedos si intentara contarlas! ¡Y tú tienes una! ¡Una! Y te enganchas al millonario sexy quien además es maravilloso en la cama. —Sacudió la cabeza—. El mundo es injusto, Mila.

—¡Nikki! —grité, resoplando una carcajada—. ¡Basta!

Hizo caso omiso.

—Como sea, creo que de verdad le gustas.

—¿Qué te hace creer eso?

—Déjame enumerar las razones. —Sostuvo un dedo levantado—. Uno, está follando contigo, mucho, y es asombroso. Dos, te ha invitado a su apartamento, así que has visto donde vive. Ningún hombre hace eso a menos que le gustes, porque los hombres son así de raros.



Haciendo una pausa, arqueó una ceja hacia a mí, y yo asentí ya que el razonamiento sonaba factible.

—Tres —continuó, sosteniendo tres dedos en alto—, te ha invitado a una cosa de caridad donde estará su familia. Quiere que conozcas a su familia, a su madre, de entre todas las personas. Un hombre no lleva a ninguna zorra al azar a conocer a su madre.

Sus ojos oscuros estaban abiertos y llenos de emoción por esta revelación, y luché por contener la risa.

Nikki sostuvo un cuarto dedo.

—Oh, y no nos olvidemos, te lo estás follando. Y es asombroso.

Me reí tan fuerte que las lágrimas salieron de mis ojos.

—¡Esa fue la número uno! —Jadeé.

—Sí, pero con lo mucho que probablemente están follando, merece ser mencionado más de una vez.

Mordiéndome mi labio inferior, aparté la mirada. Había pasado menos de un día completo desde que lo había visto por última vez. Después de dejar su casa, había ido derecho al trabajo, pero durante todo mi turno había estado distraída pensando en él, la forma en que olía, la forma en que sus brazos se sentían a mí alrededor, el adorable desorden de su cabello. De hecho, había pensado en él sin cesar desde que lo conocí, y con cada día que transcurría mi obsesión solo parecía crecer. Will estaba en mi cabeza 24/7. Cuando no estaba con él, estaba pensando en él. Era tan emocionante como aterrador.

—Oh mi Dios... Mila, estás enamorada de él, ¿verdad?

Levanté la vista rápidamente.

—¿Qué? ¡No seas tonta!

Me sonrió tiernamente.

—Estoy tan feliz por ti, Mila. Te mereces esto, después de todo. Te mereces ser feliz.

Me sonrojé de nuevo y bajé la mirada. Tenía razón: me merecía un poco de felicidad. Incluso pude ceder lo suficiente como para estar de acuerdo con eso. Pero con esa felicidad venía la amenaza de que algo podría destruirla, concretamente mi pasado, y eso me preocupaba.

—¿Qué pasa? —preguntó Nikki.

—No le he dicho —susurré, levantando la mirada—. Sé que necesito hacerlo, casi lo hice, pero entonces...

—No necesitas decirle —dijo—. No, si no estás enamorada. Pero si lo estás, tienes que decirle, en especial si él se siente de la misma manera, Mila. Su familia es... bueno, su familia es importante, y si son los idiotas que dijo que eran, te quemarán en la hoguera cuando se enteren que...

—Lo sé —dije, interrumpiéndola. Suspirando profundamente, me puse de pie y comencé a caminar por el cuarto—. Créeme, lo sé. Le diré pronto, antes de la cosa de caridad. Así podrá encontrar a alguien más que lo acompañe...

Nikki se acercó a mí y me dio un cálido abrazo.

—Si él es digno de ti, Mila, entenderá.

Miré sobre su hombro hacia el marco de la ventana, observando el deterioro que había logrado a través de los años: las astillas y abolladuras, los rasguños y grietas. Al igual que yo, esa ventana necesitaba algo de amor. Necesitaba de alguien a quien cuidar.

Aunque en parte me preguntaba si era demasiado tarde para mí. Había estado perfectamente contenta con mi vida desde que me mudé con Nikki. Tenía un trabajo, seguridad, una amiga maravillosa... había comenzado desde cero con éxito, y después... después de lo que había sucedido, ¿tenía derecho a intentar más?

Y que si... Dios, ni siquiera podía soportar pensarlo, imaginarme qué pasaría si mi pasado me alcanzaba.

—¿Mila? ¿Estás bien?

Miré a Nikki, forzando una sonrisa.

—Estoy bien. No sé qué haría sin ti.

—Bueno, no hubieses conocido al Sr. Pantalones de Lujo “mi familia es dueña de medio mundo”, eso es malditamente seguro.

Me reí.

—Tienes razón, *tú* me llevaste a su club.

—¡Oh Dios mío! *Su* club. —Sosteniendo el dorso de su mano contra su frente, se desmayó dramáticamente.

Riéndome de nuevo, me incliné y la abracé. Sosteniéndola firmemente, me estremecí al pensar en dónde estaría si no la hubiera encontrado. Agradecía cada día por haberla conocido, porque si no lo hubiera hecho, si hubiera tenido que seguir huyendo, no tenía idea en dónde estaría, pero dudaba que mi situación se hubiera asemejado a mi vida actual. Mi vida había cambiado demasiado, y fue debido a la fortaleza que Nikki me había dado, a la convicción que me había obligado a aceptar: yo era mejor que mi pasado, y me merecía un mejor futuro.



Terminando nuestro abrazo, vi el brillo en sus grandes ojos marrones, señal de que se estaba emocionando, y la besé rápidamente en la mejilla.

—Dios, si no tuviera que ir a trabajar, ¡podría hablar de esto todo el día!

Empujándola hacia el pasillo, le soplé un beso.

—¡Vete! Te veo mañana.

Recogiendo su bolso, se detuvo en el pasillo.

—Y discutiremos si él tiene hermanos, ¿verdad? Y si tendrás compasión de tu pobre amiga soltera y le harás gancho a una hermana, ¿verdad?

Riéndome, la despedí con la mano, escuchando el sonido de la puerta principal al cerrarse, y dirigiéndome hacia la cocina.

Saqué una olla, la llené con agua y la coloqué sobre la cocina y comencé a hurgar en los cajones en busca de pastas. Mientras esperaba que el agua hirviera, saqué el teléfono de mis pantalones y le mandé un mensaje rápido a Will.

Mila: Te extraño.

Segundos después, mi teléfono vibró, avisando una respuesta.

Will: No puedo dejar de pensar en ti. ¿Te veo esta noche? ¿Tu apartamento o el mío?

Sonriendo, digité otra respuesta.

Mila: En el mío. Tengo helado.

Will: Amo tu helado. Te veo esta noche.

Sintiéndome llena de felicidad, solté mi teléfono para terminar de cocinar. Mientras la pasta se cocía, me puse a cortar los vegetales, añadiéndolos en la olla a medida que lo hacía. Cuando todo se hubo cocinado, llevé mi cena hacia la sala de estar y encendí la televisión. Iba a mitad de mi tercer bocado cuando...

—Las autoridades de Pensilvania han identificado el cuerpo de Monica Shearling de veintinueve años de edad, quien hace más de un año fue reportada como desaparecida en su ciudad natal, en Tennessee...

Mi tenedor cayó a mis pies mientras miraba la pantalla sin parpadear, al rostro de la mujer que una vez había sido mi mejor amiga.

Observé por un largo rato, deseando poder pausar la imagen y al mismo tiempo borrarla. Con mano temblorosa, tomé el control remoto y subí el volumen, escuchando las palabras que salían de la boca del reportero, memorizadas, cortantes, tranquilas. Palabras que no contenían ninguna emoción, ni preocupación o sentimiento por la historia que contaban. Para ellos solo eran palabras dichas frente a una pantalla, otra noticia, otro día de trabajo. Probablemente terminarían y se irían a sus casas para estar con sus familias después de haber terminado.

Él la había encontrado. En Pensilvania, nada menos, a poca distancia de Nueva York, Nueva York... donde yo estaba.



Había comenzado a llover de camino al apartamento de Mila, el cielo negro oscureciéndose cuando las nubes grises alcanzaron a las blancas y los truenos resonaban.



Debido a la falta de estacionamiento en esa cuadra, Will pidió a Richard que lo dejara en la esquina justo cuando el cielo se abrió y la ligera lluvia se convirtió en un completo aguacero. A su alrededor todos los paraguas se abrieron mientras incrementó su paso a un trote constante, pasando rápidamente entre los otros transeúntes escudando sus ojos para ver a través de la pared de agua.

A varios metros de la entrada, entrecerrando los ojos a través de la lluvia, detuvo sus pasos, deteniéndose por completo cuando se dio cuenta que de hecho era Mila la que veía arrastrando una gran maleta por las escaleras y se la pasaba a un taxista que esperaba.

Luciendo nerviosa y con pánico, se dio vuelta, su cabello mojado agitándose en mechones gruesos alrededor de su cabeza, y corrió subiendo los escalones de nuevo, desapareciendo dentro del edificio.

Confundido, Will se apresuró hacia allá, alcanzando el primer escalón cuando Mila se precipitaba por la puerta de nuevo, con otra maleta en una mano y su bolso en la otra. Con la cabeza gacha, miraba sus pasos sobre el suelo empapado, no lo vio hasta que casi chocó con él, por poco tumbándolos a ambos. Sus ropas hicieron un sonido de salpicadura cuando se toparon. Will sostuvo sus brazos para evitar que cayera mientras ella levantaba la mirada.

—Oh —dijo ella, sus ojos abriéndose cuando lo vio—. Oh, Will, me olvidé que tú... —Parpadeando rápidamente se calló, tragando sus palabras mientras su labio inferior desaparecía entre sus dientes.

Estaba empapado hasta los huesos ahora, su ropa escurría, colgando pesadamente de su cuerpo y pegándose incómodamente a su piel, ajustándose sobre sus amplios hombros.

—¿Vas a algún lado? —preguntó con una sonrisa nerviosa, aunque la situación se sentía todo menos graciosa.

—Yo... mmm... Yo... mmm... —Negó con un gesto violentamente, con sus ojos aún abiertos, y Will podría jurar que había miedo verdadero en su expresión—. Lo siento, Will, pero tengo que irme —terminó rápidamente, sin aliento, sus rasgos retorciéndose como si le doliera decir esas palabras.

La inquietud despertó en sus entrañas, y un escalofrío, que no tenía nada que ver con la lluvia que lo empapaba hasta los huesos, subió por su columna.

—Mila —dijo, su voz sonaba ronca y rota, incluso a sus propios oídos. Estirando su brazo, envolvió su cintura, inmovilizándola contra él—. ¿Qué está sucediendo? ¿Qué pasa? —Miró su rostro, sintiéndose desesperado.

—Nada —respondió suavemente, la mentira parecía lastimarla aún más—. Nada. Solo tengo que irme. Lo siento, Will, nunca quise lastimarte... yo no sabía... —tartamudeó y balbuceó durante varios segundos antes de soltar un fuerte suspiro, su cuerpo tensándose aún más—. Tengo que irme —susurró, la nota contundente en su tono no le pasó desapercibida a Will.

—¿Dónde? —exigió en un fuerte grito, el miedo cortando en sus entrañas—. ¿A dónde vas? ¿Cuándo regresarás? —De repente encontrándose inexplicablemente enojado, disparó sus preguntas, una tras otra—. ¡No puedes tan solo irte, no así! —bramó, sonando desesperado y patético a sus propios oídos, pero sin ser capaz de detenerse—. ¿Ibas siquiera a decirme?

Mila evitó su mirada, dándole su respuesta y empeorando su creciente rabia.

—Mila —exigió, su nombre sonó duro y rígido en sus labios. La sostuvo con más fuerza de la cintura—. Mírame. —Le dio una ligera sacudida, pero aún se negó a mirarlo.



Esto estaba muy mal, no podía dejar de pensar que así no era cómo esto se suponía que acabara. Sus pensamientos, ya en llamas, comenzaron a girar y girar antes de finalmente detenerse en el único escenario posible que podía pensar

—Lo siento, te mentí —continuó, sus palabras casi suplicando—. Nunca quise herirte.

—No eres tú —lloró, levantando finalmente la vista. Mirándolo bajo sus pestañas húmedas, lluvia o lágrimas, o ambas se deslizaban por sus mejillas y hasta su camiseta empapada, la tela rosa oscurecida por el agua y casi transparente—. ¡No eres tú! —repitió, intentando liberar su brazo de su agarre—. ¡Soy yo! No soy buena para ti, Will. —Sacudió su cabeza violentamente—. ¡No entiendes!

—Entonces dime, ayúdame a entender. Por favor, Mila.

Una bocina sonó con fuerza tras ellos. Will miró sobre su hombro para encontrar al conductor del taxi mirándolos por la ventanilla abierta, desestimándolo, se volvió hacia Mila, sintiendo pánico. ¿Se estaba yendo? ¿Sin explicación alguna y con lo que parecía casi todo lo que poseía, sin contar los muebles?

—Mila, por favor —prácticamente gruñó, sintiéndose impotente y furioso—. Dime qué sucede, déjame ayudarte.

—¡No puedes ayudarme! —gritó, y con un tirón se soltó de su agarre. Tropezando hacia atrás y subiendo por las escaleras, miró hacia él—. No puedes malditamente ayudarme. Nadie puede ayudarme.

Will no tenía dudas de que estaban atrayendo una atención indeseada, pero una ciudad así de grande, con tal variedad de personas, espectáculos como ese eran algo común, y en ese momento no le importaba quién estaba mirando. Lo único que le importaba era Mila, y la posibilidad de perderla cuando apenas la había encontrado, y por una razón que ni siquiera podía suponer.

Sus ojos comenzaron a ir de un lado a otro, mirando ansiosamente a su alrededor y hacia el taxi que la esperaba.

—Por favor —rogó ella—. ¡Por favor, Will, tengo que irme! ¡Lo siento, pero necesito irme!

Apretando su mandíbula, cruzó los brazos sobre su chaqueta mojada y negó con un gesto.

—No hasta que me digas qué demonios está sucediendo.

Por un momento creyó que le obedecería. Sus labios presionados se abrieron, el pánico en sus rasgos pareció relajarse una fracción, pero así de rápido como su expresión cambió, cambió el curso una vez más con determinación. Balanceó hacia adelante la maleta que tenía en su mano, obligándolo a moverse a un costado para evitarla, y al momento en que lo hizo, bajó rápido los escalones que le faltaban y corrió hacia el taxi.

Dándose la vuelta, casi se tropezó con sus propios pies cuando se abalanzó para alcanzarla, sujetó su antebrazo y la obligó a regresar para enfrentarlo. Su brazo desnudo estaba resbaladizo, haciendo que casi perdiera su agarre sobre ella. Sujetándola del otro brazo, la obligó a enfrentarlo y presionó un duro beso sobre sus labios.

—Te amo —siseó, mirando su rostro, sus mejillas mojadas y sonrojadas—, y antes de que corras solo Dios sabe hacia dónde, y me dejes aquí de pie como un maldito idiota, me debes algún tipo de explicación.



Mila se congeló. Su cuerpo, su mirada e incluso su respiración parecieron congelarse. Luego lentamente, mientras la lluvia continuaba cayendo alrededor de ellos, mientras el taxista comenzó a gritarles, mientras la gente irritada los estrujaba y los empujaba fuera de su camino, Mila parpadeó.

—¿Qué? —susurró, la única palabra siendo casi ahogada por el estruendo de un trueno.

Apretando los dientes, Will la soltó solo para tomar su bolso y quitarlo de su agarre ahora debilitado. Dejándola ahí de pie, se dio vuelta mientras sacaba la billetera de su bolsillo trasero. Después de lanzar un billete de cincuenta dólares dentro del taxi, rodeó el taxi y comenzó a sacar sus valijas del maletero. Con su bolso colgado sobre su hombro, comenzó a arrastrar las dos grandes maletas de regreso hacia su edificio y subiendo las escaleras. Colocándolas sobre el pequeño vestíbulo, regresó a la lluvia para recoger la bolsa que ella había tirado por las escaleras. Cuando terminó de reunir sus pertenencias, se giró para verla. No se había movido. El taxi ahora se alejaba, y Mila aún estaba de pie en medio de la acera, la lluvia aún la golpeaba mientras lo miraba, ya sin pánico sino con una expresión un tanto aturdida.

Sintiéndose un poco más calmado, sabiendo que al menos por el momento había logrado evitar su huida, había hecho que lo escuchara y que tal vez lograra que esta pesadilla terminara pronto, bajó trotando los escalones. Alcanzándola rápidamente, tomó su mano en la suya. Con intención de llevarla de vuelta al interior y sacarla de la lluvia, haló de su brazo y comenzó a girarse.

—¿Me amas? —susurró.

Will se dio vuelta, viendo su hermoso rostro surcado en lágrimas y sus hipnóticos ojos parpadeando hacia él.

Sí, había dicho la palabra con A, ¿verdad? Sí, lo había hecho. Y era demasiado tarde para retractarse. Y ahora, cualesquiera que fueran las consecuencias, tendría que lidiar con ellas. No supo que lo diría, ni siquiera había pensado en eso, no hasta que las palabras salieron de su boca y se dio cuenta que sí, de hecho amaba completamente a esta mujer. Nunca se lo había dicho ninguna mujer antes, y hasta ahora no había pensado de verdad sobre las posibles repercusiones.

—Lo hago —dijo, tragándose la inquietud que le amenazaba—. Eres inteligente, divertida, y una mujer hermosa, Mila, la clase de mujer que he buscado toda mi vida.

—Pero apenas nos conocemos —balbuceó—. ¿Cómo puedes...?

—Porque —interrumpió—, cuando es lo correcto, es lo correcto. Y esto es correcto, lo siento. Tú y yo, Mila, siento esto. —Respiró para estabilizarse antes de continuar—. Así que lo que sea que esté sucediendo contigo, quiero ayudar. Necesitas dejar que te ayude. Tan solo habla conmigo, Mila. Dime qué sucede, porque no me iré a ningún lado, y no quiero que te vayas, tampoco.

Sus párpados se cerraron, y de repente todo su cuerpo pareció desinflarse. Pero él estaba lejos de haber terminado. Sintiéndose más apasionado de lo que jamás recordaba haberse sentido antes, experimentando en su interior una plenitud liberadora que nunca pensó que existía hasta ese momento, se acercó un paso, invadiendo hasta el último centímetro de su espacio personal, y abrazando su cuerpo.

Otra ronda de truenos resonaron a través del cielo, seguidos de un destello de relámpagos. Temblando, Mila se amoldó a él, sus brazos rodeando su cintura. Levantó la mirada hacia él a través de las matas gruesas de cabello mojado colgando frente a su rostro, su mirada irritada e inyectada en sangre se encontró con la suya.



—También te amo —murmuró, pareciendo sorprendida de su propia admisión—. También te amo, Will —repitió, esta vez con más seguridad.

Will estaba malditamente confundido. Por un lado, esperaba una total y completa alegría; y por el otro, todavía estaba muy confundido y se sentía un poco menospreciado al saber que ella había tenido la intención de dejarlo y jamás regresar, sin explicaciones o despedida. Tenía un millón de preguntas que necesitaban respuestas, pero por su mirada, no era el momento apropiado para hacerlas.

Cállate, se dijo a sí mismo, y bésala.

Le acunó una mejilla con la mano, e inclinó su cabeza hacia él, dejando que la fría lluvia salpicara contra sus tibios labios. Fue un beso lento al principio, tentativo y suave, simplemente rozando su boca contra la de ella. Luego Mila tomó el control, profundizando su beso más y más, parecía que las tumultuosas emociones que habían provocado su huida ahora la estuvieran acercando a él.

Sus manos se deslizaron debajo de su chaqueta y camisa, explorando el material mojado mientras las yemas de sus dedos se enterraban en la piel de su espalda. Sujetándola con más fuerza, sosteniendo con firmeza un puñado de su cabello, le devolvió el beso igualando su entusiasmo, olvidando el hecho de que estaban parados en medio de una tormenta en una acera de la ciudad de Nueva York, con la gente corriendo a su alrededor.

Él la amaba. Ella lo amaba. Todo lo demás, demonios, todo el mundo podía esperar.



Patience

Carreaba mis valijas dentro de mi apartamento. Me escoltaba, probablemente con miedo a dejarme caminar tras él, tal vez pensando que podría salir disparada. Sin embargo, no tenía la intención de ir a ninguno lado, aunque probablemente era la peor decisión que pude hacer. Porque si lo amaba, sí verdaderamente lo amaba, lo dejaría. Me iría, desaparecería sin una palabra, con el objetivo de mantenerlo a salvo. Pero en mi corazón sabía que no podía dejarlo ir, dejarnos ir. No ahora que experimenté la felicidad, que encontré el amor, el verdadero amor, y egoístamente quería más.

Cerró la puerta detrás de él, y nos quedamos parados uno frente al otro en silencio por un largo tiempo, reacios a hablar, nuestras ropas y cuerpos empapados por la lluvia goteando sobre el suelo. Sabía que tenía sentimientos profundos por él, solo no me había dado cuenta de la intensidad de los mismos. Habíamos confesado nuestro mutuo amor, y no era algo que se decía a la ligera, o fácilmente, sin embargo había sido sencillo con él. Porque lo amaba, solo que no me había dado cuenta hasta que él lo había anunciado primero.

—Will, yo...

—Mila...

Comenzamos a hablar y llamamos al unísono, su agitación crecía cada vez más con cada momento que pasaba. Era un hombre que usualmente conseguía lo que quería, cuando lo quería. Sabía que era difícil para él; podía verlo escrito en todo su rostro. Iba a irme, iba a irme sin decir adiós, sin darle algún cierre o una razón para mi desaparición. Sabía cuán horrible era hacerlo, pero no había estado pensando claramente, no tenía que ver ni remotamente con él. Sin embargo, mirándolo y viendo el dolor reflejado en su rostro, causado por lo que había estado a punto de hacer, la confusión en su declaración, comprendía que merecía una explicación, una disculpa, algo. Pero no tenía nada.

—Lo siento —lamenté con todo mi corazón.

Tragó, asintiendo lentamente, sus ojos nunca dejaron los míos. La lluvia me había empapado completamente, por lo que castañeteaba al hablar.

—No intenté herirte —agregué, sin saber por dónde empezar, o qué debería decirle. La verdad sería un buen inicio, pero era peligrosa, y Will querría, o huir de mí, o ayudar, solo que no podría ayudarme. De nuevo me cuestione el quedarme cuando debería estar corriendo, no por mi seguridad, sino por la suya.

—¿Hice algo mal? —preguntó, con el ceño fruncido.

—No. Dios, no, No eres tú, soy...

—Yo —completó, sonando enojado—. Te ibas a ir, ¿sin siquiera decirme adiós?

Asentí.

—¿No ibas a volver, o sí?

A pesar del frío estaba sonrojada, la vergüenza y el bochorno avanzando por mi cuello.



—Lo siento. Solo hay... cosas de las que no quiero hablar. Cosas privadas. —Bajé la mirada. Observar la congoja en sus ojos me dolía físicamente.

—No lo entenderías —mascullé, chupando mi labio inferior.

—Entonces explícame. —Su voz era áspera, rasposa y gruesa por la emoción.

Mirándolo, negué con la cabeza.

—No puedo.

—No lo harás —adujo, frunciendo el ceño.

—Lo siento.

—Ya dijiste eso —enfaticó con fuerza.

—Tiene que ser suficiente —supliqué—. Por favor, Will, tiene que ser...

Se quedó mirándome fijamente, el silencio se extendió entre nosotros peligrosamente hasta que de improvisto dejó escapar un pesado suspiro, desinflándose en apariencia, tanto físicamente como emocionalmente.

—Lo que sea Mila, puedes decirme... siempre que lo decidas. Pero por ahora, por favor prométeme algo.

Di un paso vacilante hacia delante, y luego me detuve, insegura de si sus brazos me darían la bienvenida una vez más. Me amaba pero, ¿Aún me quería? Nos miramos fijamente, existían un millón de pensamientos y mil palabras que decir, pero no quería hablar más. Tenía frío, estaba agotada y ansiaba estar envuelta a su alrededor, para sentir su amor por mí.

Se acercó, sus manos buscando mi cintura y acercándose a él, y sabía, al menos por ahora, que tampoco quería hablar. Fui perdonada por esta vez y este momento era lo que importaba.

—¿Qué? —susurré.

—Di que no vas a alejarte de mí otra vez. —Sus dedos apretaron mi cintura—. No puedo perderte. No ahora...

Asentí y me besó, largo y duro, mis manos en su espalda y las suyas en mi cintura, sosteniéndome cerca. Para ambos, esto dijo adiós a nuestra antigua relación y hola a la nueva que estábamos emprendiendo, a partir de este primer paso tomado juntos.

Se alejó primero, presionando su aún húmeda frente contra la mía, sus ojos todavía cerrados. Nos quedamos así, en silencio, excluyendo nuestra rápida respiración y pensamientos. Colocando un suave beso en mi frente, volvió a descansar su frente contra la mía.

—Prométemelo —demandó rompiendo el silencio, y pareció tan preocupado, casi roto con la idea de que solo iba a levantarme y dejarlo. Mi corazón se expandió y comprimió a la vez. Le causé dolor, pero también amor. Dios, era todo tan desconcertante. Y aun hermoso e impresionante.

—Lo prometo.

—¿No te irás?

—No lo haré.

Nuestras frentes aún se presionaban juntas, podía sentir la lluvia en mi cabello goteando hacia mis hombros.

—Lo siento tanto —susurré, y lo oí soltar otra larga respiración.



No sabía si lo que estaba diciendo era o no la verdad absoluta. Todo lo que sabía era que, en ese instante, no quería irme. No podía alejarme de él.

Llega un momento en toda relación donde el alfa domina al otro, aunque solo sea de una insignificante manera. Sin embargo, con Will sentí como si fuéramos iguales. Estaba tan perdido en mí como yo lo estaba en él, y eso solo hizo que lo amara más.

Alejándome, observé sus hermosos ojos azules, viendo en sus profundidades preocupación, pánico, amor y adoración. Lo besé una vez más, queriendo alejar la duda, y de alguna manera queriendo alejar la mía también.

Su boca se abrió para mí, y mi lengua se deslizó entre sus labios, acariciando sus dientes y lengua con avidez. El calor ardió en mi vientre, mis muslos se apretaron juntos cuando sus manos apretaron mi trasero y me empujó contra sí. Mis manos recorrieron su pecho, y cuando traté de sacar su abrigo mojado, comenzó a reírse, y luego lo hice yo también. Nos separamos con amplias sonrisas, ayudándonos mutuamente a desvestirnos, sacándonos la camisa y pantalones, abrigos y ropa interior mojada, dejando el húmedo montón en el suelo cerca de la puerta.

Me cargó llevándome al dormitorio, con mi cabeza contra su pecho escuchaba el rápido latido de su corazón. Aún estaba intranquilo. Casi podía oír la preocupación, royendo y carcomiendo su interior.

Ya en mi dormitorio, me acostó en la cama y mi cabello húmedo empapó la almohada en segundos. Se cernió sobre mí, cubriendo con su cuerpo el mío antes de separar abruptamente mis muslos. Su mirada nunca dejó la mía, y sin hablar empujó su pene dentro de mí. Envolviendo mis piernas alrededor de su cintura, cerré mis ojos cuando se introdujo, jadeando cuando comenzó a empujar.

Su mano tomó mi muslo, aferrándolo con fuerza al deslizarse adentro y afuera, cada empuje era una declaración de que era mío, y tomé cada una con entusiasmo, como una promesa de que era tuya. Pronto sus movimientos se hicieron más urgentes, estaba arrastrando mis uñas por su espalda y suplicando por mi liberación. Su boca buscó la mía, viajando después por mi garganta con suaves besos y pequeños pellizcos de sus dientes. Lentamente abrí mis ojos y miré fijamente hacia los suyos.

—Te amo, Mila —declaró, asombro eclipsó poco a poco sus facciones, como si acabara de darse cuenta de la magnitud de su declaración y exactamente lo que significaba para nosotros.

Apreté mis muslos a su alrededor y sonreí.

—Te amo, Will.

Sus ojos brillaron con triunfo, su boca chocó contra la mía, y en un enredo de declaraciones sin aliento y gritos de placer, ambos llegamos a la cima, precipitándonos juntos por el acantilado.



Will aún estaba durmiendo cuando desperté. Mis sueños habían sido pesadillas llenas de recuerdos, retorcidos y malvados; de huesos rotos; sangre, tanta sangre; y gritos que revuelven tripas.

Desperté abruptamente, incorporándome sentada en la cama y mirando confusa alrededor hasta que aclaré mi mente y recordé que estaba en casa, mi nueva casa en la ciudad de Nueva York. Bajando la mirada encontré a Will, y mi corazón rebotó felicidad. Y con la felicidad vino la ansiedad.



Saliendo de la cama, me vestí rápidamente y dejé el dormitorio, cerrando la puerta en silencio. Dirigiéndome a la cocina, me quedé allí en la oscuridad, mis brazos abrazando apretadamente mi cintura, escuchando la lluvia golpear a un ritmo constante contra la ventana. La luna estaba pesada y llena en el cielo, la observé con el corazón lleno de preocupación.

Sí me quedaba, lo pondría en peligro. Pero irme nos rompería a ambos. La culpa royó mis entrañas, mis sentimientos de nuevo entraron en conflicto. No importaba qué camino tomara, Will perdería.

Siempre supe, en el fondo de mi mente, que mi pasado eventualmente me alcanzaría. Solo que nunca imaginé enamorarme justo antes que lo hiciera. Al tener que correr otra vez, perdería mucho más que solo mi casa y mis amigos. No podía perder a Will, no ahora. Nos amábamos.

Era egoísta e incorrecto, pero... quería esto, lo necesitaba. Dios, lo merecía, ¿o no?



Permaneciendo junto a la puerta del baño, Will estaba golpeteando sus dedos silenciosamente a lo largo del marco, escuchando la ducha correr junto con el gimoteo de Mila. Estaba llorando de nuevo por segunda vez esta mañana, la primera comenzó cuando había creído que aún dormía. Había estado perdido, como el día anterior cuando la encontró con su equipaje y lista para escaparse a...

Aún no sabía dónde, o qué había impulsado el drástico movimiento. Desde que declararan su mutuo amor, habían pasado la noche expresando sus sentimientos con sus cuerpos, y aún no hablaban sobre nada.

Fue infantil creer que sabía todo sobre Mila, tan solo la conocía por unas pocas semanas. Sin embargo, parecía tan genuina, tan abierta, y tal vez lo era. Tal vez estaba leyendo demasiado sobre esto.

De todas formas... no pudo ayudar, pero se preguntaba que impulsaba a una mujer a cambiar drásticamente el rumbo de su vida en el lapso de solo unas pocas horas. Sabía que Mila le estaba ocultando algo. Algo importante. ¿Pero qué?

Sí, definitivamente necesitaban hablar. Solo que no quería ser egoísta. Quería darle el tiempo que necesitaba para procesar lo que fuera antes de llegar a él. Y al mismo tiempo, estaba ansiando ayudarla a sobrellevar lo que la había impulsado a correr.

Se apagó el sonido de la ducha y se escuchó el de la cortina de vinilo siendo empujada hasta abrirse, y Will se alejó de la puerta cerrada. Tela crujió, el grifo se abrió y se cerró, y luego, junto con un vaho de vapor en el pasillo, Mila salió del baño envuelta en una gran toalla azul y una más pequeña, parecida a la primera, alrededor de su cabello. Se detuvo al encontrarlo y lo miró con los ojos inyectados en sangre.

—¿Podemos hablar? —preguntó gentilmente, extendiendo su mano hacia la de ella.

Mila cerró los ojos y dejó escapar un suspiro, y en lugar de tomar su mano se recostó contra la puerta abierta.

—Una amiga falleció —susurró, con sus ojos todavía cerrados—. Recibí la noticia ayer, justo después que me escribieras, y me asusté.

Abrió los ojos y levantó el mentón, enfocando su dolorida expresión en él y causando que su cuerpo respondiera tensándose. Fue tan obviamente lastimada que a Will le dolía verla y no poder llegar a ella otra vez, pero, a pesar de lo mucho que quería



confortarla, el lenguaje de su cuerpo le decía que la dejara hablar y permaneciera donde estaba.

—Habíamos sido amigas desde la infancia —continuó suavemente, sus ojos brillaron, mirando más allá de él y viendo algo que Will no podía—. Éramos como hermanas.

—Lo siento tanto —murmuró, deseando como el infierno tener algo que decirle, mejor que el cliché exasperantemente típico—, lo siento. —Quería poder arreglar todo y poner fin a su sufrimiento.

Lágrimas grandes cayeron de sus pestañas, rodando rápidamente por sus mejillas y mentón.

—No fui siempre tan...tan...cuerda —comentó, sacudiendo su cabeza al dejar escapar una pequeña carcajada, falta de humor.

Fue una rara opción de palabras, y sabía que realmente debía analizarlas mejor, cuerda. Pero, ¿Quién en estos días era realmente cuerdo? Estaba malditamente seguro que él no.

Secando sus mejillas húmedas con el dorso de la mano, suspiró de nuevo.

—Salvó mi vida. Y ahora se ha ido.

Pasados varios silenciosos segundos, tuvo claro que Mila no iba a decir más por el momento. Acercándose, acarició su brazo desnudo con la palma de la mano, alejándola de la puerta del baño. Cuando la abrazó, pareció hundirse en él, y al amoldar sus cuerpos, lloró más fuerte, hasta que sollozaba más de lo que estaba respirando.

Aún tenía demasiadas preguntas. ¿Quién era esa amiga? ¿Cómo murió? ¿A dónde huía? ¿Volvía a Tennessee para asistir al funeral? ¿O iba a algo mejor? Por el peso de su equipaje, creía que se iba permanentemente. Pero sabía que al preguntar en este momento, interrumpiría su profunda pena.

Mientras que se aferraba a él, casi ahogándose con sus propios sollozos, la dirigió lentamente hacia el dormitorio, colocándola suavemente en la cama antes de deslizarse a su lado.

—Shhh —arrulló, peinando con la mano su húmedo cabello, alisándolo lejos de su rostro—. Respira, Mila, solo respira...

Finalmente se calmó, sus sollozos se convirtieron en gimoteos antes de que fuera a la deriva en un sueño agitado. Se sentó a su lado por un largo tiempo, ignorando la incesante vibración de su celular, ignorando los gruñidos de su estómago, tan solo por permanecer a su lado.

No fue hasta que oyó la puerta del apartamento abrirse cuando decidió finalmente moverse.

Caminando en el pasillo se encontró a Nikki cerrando la puerta de entrada, mirando con curiosidad el equipaje de Mila apilado al lado del umbral. Sus ojos lo encontraron, dirigiéndole una cuestionadora mirada.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó, sonando vacilante y consternada.

Los ojos de Will se entrecerraron en confusión. Entonces no le había contado a Nikki, su mejor amiga y compañera de cuarto, que se estaba yendo.

—Estaba a punto de preguntarte lo mismo —respondió.



Quince

La risa aguda de Nikki fue lo que me despertó, y por un segundo solo me quedé allí, escuchando las suaves voces procedentes de la sala de estar. La risa ligera, la risa profunda, su voz aguda, la voz profunda de él.

—¡Oh, mierda! —susurré, saltando de la cama. Al darme cuenta de que todavía estaba en una toalla, agarré mi sudadera de Tennessee y me coloqué unos vaqueros, luego estaba corriendo por el pasillo hacia sus risas mientras simultáneamente arrastraba los dedos a través de mi maraña de cabello.

—Buenos días —declaré en voz alta mientras doblaba la esquina.

Mi mirada cayó sobre ellos, ambos sentados en sofás opuestos, sosteniendo tazas de café en sus manos.

—Buenos días, Mila —me saludó Will con su voz profunda. Poniéndose de pie, se acercó hacia mí, inclinándose y colocando un rápido beso en mis labios. Todo en él, la expresión de su rostro, su lenguaje corporal, parecía relajado. Pero su beso había sido tenso—. ¿Café?

Asentí con un gesto de la cabeza, colocando otro suave beso en mi boca, se dirigió hacia el pasillo, y desapareció en la cocina. Me volví hacia Nikki, que murmuró algo en silencio que no pude escuchar, y rápidamente me reuní con ella en nuestro pequeño y presuntuoso sofá.

—¿Qué, está pasando? —susurró—, ¿te ibas? Y, Mila, ¿quién *murio*?

Miré hacia el pasillo, asegurándome de que Will aún estaba en la otra habitación.

—No puedo decir nada, no en este momento. Pero tenemos que hablar. —Agarrando su mano, le di un apretón, esperando que lo entendiera.

—¡Mila! ¡Tenemos que hablar ahora! —susurró con rabia—, ¡he estado esquivando las preguntas de Will toda la mañana!

—Ahora no —murmuré, mirando a Will mientras regresaba a la habitación.

—Leche y azúcar, ¿no? —preguntó y me entregó una taza humeante.

Tomando la taza, inhalé el vapor aromático del café antes de tomar un sorbo.

—Sí, perfecto —dije, sonriendo débilmente mientras la habitación se sumía en un incómodo silencio.

Nikki estaba inquieta y agitada, pude sentir que estaba prácticamente dispuesta a echar a Will para abordarme y saber lo que había sucedido. Y Will... parecía extrañamente estoico para un hombre que, la noche anterior, había declarado su amor por una mujer y ese amor era correspondido.

Sobre el borde de mi taza de café, estudié sus rasgos cincelados, asimilando la mueca de su boca y trazando mentalmente cada arruga que marcaba su frente al fruncir el ceño. No me llevó mucho tiempo darme cuenta de que durante la noche su confusión se había vuelto desconfianza, frustración y posiblemente rabia también. No es que le echara la culpa; no había sido sincera con él, y claramente mis intentos de aplacarlo no habían sido del todo convincentes.



Dios mío, odiaba mentirle, especialmente después de que había sido más que honesto conmigo, dejando al descubierto sus verdades, sin importar las consecuencias. Le debía el mismo respeto, aunque no podía imaginar que esto terminara así, una vez que él supiera quién era realmente y lo que eso significaría para él.

—Debo ir a trabajar —murmuró de repente. Pasándose la mano por el cabello, intentó sonreír, aunque el gesto fue tenso—. Te llamaré esta noche —dijo.

Bajando mi café, me levanté y tomé su mano, dándole un pequeño apretón y una sonrisa igual de tensa.

—Voy a estar aquí —le susurré, dándome cuenta demasiado tarde de que debería haber elegido mis palabras con más cuidado.

Sus ojos brillaron de manera sutil, pero no respondió nada.

Dejando caer mi mano, Will se dirigió hacia la puerta y, después de dirigirle a Nikki una mirada preocupada sobre mi hombro, me apresuré tras él.

—¿Will?

Mientras terminaba de colocarse su chaqueta todavía húmeda, sus ojos azules se encontraron con los míos, sus facciones arrugadas en una expresión indescifrable.

—¿Estamos...? —empecé a decir, y luego decidí reformular mi pregunta—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —respondió mientras se frotaba la mano por la mandíbula—. Y estamos bien, también. Ve a hablar con tu amiga, Mila. Puedo decir que está ansiosa por tenerte a solas. Si no puedes hablar conmigo acerca de cómo te sientes, entonces espero que ella pueda ayudar de alguna manera.

Antes de que pudiera responder, se inclinaba hacia delante y colocaba un beso en mi mejilla. Me apoyé en su abrazo, tratando de alcanzar su cintura, necesitando tocarlo, sentir su calor y su amor. Envolviendo sus brazos alrededor de mi espalda, me atrajo hacia sí, alineando nuestros cuerpos, y enterró su cara en mi cabello.

Quería decirle que había hecho un gran trabajo al cuidar de mí. Quería decirle que el problema no era cómo me sentía, era quién me estaba buscando, poniendo mi vida, y ahora la suya, en peligro.

—¿Me llamas si me necesitas? —murmuró.

Alejándose de mí, miró hacia abajo y, mordiendo mi labio inferior, simplemente asentí en respuesta.

Seguía mirando la puerta mucho después de que se había cerrado detrás de él, preguntándome por estos eventos recientes. Nunca había esperado encontrar el amor de nuevo, mucho menos saber qué hacer con ello ahora que lo había encontrado. Olvida que había hecho un lío con ello hasta ahora, ¿qué diablos iba a hacer?

—¿Mila?

Me volteeé para encontrar a Nikki de pie en el pasillo, mirándome expectante.

—Mónica murió —le susurré, sin querer decir su nombre en voz demasiado alta—. Su cuerpo fue encontrado en Pennsylvania. Estaba en las noticias.

—Oh, Mila —susurró, con los ojos muy abiertos—, oh, Dios... ¿estás segura de que era...



—Sí, y no sé qué hacer —continuó—, y anoche, estaba asustada, y entré en pánico. Empaqué todo y solo estaba tratando de salir de la ciudad para protegerlos a ti y a Will. Pero cuando me iba, Will apareció.

Volví a pensar en la noche anterior y mis ojos se llenaron de lágrimas.

—No puedo quedarme aquí —murmuré—, estamos todos en peligro si lo hago.

—Siempre he sabido los peligros, Mila, y los acepté, a ti, y a todo lo que viene con ello. Soy una mujer adulta y puedo cuidar de mí misma.

La miré fijamente, impresionada por su fuerza, pero también sabiendo que realmente no tenía idea a lo que se enfrentaría. Y si algo le sucediera a Nikki, mi salvadora, la extraña amable que me había abierto su casa y su corazón, la que me mantuvo segura y que me había apoyado a pesar de todo...

Si algo le sucedía, nunca me lo perdonaría.

—No sé qué hacer —le dije—, todo ha cambiado ahora. No me quiero ir, pero cuanto más tiempo estoy aquí, podría estar poniéndote en más peligro.

Antes de que pudiera responder, pasé por delante de ella y me dirigí de nuevo hacia el sofá. Sintiéndome cansada, me senté y puse mi cabeza entre mis manos. Momentos después los cojines se hundieron cuando Nikki se sentó a mi lado.

—Sin embargo, no te fuiste —dijo en voz baja—, todavía estás aquí, Mila.

Levantando mi cabeza, la miré.

—Él me ama —le susurré.

—¿Y? —dijo, provocándome.

—Y lo amo.

Las esquinas de sus ojos se arrugaron mientras sonreía alegremente.

—Lo sé —dijo, dándome una burlona mirada de incredulidad—, eso es bastante obvio.

Más lágrimas se formaban mientras asentía, incapaz de detenerlas.

—Soy muy egoísta —grité en voz baja—, no debería estar aquí, poniéndolos a ambos en peligro, pero después de que me dijera cómo se sentía, ¿cómo podría irme? ¿Cómo podría simplemente alejarme de todo lo que siempre he querido? Solo quiero ser feliz. No es justo.

Dejé salir un sollozo enojado y, sintiéndome drogada y pesada, me acerqué a Nikki. Deslizándome más cerca, me envolvió en sus brazos y me hizo arrulló.

—Nada de esto es tu culpa, Mila —dijo, frotando su mano arriba y abajo en mi espalda—. Nada de esto ha sido tu culpa, y no puedes seguir cargando todo esto sola. Creo que es hora de ir a la policía. Realmente lo creo.

Podía oír la tristeza en su voz, pero era más dominante la preocupación, sonaba más preocupada de lo que nunca la había escuchado antes. Sin embargo, aun a sabiendas de que tenía razón, que sin duda debería ir a la policía, no podía. Nunca había sido capaz de confiar en la policía antes. Para mí, siempre habían sido tan malos, si no peor, que la gente que se supone de las que nos proteja.

—Ya no estás en Tennessee, cariño —continuó, ya sabiendo lo que iba a ser mi argumento, después de haberlo escuchado muchas veces antes—, y esta no es una ciudad



pequeña. Te ayudarán, Mila, te lo prometo. Aquí nadie va a hacerte daño. No voy a dejar que lo hagan.

Sus últimas palabras fueron pronunciadas con verdadera convicción. Nikki, pequeña cosa que era, era una rudimentaria neoyorquina, lista para luchar por la gente que le preocupaba, sin importar quién era el enemigo. Y la amaba por eso.

—Tengo miedo, Nikki —susurré con voz ronca.

—Lo sé —susurró—, y voy a ser sincera, tengo miedo también. Pero no se puede vivir así, siempre corriendo, siempre con miedo. Mereces ser feliz.

Me aferré a ella con más fuerza, cerrando los ojos con fuerza, tratando de imaginar un mundo sin miedo, un mundo en el que podía ser honesta acerca de quién era y todo lo que había soportado.

Un mundo con Nikki y con Will. Un mundo en el que por fin lograra ponerme primero.

—Está bien —murmuré, tragando con fuerza. Obligando a mis lágrimas a detenerse, dejé escapar un suspiro tembloroso antes de alejarme de Nikki—. Lo haré. Voy a ir a la policía. Pero...

—¿Pero qué?

Presionando mis labios, sacudí la cabeza.

—Nada. Es estúpido. Estaba pensando que voy a tener que decirle todo a Will, y entonces me acordé de esta cosa de caridad a la que me está llevando este sábado. Iba a presentarme a su familia...

Sintiendo el peso de lo que estaba por venir, me callé. No podía saber a ciencia cierta, no hasta que se produjera la revelación, pero tenía la sospecha de que una vez que Will supiera la verdad sobre mí...

—Estás preocupada de que podría marcharse, ¿verdad? ¿Una vez que lo sepa?

Sintiendo una oleada de miedo, que no tenía nada que ver con mi pasado y todo que ver con mi futuro, asentí.

—Mila... el hombre ya admitió que te amaba. No va a abandonarte ahora.

Negué con un gesto.

—Sí, pero es demasiado pronto para poner toda mi carga en él. ¿Puedes imaginar lo que va a pensar de mí...?

Porque oh Dios, una vez que se enterara de la profundidad de todo, todos los horribles detalles, solo podía imaginarlo sintiendo exactamente una cosa hacia mí: asco.

—Mila, ¿cuántas veces tengo que decírtelo antes de que empieces a creermelo? No hiciste nada malo. No sabías. Y cuando lo supiste... —Deteniéndose, tomó mis manos en las suyas y apretó—. Y cuando lo supiste, ya era demasiado tarde. Y si Will vale la pena, se dará cuenta de eso.

—Pero...

—Nada de peros, Mila. El hombre te adora. Va a hacer todo lo posible para protegerte, y yo también lo haré. Pero tienes que tratar de protegerte a ti misma, y eso significa algo más que correr y esconderse.

Una pequeña sonrisa curvó mis labios.

—Estoy muy agradecida por ti, Nikki.



—Así que vas a ir —dijo Nikki, de repente sonriendo alegremente—. Vas a ir a la cosa de caridad, vas a divertirte con Will, conocer a su familia, bailar y beber y olvidarte de todo lo demás. Y después, le cuentas todo. —Se encogió de hombros—. Y si se arrepiente, se arrepiente, y es su pérdida por dejar de lado lo mejor que puede sucederle en la vida. Pero independientemente de lo que suceda con él, ven el lunes por la mañana, vamos a ir a la policía, juntas. ¿Bueno?

Sosteniendo firmemente las manos de Nikki como si fuera mi línea de vida, que en ese momento lo era, respiré profundamente y estremeciéndome la liberé.

—Está bien... —le dije, e intenté otra respiración calmada—. Bueno.



Will caminó rápidamente por la acera, abrochándose la chaqueta. Aún tenía que llamar a Richard para que vaya a buscarlo, necesitaba un tiempo para pensar, para aclarar su cabeza, para simplemente hacerse a la idea de todo lo que había ocurrido desde la noche anterior, infiernos, desde que había conocido a Mila.

Algo no tenía sentido, sabía eso, sin embargo, teniendo en cuenta que Mila acababa de perder una amiga, sabía que ahora no era el momento para hacer surgir las rarezas de su reacción ante su pérdida.

Aunque la gente tiende a actuar irracionalmente de cara al dolor, ¿no?

Y cuando lo pensaba, realmente no conocía a Mila del todo bien. ¿Cómo podría? Solo habían estado saliendo un par de semanas, apenas el tiempo suficiente para conocer a una persona por dentro y por fuera.

Sin embargo, algo estaba molestándolo, a pesar de que podría haber sido el hecho de que ella había empacado todas sus pertenencias terrenales y estaba dispuesta a abandonar el barco sin siquiera molestarse en decírselo a una sola alma. ¿Qué hubiera pasado si no hubiera aparecido? ¿Podría alguna vez haber llamado? ¿Habría regresado algún día?

¿Era así como se manejaba en situaciones estresantes? ¿Era esto algo que tenía que preocuparlo? Tenía la sensación de que lo era, pero no podía alejarse de ella, o esto, incluso si quisiera.

Metiendo las manos en los bolsillos del abrigo, Will frunció el ceño hacia el cielo. Sí, eso era precisamente la raíz de su malestar. Pero, de nuevo... tal vez sus preocupaciones eran precisamente eso. Después de todo, ella le había dicho que lo amaba. Y tal vez eso lo había cambiado todo. Tal vez ahora, cuando algo terrible sucediera, en lugar de correr, acudiría a él.

Disminuyendo el paso, miró rápidamente alrededor antes de detenerse completamente en una cafetería cercana. Mirando a ambos lados antes de cruzar, se bajó de la acera y corrió al otro lado de la calle. Abriendo la puerta, fue recibido por una ráfaga de aire junto con el aroma celestial del pan recién tostado.

Tomando asiento en el bar, una camarera se acercó a recibirlo, sintió que su teléfono comenzaba a vibrar. Suspirando, lo sacó del bolsillo de su pantalón, y volvió a suspirar al ver quién era la persona que llamaba. Hizo un gesto para pedir un café, señalando un signo cercano que decía *Americano espresso* antes de pulsar aceptar, y llevó el teléfono a la oreja.

—Mamá —dijo terminante, en absoluto de estado de ánimo para lo que quisiera discutir.

—¿Por qué no has estado contestando el teléfono? —preguntó, de un modo que siempre lo hacía sentir como un niño—. He estado llamando y llamando.



—Porque soy un hombre adulto —contestó—, que tiene una vida fuera de contestar el teléfono y dar explicaciones cada cinco minutos.

A mi madre, de todas las personas, continuó en silencio.

Hubo un fuerte *tut* en el otro extremo de la línea, y sabía que la había ofendido. Suspiró, sintiéndose culpable e impaciente a la vez. No era culpa suya que estuviera de tan mal humor. Por una vez.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó, tratando de suavizar su voz y quitarse de la situación límite en que su familia siempre parecía ponerlo.

—Eso está mejor —canturreó—, la gala de tu hermana es este fin de semana, y estoy llamando para asegurarme de que tienes tu más uno. Si no es así, no hay necesidad de preocuparse, tengo una cita para ti. —Sonaba como si estuviera sonriendo ahora—. Es fabulosa, ha estado viviendo en Europa durante un año. Y es perfecta para ti.

La camarera dejó el café frente a él y Will dijo un silencioso *gracias*.

—Perfecta para mí, ¿eh? —preguntó, ahogando una risa.

Su madre seguía hablando, describiendo la familia de esta mujer, y lo bueno que sería que sus nombres se conecten. Ella hizo una pausa en su último comentario, no notando por completo el sarcasmo en su comentario.

—Bueno, por supuesto, Will. Solo lo mejor para mis hijos.

Puso los ojos en blanco.

—Madre, no. Tengo una cita. No hay necesidad de preocuparse.

Ella continuó hablando, ya sea eligiendo ignorar su comentario, o posiblemente no oyendo por encima de su propia voz.

Will levantó la voz y dijo una vez más, con la esperanza de que esta vez tomaría la indirecta.

—Tengo una cita, madre.

—Tonterías. —Ella chasqueó la lengua otra vez—. ¿Quién? —añadió luego en tono irritado.

—Su nombre es Mila —dijo, inseguro de como empezar o qué compartir acerca de la mujer de la que se había enamorado tan rápidamente.

—Su apellido, William. ¿Cuál es? ¿Quién es su padre? ¿Los conocemos? Nunca he oído hablar de una Mila. —Sonaba curiosa ahora.

—No, no sabes de ella, ni de su familia. —Will inhaló ruidosamente, preparándose para el aluvión de quejas que, sin duda, seguirían—. Es de Tennessee, trabaja como camarera, y la amo.

Allí, lo había dicho. Lo quitó fuera del camino. En el fondo, su madre tuvo que haber sabido que no iba a conformarse nunca con una mujer de clase alta que solo quería casarse con él por su apellido y su cuenta bancaria. Por lo menos, lo sabría si le hubiera estado prestando atención en absoluto durante los últimos más de treinta años...

—¿Una camarera? —preguntó en voz baja, seguida de una seca risa condescendiente—. No seas ridículo, William. Tu padre nunca lo permitiría —Hubo una larga pausa y luego—: ¿...Tennessee? ¿Y qué? ¿La amas? ¿Amas a una camarera? ¿Es eso lo que dijiste? —Rió de nuevo, pero sin humor esta vez. En todo caso, sonaba ansiosa.

Will suspiró por lo que pareció enésima vez y se pasó una mano por la cara.



—No es cosa de papá, o tuya, para el caso, como sigo diciéndote...

—Eres un hombre adulto, sí, William, has dicho eso en repetidas ocasiones. Y sin embargo, tu padre y yo aún no hemos sido testigos de que tomes decisiones de un hombre. Es decir, hacer lo correcto por tu familia.

—La amo, Madre —dijo entre dientes.

—Tonterías —le espetó en respuesta.

—Te veré el sábado.

—William...

—Basta, madre. Solo se amable con ella. —Sintiéndose abrumado y exasperado por su intromisión, estaba más que listo para colgar—. Necesito irme. Tengo que ir a trabajar.

—Solo quiero que seas feliz —dijo en voz baja.

—No, lo que deseas es que mantenga la norma.

Se hizo el silencio, ninguno de ellos tenía nada más que decir sobre el asunto. Era cierto, y lo sabía, pero no podía admitirlo; era demasiado terca y orgullosa. Pero tenía razón en una cosa: su padre no aprobaría su relación con Mila. En el fondo había sabido eso todo el tiempo, pero no fue hasta las últimas veinticuatro horas en que se dio cuenta de lo importante que era para él que ellos aceptaran a Mila. No iba a renunciar a ella, y las consecuencias de eso...

Bueno, cuando se trataba de su familia, las consecuencias podrían ser desastrosas.

—Adiós, madre. Nos vemos el sábado. —Sin esperar a que ella responda, apagó su teléfono y lo dejó sobre el mostrador. Recogiendo el espresso que la barista le había dejado, tomó un sorbo.

—Nunca sé qué demonios ordenar en estos malditos lugares —dijo una voz.

Will se volvió hacia el profundo acento sureño y encontró a un hombre sentado a su izquierda. Era un hombre promedio, cercano en edad y altura a Will, pero más amplio y un poco más fornido. Vestía sencillamente con jeans y camisa de franela oscura, corto pero despeinado cabello oscuro y una barba a juego.

—Me quedo con el café de la casa, entonces —Will respondió—, sencillo.

Sonriendo, el hombre se pasó la mano por la corta barba y sacudió la cabeza.

—Nunca me gustaron las grandes ciudades. Demasiado para elegir, ¿sabes? Le quita toda la diversión a disfrutar de algo cuando tienes que pasar una hora decidiendo.

Will sonrió cortésmente en respuesta. Sentía lo contrario: siempre había disfrutado de la variedad, la ansiaba incluso. La variedad rompía la monotonía mundana de la vida cotidiana. Pero, al mismo tiempo, comprendió de dónde el hombre venía. Simple a veces era mejor, siempre apreciando lo que tenías, sin importa que fuera poco.

—¿Solo visitando? —Se encontró preguntando—. Nueva York puede ser abrumador si no has estado antes por aquí. Puedo recomendar...

—Gracias por su amabilidad —interrumpió el hombre—, pero he estado aquí antes. Negocios, ¿sabes? Nunca me gustó mucho. No soy mucho de la clase turística de mierda. Y las mujeres de aquí... —El hombre hizo una mueca y Will se encontró ahogando una risa—. Me encuentro a mí mismo contando los minutos hasta que pueda volver a casa —finalizó.

—¿Las bellezas del sur son mucho más atractivas, entonces? —preguntó, antes de tomar otro sorbo de su café espresso.



Cuando el hombre no respondió rápidamente, Will levantó la vista y lo encontró mirándolo fijamente, su boca convirtiéndose en una mueca. Otro momento pasó, y todavía no dijo nada.

Comenzando a sentirse incómodo, rápidamente terminó lo último de su café y tomó su teléfono.

—Disfrute de su estancia —dijo, bajando del taburete. Tomando su billetera, sacó un billete de diez dólares y lo puso sobre el mostrador.

—Una vez que has tenido una buena mujer del Sur —dijo el hombre de repente—, nunca la dejas ir.

Will abrió la boca para responder, incluso sin saber lo que iba a decir, pero la camarera se le adelantó.

Con las manos firmemente colocadas en sus amplias caderas, arqueó una ceja perfectamente esculpida e imperiosa hacia el hombre.

—¿Y si ella quiere irse? —preguntó, torciendo los labios pintados de rojo en una sonrisa burlona—, ¿la atas?

Sonriendo, el hombre se inclinó sobre el mostrador.

—Si eso es lo que se necesita, cariño —dijo en voz baja.

Will sonrió.

—Creo que en el camino hacia el corazón de una mujer, para mantenerla, está permitido que tome sus propias decisiones.

La camarera señaló una uña larga de color rojo en su dirección y asintió.

—Incluso si eso significa dejarla ir —agregó.

El hombre se volvió hacia Will, una sonrisa sin sentido del humor en sus labios.

—Esa es la manera de un niño pequeño de hacer las cosas. Un hombre de verdad mantiene a su mujer a su lado, no importa lo que cueste.

Mientras que la camarera resopló y se dio la vuelta, Will negó con un gesto de la cabeza e hizo lo mismo.

Había toda clase en Nueva York, pensó, y se dirigió hacia la puerta.



Dietséts

El trabajo estaba lleno, muchísimo, y mi creciente irritación empeoraba con la sensación constante y persistente de que estaba siendo vigilada. Era ridículo, ¿no? No había manera de que pudiera haber sido encontrada. Había ido a tales extremos para esconderme. Pero Mónica había sido hallada, y si a ella la habían encontrado tan fácil... No podía sacarme esta sensación inquietante, o la preocupación de que si aún no me habían encontrado, pronto lo harían.

Peor aún, esta noche era la gala de caridad. Hoy conocería a la familia de Will... y le contaría la verdad sobre mí. Mi horrible verdad.

Dejando mi última cuenta, agradecida de que finalmente ya era hora de mi descanso, fui a la parte de atrás, sólo para encontrarme con Carlos en el pasillo. Con la cara roja, me miró.

—¿Dónde estás hoy, Mila? —me preguntó. Su rostro estaba tenso por la exasperación, levantó las manos en el aire exageradamente—. Aquí no, seguro.

Lo miré con la boca abierta. Carlos no era un gritón; era una persona centrada, relajada, y un chico bueno. El hecho de que gritara... Realmente lo debo de haber defraudado.

—Sólo porque tengas un nuevo novio no quiere decir que vayas a aflojar — continuó—. ¿Con cuántas órdenes metiste la pata hoy? ¿Cuántas comidas se te cayeron?

Me encogí y di un paso hacia atrás. Había estado distraída; había estado distraída desde hace días, desde que me había enterado lo de Mónica. Pensando en Will, mi futuro y mi pasado estaban colisionando, y el temor de estar a punto de perder todo me estaba consumiendo.

—Carlos, lo siento —farfullé—. No me di cuenta.

Pero sí me di cuenta. Sabía exactamente lo mal que había estado hoy. Había escrito mal tres pedidos, dos veces cobré mal y más de una vez me tropecé y tiré la comida de los clientes... sobre ellos. Hoy había sido una pérdida de mi tiempo tanto como el de Carlos, y probablemente nos había costado más de lo que debería.

Frunciendo los labios, Carlos negó con la cabeza, consternado.

—Eres una gran camarera, Mila, un poco torpe, pero aun así, nunca he tenido ningún problema contigo. Pero últimamente... —Se calló y sacudió la cabeza de nuevo—. Necesitas enfocarte o no tendré opción... voy a tener que despedirte.

Lo miré, sintiéndome horrible, sin saber qué decir o hacer.

—Creo que ya debería irme a casa hoy —murmuré, sintiéndome de pronto al borde de las lágrimas—. Tengo mucho que hacer, y estoy haciendo un lío de todo.

La expresión de Carlos cambió, su molestia y enojo pasó a ser compasión. Esta vez, cuando él negó con la cabeza, fue por lástima.

—Tienes que tomarte vacaciones —dijo. Suspirando, se acercó y le dio a mi brazo una palmadita rápida—. Tomate algo de tiempo, vuelve más relajada.



Saliendo de mi camino, hizo un gesto para que fuera a la sala de descanso y le sonreí, murmurando “gracias”

Con el abrigo y el bolso a cuestas, dejé el restaurante. Era un día caluroso; la tormenta había lavado las calles, dejándolas limpias y el aire olía a fresco, al menos para los estándares de Nueva York. Me abrí paso por las aceras llenas de gente, sin saber qué hacer ahora que tenía el día libre. Me sonó el teléfono, vibrando dentro de mi bolso. Rebuscando, encontré varios mensajes perdidos de Will. Leyéndolos rápido, empecé a sonreír, una sonrisa que creciendo con cada nuevo mensaje.

Pensando en ti.

Te extraño.

Lláname cuando llegues a casa.

Habían pasado varios días desde que lo había visto por última vez, sin embargo, habíamos hablado muchas veces. Me daba cuenta de que todavía estaba herido y confundido por todo lo que pasó, pero había dejado de hacer preguntas. No sabía si sentirme preocupada o aliviada. De cualquier manera, le iba a decir todo lo suficientemente pronto.

Me detuve en una esquina y esperando a que el semáforo cambiara, le respondí con un mensaje de texto, haciéndole saber que tenía el día libre y que estaba pensando en utilizar ese tiempo para hacerme la manicura y pedicura para esta noche.

Ni un minuto después de apretar “enviar”, mi teléfono comenzó a sonar.

—Hola, Will.

—El día entero libre, ¿y ni siquiera vas a venir a verme?

—Ya me verás esta noche —le dije, sonriendo—. Además, quiero verme perfecta cuando conozca a tu familia.

Mirando para arriba, viendo que la luz había cambiado, caminé y crucé rápido.

—¿Por qué no usas a Richard hoy? Haz que te lleve a donde necesites.

Riéndome, negué, moviendo la cabeza.

—¿Usar a Richard? No, no me sentiría cómoda y el lugar donde Nikki se hace la manicura sólo queda a un par de cuadras de mi apartamento.

—¿Estás segura? No hay problema, estoy seguro de que a Richard le gustaría poder pasar...

Algo duro y pesado me golpeó en el hombro, haciendo que se me cayera el teléfono. Maldiciendo, mi di la vuelta para agarrarlo.

—Lo siento, cariño.

Me quedé dura, todo el aliento abandonó mi cuerpo. Levantándome de un salto, examiné la acera y el puñado de gente pululando a mi alrededor, sin ver a nadie fuera de lo normal... o nadie familiar.

Pero esa voz...

Mordiéndome fuerte el labio, mire el teléfono y me lo llevé a la oreja.

—¿Mila? ¿Mila?

—Estoy aquí —susurré, aun mirando alrededor—. Se me cayó el teléfono.

—¿Está todo bien? —me preguntó Will.



No, definitivamente no estaba nada bien. O mi paranoia me estaba volviendo lentamente loca o en realidad me estaban vigilando. No podía estar solamente imaginándolo, ¿o sí? La sensación había estado allí todo el día, sobre mi cabeza como una nube de lluvia a punto de estallar.

De repente, quería correr de vuelta al trabajo, al restaurante, a donde había gente, gente que me conocía. Estar aquí, sola, en medio de la calle, ¿quién se daría cuenta si un auto parara y me secuestrara? Nadie se daría cuenta. A nadie le importaría.

—¿Mila?

Sacudiendo la cabeza mentalmente, alejándome de los pensamientos morbosos, comencé a caminar de nuevo.

—Lo siento —dije—. Estoy aquí. Estoy bien.

—¿Estás segura? —me preguntó, su tono expresaba preocupación—. Parecías... —Se calló, e hice una mueca. Independientemente de lo mucho que habíamos progresado en nuestra relación al profesarnos nuestro amor el uno al otro, también había retrocedido cuando yo decidí no decirle la verdad sobre mí.

Tenía que arreglarlo y esperar que me perdonara... que me perdonara por mis mentiras, por mi pasado, y por lo que iba a venir si mi pasado me alcanzaba alguna vez.

—¿Te he dicho últimamente cuando me encanta el vestido? —le dije, esperando que me saliera coqueta y traviesa en vez de ansiosa, que es como me estaba sintiendo.

—Como setecientas veces, más o menos —se rio.

El vestido había sido entregado el día anterior, un vestido absolutamente impresionante y de talle perfecto. Me había sorprendido, no sólo que él había sabido mi talle, sino que también había elegido personalmente un vestido que hubiera elegido yo misma.

—Bueno, me encanta —le dije—. Es hermoso. No tenías por qué hacerlo.

—Sí —insistió—. Cosas bellas para chicas bellas, ya sabes.

—Eres demasiado bueno para mí —dije en voz baja, cerrando los ojos bien fuerte por un momento. Dios, se merecía algo mejor que yo, y mucho mejor que esta terrible situación en la que lo estaba metiendo.

—¿Te veo esta noche?

—Claro —murmuré—. Adiós.

Corté, volví a meter el teléfono en el bolso y apuré el paso, por un lado deseando no haber atendido el teléfono, y por el otro contenta de haberlo hecho.

Junto con la terrible sensación de que me estaban persiguiendo, no pude evitar pensar que tal vez estaba perdiendo a Will, a nosotros, antes de siquiera comenzar de verdad. Por una parte me hubiese gustado que la noche ya se hubiera terminado y ya hubiese revelado todos mis secretos. Sin embargo, haber hablado con él también me tranquilizó. Había algo sobre Will que calmaba mi alma y me hacía olvidar de las cosas que más temía. Incluso aunque sólo fuera un momento.



Terminando de darle los toques finales a su moño de seda, nunca le habían gustado esas malditas cosas, Will miró su reflejo en el espejo. Estaba nervioso, demasiado nervioso para su gusto, estaba acostumbrado a como se sentían sus padres respecto a sus decisiones.



Pero esto era diferente, porque Mila era diferente. Ella era importante, y porque era importante, estaba nervioso. No, maldición, casi estaba temblando de la ansiedad.

Podrían arruinar todo para él, su familia, con una mirada mordaz o algunas palabras humillantes, y Mila podría decidir que no valía la pena el dolor de cabeza y la angustia. Will sabía que Mila no era del tipo superficial, pero... ¿cuánto abuso podría soportar alguien antes de salir corriendo?

Lo que lo llevaba a otra preocupación: Mila saliendo corriendo. Era propensa a correr, de eso ya se había dado cuenta. Sacudiendo la cabeza, se maldijo por lo bajo. No lo iba a hacer esta noche; no iba a insistir en lo que ya había sucedido. Ya tenía suficiente así, porque en lo que se refería a su familia, todo podía salir mal.

Habiendo terminado de acomodarse su moño, se inclinó sobre la cómoda y se miró los dientes, dándoles una última inspección antes de pasarse la mano por el cabello. Luego hizo una pausa, mirándose a sí mismo, sus ojos ligeramente abiertos.

Luego se echó a reír.

—Increíble —murmuró, sacudiendo la cabeza. Se comportaba como una mujer. Haberse enamorado de Mila lo había hecho una mujer, preocupándose por todo, preocupándose mucho más que siempre. El amor lo estaba convirtiendo en un idiota y un inepto con un estómago nervioso, y que hablaba solo en el espejo.

En el peor de los casos, su familia sería horrible con ella. Terminaría ya siendo regañando a su hermana o golpeando a uno de sus hermanos. Los dos crearían una escena que su familia iba a encontrar imperdonable, y entonces lo desheredarían de por vida.

Por extraño que pareciera, ese resultado no le molestaba tanto como debería haberlo hecho. Era cierto que amaba a su familia, incluso a su hermana viciosa, pero eso era más una obligación familiar que otra cosa. Su padre y él ya estaban en desacuerdo, pero su madre... Por más prepotente y ridícula que pudiera ser, seguía siendo su madre. Así que en realidad, mientras que el ostracismo de su familia podría parecer lo mejor, a largo plazo lo perjudicaría.

—Cruza los dedos —le dijo a su reflejo—, que todos salgan ilesos esta noche.

Yendo hacia la puerta, pasó por toda su habitación, sacando su chaqueta de la silla al salir.

—Zapatos —dijo Richard, cuando lo encontró en el vestíbulo.

Will se miró los pies.

—¿Por qué? ¿Qué tienen de malo mis zapatillas?



Treinta minutos más tarde Richard estaba estacionado frente al edificio de apartamentos de Mila. Will, que acababa de salir del auto, con la mano todavía en el pomo de la puerta, vio que la puerta de entrada del edificio se abría.

El vestido que había elegido le abrazaba la figura, era largo y de color crudo, con escote halter y espalda abierta, brillaba bajo la luz de las farolas, brillando perfectamente contra la piel ligeramente bronceada de Mila. Dos pequeños aros de oro colgaban de sus orejas, mientras sostenía fuertemente un pequeño mitón blanco.

Tenía el cabello suelto, sus ondas naturales estaban peinadas en gruesos rizos que colgaban pesados por su espalda y que enmarcaban perfectamente su rostro en forma de corazón. Llevaba mucho más maquillaje que siempre, obra de Nikki, pensó, observando los



ojos ahumados y labios color vino. Y aunque ella se veía hermosa sin importar qué, incluso después de despertarse, de que su cabello fuera un desastre, y su maquillaje estuviera corrido, en ese mismo momento nunca había visto algo más hermoso que ella.

Mirándola bajar las escaleras, Will sintió que su ansiedad disminuía. Todo lo que había sucedido la semana pasada y todo lo que podía suceder esta noche... no importaba.

Ella era la única.

Era... *la única*.



Diecieste

Will me sonrió, con la clase de sonrisa que era exclusiva y reservada solo para momentos especiales. La clase que vez en películas y lees en buenas novelas. Me sonrió como si fuera la única aquí y en respuesta le sonreí a él. Toda la preocupación en que me había estado ahogando todo el día, la tensión de los últimos días, todo se alejó.

Me encontró a medio camino bajando las escalas, extendiéndome su mano, y la tomé con una sonrisa. Lucía apuesto, casi hermoso, bajo el sol poniéndose en el fondo, los brillos naranjas reflejándose en su cabello desordenado. Se había afeitado y las líneas cuadas de su mandíbula eran visibles, haciéndome querer pasar mi mano a lo largo de esta, inclinarme y besar su boca.

—Mila, te ves... —Negó ligeramente con un gesto y tragó, luciendo casi nervioso—. Te ves impresionante.

Me reí por el halago.

—También luces muy bien —dije tímidamente.

Acercándose a mí, Will puso su cuerpo al ras del mío. Colocando una mano en mi espalda baja, descendió su cabeza y presionó un beso en mis labios. Lo besé de regreso fervientemente, perdiéndome en él, en este beso y todo lo que me estaba haciendo sentir.

Alguien se aclaró la garganta detrás de nosotros y me aparté rápidamente, mirando sobre su hombro para encontrar a Richard sonriendo en nuestra dirección. Riéndome, me llevé una mano sobre mi boca para dejarla caer inmediatamente, preocupada por mi brillo labial.

Will comenzó a reírse.

—Aún está perfecto —dijo—, como tú.

Me guió hacia el auto donde Richard estaba esperando, sosteniendo la puerta abierta.

—Richard —dijo Will, despidiéndolo para sostenerla él mismo para mí.

Me deslicé dentro y subió después de mí, antes de cerrar la puerta detrás de ambos.

Mientras comenzábamos a andar por la calle, me enfoqué en Will: su proximidad, el olor de su colonia, sus sorprendentes ojos azules mirándome con tal deseo insaciable que mi corazón ya alterado comenzó a latir con más rapidez.

—Vas a tener que dejar de mirar tarde o temprano —le dije, riéndome.

—¿Por qué? —preguntó, alzando su ceja en pregunta y riéndose—. Me gusta la vista.

Luchando con una sonrisa, aparté la mirada y caímos en un silencio satisfecho y cómodo. Los siguientes minutos pasaron en un borrón de edificios y lámparas mientras trataba de pensar solo en esta noche. Will sabría la verdad muy pronto; iba a divulgarle todo, cada horrible detalle. Y, una vez supiera la verdad y si me aceptaba por quién era realmente, tal vez podría aprender a vivir de nuevo. No solo a existir, sino a vivir, real y verdaderamente.

Rompiendo el silencio, se aclaró la garganta y capturó mi atención.



—Así que probablemente debería informarte sobre mi familia —mencionó, luciendo incómodo.

Su familia. Temía conocerla casi tanto como temía contarle a Will la verdad. Para ser honesta, después que me hubiera dicho cómo reaccionarían a mí, felizmente podría haber renunciado a conocerlos para siempre. Aun así, parecía importante para él. ¿Cómo podría negarle esta pequeña cosa? Y, a pesar de lo mucho que me había advertido sobre ellos, ¿qué tan malos podrían ser? ¿Qué clase de persona menospreciaría a otra simplemente por su profesión o sus finanzas? O en mi caso, la falta de estas.

—Me disculpo de antemano —continuó—. Ellos son... ¿cómo puedo decirlo? —Pasándose la mano por su cabello, dejó salir un largo suspiro de sufrimiento y se encogió de hombros sin poder hacer nada—. Son idiotas.

Al frente, Richard soltó una carcajada.

—Eso es decir poco —murmuró él.

Resoplando, negué con un gesto, solo para ver que Will no se estaba riendo. Estaba mirándome, sus rasgos tensos de preocupación.

—¿Qué pasa? —pregunté, tomando su mano entre la mía.

—Quiero que sean amables contigo —murmuró.

—También yo —dije, riéndome.

Apartando la mirada, se movió en su asiento.

—Mi familia, ellos tienden a casarse con otros...

—Para ahí —dije—, ¿quién dijo algo sobre matrimonio?

De nuevo Richard se rió, haciendo que las mejillas de Will se sonrojaran.

—No —comenzó y se pasó una mano por el rostro—. No, no quise decir...

Me reí suavemente.

—Sé lo que quisiste decir. Y lo entiendo: tu familia no me aprobaría porque... bueno, porque no cumplo con sus estándares. Lo entiendo, pero Will, no estoy aquí por ellos. Estoy aquí por ti.

Y lo decía en serio. Estaba aquí por Will, no por su familia. Su familia, tanto como esperaba agradarles, no me preocupaban. Lo que me preocupaba era cómo reaccionaría Will si su familia de verdad era tan mala como estaba haciéndola sonar. Si ellos me desaprobaban... ¿lo haría él?

Llevando mi mano a su boca, colocó varios suaves besos sobre mis nudillos.

—Te adoro —declaró, sonriendo.

—Llegamos —mencionó Richard y ambos nos giramos hacia la ventana.

Richard acababa de girar por un largo y sinuoso camino, la galería se asentaba orgullosamente al final de este. Viendo otros autos a la distancia, la cantidad de gente, las cámaras destellando, el gasto y el puro lujo de todo... un escalofrío serpenteaba por detrás de mi cuello.

—¿Tienes frío? —preguntó.

Negué con un gesto y sonreí.

Nos detuvimos frente a los largos escalones, una alfombra roja tendida toda la longitud de estos y dos meseros vestidos de traje a cada lado. La puerta se abrió y Will salió



primero, luego llegó por mí. Tomando su mano, respiré profundamente sintiéndome enferma y todas mis palabras de confianza de hace momentos se esfumaron.

—Oye —dijo Will suavemente. Acunando mi barbilla, gentilmente levantó mi rostro.

Lo miré a los ojos, encontrándolo sonriéndome como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, como si no estuviera por conocer a su familia y ser rechazada y avergonzada en frente de toda una reunión de ricos y famosos.

—Podemos irnos —dijo en voz baja—. No tenemos que hacer esto si no estás cómoda.

Cerrando mis ojos, solté mi aliento.

—No —susurré, negando—. No, vamos a hacer esto.

—¿Estás segura?

Abriendo mis ojos, asentí.

—Estoy segura. Hagamos esto.

Abrazándome a su costado, comenzó a avanzar. Destellos de cámaras se dispararon, el nombre Will fue pronunciado; aunque, qué le preguntaban, no lo sabía. Pegada a él, mantuve mi cabeza baja mientras me guiaba rápidamente hacia los escalones y a la galería.

Una vez dentro, nos llevó a una esquina sombría, fuera del camino de las personas entrando después de nosotros. Envolviendo sus brazos alrededor de mi cintura, inclinó la mirada hacia mí, la preocupación arrugando sus rasgos.

—¿Estás bien? —preguntó suavemente.

—Sí —mentí, mi corazón todavía aleteando en mi pecho.

—Eso es bueno —susurró—, porque los visitantes han visto a los monos.

Fruncí el ceño.

—¿Monos?

—Mis padres —respondió—. Iban delante de nosotros y ahora están esperándonos.

Incluso aunque mi estómago se desplomó a mis pies, me reí ligeramente.

—¿Acabas de llamarme mono?

Riéndose tímidamente, Will resopló.

—Supongo que lo hice... ¿Lista?

Entrelazando sus dedos con los míos, me llevó hacia ellos. Tragando con fuerza, levanté la vista. Justo adelante del otro conjunto de puertas, parada a un costado y fuera del flujo de personas, había una pareja mayor muy bien parecida.

Su madre era hermosa, de forma sorprendente. Alta y delgada, con un largo cabello rubio apartado de su rostro y ojos iguales que los de Will: un penetrante azul. Aun así, no eran exactamente los mismos. Mientras más nos acercábamos, mientras sostenía su mirada, me di cuenta de qué estaba faltando: estos carecían de la calidez y luz que los de él tenían. De pie a su lado, con los ojos fijamente sobre Will, su padre era un apuesto hombre mayor: bien afeitado y con su cabello castaño salpicado de gris.

—Madre, padre. —Will saludó a sus padres—. Esta es Mila. Y Mila... —Will se detuvo para observarme—... te presento a Elise y William, mis padres.



Will soltó su agarre y tomé la mano extendida de Elise, dándole un suave apretón. Inesperadamente, se inclinó y besó el aire junto a mis dos mejillas. Sobresaltada y sorprendida, apenas tuve suficiente tiempo para devolver el gesto antes que se apartara.

—Te ves adorable, Mila —dijo Elise con suavidad. Mientras me observaba de la cabeza a los pies, su sonrisa tentativa se volvió cortante—. Tu vestido —reflexionó, su tono suave—. ¿Un Channel, me parece?

—Fue un regalo —intercedió Will y solté un suspiro silencioso de alivio, agradecida que Will me salvara de la vergüenza de no saber quién hizo mi vestido.

Su padre chasqueó la lengua y miró hacia otro lado, pero su madre aún sostenía mi mirada.

—Ahhh —murmuró con admiración—. Que amable contigo, Mila. Que regalo más encantador, debes haber estado emocionada.

Su tono no era nada más que amable, dulcemente azucarado y sin una pizca de resentimiento. Al escucharla, uno no pensaría que no era nada más que una madre amorosa simplemente saludando a su hijo y su novia. Pero sus ojos contaban una historia diferente: Elise Townsend usaba sus ojos como arma. Ellos miraron dentro de mí, me registraron con desaprobación y luego inmediatamente me arrojaron dentro de la basura que, por los obvios estándares de Elise, era donde pertenecía.

La vergüenza inundó mis mejillas. No le había pedido a Will que me comprara nada. Peor aún, no podía pensar en ninguna cosa para decir en respuesta. ¿Hubiera sido mejor si hubiera usado uno de los vestidos de Nikki? Probablemente no. No había cómo ganar con sus padres, podía ver eso ahora. Nunca sería lo suficientemente buena para su hijo, ¿y quién podría culparlos? Ciertamente no quisiera que una mujer como yo se involucrara con mi hijo.

—Mi hijo debe ser un sueño hecho realidad para ti, Mila —continuó, ignorando a Will—. El cuento de Cenicienta en la vida real ¿cierto? —Se rió ligeramente, el sonido era vibrante y sin humor.

La mano de Will se apretó en mi cintura.

—Madre —dijo, su tono era bajo y regañando.

—William. —Su padre interrumpió, su voz más profunda, más resonante de lo había esperado que fuera—. Mila. Fue un placer conocerte. Por favor, disfruten.

Luego, sin siquiera mirarme, se giró sobre sus pies y caminó hacia la multitud.

Elise nos lanzó una sonrisa conciliatoria, se estiró y le dio una palmadita a Will en el brazo, luego se giró para seguir a su esposo.

Nos quedamos de pie en silencio, yo intentando tragarme las lágrimas que estaban de repente amenazando con hacer aparición mientras Will lanzaba dagas con sus ojos tras sus padres mientras se retiraban.

—Lo siento —dijo entre dientes, con las mejillas sonrojadas por la ira, su tono teñido de decepción—. Nos iremos.

Negué con desestimación, como si nada de eso importara.

—Está bien —susurré, tratando de sonar más fuerte de lo que me sentía—. Estoy bien, lo prometo.

—Mila...

—Necesito usar el baño, sin embargo.



—Mila...

—No seas tonto, Will —dije, soltando su mano—. Está bien, estoy bien. —Mirando alrededor, registré el gran espacio, buscando los cuartos de baño—. Ya regreso —le dije sobre mi hombro y comencé a caminar a través del vestíbulo.

Una gran puerta de madera me dio entrada a una pequeña área de baños y una ayudante estaba sentada cerca de una larga fila de espejos. La mujer mayor sonrió educadamente hacia mí mientras pasaba junto a ella y entraba a la siguiente habitación, donde los cubículos estaban ubicadas. Estaba silencioso aquí, la iluminación era suave y relajante, parte de mi deseo poder pasar toda la noche aquí en cambio.

Pasando los cubículos, me dirigí hacia la fila de lavados y abrí la llave del agua. Pasando mis manos bajo el frío chorro, miré mi reflejo en el espejo.

Mi rostro y mi cuello estaban sonrojados, mis ojos brillando con lágrimas sin derramar y, aun así, el resto de mi persona lucía inmaculado: mi brillo labial, mi complexión, mi cabello y el hermoso vestido que Will había elegido para mí. Elisa había tenido razón: él tenía excelente gusto en la ropa. Tal vez tenía razón en muchas cosas. No era nada más que una... mentirosa. Mi pasado, todo por lo que había huido era de hecho algo por lo que estar avergonzada y alguien como yo no tenía nada que hacer con alguien como Will.

Pero él me amaba, ¿verdad? Y yo lo amaba. Y mientras que eso debía ser todo lo que importaba, sabía que no lo era. Will solo conocía mi yo que había inventado, la mujer que deseaba ser en lugar de la mujer que en realidad era.

¿Qué sucedería cuando le dijera la verdad?



Era una gala típica, los asistentes compuestos solo por la crema y nata del mundo financiero, todos luciendo vestidos de lujo y trajes de diseñador, haciendo alarde de ellos mismos unos con otros, cada uno tratando de superar al otro. Will había estado en un centenar como este. Por lo general, solo hacía una aparición por causa de su familia y luego inventaba algunas excusas sobre por qué no podía quedarse mucho tiempo, pero esta noche era diferente.

Esta noche quería presentar a la mujer de la que se había enamorado a su familia y, hasta ahora, eso no había salido exactamente bien.

Por supuesto, no había esperado que saliera bien, pero había esperado que solo tal vez...

Negando, cruzó los brazos sobre su pecho y, por enésima vez, miró desde la puerta de la entrada donde estaba parado hacia el baño de mujeres en el vestíbulo. Mila podría haberle restado importancia con palabras al obvio rechazo de sus padres hacia ella, pero podía decir que estaba enfadada. Y no era la única. Incluso esperando esta clase de comportamiento de parte de ellos, no había estado preparado para los sentimientos reales que vinieron con este.

Estaba enojado, en primer lugar. Y también dolido de que sus padres pensaran tan mal de él y sus elecciones. Pero más que nada, estaba avergonzado: avergonzado de sí mismo porque su familia fuera tan cortos de vista y avergonzado de ellos, de sus puntos de vista del mundo y la manera en que se relacionaban con otros que no eran de su condición social.

Así que Mila no tenía dinero, no venía de una familia con una larga línea de notoriedad financiera. ¿A quién demonios le importaba? El dinero no te hacía una mejor persona. El dinero no...

La puerta del baño se abrió y el tren de pensamientos se detuvo. Mirando mientras Mila salía lentamente del baño, absorbió su expresión con sombría resignación. Estaba molesta y todos sus planes para una bonita noche juntos fueron arruinados antes que incluso tuvieran una oportunidad. ¿Y qué demonios había esperado él? Había sido estúpido de su parte, por creer que su familia iba amarla tanto como él lo hacía.

¿Esto era lo que su destino les deparaba? ¿Una constante decepción por su familia y su comportamiento? ¿Por cuánto tiempo Mila sería capaz de soportar esta clase de tratamiento? ¿Y eventualmente serían amables con ella antes que Mila decidiera que no podía aguantar otro instante y rompiera con él?

Apartando sus pensamientos, dejó caer sus brazos a sus costados y fue por Mila, reuniéndose con ella en el medio del vestíbulo.

—Vámonos —dijo, tomando su mano en la suya—. No hay razón por la que debas ser sometida a...

Sus palabras fueron inmediatamente cortadas cuando la cabeza de Mila se levantó, sus ojos verdes brillando, una magnífica sonrisa enseñando todos los dientes, inclinando sus labios.

—No —dijo ella, con tono determinado—. Me compraste este maravilloso vestido, William Townsend, y Nikki gastó casi una hora haciéndome el peinado y el maquillaje. Y tú te has puesto un traje, e incluso intercambiaste tus zapatillas deportivas por esos zapatos terriblemente incómodos, todo para poder traerme aquí, a esta hermosa galería que ni sabía que existía antes de esta noche. —Estirando su cuello, presionó un suave beso en sus labios—. Y me prometiste un baile y voy a cobrar esa promesa.

—Eres asombrosa —dijo, mirándola, un poco maravillado por su valor—. No por el vestido. No por el peinado y ni el maquillaje. Solo por ti. Sabes eso, ¿verdad?

Una sombra de tristeza aleteó a través de sus rasgos, pero en un parpadeo se fue y una vez más Mila estaba sonriéndole.

—Cállate —dijo, su sonrisa como un suave tintineo—, y baila conmigo.



Dilectocho

Will bailaba como hacía el amor, con habilidad y gracia seductora. Sus manos estaban calientes en mi cintura, su cuerpo pegado al mío y mirándome atentamente con sus ojos azules. Nos movíamos por la pista de baile con soltura, vi las miradas de admiración de tanto hombres como mujeres. Sí, él podía bailar y también yo. No conocía ningún baile actual, pero sabía cómo moldear mi cuerpo al de mi compañero y moverme con la música.

La habitación estaba iluminada por cientos de pequeñas luces suspendidas como una red sobre la pista de baile. Se suponía que la gala era en ayuda para acabar con la caza del rinoceronte, aunque no estaba muy segura de que esa fuese la razón por la que acudió la mayoría de la gente, no había nada que sugiriese por qué se había organizado el evento, nada más que unas cuantas grandes fotografías de rinocerontes salvajes.

Para cuando la banda acabó su primer periodo estaba jadeando, mirando a Will con ojos suplicantes, implorando por un descanso. Sonriéndome, me sacó de la pista de baile, dejándome sola a un lado mientras se encaminaba al bar. Sonreí, con la firme sensación de que tendríamos una gran noche, o, al menos, él la tendría. No iba a darles a los padres de Will la satisfacción de marcharme o avergonzar a Will haciendo una escena.

—Un Manhattan —indicó Will, apareciendo a mi lado.

Quitándole la bebida, murmuré un agradecimiento y tomé un sorbo.

—Estás realmente increíble —alabó, mirándome de arriba abajo.

—Tampoco estás mal —susurré.

—William.

Una ágil rubia empujó entre nosotros, deslizándose al lado de Will. Rodeándole la cintura, se inclinó y siseó:

—Foto.

Un hombre con una gran cámara les sacó varias fotos mientras yo los miraba, sintiéndome incómoda, confundida y celosa. ¿Quién era? ¿Era una ex?

—Grace me gustaría presentarte a alguien. —Alejándose de la cámara hizo un gesto hacia mí—. Grace esta es Mila. Mila mi hermana Grace.

Abrí los ojos como platos, mientras la sorpresa y el alivio me atravesaban. Por supuesto que era su hermana, después de todo, este era su evento. Y sabiendo quién era ahora, pude ver el impresionante parecido entre ella y Elise. Y al igual que su madre, también me miraba con evidente desprecio.

—¿Qué pasó con Michelle Collier? —Despachándome antes de mirarme siquiera, Grace se giró hacia su hermano—. Sabes que tener el nombre de su familia unido a este evento podría ser una gran publicidad. Nunca ves el conjunto, William, ese siempre ha sido tu problema. Eres un soñador, nunca un pensador.

Me quedé boquiabierta. Sí, fui humillada una vez más, pero más que nada estaba sorprendida de que Will permitiese a su hermana hablarle de forma tan horrible. Es más,



parecía totalmente despreocupado, incluso divertido con las palabras de su hermana, como si las hubiese escuchado tantas veces que habían perdido el significado.

De todos modos, era la primera vez que las oía y no me divertían.

—Will —llamé, sabiendo que era hora de irnos. No podía soportar otro minuto con esta gente.

—Su nombre es William —reprendió Grace, poniéndome los ojos en blanco—. No Will. Ni Willy, Bill o Billy. No es un niño o una estrella del pop. Su nombre, el nombre de nuestra familia, no es algo que se tome a la ligera o se diga sin respeto. ¿Lo entiendes?

—Grace —gruñó Will, con voz baja para que sólo lo escuchásemos nosotros—. Para. Para ahora mismo.

Ignorándole, respirando agitadamente, Grace centró su mirada en mí.

—¿Comprendes eso, Milly?

Permaneciendo allí de pie sorprendida, mirándola, sentí como si me hubiesen abofeteado. Nuca podría ganar contra esta familia, lo supe ahora. No había nada que pudiese hacer, nada que pudiese decir... nunca sería lo suficientemente buena para ellos. Su propia sangre, Will, ni siquiera era lo suficientemente bueno para ellos.

—No —respondí—. Lo siento, supongo que no lo comprendo. Siempre pensé que el nombre podría reflejar quienes eran, no a su familia. Y Will no es William para mí. William sugiere que es un estirado y remilgado, más preocupado por el dinero y las apariencias que en el resto. Mientras que Will sugiere que es divertido, alegre y agradable, lo que sabrías si lo conocieses. Pero no lo sabes, ¿no? Porque no conoces del todo a tu hermano.

Cuando un camarero pasó junto a nosotros, puse mi bebida en su bandeja y tomé la mano de Will.

—Estoy lista para marcharme ahora —comenté.

—También yo —dijo Will, sonriendo ampliamente a su hermana.

Mientras nos girábamos, liberando mi mano, Will me rodeó la cintura con el brazo y me acercó a él.

—Lo siento —murmuré, sintiéndome un poco avergonzada—. Debería haber cerrado la boca.

—No lo sientas —aseguró, mirándome con ojos divertidos—. Ninguna mujer me había defendido. Fue... único.

Me sonrojé, sintiéndome más avergonzada. No lo había pensado de ese modo, sólo había estado furiosa con sus padres y hermana.

—No quería sonar tan... maleducada. No necesitas que nadie te defienda, sólo...

Habíamos llegado al vestíbulo cuando Will me hizo parar y se giró para enfrentarme. Inclínándose, me besó, tragándose mis últimas palabras.

—No me importa lo que mi familia, o nadie, piense sobre mí, Mila. Me valgo por mí mismo y lo saben. No les gusta y me dicen lo mucho que les desagrada cada vez que tienen oportunidad. De todos modos, fue maravilloso ver cómo me defendías... incluso si no te necesitaba para hacerlo.

Abrí la boca, preparada para responder, cuando me detuvo con otro brusco beso.



—Eso no significa que no te lo agradezca y, si soy honesto, lo que he prometido ser contigo, verte protegiéndome realmente de encendió.

Ahora yo estaba sonriendo, él sonreía y mientras nos sonreíamos el uno al otro como idiotas, le rodeé el cuello con los brazos y lo atraje para otro beso, un beso largo y sucio, que me hizo derretirme contra su cuerpo y desear que estuviésemos en otro lugar.

—Necesitamos marcharnos —murmuró Will junto a mi boca—. Ahora mismo. Te quiero para mí. —Movié las manos hacia mis caderas—. Este vestido fue hecho para ti, pero Mila, lo que realmente quiero hacer es quitártelo.

Simplemente asentí como respuesta, las palabras quedaron atrapadas en mi garganta. También lo quería para mí, sin pretensiones y preferiblemente sin ropa, pero lo primero era lo primero. Tenía que decirle la verdad, mi verdad. Y quién sabía si, después de todo, se sentiría del mismo modo.

Sonriendo, Will tomó mi mano, cruzando mi brazo con el suyo. Agarrados del brazo, bajamos las escaleras cubiertas con una alfombra, hacia el aire de la noche. Mirando alrededor, Will vio su auto estacionado lejos y le hizo una señal con la mano a Richard. Cuando el auto no se movió, Will frunció el ceño.

—Debe estar hablando con una mujer —comentó, con una sonrisa burlona.

Sonriendo, asentí.

—¿O durmiendo?

Riendo, Will nos bajó hasta la acera y caminamos hacia el auto.

—O durmiendo —estuvo de acuerdo. Llegando al auto, Will golpeó con fuerza el cristal tintado del conductor—. Despierta, Jeeves —gritó.

Abriendo la puerta trasera, me hizo un gesto para que pasase primero. Recogiendo mi vestido, entré, todavía mirándole, con una sonrisa en mi rostro. Cuando Will entró después de mí, mantuvo su mirada hambrienta fija en la mía.

—¿Mi casa o la tuya, Mila? —preguntó, una deliciosa sonrisa curvando sus labios.

—Mila. Qué elección de nombre tan interesante, querida —respondió una voz desconcertantemente familiar. Tanto Will como yo, dirigimos la mirada al asiento delantero. El conductor, que definitivamente no era Richard, se giró en el asiento y nos enfrentó.

Apenas tuve tiempo de dar un grito sofocado, cuando la puerta de Will se abrió de golpe y un rostro familiar entraba.

—¿Qué dem...? —empezó a gritar Will, hasta que sus palabras se encontraron con el cañón de un arma cubierto con un silenciador. Obligando a Will a moverse al asiento central mientras seguía apuntándole con el arma, el hombre nos encerró en el auto.

—¿Dónde, Mila? —El conductor sonrió, una sonrisa que sabía que prometía dolor y miseria—. ¿Mi casa o la tuya?

Miré a los ojos de la persona más malvada que había conocido.

—A la tuya —susurré con voz ronca. No lo quería cerca de Nikki.



¿Dónde estaba Richard?

¿Y quiénes eran estos hombres?



Había demasiadas preguntas corriendo por la mente de Will, pero sobre todo y más importante, era cómo demonios iban a salir Mila y él a salvo de esta situación. Había sido atracado una vez, dirigiéndose al cajero automático en medio de la noche, le habían pedido la billetera a punta de navaja. Se giró lentamente, con las manos en alto, dispuesto a darle al hombre todo lo que quisiese, porque ningún montón de dinero valía su vida. Pero entonces vio al atracador, una rata callejera adicto a las drogas temblando por el síndrome de abstinencia y malnutrido. En vez de entregarle su billetera, dejó al tipo inconsciente en el suelo tumbándolo de un golpe. Luego metió un billete de cincuenta dólares en el bolsillo del abrigo del hombre y lo dejó allí.

Pero esto era diferente. Aquí no estaba sólo él, estaban él y Mila, la mujer que amaba. Había armas involucradas y estos no era drogadictos. De hecho...

Cuando el conductor lo miró a través del espejo retrovisor y le dio una desagradable sonrisa, Will entrecerró los ojos con la luz de la luna, la sorpresa atenazando sus entrañas mientras se dio cuenta de que reconocía al hombre. Era el sureño con el que habló en la cafetería cercana al apartamento de Mila.

¿El hombre los había seguido todo este tiempo? ¿Estaba detrás de su dinero? ¿Secuestrado? ¿Iban a pedirle un rescate a su familia?

—Lo que quieras —habló, sabiendo que tenía que decir algo—, es tuyo. Sólo déjala marchar.

El conductor empezó a reírse entre dientes, una risa suave que empezó a cambiar aumentando progresivamente, hasta que prácticamente estaba riendo a carcajadas. El hombre sentado a su derecha también empezó a reírse, mientras Mila se ponía más rígida a su lado.

—Eso es muy noble de tu parte —respondió el conductor, su acento era más marcado de lo que Will recordaba—. Pero lo siento, lo que quiero es a la mujer.

El pavor congeló el coraje de Will. No se atreverían a tocarla. No si él podía evitarlo.

—Si pones una mano en ella... —dijo furibundo.

—¿Qué harás? —se mofó el hombre a su lado mientras golpeaba el hombro de Will con el cañón del arma.

—Will —susurró Mila, poniendo una mano sobre su muslo—. Will, para.

Sintiendo miedo y furia como nunca lo había sentido, la miró, analizando su rostro, preguntándose cómo y por qué parecía tan calmada. Quizás calmada no era la palabra correcta... resignada, tal vez. De todos modos, estaba claro que parecía mucho menos asustada que él.

—Querida —dijo el conductor, con los ojos puestos en la carretera mientras encendía el intermitente y giraba lentamente a la derecha—. Quizás sea hora de que le digas a tu amante lo mala, mala chica que has sido.

Will puso los ojos en Mila, que tenía la mirada centrada en su regazo.

—Lo siento —susurró entre lágrimas—. Lo siento muchísimo, Will.

El temor que había estado sintiendo se convirtió rápidamente en pánico.

—Mila, ¿qué está pasando?

Negándose a mirarlo, Mila sacudió la cabeza con pesar.

—Me llamo Anna —murmuró—. Y este... —Alzó la mirada, encontrando la oscura mirada del conductor en el espejo retrovisor. Pasaron varios segundos mientras se miraban



el uno al otro como si se conociesen, cada momento que pasaba hacía que el pánico de Will aumentase—. Este es Luke —continuó, su voz rompiéndose con el nombre del hombre—, mi marido.



Diecinueve

Inclinándome contra la pared del dormitorio, *me mordí el labio inferior y cerré con fuerza mis ojos. Necesitaba llamar a alguien, a cualquiera, ¿pero a quién? Estaba sola en esta pesadilla. Había estado sola por mucho tiempo, con excepción de Luke y Monica. A él no le gustaba que tuviera amigos. No podía confiar en las personas, no en su clase de trabajo...*

Al menos, eso fue lo que siempre dije. Pero nunca supe con exactitud qué quería decir con eso, no hasta hoy. Y de hecho no me había importado, al menos hasta ahora.

Ahora, todo había cambiado.

Hoy me di cuenta de lo mucho que se había involucrado en esta vida. En este mundo. No era estúpida; había sabido que no estaba metido en algo bueno, pero lo había ignorado porque... porque simplemente había sido más fácil ignorarlo. Y los regalos habían seguido llegando: las joyas, la casa nueva, los autos nuevos. Las cosas eran fáciles de ignorar cuando tu esposo derrochaba encanto.

Pero ahora lo había visto, había visto de primera mano lo que Luke hacía para vivir, de lo que era capaz, y la verdad era mucho peor de lo que pude haber imaginado.

Lágrimas saladas se deslizaban por mis mejillas. ¿Cómo todo había llegado a esto? Mi mundo había estado bien esta mañana. Todo había estado como se suponía que debía estar.

No debí haber ido; todo fue mi culpa. Nunca debí haber ido al depósito. ¿Dios, porque tuve que ir allí?

—¡Maldición! —grité. Arrojando todo alrededor, pasé mi mano a lo largo del tocador donde estaba nuestra foto de bodas—. ¡Mierda!

Recorriendo el cuarto, tomé una lámpara de la mesa de noche y la lancé. Se estrelló contra la pared y cayó en pedazos sobre la alfombra de felpa.

Ese hombre, ese pobre hombre, había gritado con tanta fuerza. Había rogado e implorado a Luke que no lo hiciera, pero a Luke... no le había importado. Luke no había mostrado remordimientos. De hecho, había sonreído y reído, reído sádicamente mientras bajaba el martillo destrozando la rodilla del hombre. Y luego se volvió a reír cuando el hombre comenzó a llorar.

Y el ruido que hizo, Dios, el ruido. Metal contra hueso, el horrible sonido de crujido que siguió, y los gritos y los sollozos.

El vómito subió por mi garganta, el mismo revoltijo con el que había estado luchando durante la última hora. Pero ahora, con la imagen de ese hombre en mi mente y sus gritos repitiéndose una y otra vez en mis pensamientos... Haciendo arcadas, atravesé el cuarto corriendo y pasé por la puerta del baño, patinando a lo largo del frío piso de baldosas. El vómito salió de mi boca y cayó sobre las baldosas, fallando a la abertura del inodoro. Debilitada, caí de rodillas, sollozando y con náuseas mientras comenzaba a llorar de nuevo.

Ese hombre, no era mi Luke. No el Luke que conocí, el que había conocido durante toda mi vida, con el que había ido a la escuela, al que había amado por tanto tiempo. No era el hombre con quien me había casado. Ciertamente, Luke podía ser temperamental algunas veces y a menudo descargaba su enojo contra las paredes, y le gustaba su privacidad también, jamás me permitía hacer muchas cosas fuera de casa. Y algunas veces era un poco exigente, un poco chapado a la antigua, un poco centrado en sus maneras... pero esto...



Pasándome el dorso de la mano por la boca, me dejé caer de lado contra la pared. No conocía a este hombre, él no era mi esposo.

—Bien, ahora, Stephan, soy un hombre de nivelar las cosas, así que déjame nivelar esto para ti. Te confié mi mierda, ciento cincuenta gramos en dólares de mi mierda, y me lo robaste. ¿Sabes qué le hago a la gente que me roba? —Luke sonrió al hombre, una sonrisa amable, una sonrisa que no esperarías del hombre que te ha atado a una silla.

Balanceo. Golpe. Crujido. Grito.

—Oh Dios mío —sollocé, mi mano volando a mi boca—. Oh Dios mío.

La imagen de Luke parado detrás de ese hombre, el delgado cable de metal en sus manos, la expresión en su rostro de pura alegría mientras lo enroscaba bien ajustado alrededor del cuello del hombre, apretándolo más y más fuerte, los ojos del hombre sobresaliendo, su rostro hinchado tornándose más y más rojo...

Y toda la sangre que siguió.

—¡Oh Dios, oh Dios!

Esto no podía estar sucediendo. Tan solo no podía. Y ahora mi teléfono vibraba en mi bolsillo, la vibración contra mi muslo derecho produjo una descarga contra mi sistema ya electrizado. Temblando, lo saqué y simplemente me quedé mirando la pantalla con horror, miré el nombre, Luke, y su rostro sonriente destellando en mi pantalla. No podía responder. ¿Qué le diría? ¿Qué podría decirle después de lo que había presenciado?

¿Me lastimaría? ¿Debería ir a la policía? ¿Ahora sería cómplice de homicidio? El teléfono quedó en silencio, solo para comenzar a vibrar segundos después. Tenía que responder. Tenía que. Él solo seguiría llamando hasta que lo hiciera. Odiaba que se le dejara esperando, era una de sus grandes manías.

Oh Dios, ¿estaba en peligro? ¿Mi propio esposo significaba un peligro para mí?

Con la mano temblando violentamente, presioné “responder” y llevé el teléfono a mi oreja. Pero mi boca no estaba funcionando, mi lengua se sentía hinchada e inútil.

—¿Anna, nena? ¿Dónde demonios estás? Creí que nos veríamos para almorzar.

Quería reírme históricamente. Sí, se suponía que nos veríamos para el almuerzo... en su oficina. Pero él no había estado allí, así que decidí sorprenderlo e ir a su encuentro al depósito. Y entonces lo había visto, su verdadera personalidad...

—¿Nena? ¿Estás ahí?

Se estaba irritando. Tenía que decir algo antes de que comenzara a gritar. Oh Dios, ¿lastimaría a alguien si lo hacía enojar? ¿Eso es lo que hacía cuando teníamos una pelea? ¿De cuántas muertes era yo responsable?

—Estoy aquí —susurré.

—No sueñas bien, nena.

—Yo... no me siento bien —tartamudeé en voz baja, lágrimas silenciosas continuaban deslizándose por mis mejillas.

Estuvo en silencio por un momento, y al fondo pude escuchar el sonido de la cortadora de madera, un sonido que había escuchado muchas veces antes, siempre pensando que estaba trabajando, porque eso era lo que hacían en el depósito. Pero ahora, escuchándolo, todo lo que podía ver era a ese pobre hombre, y...

Cerré mis ojos con fuerza y luché contra una ola de náuseas.

—Iré a casa —dijo—. Me tomaré el día libre y cuidaré de mi chica.

—¡No! —grité rápidamente. Muy rápidamente.



—¿Por qué no?

Estaba temblando tanto ahora que entrechocaba mis dientes, y apenas podía sostener el teléfono en mi oído. ¿Cómo él podía continuar como si todo fuera normal después de lo que había sucedido? ¿Cómo? Cuántas veces sus manos habían traído muerte y dolor a otra persona para después venir a casa conmigo, con una sonrisa en su rostro, tocándome con esas mismas manos...

Así que para evitar vomitar, me apresuré a cubrir mi boca con una mano.

—¿Nena?

—Te vi —susurré—. Luke, te vi. —Mi barbilla tembló con el siguiente silencio.

Podría haber dicho muchas cosas, y tal vez le hubiera creído, tal vez hubiera hecho la vista gorda una vez más porque... quería hacerlo. Quería volver a encerrarme en mi burbuja de ignorancia y olvidar lo que había presenciado, pero él no dijo ni una palabra. No lo negó.

—No es lo que crees —dijo finalmente, su tono era frío y severo.

Había esperado emociones, negación, disculpas, algo, lo que fuera, pero en cambio no recibí nada.

—Él me robó, Anna. Tenía que aprender una lección.

Comencé a llorar con fuerza, sin ser capaz de contenerlo más.

—No puedes simplemente matar a un hombre por robar, Luke —sollocé.

—No hables sobre cosas que no entiendes. —Habló con veneno, puntuando cada palabra como si fuera una tonta.

—¡No sé quién eres! —grité—. ¡No te reconozco!

—Voy para allá. Quédate donde estás, ¿me escuchas?

Dejé de llorar, el repentino miedo que sentía me produjo un mareo.

—¿Por qué? —susurré—. ¿También me matarás?

—Anna —se rió—, eres mi esposa.

—¡Y probablemente él era el esposo de alguien! —grité—. ¡El padre de alguien!

—¡Anna! —gritó—. No tienes ni una maldita idea de lo que estás hablando. Él era un traficante de drogas y un ladrón, un don nadie bueno para nada. Esas eran mis drogas, ese era mi dinero, y nadie me roba. Ahora voy camino a casa y hablaremos sobre esto.

—¡No hay nada de qué hablar! —sollocé—. Me voy.

No había planeado decir eso. No había planeado hacerlo, tampoco, no hasta el momento en que se escapó de mi boca. Pero ahora tenía que hacerlo, sabía que eso era lo que tenía que hacer. Tenía que irme.

—Como un demonio que lo harás.

—No puedo quedarme contigo, no después de esto. O me voy o tendré que ir a la policía.

Luke se rió entonces, sonando tan increíblemente frío que congeló mi corazón.

—¿Crees que ellos no saben? —preguntó—. Demonios, cariño, tengo a esos imbéciles codiciosos en mi bolsillo.

Una puerta se cerró de golpe, llaves tintinearón, y un motor cobró vida.

—Escúchame con cuidado, Anna. Hasta que la muerte nos separe. ¿Recuerdas? ¿Esos votos que tomaste? Porque yo sí, y me los tomo muy malditamente en serio. —Su acento era más fuerte y grueso ahora porque estaba enojado—. Y, cariño, sabías sobre las drogas. Eso te hace parte de esto. ¡No hay ningún lugar al que puedas ir! ¡Nadie te ayudará!



Al escuchar el rechinar de sus neumáticos, me levanté rápidamente y colgué el teléfono. Oh Dios, ¿qué había hecho? Necesitaba moverme, irme, ¡salir como el infierno de aquí! ¡Se dirigía a casa, regresaba a casa en este momento! Mueve las piernas, muévete, rogué silenciosamente.

Salí corriendo del baño y al dormitorio y abrí la puerta del armario. Agarrando una maleta del fondo, la arrastré y la puse sobre la cama. Luego, agarré ganchos llenos de ropa, sin molestarme en ver qué tenían y simplemente arrojándolos al interior. Abriendo cajones, recogí montones de ropa y los arrojé dentro también.

—Oye, Anna.

Gritando, me giré y encontré a Monica en el umbral de mi habitación. Palideció y levantó sus manos, sus ojos se abrieron ampliamente.

—¿Anna, estás bien?

—¿Qué... qué estás haciendo aquí? —tartamudeé, con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho. Tropecé por el cuarto y pasé a su lado, revisando el pasillo—. ¡No puedes estar aquí, tienes que irte!

—Anna, ¿qué está pasando?

—Me voy, tengo que irme —balbuceé, corriendo hacia el interior del cuarto. Con todas mis fuerzas, corrí a un lado la cómoda de Luke, revelando su caja de seguridad en la pared. Pero mis manos no dejaban de temblar lo suficiente para girar la perilla. Apreté y solté mis manos, rogando calmarme a mí misma y abrir la maldita cosa. Finalmente lo logré, y tirando de la puerta, tomé las dos pilas de dinero en efectivo.

—¿Qué haces? —preguntó Monica—. ¿A dónde vas?

Girándome para enfrentarla, la miré.

—¿Por qué estás aquí? —grité, mirándola mientras retrocedía a trompicones sorprendida.

—Luke llamó —susurró, de repente sin aliento, su tono cargado de culpa.

—Oh Dios mío —sollocé, girándome hacia la maleta—. ¡Tengo que irme!

Arrojando el efectivo en mi bolso, rápidamente me lo puse en el hombro y arrastré mi maleta. Cayó en el piso con un golpe, y continuó golpeando por el cuarto mientras la arrastraba hacia el pasillo y bajaba las escaleras.

—¡Anna, no puedes irte! —gritó Monica, sus pasos detrás de mí acercándose—. ¡Por favor, le tengo miedo!

Casi en la puerta, me detuve en seco y giré para mirarla.

—¡Lo sabías! —la acusé—. ¡Lo supiste todo este tiempo!

Sus ojos se inundaron de lágrimas y asintió enfáticamente.

Negué con un gesto y aparté la mirada.

—¿Cómo pudiste? —susurré, sintiéndome enferma, mi estómago retorciéndose dolorosamente. *Había conocido a Monica toda mi vida; habíamos ido juntas a la escuela; había sido mi dama de honor—. ¿Cómo pudiste? —repetí, encarándola.*

—¡No lo supe al principio! Solo estuve en eso por el dinero. No fue nada grande, o algo muy serio, ¡Solo un poco de cocaína! —Se encogió de hombros—. Estaba muy metida una vez que descubrí que él hacía algo más que solo traficar drogas.

Nos miramos una a la otra en silencio un largo momento, dos mujeres asustadas por el mismo hombre. Cuando dejé de pensar en ello, me di cuenta de que todo era mi culpa. Me había casado con Luke. La había introducido en esta vida. Había sido cegada por él, por su dinero, por todos los regalos frívolos que me daba. Había querido ignorar lo que hacía realmente, mientras que ella había puesto sobre sus hombros todo el peso de los crímenes de quien era mi marido.



—¡Me matará si te vas!

—Entonces ven conmigo.

—¿Qué?

Solté mi maleta y sujeté sus manos, mirándola a los ojos.

—Ven conmigo. Huye conmigo. Podemos hacerlo juntas.

Soltando mis manos, se alejó, el miedo manifestándose en sus rasgos.

—Definitivamente me matará.

Succioné mi labio inferior y después lo mordí y tragué saliva.

—Entonces, supongo que este es un adiós —susurré finalmente.

Tomando mi maleta, me aparté, girándome en el último segundo, abriendo la puerta y corriendo calle abajo. Abriendo de golpe la puerta del conductor de mi camioneta, arrojé mi maleta en el asiento del pasajero.

—¿Anna?

Me giré, encontrando a Monica mirándome. Por un momento, pensé que pudiese intentar detenerme, pero entonces me alcanzó y me abrazó.

—Mantente a salvo —susurró.

—¿Qué harás? —pregunté.

—Tengo familia en Pennsylvania. Iré y me quedaré con ellos un tiempo. No me encontrará allí.

—Lo siento —murmuré, apretándola más fuerte—. Lo siento mucho.

—¿Dónde irás? —cuestionó, apartándose.

Aún no lo sabía, pero aunque lo supiese no se lo diría. Ya no confiaba en ella. Ya no confiaba en nadie.

—No lo sé —respondí, girando y subiendo a la camioneta. Cerrando la puerta, bajé la ventanilla—. Pero tengo que irme. Llegaré pronto. No te quedes en casa, solo... vete. Aléjate inmediatamente de aquí.

Buscando en mi bolso, tomé un taco de billetes y se lo tendí por la ventanilla. Entonces, mientras retiré mi mano hacia el interior, noté mi pulsera de diamantes. Quitándomela, se la entregué.

Tomó ambas cosas de buena gana, guardándolas en su bolso y dándome una sonrisa tensa mientras se alejaba de la camioneta.

—Mantente a salvo, Anna.

Metí la llave en el contacto y lo encendí, poniendo el auto en marcha y alejándome rápidamente. Observé a Monica desde el espejo retrovisor, quedándose allí de pie mientras yo escapaba, rezando para que hiciese lo que le dije y se marchase. Porque no me cabía la menor duda, no después de ver lo que había hecho hoy y después de ver el profundo miedo en los ojos de Monica, que nos haría daño a ambas si nos encontraba.



—Will —gritó Mila—. ¡Por favor, por favor, di algo!

Ignorándola, Will inspeccionó los alrededores por centésima vez, una ruिनosa habitación de hotel a las afueras de la ciudad. Muy probablemente, el tipo de habitación que pagabas en efectivo por... y durante una hora, si el hotel aún estuviese en funcionamiento, que no era el caso. Era oscuro, cerrado al público y completamente abandonado. Habían



sido sacados del auto, llevados a una habitación y cada uno atado inmediatamente a unas sillas plegables de metal cuando el teléfono de Luke comenzó a sonar. Luke había hecho un gran espectáculo al sujetar el rostro de Mila y besarla con dureza antes de darle a Will una sonrisa sádica y después, por extraño que parezca, los dos hombre los habían dejado solos en la habitación. Eso había sido hacía unos veinte minutos. Los primeros diez minutos, Mila los había pasado llorando mientras Will había intentado liberarse de las ataduras de plástico que unían sus muñecas y tobillos, consiguiendo solo abrirse la piel de la muñeca derecha y casi tumbar su silla.

Pensó en gritar, gritar a pleno pulmón esperando que alguien, quien fuese, pudiese oírle, pero el sonido de voces, bajas y no muy alejadas, lo mantuvieron callado. Luke y su compañero aún estaban cerca, hacer una escena solo serviría para precipitar el destino que tenían en mente para ambos.

Para colmo de males, durante los últimos diez minutos había estado suplicándole que hablase con ella., pero no podía, no sabía qué decir. Su nombre ni siquiera era Mila y ¿estaba casada? Con un sociópata, nada menos, uno que los había secuestrado, atado y ahora ¿qué...? ¿Serían torturados? ¿O asesinados? ¿Torturados y asesinados?

No tenía nada que decirle. Ni si quiera la conocía. No sabía una maldita cosa sobre ella. Todo había sido una mentira, una maldita mentira, y peligrosa. Debería haberla dejado macharse, aquel día en la lluvia. Debería haberla...

Jesús. Había tratado de evitarlo. Ella lo supo, ¿no? Y había intentado evitarlo.

—Estabas huyendo de él —comentó, girándose para enfrentarla por primera vez—. Cuando te encontré metiéndote en aquel taxi, estabas escapando de él.

Mila alzó su rostro surcado de lágrimas, la luz de la luna filtrándose por las ventanas rotas destacaba las sombras de su rostro y el blanco de sus ojos.

—Sí —susurró ella.

Pieza a pieza, Will empezó a encajarlo todo.

—Llevas un tiempo huyendo de él. Escondiéndote de él.

Ella meneó la cabeza, dejando escapar un suave sollozo.

—Sí —suspiró.

Cerrando los ojos, él dejó salir un suspiro de frustración y cansancio.

—Te quedaste por mí.

No le respondió, y cuando él abrió los ojos se encontró con que ella tenía los suyos cerrados con fuerza, más lágrimas caían debajo de sus pestañas y se deslizaban por sus mejillas.

—Mil... —deteniéndose y suspirando con enfado, negó—. ¿Anna? Abre los ojos. Háblame. Ayúdame a resolver esto. Necesitamos salir de aquí antes de que vuelva.

—No importa —susurró ella, con los ojos aún cerrados—. Nos matará... Oh Dios, nos matará.

A Will se le erizó la piel, cada vello de su cuerpo levantado. Todo el mundo lee cosas como estas, secuestro, tortura y asesinato, pero nadie espera que le pase. De hecho, era completamente surrealista... estar aquí, sabiendo que estaba en peligro mortal y siendo incapaz de encontrar una forma de escapar.



—Me matará —murmuró Will. Después de todo, le había visto el rostro a Luke, sabía su nombre. No podía imaginarse ningún escenario en el que, de algún modo, le dejase vivir cuando todo estuviera dicho y hecho.

En ese momento, Mila empezó a llorar con más fuerza y de forma más efusiva, fue toda la respuesta que necesitaba. Él iba a morir... ella iba a morir, si no hacía algo para evitarlo. Y sentarse allí, atado a una silla retorciéndose y gritando no podía considerarse hacer algo realmente.

Volvió a intentar liberar una de sus manos retorciéndola, y de nuevo todo lo que consiguió fue una nueva oleada de dolor mientras volvía a desgarrarse la piel por la presión de las ataduras. Maldiciendo se dio por vencido y, en cambio, estiró el cuello todo lo que pudo, inspeccionando la habitación y buscando algo, algo que pudiese ayudarlo a liberarse.

Pero allí no había nada. La habitación había sido vaciada casi por completo. Todo lo que quedaba eran las sillas y una pila de basura. Dependía solo de él y de su ingenio... y posiblemente de Mila, si lograba motivarla a hacer algo más que llorar.

—Mila —susurró, preocupado de repente de que Luke o su amigo pudiesen estar escuchando—. ¿Mila?

Y entonces, cuando aún no había respondido, renunció a la sutileza y simplemente gritó:

—Anna.

Lentamente, ella levantó la vista de su regazo, pestañeando repetidamente como si tratase de limpiar las lágrimas de sus ojos.

—Necesito que hagas algo por mí, ¿de acuerdo? Necesito que intentes girar tu silla y así estar de espaldas el uno con el otro.

Mila entrecerró los ojos en confusión.

—De este modo —dijo él y, usando la fuerza de su cuerpo, fue capaz de girar la silla unos centímetros. Continuó girándola, haciendo una mueca cuando la silla golpeaba sonoramente ante la fuerza de sus movimientos, hasta que logró dar la espalda a Mila. Mirando sobre su hombro, le hizo un gesto a Mila con la cabeza.

—Todo lo cerca de mí que puedas.

Le llevó a Mila el doble de tiempo, su cuerpo más bajo y delgado comparado con suyo, y careciendo de impulso. Cada vez que ella chillaba con dolor o su silla chirriaba sonoramente contra la densa alfombra, él se encogía, esperando que Luke entrase furioso, sonriendo y disparando.

—De acuerdo —susurró ella, sin aliento por el esfuerzo. Moviendo la punta de sus dedos, rozando los suyos—. ¿Ahora qué?

Él tragó saliva. Ahora venía la parte dura. Y si no funcionaba...

—Rompe mis pulgares —contestó susurrando, revolviéndosele el estómago cuando finalmente dijo las palabras en voz alta. Ya se había roto huesos, su tobillo derecho cuando era un niño escalando árboles y su brazo izquierdo haciendo windsurfing en St. Bart después de que una ola solitaria lo lanzase contra un grupo de rocas afiladas. Ambos casos fueron accidentales, la sorpresa había causado que la adrenalina disminuyese algo el dolor.

Esto no se parecería en nada. Esta vez sabía lo que iba a pasar. Sería el infierno.

—¿Qué? —siseó Mila, sonando conmovida y asustada—. No, Will. No.



—Sí —refunfuñó, su propia aprehensión y miedo no le dejaban ser tolerante con ella—. Necesito mis manos libres si queremos tener una oportunidad.

Para asegurar su intención, deslizó para atrás su silla otro centímetro, haciendo que sus dedos chocasen. Entrelazando sus manos, apretó sus dedos con los suyos, en un esfuerzo de reconfortarla.

—Mila, por favor. Solo agarra un pulgar a la vez y dóblalo hacia atrás.

Pensado que ella estaba totalmente indefensa, Will notó su intento de liberar sus dedos.

—No —sollozó ella quedamente—. No, no puedo...

—Puedes —insistió él—. Tienes que hacerlo.

—No...

Maldiciendo, él intentó sentarse más derecho. Las ataduras que le sujetaban a la silla no le permitían mucho movimiento.

—Mila —escupió—, hazlo ahora, antes de que vuelva.

—No, yo...

—Ahora, Mila, ahora.

—No —lloró, incluso cuando de forma extraña rodeó el índice de él con su mano temblorosa—. No puedo, Will. ¿Cómo sabes siquiera que esto funcionará?

—Te lo explicaré en otro momento —dijo entre dientes—. ¡Ahora rómpeme el maldito pulgar antes de que vuelva!

Agarró el dedo de tal modo, que él empezó a preocuparse que fuese incapaz de romperlo, pero cuando ella empezó a doblar el dedo y el dolor surgió en la articulación, él cerró los ojos con fuerza y esperó la llegada del resto del dolor.

—No... —refunfuñó ella, soltando su agarre de repente—. No, yo...

—Mila. Rómpelo.

Will se quedó sin aliento, su cuerpo se tensó mientras los pequeños huesos que unían su pulgar con la mano se rompían con la presión aplicada por Mila. Sus ojos empezaron a aguarse, la bilis le subió a la garganta y le tomó hasta el último gramo de autocontrol no ponerse a gritar por el dolor.

—Lo siento —sollozó Mila—, Dios, lo sie...

—El otro —dijo con voz áspera—. Rompe el otro y rápido.



Veinte

Me sentía mareada. El temor y la ansiedad se retorcían en mi estómago, enfermándome. No podía hacer esto, simplemente no podía. Me había encontrado, nada menos que con Will, y ahora no solo iba a morir, también iban a matarlo. Debería haber huido. Nunca debería haberlo escuchado cuando suplicó que me quedara. Cuando dijo que me amaba.

—Mila, necesito que hagas esto rápidamente antes que pierda el valor. Por favor. — Su voz era insegura, pero aun así sonaba determinada y llena de resolución.

Podía sentir mi corazón palpitando con fuerza en el pecho, el pánico creciente con cada segundo que pasaba. Aún sostenía entre mis manos su pulgar roto, y mientras lo soltaba, sollozando en voz baja, busqué su otra mano.

—Lo siento mucho, Will. Nunca quise nada de esto. —Lloré más fuerte, mis lágrimas volviéndose rápidamente histeria.

—Vamos a estar bien, vamos a salir de esto —habló con los dientes apretados, sonando afligido.

—No lo haremos. No sabes lo que puede hacer, no viste... —gemí, apenas manteniendo el control de mis sentidos mientras la imagen del hombre del depósito, atado a la silla, inundó mi mente. Era una imagen de la que había tratado de deshacerme, el sonido de huesos rompiéndose, sangre y gritos de dolor. Pero no importa lo lejos que había huido, o lo mucho que había tratado de olvidar, nunca había sido capaz de escapar de ninguno de esos acontecimientos. Y ahora estaba aquí, atada a una silla al lado del hombre que amaba, ambos esperando ser asesinados por mi retorcido marido.

—Realmente te amo, Will —murmuré entre lágrimas—. Nunca quise que esto pasara.

—Te amo, también —aseveró, tragando con fuerza, el dolor que sentía era ahora evidente en su voz—. Y vamos a salir de esta, ¡por lo que deja de hablar como si ya hubiera ganado y rompe mi maldito pulgar!

A pesar de mis lágrimas, asentí con rigidez, e hice mi mejor esfuerzo para ignorar la advertencia en mis entrañas que estaba errado y Lucas ya había ganado. Apretando mis dientes, tomándome un momento para calmar mis nervios, agarré su pulgar y luego, con todas mis fuerzas, halé hacia atrás. Gruñó de dolor, esta vez más tranquilo que la primera. Le liberé inmediatamente, sintiéndome enferma y temblando porque la sensación de sus falanges rompiéndose continuaba afectando mis pensamientos. Entonces, sin poder contener mis emociones ni un segundo más, y mientras las lágrimas se deslizaban con vehemencia por mis mejillas, empecé a sollozar sin reserva.

Sus manos se movían frente a él, al principio tuve que apartar la mirada. Normalmente fuertes y capaces ahora estaban dañadas y rotas, ambos pulgares hinchados y rojos, una de sus muñecas sangrando profusamente donde la atadura se había hundido, cortando y abriendo su piel. Lo vi examinarlas, siseando de dolor cuando intentó mover sus dedos. Lo intentó de nuevo, esta vez logrando algún movimiento, aunque su rostro palideció a un sombrío tono de blanco.

—¿Will? —lloriqueé.



Fuertes pisadas me interrumpieron, el sonido entrando a través de la ventana rota y haciendo eco dentro de la habitación. Maldiciendo, llegó rodando por el piso a la cuerda de plástico con que lo habían atado, y fingió estar sujeto de nuevo. Varios momentos más de tensión pasaron mientras intentaba mover su silla a su lugar original.

Apreté mis ojos cerrándolos, el terror corriendo a través de mí. Nuestro tiempo se había terminado.

Todavía podía escuchar la voz, mortal y helada de Luke. Después de la forma en que me había mirado en el auto, y como había apretado su boca contra la mía, su beso lleno de ira, lleno de venganza, sabía que era imposible que yo saliera de esta habitación viva.

La puerta de la habitación se abrió de par en par, y Luke y Davis entraron, Davis, quien ridículamente una vez fue amigo cercano de la familia y que alguna vez encontré divertido e incluso adorable. Entraron despacio, cerniendo sus grandes e imponentes sombras sobre nosotros mientras se aproximaban, sus pasos deliberados y siniestros.

Deteniéndose frente a mí, Luke sonrió, como si se tratara de un día perfectamente normal. Temblando, lo miré a los ojos, ojos marrones, que ahora se habían vuelto hacia Will, ojos marrones que me habían enamorado hacía tantos años.

No había cambiado en absoluto, ni siquiera estaba segura de por qué esperaba que lo hiciera, pero así era. Tal vez fue porque mi percepción de él había cambiado tanto. El larguirucho chico con el cabello largo que había conocido en la secundaria se había convertido en un hombre de anchos hombros con cabello corto y ralo. Pero después que había huido, esa imagen se había tornado en algo vil y siniestro, una versión oscura.

Ahora estaba aquí, de pie delante de mí, sin cambios, aún pareciéndose al hombre con el que me había casado. Excepto por sus ojos. Todavía eran los mismos ojos, y sin embargo, diferentes de los que recordaba. A donde una vez solía brillar el amor, ahora solo había fría crueldad, crueldad que solo había visto una vez antes, crueldad que ahora se dirigía a Will.

Tenía que decir algo, hacer algo. No podía dejar que lo matara. No me importaba lo que me sucediera, pero amaba a Will, y él era inocente en todo esto. No merecía la ira de Luke porque había sido cobarde y huido. Porque no había sido capaz de dejarlo atrás cuando me había dado cuenta de cuán cerca estaba Luke. Era egoísta, y eso sería nuestra ruina.

—Voy a ir a casa contigo, Luke —tartamudeé, mis lágrimas llegando más rápido—. No tiene por qué ser así.

Su mirada viajó de nuevo a mí, y se quedó bloqueada con la mía mientras se inclinaba sobre una rodilla.

—Nena —dijo, alcanzándome.

Me costó mucho no estremecerme cuando tomó mi barbilla y comenzó bruscamente a pasar su pulgar por mis labios, como si estuviera tratando de borrar los besos que sabía que Will había colocado allí.

—No venir a casa conmigo nunca fue una opción.

Parpadeé rápidamente, tratando de sostenerle la mirada mientras procesaba esta nueva información. No tenía intención de matarme después de todo, pero en cambio me llevaría con él, a donde era más probable que fuera una prisionera en mi propia casa. No podía decidir qué era peor: la muerte o... Luke.

—Está bien, está bien —contesté finalmente—, pero, por favor déjalo ir. No tiene nada que ver con esto. Ni siquiera sabía. Por favor, te lo ruego.



Todo sucedió muy rápido. Un segundo estaba arrodillado delante de mí y al siguiente estaba de pie, abofeteando mi mejilla duro y rápido. Estremeciéndome, grité con sorpresa cuando el dolor atravesó mi mejilla y mandíbula y el cobrizo sabor de la sangre inundó mi boca.

—Tócala otra vez —gruñó Will a mi lado, sonando furioso—. Malditamente te desafío...

No me atreví a mirarlo, no con Luke aproximándose, sin embargo, podía sentirlo, sentía la ira que irradiaba de su interior, consumiendo el oxígeno entre nosotros.

En respuesta, Luke soltó una ruidosa y cruel carcajada, sin intimidarse en lo más mínimo.

—Ustedes los chicos ricos nunca saben cuándo mantener las manos quietas, ¿verdad? Es mi mujer a la que has tomado, y no tienes ni idea de lo que le hago a las personas que me roban.

—¡No! —grité—. ¡Luke, no, por favor, no lo hagas!

Will no lo sabía, pero yo sí. Había visto de primera mano exactamente lo que Luke les hizo a las personas que le robaron, y para él, Will y yo era un robo. No parecía darse cuenta de que fui yo la que hui debido a lo que él había hecho, y de lo mucho que me había aterrorizado. Todo lo que podía ver era que me había marchado, y que ahora Will me tenía.

Mi Dios, mi corazón dolía, afligida por cada maldita decisión que había tomado. Me arrepentí de casarme con Luke tan joven, y, posteriormente, nunca tener la oportunidad de explorar quién era yo. Me arrepentí de ir al almacén ese día, lamenté decirle a Luke que había visto lo que había hecho. Sobre todo lamenté escaparme. Nunca debí huir. ¿Cuántas personas habían muerto?, y ¿cuántas personas más estaban todavía por morir? Todo era mi culpa.

—Cállate —bramó—. Te lo dije, Anna. ¿No te dije que no te fueras? —Apuntó un grueso dedo en mi cara y asentí frenéticamente, rezando para que volcara todo su enojo en mí y no en Will.

—Lo sé —sollocé suavemente—. Lo sé, y lo siento mucho. Todo esto es mi culpa.

No había amor en sus ojos cuando me miraba, incluso cuando sus ojos recorrieron mi cuerpo posesivamente.

—Te he echado de menos, cariño —dijo arrastrando las palabras—. Como no lo creerías.

Mordí mi labio inferior, tratando de controlar mis temblores.

—Te he echado de menos también —susurré.

Me miró fijamente por un momento, hasta que la furia desfigurando sus rasgos se extinguió. Sacó una pistola detrás de su espalda, y apuntó a Will. Grité, corto, fuerte y llena de terror.

—Por favor, por favor no lo hagas —grité, tirando violentamente de mis restricciones

—Está bien, Mila —dijo Will, su voz ronca y tensa—. Todo va a salir bien.

Me volví bruscamente hacia él, encontrándolo observándome, pareciendo casi... calmado. Sus hombros estaban tensos, sin embargo, sus hermosos ojos azules estaban vacíos, incluso sin emoción.



—No le hables —gruñó Luke. Su mirada revoloteó con ira entre ambos antes de detenerse en mí, y dio un paso hacia adelante.

Me preparé, alistándome para lo que sea que estaba a punto de desatarse.

—¿Lo follaste, Anna? —preguntó, La mano que sostenía la pistola comenzó a temblar—. ¿Te follaste a Ricky Ricón?

Lo miré entumecida, sabiendo que cualquier respuesta lo haría enfurecer más. Podría mentir, pero lo sabría. Si decía la verdad, mataría a Will inmediatamente.

—Tomamos los votos —continuó, su furia en crecimiento—. Hemos hecho promesas. Ahora contéstame. ¿Lo follaste?

Asentí lentamente, como si el movimiento físicamente me doliera.

Por extraño que parezca, su expresión se mantuvo.

—¿Lo disfrutaste? —preguntó con una extraña calma en su voz y una pequeña mueca de desprecio en su rostro.

Abrí la boca para hablar, pero me encontré sin nada más que decir. Estaba tratando de humillarme, de humillar a Will antes de matarlo. No iba a darle la satisfacción. Al darse cuenta de que no iba a responder, Miró de nuevo hacia Will y quitó el seguro de su arma.

—Anna —dijo suavemente, su voz áspera y sus ojos todavía fijos en 9. Su lengua salió por encima de su labio inferior mientras su boca se levantó en una sonrisa cruel—. Nena, ¿disfrutaste ser follada por él?

Detrás de él, Davis comenzó a reír, y mi ya dolorosamente revuelto estómago se sacudió. Esto era un juego para ellos, un enfermizo y retorcido juego que encontraban placentero. Una vez más, me reprendí por no darme cuenta antes que me había casado con un monstruo, con el mismo demonio.

Apretando mis dientes, levanté mi barbilla y observé hacia mi marido, esperando que retribuyera mi mirada. Cuando lo hizo, asentí.

—Sí —espeté a través de lágrimas de rabia—. Muchísimo.

* * *

Debería sentir miedo. Cualquier persona en su sano juicio, que acabara de ser secuestrado a punta de pistola, se enterará que la mujer que amaba no era en absoluto lo que pensaba que era, tenía ambos pulgares rotos y ahora estaba esperando morir a manos de un loco, tendría y debería haber tenido miedo.

Pero no era así. Al menos ya no. En algún lugar entre sus pulgares rotos y los juegos mentales de Luke con Mila, sintió una especie de calma inundándolo. Aceptación, supuso. No era que hubiera perdido la esperanza, porque no tenía ni un poco. Era más bien como que había llegado a un acuerdo con lo que iba a suceder, un sentimiento que solo se reforzó mientras la veía erguirse ante su marido.

Pronto, pensó, iba a levantarse, mientras rezaba para que las cuerdas alrededor de sus tobillos no le enviaran de bruces, poder hacer frente a Luke y quitarle el arma, con las manos rotas nada menos...

¿Y luego qué? Todavía no se preocupaba del hombre parado detrás de Luke, que de casualidad, estaba sosteniendo una pistola apuntando directamente a su cabeza. Pero no



había nada que pudiera hacer al respecto. Sólo tenía que seguir adelante con su plan de pacotilla, su única opción, y esperaba que funcionara.

En cualquier momento, Luke iba a perder el control. Por su apariencia, temblando de rabia, esto sería más temprano que tarde. Y cuando el hombre se rompiera, cuando estuviera completamente distraído por Mila, es cuando iba a hacer su movimiento.

—¡Put! Maldita puta sucia —espetó Luke, y la abofeteó con el dorso de su mano.

Ella gritó de dolor mientras su rostro se torció a la derecha, pero casi de inmediato levantó la cabeza, alzando la barbilla en desafío mientras un hilo de sangre mezclada con lágrimas se deslizó por su pálida mejilla.

Con las fosas nasales dilatadas, Luke la tomó de un hombro, se inclinó y la acercó, poniéndolos cara a cara. Aun temblando y con lágrimas derramándose por su rostro, no rehuía. En cambio, lo confrontó furiosa y levantó la barbilla aún más alto.

—¿Recuerdas lo que te dije? —siseó con rabia—. Hasta que la muerte nos separe, Anna. —Saliva salpicó de sus labios—. Creo que ha llegado ese momento. Creo...

Will se puso de pie y se abalanzó sobre Luke. La silla unida a sus tobillos que obstaculizó su impulso, a la vez lo ayudó porque lo hizo caer como un peso muerto, directamente encima de un Luke sobresaltado, derribándolos a ambos.

Alguien gritaba y otro vociferaba, pero no le prestó atención a nada. Estaba luchando con todas sus fuerzas con la pistola en la mano de Luke, tratando desesperadamente de quitársela, incluso mientras sus pulgares no querían trabajar y el dolor se disparaba de sus manos hasta sus brazos y estaba malditamente cerca de paralizarlo.

Desesperado, llevó la cabeza hacia atrás, para luego, soltando un gruñido, golpear la frente del otro. Estrellas nadaron delante de sus ojos cuando este aflojó la pistola, e incluso así, continuó luchando. La mano libre de Luke apretó a su garganta, bloqueando el flujo de aire. Jadeando, desesperado por respirar y en medio de una maraña de extremidades, finalmente logró quitarle el arma, y casi al instante Luke soltó su garganta. Apretando el acero frío con sus fracturadas manos que temblaban de dolor mientras trataba de enderezar el arma.

Esos segundos desperdiciados le costaron muy caro. En un segundo estaba tratando de girar el arma sobre Luke, y el siguiente un grueso puño había golpeado un lado de su cara, haciéndole perder el equilibrio. Soltó el precario agarre sobre la pistola, así como su capacidad de ver claramente.

—¡No! —Escuchó gritar a Mila, justo cuando algo duro y pesado le dio un puñetazo en el estómago. Apenas tuvo tiempo suficiente para lamentar su más reciente dolor cuando una explosión sonó peligrosamente cerca de su cabeza, dejando sus oídos casi inútiles.

El zumbido era incesante, el dolor irradiando de sus manos y cabeza lo consumían completamente. Aun así, intentó con todas sus fuerzas moverse, para enderezar su cuerpo y aclarar su visión borrosa.

—¿Mila? —llamó a gritos—. ¡Mila!

Otra explosión lo sobresaltó, esta vez no tan cerca como la primera. Momentos de pánico siguieron, y luego sintió unas manos tratando de sujetarlo. Se estremeció y se sacudió, intentando escapar de la amenaza.

—¡Will! Will, ¿me escuchas?

—¿Richard? Gracias a Dios... Gracias a Dios...



—Puedo escuchar solo un poco —indicó con voz ronca, parpadeando varias veces hasta que pudo ver el contorno borroso de su amigo—. ¿Mila? ¿Dónde está Mila?

—Estoy aquí —respondió Mila con voz tensa y sonando muy lejos.

Tomándolo de ambos brazos, Richard lo sentó y comenzó a hurgar en las cuerdas alrededor de sus tobillos. Inmediatamente Will cruzó mirada con Mila. Todavía atada a su silla, las lágrimas corrían por sus enrojecidas mejillas, su cuerpo temblaba violentamente, encontró su mirada, su hermoso rostro era una imagen de miseria y tristeza. Rompió su breve contacto para examinar la habitación, encontrando dos cuerpos tendidos bocabajo en el suelo. Luke yacía a pocos metros de distancia, con los ojos cerrados, aunque pudo distinguir el suave subir y bajar de su respiración. Más cerca de la puerta, el otro hombre yacía inmóvil, con un gran charco de sangre acumulado alrededor de su cuerpo.

—¿Cómo? —logró preguntar a Richard.

—Yo estaba en el maldito maletero —murmuró este con rabia—. Pensaron que estaba muerto. Ni siquiera tomaron mi arma. —haciendo una pausa, tocó los dos agujeros en su camisa, dejando al descubierto el chaleco antibalas debajo—. Te dije que mi chaleco sería muy útil un día. Ustedes los jodidos ricos tienen demasiados enemigos.

Todavía padeciendo lo que esperaba solo fuera un shock y no un caso de locura, de repente estaba sintiendo una gran variedad de emociones y quería hacer más que mirar a su amigo, Richard procedió a sacar una navaja del bolsillo de su pantalón y lo libró de las cuerdas de plástico y la silla sujeta a sus tobillos, se levantó rápidamente y casi cayó encima de Mila. Gimiendo, ella bajó su cabeza y presionó sus frentes juntas, acariciándolo.

—Lo siento mucho —sollozó, estirando su cuerpo atado, tratando de estar más cerca—. Dios, lo siento muchísimo. Todo esto es mi culpa. Todo es mi culpa, Will. Lo siento mucho...

Richard debía haber liberado sus manos mientras la abrazaba, porque de repente sus brazos estaban alrededor de sus hombros y sus manos fueron a su cabello, asíendolo firmemente para acercarlo más. En cualquier otra circunstancia, Mila intentando arrancarle el cabello habría sido un tanto incómodo. En esta situación particular, fue un alivio para todos sus otros dolores y molestias, y fue incluso algo conectándolo a tierra antes de desmoronarse por completo, lo que percibía estaba precariamente cerca de hacer.

Porque si no hubiera sido por Richard...

—Shhh —murmuró, levantando su rostro y encontrando sus labios. La besó urgentemente y la mantuvo allí, sin moverse durante varios segundos, simplemente disfrutando de su calidez, cuando cada uno de sus miembros se sentían repentina y tremendamente fríos. Finalmente se apartó y la miró a los ojos.

Mila le devolvió la mirada con expresión suplicante.

—Quiero explicar —susurró—. Quiero contarte todo. Todo y...

—Realmente odio interrumpir la fiesta —intervino Richard, su tono seco sonando extraordinariamente afligido—, pero realmente me gustaría llegar a un hospital. Estoy seguro de que tengo un par de costillas rotas...



Ventiluno

El siguiente par de horas, estuvieron llenos de ruido. Sirenas y disparos, y preguntas sin fin. Tanto ruido y aun la conmoción de la tarde se había asentado en mis huesos, penetrándome, dejándome capaz solo para reconocer el silencio de lo que nos había ocurrido a los tres: Will, Richard y yo.

—¡Un choque en cadena de quince autos en GW! —grita una mujer en cuanto pasa de mi cama corriendo.

Sentada en una sala de urgencias, vistiendo bata de hospital, parpadeó aturdida cuando corre por mi lado, la medio cerrada cortina meciéndose delante de mí con fuerza por su velocidad.

Desnuda, con su pecho envuelto en gasa, Richard estaba sosteniendo su pecho mientras le fruncía el ceño a Will.

—Gracias —dijo Will con voz ronca. Levantando una de sus manos vendadas, se estiró por el brazo de Richard y lo apretó—. Gracias por todo. —Su voz era ronca, un áspero susurro de como que normalmente lo era.

Recordando la mano de Lucas alrededor de su garganta, me limpio enfadada una nueva oleada de lágrimas.

—Has salvado nuestras vidas allí —continuó Will.

—Sólo estaba haciendo mi trabajo, señor —respondió Richard con una débil sonrisa.

Will le devolvió la sonrisa.

—Te dije que no me llames así, imbécil.

Más lágrimas cayeron cuando les vi bromeando. Ambos habían sido heridos peor que yo. Mientras estaba sentada aquí con nada más que cortes, contusiones y un corazón roto, ellos habían sido disparados, estrangulados, los huesos se les habían roto...

Y la culpa que sentía, sabiendo que nada de esto les hubiera ocurrido alguna vez a estos dos buenos hombres, si no hubiera sido por mí, era tan completamente consumidora que apenas podía encontrar la fuerza para respirar.

—Vas a estar bien —dijo el médico que me examinaba, mirándome con ojos comprensivos. Sentía lástima por mí, yo que había escapado de una situación mortal en perfecto estado de salud, mientras que Will y Richard casi habían muerto.

Lo peor, no iba a estar bien. No mientras Lucas estuviera vivo. Y vivía. Incluso disparado en el pecho, su rostro medio escondido detrás de una máscara de oxígeno que los paramédicos le habían empujado desde el motel y en la ambulancia, se las había arreglado para encontrarme, para identificarme en la pequeña multitud que se había reunido en el estacionamiento y darme una mirada de odio, prometiendo venganza.

—¿Señora Anna Drummons?

Escuchar mi apellido de casada me causó una ola de náusea que me atravesó, una que rápidamente contuve mientras levantaba la mirada para encontrar la de dos policías estando al lado de mi cama. Atrás en casa, Luke tenía al departamento de policía comprada y tuve



que recordarme repetidamente que no estábamos en Tennessee. Esto era Nueva York y Luke no tenía influencia en esta ciudad. Luke no tenía control aquí.

—Sí —susurré.

Solo uno de los oficiales dio un paso adelante.

—Necesitamos que venga a la comisaria y haga una denuncia adecuada, señora. Cuando esté lista, esto es todo.

Sonaba tan apenado como lucía y sentí toda la culpa otra vez. Todos estaban apenados por mí, Monica estaba muerta y casi había conseguido que dos personas inocentes sean matados. ¿Cómo podía alguien siquiera verme como la víctima aquí?

—Claro —susurré lastimosamente, las lágrimas nublando mi vista.

—¡Mila! —El grito familiar penetró la niebla de mis pensamientos y mientras estaba estirando el cuello, intentando mirar por la cortina a medio abrir, Nikki apareció al lado del policía. Se detuvo un momento para ver la situación con los ojos ampliamente abiertos, mirando brevemente a los policías y después a Will y Richard, quienes estaban ahora mirando en nuestra dirección, antes de volver a mí. Observó mi rostro, magullado por los golpes de Luke, cubierto en lágrimas y su expresión de pánico cambio a pena.

—Oh Mila —susurró con sus ojos llenos de lágrimas.

Mis propios ojos se volvieron a llenar otra vez y mientras un sollozo burbujeó pasando mis labios, me estiré por ella con mis brazos temblorosos.

Nikki caminó adelante, envolviéndome en sus brazos, llenándome de calor, dándome la consolación que tan desesperadamente necesitaba en aquel momento.

—Shh —me calmó, frotando su mano arriba y abajo por mi espalda. A pesar de que ella misma estaba llorando, su mera presencia era todo lo que necesitaba. Me sumergí en su abrazo con un susurro de alivio, sintiendo al menos por el momento, que voy a salir adelante de esto.

—Estás a salvo ahora Mila —me prometió en voz baja—. Estás a salvo ahora. Él ya no te puede hacer más daño.

Quería creerle, necesitaba creerle, pero por lo mucho que sus palabras me consolaban, cuando miré por encima de su hombro, pasando los policías mirándome con cautela, lastimosas miradas, encontré a Will también mirándome. Su expresión era apenada, llena de cansancio y tristeza... y algo más. Algo ilegible.

Nikki estaba equivocada. Luke todavía podía hacerme daño. Estaba todavía haciéndome daño. Y si perdía a Will por culpa de esto, Luke habrá podido hacerme daño por el resto de mi vida.



—¡Pido saber porqué no estás en un sala privada!

Will quería que tuviera el uso de sus manos, simplemente para frotar sus sienes y ayudar a aliviar el dolor de cabeza que su familia estaba causándole. Por lo mucho que apreciaba su rápida llegada y obvia preocupación por su bienestar, solo estando ahí era una espina en el trasero de cada uno sin un alcance de un kilómetro.

—No lo ingresan —informó Richard obedientemente—. Va ir a casa una vez le den el alta.



—¡En casa! —gritó su madre, provocando que todo el mundo se avergonzarse, todo el mundo consistiendo en su madre, padre y sus hermanos Bryan y Michael, cada uno de ellos todavía vestido en su traje de gala—. ¡No puedes ir a casa en tu... tu... condición! —espetó, mirando más clara y enfadada de lo que alguna vez la hubiera visto—. ¡Y tú! —Su madre furiosa giró, clavando su mirada en Richard—. ¿Cómo pudiste dejar pasar esto? ¿Cómo pudiste...

—¡Madre! —gritó Will—. ¡El hombre fue disparado dos veces y metido en un maletero! ¡De alguna manera se las arregló para librarse y es por él que estoy vivo aún!

Elise cerró su boca de inmediato y se alejó aunque el lenguaje de su cuerpo y su tensa expresión señalaba que era cualquier cosa menos tranquila. Suspirando, Will le disparó a Richard una mirada de disculpas que Richard le devolvió con una cansada sonrisa.

—Puedo soportarlo —gesticuló mudamente—. Es por esto que me pagas los grandes.

Resoplando, Will le sonrió a su amigo, esto hasta que estuvo mirando a su padre detrás de él y le encontró mirándolo con nada más que disgusto arrugando su expresión.

—La policía me ha informado que fue el marido de ella quien te tomó de rehén. —Cerrando sus brazos detrás a su espalda, William Townsend entrecerró sus ojos en su hijo, su desaprobación y su desagrado con la entera situación una cosa palpable, espesando el aire en el pequeño, secuestrado espacio—. Y la gala de caridad de tu hermana ha sido arruinada, gracias a ti y esta... mujer.

—¿Su marido? —dijo bajito Elise, sus manos volando a su rostro—. ¡O Dios mío qué escándalo! ¡Va salir en todos los lados, en cada periódico! ¡No vamos a salir de esta!

Will levantó la mirada hasta Richard, sintiéndose dos veces más extenuado de lo que se sentía antes de que ellos llegaran. Incluso teniendo ambos dedos rotos y habiendo estado estrangulado parecía como una caminata en el parque comparado con tener que soportar la decepción que su familia sentía.

—Va ser bueno para los negocios del club —bromeó Richard en voz baja, y Will sonrió casi riendo, esto hasta que vio a su padre mirándolos.

—Encuentras esto gracioso, ¿verdad? —preguntó, veneno puntuando sus palabras—. Ni siquiera has pensado en la familia antes de aventurarte en tan vergonzosa charada con esta... basura de mujer.

Will se quedó estupefacto mirando fijo a su padre. El hombre no había hablado con él más que dos o tres palabras por visita desde su rechazo para unirse al negocio de la familia hace tiempo atrás, y ahora cuando finalmente se había decidido a hablar, fue para castigarlo verbalmente en lo que podría haber sido una tragedia.

—Podría haber sido muerto —dijo Will fríamente—. Y estás hablándome sobre avergonzarte.

Su padre movió la cabeza.

—¿Y quién hubiese tenido que limpiar después de esta tragedia? Nosotros. Piensa en las declaraciones que tu pobre madre hubiera tenido que dar. ¿Cómo habría explicado el escándalo después?

Su madre estaba suspirando en silencio ahora, cada palabra que su padre hablaba provocándole llorar hasta hacerlo un poco más fuerte. El corazón de Will sintió frío, conociendo a su madre mejor que nadie; las lágrimas eran por espectáculo y se debían al estrés de la situación, no por la real preocupación por su bienestar. Pero su padre era el que realmente le había hecho daño.



—Fuera —susurró Will enfadado.

—Esta es la gota que colma el vaso —continuó su padre—, la absoluta gota...

—Fuera —rugió Will, saltando arriba y empujando su dañada mano hacia la cortina—. ¡Fuera de aquí!

Cada uno de ellos, su madre, padre y sus dos hermanos, miraban con la boca abierta y ojos amplios en respuesta, pero ninguno de ellos se movía para irse.

—¿Cómo te atreves? —escupió su padre.

Pero antes que Will pudiera responder con lo que era obligatorio, otro grito, Richard caminó adelante, dando un paso casualmente entre los dos, Elise y William y tiró la cortina ampliamente abierta.

—Creo que el señor Townsend les pidió que se fueran —manifestó con calma.

Su padre miró entre Richard y Will, sus mejillas enrojecidas y su boca apretada en una dura línea fina mientras sus fosas nasales se hinchaban con furia.

—Desearas haber reflexionado esto, jovencito —dijo—. Comportándote de esta manera solo obtendrás de nosotros dejarte completamente fuera de nuestras vidas para siempre.

Will sacudió su cabeza en negación.

—No me importa —dijo—. No me importa una mierda.

Su padre dejó salir un rugido de risa.

—Hijo, ¿estás verdaderamente deseando perder toda tu herencia por encima de esto? Piensa en esto antes de tomar una decisión. Esta mujer es veneno. Casada y coqueteando contigo por ahí. Anótate mis palabras, te tomara por todo lo que tienes, todo lo que tenemos. No voy a permitir esto.

Después, agarrando fuerte el brazo de su mujer, la tiró por la cortina abierta sin mucho más que una despedida o un adiós, y desaparecieron. Fueron seguidos rápidamente por Bryan, quien le disparó a Will una rápida mirada, apológica mirada antes de apresurarse detrás de sus padres.

Will se dejó caer otra vez en su cama del hospital y liberó una ruidosa exhalación de aire.

—¿Will?

Will giró su cabeza y miró hacia Michael, medio sorprendido por encontrar a su hermano todavía en la habitación, sin seguir detrás de sus padres y sin asegurarse que él también, no les había enfurecido y ser desheredado.

Michael, con sus manos metidas en los bolsillos de sus pantalones de esmoquin, dio un paso adelante y sacudió su cabeza.

—¿Estás bien?

Will lo miro fijo, con incredulidad.

—No exactamente —respondió, sus palabras atadas fuerte con sarcasmo.

—No, obviamente no... —La voz de su hermano se apagó con un suspiro—. Quiero decir, ¿vas a estar bien?

Will entrecerró sus ojos, preguntando a su hermano por sus encriptadas palabras.

—Mike, ¿qué demonios te estás pasando?



—¿Estoy preguntando si ella valió la pena? ¿Valió la pena todo este desastre? ¿Y tú estarás bien sin la aprobación de mamá y papá?

Entendiendo sus palabras, Will miró más allá de la cortina y en el otro lado de la habitación hacia donde había visto la última vez a Mila o Anna, o como coño se llame, en su propia cama de hospital. La cama estaba vacía ahora, una enfermera actualmente reemplazando las sábanas. Se tambaleó levantándose, sintiendo pánico. La policía estaba con ella la última vez que la había visto, Nikki también. ¿Dónde demonios estaba?

—¿Dónde está? —le preguntó a Richard—. ¿Dónde demonios está?

Ya estirándose por su chaqueta, Richard incómodamente empezando a ponérsela.

—Iré a ver —dijo y desapareció detrás de la cortina.

Will se giró de vuelta hacia su hermano, quien estaba extrañamente sonriéndole. Estirándose hacia delante, Michael colocó su mano suavemente en el hombro de Will y le dio un gentil apretón.

—No puedo decirte cuántas veces he deseado no haberme casado con ella —dijo, sonando nostálgico—. Que he hecho mi camino, hecho lo que quería, casado con quien quería y hecho lo que mamá y papá querían para mí. He estado envidioso por ti, hermano menor, durante mucho tiempo. Siempre yendo donde el viento te llevaba. Siempre haciendo lo que sentías correcto, a pesar de lo que se te había dicho. —Michael liberó su hombro—. Sé feliz hermano —dijo.

Y después, con otra sonrisa, una considerable triste sonrisa, y sin otra palabra, su hermano lo dejó ahí mirando detrás de él.



Vetnidos

Con sólo una toalla, mi pelo mojado y goteando, miré mi cara amoratada en el espejo.

En cuanto conseguí llegar a casa, me había duchado y desmaquillado, limpiando mi rostro de lágrimas y manchas, pero mi corazón todavía se sentía sucio, triste y cargado de miseria. Tan solo me negué a continuar llorando.

Los próximos meses iban a ser agotadores, y sabía que tendría que ser fuerte para soportarlo. Sería un caso de Tribunal, posiblemente dos, según la policía que después de hablar con las fuerzas del orden de Tennessee, todavía trataban de determinar si me iban acusar o no como cómplice. Me habían dicho que permaneciera en la ciudad, y que bajo ninguna circunstancia no la abandonara.

Sin embargo, eso no era lo que más me dolía. Era por Will, el recuerdo de la mirada en su rostro cuando se había dado cuenta de quién realmente era yo, eso y que le había estado mintiendo todo este tiempo. Después de que habíamos prometido ser sinceros el uno con el otro. Incluso esa simple promesa había sido una mentira. ¿Cómo podría esperar que alguna vez me perdonara?

Poniéndome algo de ropa, me dirigí hacia la cocina donde había escuchado a Nikki dar vueltas alrededor. Cuando entré, Nikki me entregó una taza humeante de café de la cafetera y me sonrió suavemente. Tomé un sorbo, saboreando el calor, en claro contraste con el frío que sentía.

—Estoy bien —le dije.

Nikki estaba bebiendo su propia taza de café y estaba mirándome con aprehensión, al igual que había desde que se reunió conmigo en el hospital. Había venido conmigo a la comisaría de policía, sostuvo mi mano mientras había hecho mi declaración, y desde que regresamos a casa, no se había separado de mí, excepto para ducharme.

Sus ojos estaban inundados de lágrimas.

—Lo sé, me consta. Solo sigo pensando sobre qué podría haber sucedido.

Poniendo mi taza sobre la encimera, me acerco a ella, envolviéndola en mis brazos.

—Estoy bien, Nikki.

—Pero...

—Nada de peros. Ya se ha terminado, ahora. —Tragando el nudo en mi garganta, me atrevo a creer simplemente que eso es verdad. Retiro mi brazo y miro a mi amiga, agradecida de que Luke no me hubiera seguido hasta aquí, agradecido de que no hubiera venido detrás de Nikki en realidad.

Asintiendo, Nikki forzó una sonrisa.

—Lo siento. Debería ser quien te confortara, no al revés. Casi mueren esta noche... Dios, Will y tú. —Las lágrimas saltaron nuevamente de sus ojos y sacudió su cabeza—. ¡Oh Dios, lo siento! no quise decir...

Apagándose, sacudió su cabeza de nuevo.



—¿Qué vas hacer ahora? ¿Te llamo Anna ahora? ¿Volverás a casa una vez que esto haya terminado?

Encogiéndome de hombros, me apoyé contra la encimera. Ella tenía razón: finalmente podría regresar a casa. Podría ser Anna que de nuevo, podría ser y hacer todas las cosas que siempre había querido. Podría empezar de nuevo.

—Me voy a quedar aquí —le dije—. Basta de salir corriendo.

Nikki se lanzó, el medio metro que nos separaban, volando hacia mis brazos.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. ¡Pensé que iba a perderte!

Apartándose, me sonrió.

—¿Y qué pasa con Will? —me preguntó tranquilamente.

Sacudí mi cabeza, las lágrimas escocían en mis ojos. Maldita sea, me había prometido a mí misma que no lloraría, pero pensando en Will, en el peligro que lo pondría, en el daño que le había causado... no podía evitar que las lágrimas cayeran.

—No soy...

—Él te ama —dijo Nikki.

Presionando mis palmas sobre mis ojos, respiré hondo varias veces, deseando que mis lágrimas cesaran.

—No —dije, mientras bajaba mis manos—. Ama a Mila. Y yo no soy Mila.

—Sí, que lo eres —protestó Nikki—. Tu nombre podría ser Anna, pero sigues siendo Mila. Todavía lo eres, sin tener en cuenta el nombre que escojas.

Apretando mis labios, me quedé en silencio. No sabía cómo explicárselo. Había visto el dolor en la hermosa mirada azul de Will. ¿Cómo podría esperar que él me perdonara alguna vez? No podía, y yo no lo haría. Se merecía a alguien mejor que yo.

Un golpe pesado interrumpió a Nikki, provocando que ambas saltáramos.

—¡Oh Dios mío! —susurró Nikki con una mano sobre su corazón. Sonriendo, sacudió su cabeza y empezó a ir hacia el vestíbulo. La seguí, dirigiéndome hacia la sala en cambio.

—Me gustaba el nombre Mila —mascullé en voz alta.

—¡Entonces, quédate con él! —gritó Nikki—. ¡Ooh, y pase lo que pase, deja de tener miedo a contestar el teléfono!

Me volví y frente a la ventana miré hacia la calle, observando cómo la gente caminaba arriba y abajo, en sus quehaceres diarios. Yo era una de esas personas ahora, que ya no se esconde, sino que en cambio solo... vive. Una pequeña sonrisa curvó mis labios. Vivir. Sin más miedo. Sin correr más.

—Sin tener que huir más —susurré.

—Nada de correr más.

Giré alrededor, deteniéndome sorprendida al verle, ante su rostro perfecto, ojos hermosos, su desordenado y adorable cabello. Había tenido miedo de no volver a verlo de nuevo y verlo ahora, tan pronto y en mi apartamento, nada menos...

Me quedé sin aliento.



—Voy, eh, solo voy... —Nikki me lanzó una sonrisa demasiado dramática mientras salía lentamente de la sala—. ¡Estaré lavando mi cabello! —terminó con voz melodiosa—. ¡No hagas nada que yo no haría!

Miré fijamente a Will y él me miró a mí, con miles de preguntas entre nosotros pero ninguno parecía saber por dónde empezar. *¿Me permites que empiece por el principio? O solo, ¿discúlpame por todo? Aunque, ¿quiere una disculpa? o ¿simplemente aquí para decir adiós?*

—Hola —dijo suavemente, tratando de sonreír.

Frunció el entrecejo y arrastró una mano a través de su cabello, y noté que él también se había duchado; el cabello alrededor de sus orejas parecía húmedo.

—Mila...

—Es Anna —susurré.

Se rió ligeramente.

—Claro. Anna. Sí, lo recuerdo. —Asintió para sí mismo—. Eso, llevará un tiempo acostumbrarme.

Inhalé profundamente.

—Quieres decir... —Me callé, incapaz de terminar mi frase, dispuesta a mantener la esperanza por imposible que esta fuera.

—Te amo —dijo, encogiéndose de hombros—. Eso no ha cambiado.

Mirándolo boquiabierto, mientras las lágrimas de formaban una vez más, sacudí mi cabeza.

—Después de todo —susurré— ¿Cómo puedes decir eso? Ni siquiera me conoces.

Con sus manos vendadas colgando a sus lados, Will dio un paso hacia adelante.

—¿Todavía te gusta Manhattan?

Parpadeé.

—Sí —susurré.

—¿Todavía te gustan los perros calientes?

Sorbiendo asentí.

—Sí.

—¿Aún eres propensa a meter la pata en los momentos más inoportunos?

Una pequeña risa se me escapó.

—Sí.

Asintiendo, Will dio otro paso más cerca de mí.

—¿Sigues siendo de un pueblo pequeño en Tennessee? ¿Todavía odias y amas Nueva York? ¿Tu mejor amiga todavía es Nikki? Y aun, ¿castraría a cualquiera que intentara hacerte daño?

Mis lágrimas se desbordaron.

—Sí —respiré—. Sí.

Tomó otro paso, acortando la distancia restante entre ambos.

—¿Todavía me amas?

—Sí —susurré entrecortadamente—. ¡Dios, sí!



Se encogió de hombros, y sonrió torcidamente hacia mí.

—Entonces te conozco.

Oh Dios, mi corazón, mi pobre corazón. Se iba a romper en mil hermosos pedazos. Parecía una locura, absoluta y completamente una locura. ¿Cómo podía amarme todavía? ¿Después de todo por lo que lo había hecho pasar? ¿Después de que todas mis mentiras y el peligro en el que lo había puesto? Pero lo hacía. ¿Cómo podía tener tanta suerte? Este hombre era en todos los sentidos perfecto, y era mío. Era penamente mío.

—Will...

—Shh, solo escúchame. Encontrarte es la cosa mejor que me ha pasado en la vida. Te amo, y quiero saber más de ti... quiero saberlo todo.

—Will...

—No —dijo, envolviendo sus brazos alrededor de mí y empujándome suavemente en sus brazos—. No discutas conmigo. Sé lo que quiero. No hay nada más que decir.

—Pero, Will...

—¡No! sé lo que vas a decir, y te estoy diciendo que no. Sé lo que quiero, no hay nada más que pensar.

—¿Quieres? —Lo miré, a los ojos, con una sonrisa apenas contenida tirando de mis labios.

—¿Qué?

—Cállate —dijo, sonriendo abiertamente—, y bésame.

Will echó la cabeza hacia atrás y se rió a carcajadas. Y entonces, igual de rápido inclinó agachó y presionó su boca contra la mía. Lo besé de regreso, perdiéndome en el beso, y en ese momento olvidé todo lo que había ocurrido y lo todavía aún debía suceder. Porque lo que sucedió, y el dolor que todavía estaba por venir, no importaba. Tengo a Will a mi lado, para bien y para mal. Para cualquier cosa que nos depare el futuro.

—Te amo, Anna —dijo, apretando su frente en la mía.

Cerrando mis ojos, solté un suspiro, sintiendo como si hubiera estado aguantando la respiración durante demasiado tiempo.

—Te amo, Will —susurré—. Te amo muchísimo.



Epílogo

Sentado en las escaleras del Palacio de justicia, aflojó la corbata y desabotonó los dos botones del cuello de su camisa. A su derecha estaba sentada Anna. A la derecha de ella estaba Nikki, y a su izquierda estaba Richard. Los cuatro estuvieron allí sentados durante bastante tiempo. La muchedumbre hacía tiempo que había dispersado, los equipos de noticias habían desaparecido, y sus alrededores todo estaba casi tranquilo a excepción del tráfico y su propia respiración.

Tennessee era un hermoso estado. Las numerosas colinas sinuosas, los espesos bosques y los muchos pintorescos lagos constituían un escenario bastante impresionante. Aun así, Will echaba extremadamente de menos Nueva York; el ruido, la gente, incluso el olor de la ciudad. Estaba más que listo para regresar a casa. Había sido un infierno durante un par de largos años, llenos de emociones, altibajos y momentos donde Will no pensaba que la situación podría empeorar más.

Pero el viaje en la montaña rusa había terminado, todos habían dicho y hecho, y el viaje no solo lo había apartado el resto de la temporada, sino que lo había retirado y descartado.

Literalmente.

Había pasado casi un año desde la detención de Luke para el juicio por sus crímenes en la ciudad de Nueva York y durante ese año, con la información de Anna, el estado de Tennessee había estado ocupado preparando su propio caso contra él.

La confesión de Anna había incitado al fiscal de distrito de Nueva York a contactar con la Policía Estatal en Tennessee. Ellos habían puesto en marcha una completa investigación de Luke, y en la ciudad en que la que había vivido. En su almacén se había descubierto. Lo que posteriormente, dio paso a una búsqueda en todo el Condado dando como resultado el descubrimiento de los restos enterrados de lo que se creía que eran diez víctimas diferentes. Hasta el momento, se habían identificado sólo tres. Posteriormente varios testimonios se pusieron en contacto, y finalmente sus vínculos con la delincuencia organizada habían salido a la luz, igualmente, no es que eso en ese momento les hubiera importado mucho.

Después de recibir el veredicto de culpable en Nueva York, Luke fue declarado culpable de dos cargos de delito de secuestro y un cargo de intento de asesinato y condenado un total de cincuenta y dos años de prisión. Inmediatamente después de que terminase el primer juicio, Tennessee había pedido su extradición y había enviado inmediatamente el recurso para el segundo juicio. Anna, el testigo clave en el caso no tuvo remedio que volver a su estado natal. Y Will no había estado dispuesto a dejarla ir sola, y Nikki tampoco quiso oír hablar de eso.

Richard había dicho:

—¿Qué vas a hacer en Tennessee sin chofer, caballero? No es Nueva York, sabes. No hay taxis y metros a tu entera disposición.

Y así, a pesar del hecho de que Will era perfectamente capaz de conducir a donde necesitara, Richard había también había venido.



Y ahora todo había terminado. Un poco más de dos años de infierno finalmente había llegado con un impactante desenlace.

—Hace calor aquí —murmuró Nikki lo que parecía ser por millonésima vez desde su llegada en el sur.

—Aguántate, florecita —dijo Richard—. Esto no es nada comparado con Irak.

Nikki envió una mirada cortante a Richard y masculló algo incoherente, a la que Richard resopló en respuesta. Ambos parecían que no podían estar juntos en la misma habitación sin que uno de ellos fuera sarcástico con el otro.

—¿Anna? —Will puso su mano en su muslo y apretó—. ¿Estás bien?

Ella apenas había hablado desde que concluyó la sentencia, y cuando miró para arriba, el sol brillante se reflejaba radiante en sus ojos verdes, él vio la humedad que se acumulaba allí. Su cabello era considerablemente mucho más largo ahora, sus rizos sueltos oscilaban libremente sobre su espalda. Había perdido algo de peso también en los últimos meses, su pantalón de vestir y la parte superior le iba un poco holgado ahora, algo que él atribuyó al estrés.

Ella sacudió su cabeza.

—Solo... simplemente no puedo creer que por fin haya terminado.

Envolviendo su brazo alrededor de sus hombros, tiró de ella acercándola y suspiró.

—Hiciste bien, ¿lo sabes? Estoy realmente orgulloso de ti.

—Lo hiciste fenomenal —interrumpió Nikki, agarrando la mano de Ana y sosteniendo la de ambos con la suya—. Todos estamos orgullosos de ti.

—¿Puedes creer que recibió pena de muerte? —murmuró Richard. Cerrando sus ojos, él levantó su rostro al cielo y dejó escapar un suspiro—. Tennessee no ha puesto pena de muerte a un hombre desde hace mucho tiempo...

Acurrucada junto a él, Anna retrocedió, y Will le disparó a Richard una mirada que pasó desapercibida, puesto que los ojos del hombre todavía estaban cerrados.

—Indiscreto —dijo Nikki, intimidando a Richard.

—Insoportable —continuó murmurando Richard—. Chillona, entrometida...

—¿Entrometida? —siseó Nikki—. Qué te parece el gruñón, malhumorado...

—Ya basta —dijo Anna, apartándose de Will y Nikki y sentándose derecha—. Simplemente para, por favor. Estoy bien, y me parece bien la decisión del jurado. Luke se merece exactamente lo que le está pasando. Les hizo cosas horribles a muchas personas. Ojalá que hubieran podido encontrar pruebas contra él que lo vincularan con Mónica...

Se fue apagando mientras algunas lágrimas cayeron por debajo de sus pestañas.

—Ella merecía justicia. No pude salvarla, pero al menos quería sentir como si por lo menos la hubiera vengado de algún modo. —Ovillando sus manos en puños, Anna apretó sus ojos cerrados y sacudió su cabeza—. Ella merecía algo mejor que esto.

Nikki se acercó a ella y Will le hizo señas para apartarla, mientras rápidamente se levantaba.

—Ven conmigo —dijo, envolviendo sus manos alrededor de las muñecas de Anna y dándole un suave tirón.

La renuencia temporalmente pasó sobre su rostro, sin embargo, ella accedió rápidamente, deslizando sus manos entre las suyas y eso le permitió ayudarla a ponerse de



pie. Echando un vistazo a Richard sobre su hombro, silenciosamente le transmitió que deseaba que él y Nikki esperaran allí hasta que hubieran vuelto. Richard hizo una mueca pero le dio una inclinación, y Will comenzó a bajar las escaleras con Anna a su lado.

Ellos giraron a un lado del Palacio de justicia y entraron en un pequeño y cercano parque lleno de bancos de piedra, con una glorieta cubierta de enredaderas en el centro. De la mano, se dirigieron hacia la glorieta.

Una vez dentro, Anna se alejó de él. Con sus ojos todavía húmedos de lágrimas, sacudió la cabeza tristemente.

—¿Te he dicho últimamente cuánto que te aprecio? No tenías que seguir conmigo en el trascurso de todo este enredo, aun así lo hiciste. Te amo, Will. Te amo mucho.

Will suspiró. Ella simplemente parecía no entenderlo. Sin importar cuántas veces le hubiera dicho que no había ningún otro lugar en que estaría mejor que donde estaba ella, pasando por todo lo que ella estaba pasando, y ella realmente aún tenía que creerlo.

Eso no quiere decir que siempre hubiera sido fácil. No, por supuesto que no lo había sido. Había sido una pesadilla: dos casos judiciales de gran repercusión, tanto eso como sus problemas impresos en los periódicos y mencionado en la televisión para que todo el mundo mirara y juzgara. Además de que sus dos hermanos y su familia no habían hablado con él en mucho tiempo.

Pero realmente no había ido del todo mal. Hubo momentos, cuando habían estado ellos dos solos, en los que Will se había dado cuenta de lo que significaba amar de verdad a una mujer. Fue realmente en las cosas pequeñas; una simple sonrisa, un simple toque o la forma en la que sus ojos se iluminaban cuando él entraba en una habitación. La manera en que ella todavía le hacía el amor, ardiente y llena de pasión, sin importar el sufrimiento que le había provocado ese día.

Era en esos momentos que habían compensado el infierno por el que ellos habían pasado, esos momentos que habían superado cualquier cantidad de tensión, dolor emocional o indignación que ambos habían experimentado a lo largo de todo el calvario.

Y aun así, ahora que ese circo finalmente había acabado, ahora que no había nada más que hacer salvo volver a vivir su vida cotidiana, estaba exactamente donde quería estar, donde él siempre quiso estar: con ella.

Joder, pensó, mientras metía la mano en su chaqueta del traje. Había querido esperar hasta al menos mañana cuando estuvieran en el hotel, no quería que Anna asociara los dos eventos, entre sí, pero tal vez este era el lugar correcto y el momento adecuado. Quizá en lugar de volver a pensar en un futuro en este día y estremecerse, ella lo recordaría con una sonrisa.

Sacando la pequeña caja de terciopelo negro de su bolsillo, se dejó caer sobre una rodilla y lo levantó para Anna.

Sus ojos acuosos se ensancharon con estupefacción mientras cruzaba su mano sobre su boca.

—Will —murmuró detrás de su mano, moviendo su cabeza hacia adelante y atrás—. ¡Oh Dios mío, Will...!

—Esto es sólo el comienzo —dijo, abriendo la caja y revelando un pequeño cojín con anillo de diamante de dos quilates.

No era para nada tan elaborado como él había querido conseguirle, pero conocía a Anna, y sabía que ella prefería la sencillez y había buscado un término medio.



—Ahora eres libre —continuó, sonriendo hacia ella—. Libre para empezar tu vida bajo tus condiciones, sin que nada ni nadie te lo impida. Puedes hacer cualquier cosa que quieras, ser quien quieras... —se fue apagando, con su sonrisa cada vez más amplia—. Y ahora voy a ser egoísta como el infierno y pedirte que seas libre conmigo. Que comiences tu vida conmigo, y que hagas lo que quieras y seas quien quieras, como mi esposa.

—¡Oh Dios mío! —rompió a llorar, dejando caer sus manos a sus lados—. ¡Oh Dios mío, Will...!

—Anna —continuó—, ¿me harás el increíble honor de ser mi esposa?

—S-s-sí —tartamudeó a través de sus lágrimas—. ¡Dios, sí!

Sonriendo abiertamente ampliamente, Will se puso de pie de un salto y sacó el anillo de la caja. Tomando su mano izquierda en la suya, deslizó el diamante en su dedo anular. Después, levantando su mano, besó sus nudillos.

—Eres libre —murmuró, limpiando las lágrimas que caían por su mejilla—. Este es un buen día.

—Soy libre —susurró ella, sonriendo a través de sus lágrimas—. Gracias a ti.

—¡Oh Dios mío!

Ambos se volvieron, para encontrar a Nikki y Richard que están de pie en la entrada del parque, Nikki saltando arriba y abajo con entusiasmo y Richard sonriendo.

—¡Oh Dios mío! —continuó Nikki chillando, agitando sus manos como una loca—. ¡Déjame ver! ¡Déjame ver!

Anna le lanzó otra sonrisa antes de salir corriendo la glorieta directamente hacia Nikki. Metiendo sus manos en los bolsillos, Will se tomó su tiempo caminando detrás, disfrutando del momento de ver a Anna alejarse más feliz de lo que había estado en mucho tiempo.

Reuniéndose con él a medio camino, Richard puso una mano en su hombro.

—Felicitaciones, señor —dijo—. ¿Listo para ir a casa ahora? Porque si tengo que pasar otro día con esa... esa... —se fue apagando, mientras miraba hacia Nikki con una mueca.

»Ella es demasiado escandalosa —continuó—. ¡Cristo bueno es una gritona!

Riéndose, Will sacudió su cabeza.

—Estoy más que listo, amigo. Estoy más que dispuesto.



Am

Biografía del autor

Madeline Sheehan

La procedente del ámbito fantástico, **Madeline Sheehan**, es la reconocida autora americana de la trilogía *The*

Holy Trinity, de la serie *Undeniable*, y de la serie *Thicker than Blood*, en colaboración con Claire C. Riley.

Una aficionada de *Social Distortion*, amante del barro y cualquier cosa considerada socialmente inapropiada, Madeline fue residente en Buffalo, Nueva York, donde pudo encontrar involucrarse en peleas de comida y maratones de videojuegos con su esposo e hijo.

Bienvenido a su mundo de romance fantástico, lleno de no convencional amor y espontáneas emociones.

<https://www.facebook.com/MadelineSheehanBooks>

www.MadelineSheehan.com



154

CLAIRE C. RILEY

Claire C. Riley es una reconocida escritora británica de horror cuyo trabajo es mejor descrito como la modernización de lo clásico, el horror de la vieja escuela. Autora de la exitosa

serie *Odium* de *The Dead Saga*, además de *Limerence* de *The Obsession Series*, la serie *Thicker than Blood*, en colaboración con Madeline Sheehan, y mucho más.

Claire vive en Reino Unido con su esposo, sus tres hijas, y un destartalado perro. ¡Es una amante de los romances épicos y una comedora de pastel!

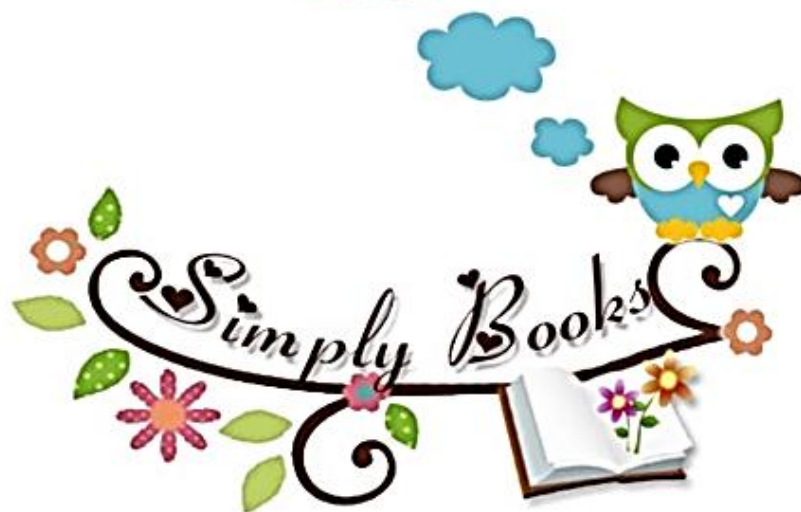
Escribe personajes que son realistas y los mata sin piedad.

<https://www.facebook.com/ClaireCRileyAuthor>

www.clairecriley.com

shut up
and KISS ME

Simply Books te invita a apoyar
la lectura y comprar los
libros de tus autores favoritos



155